Ángel Rosenblat

ESTUDIOS SOBRE EL ESPAÑOL DE AMÉRICA, 2

El castellano de España y el castellano de América •
Lengua y cultura de Hispanoamérica: tendencias actuales •
Lengua literaria y lengua popular de América •
El criterio de corrección lingüística •
Actual nivelación léxica en el mundo hispánico •
El futuro de nuestra lengua •
El imperativo categórico no parece hoy la pureza de la lengua sino la unidad

Prólogo de Carlos Garatea

ATHENAICA
EDICIONES UNIVERSITARIAS
EDIÇÕES UNIVERSITÁRIAS

LENGUA ESPAÑOLA

Directores del Consejo:

Rafael Cano Aguilar
Universidad de Sevilla
Araceli López Serena
Universidad de Sevilla

Consejo editorial:

Rocío Caravedo
Universidad de Padua
Mónica Castillo Lluch
Universidad de Lausana
Concepción Company Company
Universidad Nacional Autónoma de México
Carlos Garatea Grau
Pontificia Universidad Católica de Lima
José Luis Girón Alconchel
Universidad Complutense de Madrid
Johannes Kabatek
Universidad de Zúrich
María Antonia Martín Zorraquino
Universidad de Zaragoza
Emilio Montero Cartelle
Universidad de Santiago de Compostela
Álvaro S. Octavio de Toledo y Huerta
Universidad de Múnich

Índice

EL PENSAMIENTO LINGÜÍSTICO DE ÁNGEL ROSENBLAT 5

I. EL CASTELLANO DE ESPAÑA Y EL CASTELLANO DE AMÉRICA: UNIDAD Y DIFERENCIACIÓN 14
1. Visión del turista. El turista en Méjico 15
2. El turista en Caracas 19
3. El turista en Bogotá 20
4. El turista en Buenos Aires 21
5. El turista, de regreso en España 23
6. La vision del turista 26
7. El purismo lingüístico 29
8. Unidad y diversidad 31
9. Las regiones dialectales 32
10. El fonetismo 33
11. Diversidad léxica 34
12. El seseo 37
13. El voseo y otros rasgos 37
14. Nivelación hispanoamericana 39
15. Fueros del habla familiar 40
16. Unidad hispanoamericana 41
17. Unidad o fraccionamiento 43
18. Los amos de la lengua 46
19. La lengua, patrimonio común 48
20. Lengua y cultura 49

II. LENGUA Y CULTURA DE HISPANOAMÉRICA: TENDENCIAS ACTUALES 50

III. LENGUA LITERARIA Y LENGUA POPULAR EN AMÉRICA 77
1. El periodo colonial 79
2. La independencia 89
3. El modernismo y la renovación poética 110
4. La novela social del siglo XX 118
5. El «boom» de la novela hispanoamericana 126
6. Conclusión 148

IV. EL CRITERIO DE CORRECCIÓN LINGÜÍSTICA: UNIDAD O PLURALIDAD DE NORMAS EN EL CASTELLANO DE ESPAÑA Y AMÉRICA 151

V. ACTUAL NIVELACIÓN LÉXICA EN EL MUNDO HISPÁNICO . . 189
1. Influencia mexicana en el léxico venezolano 210
Voces mejicanas usadas en el último tiempo en Venezuela 212
2. Influencia argentina en el léxico venezolano 223
3. España y su papel en la nivelación hispánica 232
Conclusiones 251

VI. EL FUTURO DE NUESTRA LENGUA 260
1. Arcaísmo e innovación 262
2. Transformación social y transformación lingüística 270
3. El progreso lingüístico 281
4. ¿Hacia una lengua internacional? 286
5. El español en el mundo 289
6. El futuro del español 292

VII. EL IMPERATIVO CATEGÓRICO NO PARECE HOY LA PUREZA DE LA LENGUA SINO LA UNIDAD 296

CRÉDITOS 303

El pensamiento lingüístico de Ángel Rosenblat

Probablemente los editores de Athenaica no saben lo que hacen con el tiempo. Lo ordenan, le dan forma, lo muestran, llegan incluso a darle movimiento y así, de manera natural, sin que necesariamente sea su propósito, la historia de la lingüística hispánica adquiere la fisonomía que muchas veces olvidamos: el de una ciencia con pasado, una sucesión de ideas, a veces propias, en otras ajenas, que nos permite contar hoy con un conocimiento más completo, aunque todavía parcial, de nuestra lengua, en su realidad peninsular y americana. Cada publicación es un paso más. No es, por cierto, un paso cargado de nostalgia ni pretende que sus lectores añoren una trayectoria ajena, muchas veces conocida de oídas, ni evoca lecturas que fueron habituales, cuando no obligatorias, y que, por simple comparación, induzcan a lamentar las modernas. No. No es el caso. Athenaica permite que los lectores piensen en el futuro viendo el pasado y descubriendo que el lugar que cada uno ocupa es pequeño, breve y está integrado en un horizonte de parentescos y tradiciones que trasciende nuestra conciencia pero que influye en nuestras percepciones y en la manera de encarar y concebir la realidad que nos circunda.

De manera que regresar a los textos de Rosenblat es ocasión para anclarnos en el presente y tener mayor claridad sobre los caminos pendientes. Y no lo digo para cumplir con estas líneas iniciales. Lo afirmo porque me parece inevitable que un lector medianamente informado reconozca con facilidad, primero, cuánto acertó y cuánto vislumbró Rosenblat en torno a la realidad sociolingüística de Hispanoamérica y, segundo, cuántas de las cuestiones que llamaron su atención persisten, con otros nombres y bajo nuevas etiquetas,

en quienes exploran y describen alguna dimensión del español de América. Sin embargo, una diferencia salta a la vista: hoy contamos con un arsenal de conceptos bien empaquetados, aunque no siempre claros y distintos, incluidos en perspectivas y concepciones sobre el lenguaje, la lengua, el habla, que determinan métodos de trabajos y, en ocasiones, —hay que aceptarlo— anticipan las conclusiones. Hay, por cierto, avances notables si comparamos el estado del conocimiento de la primera mitad del siglo XX con lo que se sabe a fines del mismo siglo. Tenemos ahora conceptos que gozan de extendido consenso entre los especialistas; y suele encontrarse el investigador ante la supuesta obligación de razonar teóricamente y de exponer sus resultados sirviéndose de conceptos, abstracciones y esquemas que delimiten los fenómenos y envuelvan los argumentos en un velo de objetividad. Pues bien, Rosenblat procede y argumenta de otra manera. No hace teoría ni se engolosina desplegando razonamientos abstractos pero no carece de marco conceptual; puede dar la impresión de que está respaldado en intuiciones y que, por tanto, sus argumentos son frágiles y subjetivos. Pero será sólo una impresión, una impresión falsa, por cierto. Rosenblat razona mientras ofrece sus datos; no anticipa conceptos ni conclusiones como suele hacerse hoy. Él elabora ideas e hipótesis conforme discurre su argumentación y cita sus datos. Digamos que hace teoría mientras ejemplifica. Lo hace en el camino, apoyado en una prosa clara, limpia, reacia a encallar en terminologías y frases que oscurecen el discurso. En realidad, el marco conceptual de Rosenblat se despliega en toda su obra. La cruza de un extremo a otro. Sólo cuando se tiene el panorama completo es posible apreciar cómo evolucionan sus ideas, cómo se corrige o cómo amplía una conclusión y, sólo así, cuando la obra es vista en su extensión y en su detalle, es posible conocer y apreciar el aporte de Rosenblat a la historiografía lingüística.

Creo que es mejor hablar del pensamiento lingüístico de Ángel Rosenblat, antes que de alguna teoría asociada a su nombre. La expresión hace más justicia con un método de trabajo que se esfuerza

por integrar todo aquello que resulte pertinente para comprender un fenómeno. Es un método que suma y crece de un trabajo a otro. No resta ni excluye. Lo motiva la comprensión integral de los fenómenos lingüísticos. No la parcelación de la lengua ni el detalle minúsculo que desemboca en sofisticados razonamientos sin vinculación con la realidad. Pienso que Rosenblat mantiene, de principio a fin, un claro interés por el saber lingüístico de los hablantes. Como objetivo último de sus reflexiones y descripciones están siempre el hablante y la cultura. No creo excederme si digo que para Rosenblat la lengua es, ante todo, un fenómeno cultural; y, a la vez, por ser un hecho de cultura, es un fenómeno histórico y social. «El idioma no es solo el molde de la cultura, sino además su producto», afirma (53). Su identificación con esta premisa imprime un sello a la totalidad de sus trabajos, como podrá constatar el lector en los siete ensayos que integran este libro.

Situado el centro de su interés en los hablantes y sus entornos, se entiende que Rosenblat enfatice la importancia del habla como dimensión prioritaria en el estudio. Si tuviera que decirlo sirviéndome de Saussure diría que Rosenblat prefiere el habla antes que la lengua e integra, en el habla, lo individual con lo social. Para él, el habla es, sobre todo, un acto social. Obviamente es un acto social en el que intervienen individuos, libres, creativos pero enmarcados en contextos y en tradiciones. Es más que un principio. Es el fundamento de la diversidad lingüística que constata en sus datos y es, sin duda, la piedra angular que sostiene sus críticas al purismo y al carácter prescriptivo de la Academia, cuya fuerza y prestigio imponen modelos de corrección idiomática que no corresponden necesariamente a la experiencia de los hablantes y a los valores históricamente afirmados en Hispanoamérica. Y, así, sobre esa base, Rosenblat razona lo siguiente:

> ¿Y la lengua hablada? La lengua hablada es por naturaleza individual o dual, y se desenvuelve en toda su plenitud entre un yo y un tú. Pero

> también es por naturaleza —y cada vez más— social. Y la sociedad del hombre es cada día más amplia. El habla familiar o el habla local tienen sus fueros, y era una aberración del viejo purismo haber pretendido someterla a leyes extrañas. También el habla regional o nacional ha ganado prerrogativas, el derecho a sus legítimas diferencias: se está generalizando un consenso a favor de la pluralidad de normas cultas. Pero por encima del habla familiar, local, regional o nacional, con sus inevitables particularidades, nos preside —como arquetipo ideal— una lengua hablada y escrita común a todos, que permite que chilenos, mejicanos o españoles nos entendamos plenamente en nuestros escritos y en nuestros coloquios, y nos sintamos, por igual, partícipes de una de las comunidades más grandes y más originales del mundo. Ya se ve que por todos los caminos, los de la lengua hablada y de la lengua escrita, el signo de nuestra época es el universalismo. (149)

El razonamiento de Rosenblat se acerca mucho a la actual discusión sobre el carácter pluricéntrico del español, aunque lo situemos en un momento histórico diferente y reconozcamos las deudas que tiene la cita con la vieja polémica sobre la unidad de la lengua, una polémica que puso en evidencia los errores conceptuales y empíricos, además de los principios ideológicos, de la Academia en torno de la realidad hispanomericana. Precisamente, es sobre la pretendida uniformidad lingüística que Rosenblat reacciona señalando la necesidad de prestar atención a la vida social, al juego lingüístico que define el sentido y la pertinencia del hablar en toda comunidad. De lo que se trata es de apreciar la comunidad hablante desde dentro, en su interior, y no desde fuera, de lejos. Acercarse a conocer lo que los hablantes y las sociedades hispanoamericanos hacen, valoran y crean cuando hablan español es un criterio metodológico evidente, casi obvio, ahora, pero, en su tiempo, implicó un cambio radical en el punto de vista que asumían muchos investigadores y muchos de quienes escribían y juzgaban la realidad del español de América: la veían de lejos y la juzgaban en función de lo que les gustaría

que suceda y no a partir de lo que ocurría en boca de quienes hablaban español al otro lado del mar. En el fondo, la pugna era entre un pequeño centro hegemónico y una multitudinaria periferia subalterna. Ojalá que pronto la distancia desaparezca por completo y la realidad del español americano logre el protagonismo que merece su diversidad y la riqueza que trajo consigo el aporte de las lenguas amerindias. A propósito de la uniformidad lingüística, por ejemplo, escribe Rosenblat:

> Es evidente que se aplica así un patrón externo, un punto de vista extraño a la comunidad misma, en nombre de una abstracción que se llama lengua española. Pero el habla de esa comunidad es irreprochable tal como es, y cualquiera que se acerque a ella, como visitante o como estudioso, debe hacerlo con el mayor respeto. Dentro de ella cabe una rica gama de matices estilísticos, desde la ramplonería más vulgar hasta la elocuencia y la gracia (...) Hasta ahora hemos supuesto una comunidad homogénea, aislada o cerrada. ¿No es una suposición enteramente gratuita? (...) No opera en toda comunidad cierto ideal expresivo? ¿No responde todo uso a una especie de paradigma impuesto por el consenso social? (154-155)

La pretensión de que América responda a un español estándar general es un ideal en el ámbito de la oralidad, ciertamente inalcanzable. Esto no quiere decir que no existan modalidades o variedades reconocidas positivamente, que actúan en el interior de una región, de un país o de una ciudad como modelos que guían los usos y configuran jerarquías que pueden definir no sólo la pertinencia del empleo de una forma verbal o provocar sanciones y reacciones adversas cuando se percibe la presencia de una forma en un contexto no previsto, sino que, al mismo tiempo, esos modelos, cuyo alcance varía por factores de distinto tipo, entre ellos los históricos, pueden convertirse en indicadores de procedencia e identidad social cuando son percibidos en el habla de una per-

sona. Por cierto, una comunidad puede atribuirle prestigio a una forma verbal, mientras que, en la comunidad vecina, donde se habla la misma lengua, es objeto de rechazo o es estigmatizada. Rosenblat ofrece muchos ejemplos en esta línea. Y, en relación con la lengua estándar, razona lo siguiente:

> Hemos hablado hasta ahora de lengua nacional, designación deficiente si pensamos en el español, el portugués o el inglés, lenguas de diversas naciones. ¿Será mejor llamarla lengua oficial, lengua general, lengua común? (...) Hablaremos, pues, en adelante, como equivalentes, de lengua general culta o de lengua *standard*. La Academia lo ha hispanizado en la forma estándar. Todo gran conglomerado social implica una lengua standard. Pero una lengua standard es siempre una abstracción, una entidad ideal que se impone a todos los miembros de la colectividad, que no se habla en ninguna parte y hacia la cual se tiende en todas. Su base general es el habla de los sectores más prestigiosos, es decir, los educados o cultos. Pero, ¿acaso se expresan del mismo modo todos los sectores cultos de una comunidad? (163)

Lo sensato es asumir que

> La realidad lingüística postula, para la lengua hablada culta, una pluralidad de normas. (173)

Sin duda que el habla será siempre más impredecible, variable y cambiante que la escritura. Lo dice Rosenblat en términos en los que resuena el eco pidalino y en los que parece señalar el error de confundir las exigencias del discurso escrito con las exigencias de emplear oralmente el saber lingüístico, un confusión que, durante la primera mitad del siglo XX, resultó cara a la filología. Sólo en los últimos años, la confusión pudo ser superada gracias a un desarrollo teórico y metodológica que ha renovado la investigación filológica e histórica. Rosenblat tiene razón cuando dice que

> Las obras escritas en diferentes lugares pueden ofrecer uniformidad, pero esa uniformidad no existe en el habla común, familiar o popular de esos mismos lugares. La lengua literaria es un velo que encubre el habla local. (108)

Ahora bien, la riqueza de usos que conviven en la vida social de cualquier comunidad, una diversidad que no es un fenómeno extraño a ninguna lengua, sino evidencia indiscutible de que la lengua es hablada y valorada como medio de comunicación, no es un problema para ningún hablante competente. Todo hablante sabe cómo responder a las condiciones que impone el contexto, sabe qué decir, qué callar y sabe, sin duda, qué esperar del otro. La competencia lingüística es, sin duda, un saber plural, amplio. A ello alude Rosenblat:

> La verdad es que todo individuo es hoy «plurilingüe» (no políglota, claro está), en el sentido de que el sistema expresivo de su comunidad o de su clase social (....) Según las circunstancias, alterna su «argot» profesional, sus formas locales o familiares, su habla social y formal, y se adapta insensiblemente a los usos, variados y divergentes, de sus interlocutores, y a veces los adopta. (158)

Por cierto, tuvo Rosenblat clara vocación por la historia del español. Buena parte, si no todas sus ideas y reflexiones, muestran una conciencia que no ignora los cambios, las innovaciones y el contacto en la diacronía del español y, en cuanto al centro de su atención en este libro, insiste en que las lenguas amerindias cumplieron un papel esencial en la definición de la actual fisonomía del español de América. Decirlo no es un asunto que se reduzca a subrayar principios generales; ante todo es un principio de realidad. América es un continente heterogéneo, asimétrico y plural. En él, las lenguas indígenas sufrieron un duro y violento arrinconamiento social y funcional con la llegada e instauración del español como vehículo de comunicación y como medio para ejercer el poder, normar las conductas y predicar

la fe en un nuevo dios. La asimetría que produjo no ha desaparecido, ni han menguado su intensidad en muchas zonas del continente. Rosenblat abunda en ejemplos, datos e ideas en esa dirección. El lector podrá reconocerlos con facilidad. Cito un largo fragmento que, en buena prosa, permite apreciar cómo expone Rosenblat sus intereses y cómo hilvana datos, referencias alrededor del cambio lingüístico y cómo ese interés está acompasado de la historia social:

> Este objeto alargado que me sirve para escribir y que es una notable realización de la técnica moderna lo llamo *pluma*, aunque nada tiene que ver con el plumaje de las aves. Me desplazo por las *carreteras* (unas carreteras en las que ya no hay carretas) a cien quilómetros por hora en unos vehículos novísimos que en unas partes llaman *coches*, voz de origen húngaro o checo que entró en nuestra lengua en el siglo XVI, y en otras *carros*, algo alejados de los viejos carros de guerra de los celtas. Nos asalta a veces la *melancolía* (del griego), aunque sepamos muy bien que nada tiene que ver con la bilis negra, y el hombre puede padecer de *histeria* (de υστερα, matriz), y es evidente que no será por trastornos uterinos. ¿Qué hay de común entre la *democracia* ateniense del siglo V antes de Cristo, la democracia inglesa o norteamericana de hoy y las democracias populares de detrás de la cortina de hierro? Desde la *libertas* romana a la *liberté* de la Revolución francesa y a la *libertad* de hoy, ¡qué inmenso recorrido social y político se oculta en una misma palabra! Las cosas cambian y las palabras quedan. ¿Nos encontramos ante una triste limitación del espíritu humano, propenso a la rutina, ante una engañosa usurpación de nombres, o ante un admirable recurso de economía mental? Pareciera como si los hombres se mataran siempre por las mismas palabras («¡Oh libertad, qué de crímenes se cometen en tu nombre!», exclamó Madame Roland). *El sol sale y el sol se pone* seguimos diciendo casi invariablemente desde hace varios miles de años, a pesar de Copérnico. Precisamente al analizar la afirmación de que «el sol sale por Oriente», decía Ortega: «Nuestras lenguas son instrumentos anacrónicos. Al hablar somos humildes rehenes del pasado». (261-262)

Dicho esto, no me parece necesario insistir en la actualidad del pensamiento lingüístico de Rosenblat, ni en la conveniencia de valorar sus argumentos y de apreciar su prosa. Tampoco creo necesario remitir a cada uno de los siete ensayos incluidos en este volumen y que el lector encontrará debidamente ordenados en el índice. Solo quiero recordar que ellos fueron escritos y publicados a partir de 1949. En ocasiones, parece que fue ayer. Todos esos trabajos recaen en el Español de América. Rosenblat nos muestra cómo es posible explicar y comprender la realidad social y lingüística hispanoamericanas y cómo es posible apreciar la riqueza y la diversidad existente cuando el investigador está dispuesto a reemplazar los recetarios y los prejuicios por la observación y el registro de fenómenos reales, condición indispensable para conocer otra realidad, otras historias, en la misma lengua. Afirma Rosenblat, citando al filólogo alemán Friedrich August Pott: «Nuevas condiciones engendran nuevas maneras de pensar y de expresarse» (51). En suma, las páginas siguientes nos enseñan a pensar con libertad y nos invitan a reconocer que todavía es poco lo que sabemos sobre el español de América y su historia.

Carlos Garatea
Pontificia Universidad Católica del Perú
Lima, agosto del 2017

I
EL CASTELLANO DE ESPAÑA Y EL CASTELLANO DE AMÉRICA: UNIDAD Y DIFERENCIACIÓN[1]

1. Se publicó por primera vez en Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Filología «Andrés Bello», 1962. Fue reproducido en *Conferencias de extensión cultural dictadas al curso de Estado Mayor Aéreo* N° 2 y *Curso Táctico* N° 4, Caracas. Escuela Superior de la Fuerza Aérea, 1963.

Segunda edición. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Cuadernos del Instituto de Filología «Andrés Bello», 1965. Se reproduce con el título «El español de Hispanoamérica. Unidad y diversidad», en *Conferencia sobre la enseñanza de la lengua* (San Juan). Editorial Departamento de Instrucción Pública. Puerto Rico, 1965.

Se edita en Montevideo, Editorial Alfa, 1968. En ese mismo año aparece en *Le lingue del mondo,* N° 5, año XXXIII, Florencia Se publica en *Cuadernos Taurus,* N° 94, Madrid, 1970. Se reedita en 1973. Se incluye en *Nuestra lengua en ambos mundos,* Salvat Editores, Madrid, 1971.

Aparece incluido en *Sentido mágico de la palabra*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1977. Y finalmente en Monte Ávila editores, Caracas, 1990, a cuya edición nos acogemos: Rosenblat, Ángel, Biblioteca Ángel Rosenblat III, *Estudios sobre el español de América*, edición de Áurea Gómez, Luciana de Stefano, José Santos Urriola.

A dicho Bernard Shaw que Inglaterra y los Estados Unidos están separados por la lengua común. Yo no sé si puede afirmarse lo mismo de España e Hispanoamérica. Pero de todos modos sí es evidente que el uso de la lengua común no está exento de conflictos, equívocos y hasta incomprensión, no solo entre España e Hispanoamérica, sino entre los mismos países hispanoamericanos.

Los conflictos y equívocos surgen también apenas se plantea el carácter del español hispanoamericano. Porque alternan o se entremezclan a cada paso tres visiones de carácter distinto: la visión del turista, la visión del purista y la visión del filólogo.

1. Visión del turista. El turista en Méjico

Detengámonos en la visión del turista. Un español, que ha pasado muchos años en los Estados Unidos lidiando infructuosamente con el inglés, decide irse a Méjico, porque allá se habla español, que es, como todo el mundo sabe, lo cómodo y lo natural. En seguida se lleva sus sorpresas. En el desayuno le ofrecen *bolillos*. ¿Será una especialidad mejicana? Son humildes panecillos, que no hay que confundir con las *teleras,* y aun debe uno saber que en Guadalajara los llaman *virotes* y en Veracruz *cojinillos.* Al salir a la calle tiene que decidir si toma un *camión* (el *camión* es el ómnibus, la *guagua* de Puerto Rico y Cuba), o si llama a un *ruletero* (es el taxista, que en verdad suele dar más vueltas que una ruleta). A no ser que le ofrezcan amistosamente un *aventoncito* (un empujoncito), que es una manera cordial de acercarlo al punto de destino (una *colita* en Venezuela, un *pon* en Puerto Rico). Si quiere limpiarse los zapatos debe recurrir a un *bolero,* que se los va a *bolear* en un santiamén. Llama por teléfono, y apenas descuelga el auricular

oye: «¡Bueno!», lo cual le parece una aprobación algo prematura. Pasea por la ciudad, y le llaman la atención letreros diversos: «Se renta», por todas partes (le recuerda el inglés *to rent,* y comprende que son locales o casas que se alquilan); «Ventas al mayoreo y menudeo» (lo de *mayoreo* lo entiende, pero le resulta extraño), «Ricas botanas todos los días» (lo que en España llaman *tapas,* en la Argentina *ingredientes* y en Venezuela *pasapalos*). Ve establecimientos llamados *loncherías, tlapalerías* (especie de ferreterías), *misceláneas* (pequeñas tiendas o quincallerías) y atractivas *rosticerías* (conocía las *rotiserías* del francés, pero no las *rosticerías,* del italiano). Y un cartel muy enigmático: «Prohibido a los materialistas estacionar en lo absoluto» (los *materialistas,* a los que se prohíbe de manera tan absoluta estacionar allí, son en este caso los camiones, o sus conductores, que acarrean *materiales* de construcción). Lo invitan a ver el *Zócalo,* y se encuentra inesperadamente con una plaza que es una de las más imponentes del mundo. Pregunta por un amigo, y le dicen: «Le va muy mal. Se ha llenado de drogas». Las *drogas* son las deudas y, efectivamente, ayudan a vivir, siempre que no se abuse. Le dice al chofer que lo lleve al hotel, y le sorprende la respuesta:

—Luego, señor.
—¡Cómo luego! Ahora mismo.
—Sí, luego, luego.

Está a punto de estallar, pero le han recomendado prudencia. Después comprenderá que *luego* significa «al instante». Le han ponderado la exquisita cortesía mejicana, y tiene ocasión de comprobarlo:

—¿Le gusta la paella?
—¡Claro que sí! La duda ofende.
—Pos si no tiene inconveniente, comemos una en la casa de usted.

No podía tener inconveniente, pero le sorprendía que los demás se convidaran tan sueltos de cuerpo. Encargó en su hotel una sober-

bia paella, y se sentó a esperar. Pero en vano, porque los amigos también lo esperaban a él, *en la casa de usted,* que era la de ellos. La gente lo despedía: «Nos estamos viendo», lo cual le parecía una afirmación obvia, pero querían decirle: «Nos volveremos a ver». Va a visitar a una persona, para la que lleva una carta, y le dicen: «Hoy se levanta hasta las once». Es decir, no se levanta hasta las once. Aspira a entrar en el Museo a las nueve de la mañana, y el guardián le cierra el paso, inflexible: «Se abre hasta las diez» (de cómo en la vida se puede prescindir del antipático *no*). Oye con sorpresa: «Me gusta el chabacano» (el *chabacano,* aunque no lo parezca, es el albaricoque). Abre un periódico y encuentra títulos a tres y cuatro columnas que lo dejan atónito: «Sedicente actuario que comete un atraco» (el *actuario* es un funcionario público), «Para embargar a una señora actuó como un goriloide» (como un bruto), «Devolverán a la niña Patricia. Parecen estar de acuerdo los padres y los plagiarios» (los *plagiarios* son los secuestradores), «Boquetearon un comercio y se llevaron 10.000 pesillos» (*boquetear* es abrir un boquete), «Después de balaceados los llevaron presos» (la *balacera* es el tiroteo), «Se ha establecido que entre los occisos existía amasiato» (es decir, concubinato). Pero el colmo, y además una afrenta a su sentimiento nacional, le pareció el siguiente: «Diez mil litros de pulque decomisados a unos toreros». El *toreo* es la destilería clandestina o la venta clandestina, y *torero,* como es natural, el que vive del *toreo.*

Nuestro turista se veía en unos apuros tremendos para pronunciar los nombres mejicanos: Netzahualcóyotl, Popocatépetl, Iztaccíhuatl, Tlainepantla y muchos más, que le parecían trabalenguas. Y sobre todo tuvo conflictos mortales con la *x.* Se burlaron de él cuando pronunció Méksico, respetando la escritura, y aprendió la lección:

—El domingo pienso ir a Jochimilco.

—No, señor, a Sochimilco.

Se desconcertó de nuevo, y como quería ver la tan ponderada representación del *Edipo Rey,* le dijo al *ruletero:*

—Al Teatro Sola.
—¿Qué no será Shola?

¡Al diablo con la *x*! Tiene que ir a Necaxa, donde hay una presa de agua y, ya desconfiado, dice:

—A Necaja, Necasa o Necasha, como quiera que ustedes digan.
—¿Qué no será Necaxa, señor?

¡Oh sí, la *x* también se pronuncia *x*! No pudo soportar más y decidió marcharse. Los amigos le dieron una comida de despedida, y sentaron a su lado, como homenaje, a la más agraciada de las jóvenes. Quiso hacerse simpático y le dijo, con sana intención:

—Señorita, usted tiene cara de vasca.

¡Mejor se hubiera callado! Ella se puso de pie y se marchó ofendida. La *basca* es el vómito (claro que a él a veces *le daban bascas*), y *tener cara de basca* es lo peor que le puede suceder a una mujer, y hasta a un hombre.

Nuestro español ya no se atrevía a abrir la boca, y eso que no le pasó lo que según cuentan sucede a todo turista que llega a tierra mejicana. Que le advierten en seguida: «Abusado, joven, no deje los velices en la banqueta, porque se los vuelan» (*abusado,* sin duda un cruce entre *avisado* y *aguzado,* equivalente a ¡ojo!, ¡cuidado!; los *velices* son las maletas; la *banqueta* es la acera, y *se los vuelan,* bien se adivina). Nuestro español lió los petates y buscó refugio en mi tierra venezolana.

2. El turista en Caracas

Aquí comienza el segundo acto de su drama. Ya en el aeropuerto de Maiquetía, le dice un chofer:

> —Musiú por seis cachetes le piso la chancleta y lo pongo en Caracas (*musió* es todo extranjero, aunque no precisamente el de lengua española, y su femenino es *musiúa;* los *cachetes,* que también se llaman *carones, lajas, tostones, ojos de buey* o *duraznos,* son los *fuertes* o monedas de plata de cinco bolívares; la *chancleta,* o *chola,* es el acelerador).

El chofer que lo conduce exclama de pronto: «¡Se me reventó una tripa!». El automóvil empieza a trastabillar, y por fin se detiene. Pero no es tan grave: la *tripa* reventada es la goma o el neumático del *carro,* y tiene fácil arreglo. El chofer, complacido y campechano, lo tutea en seguida y lo invita a *pegarse unos palos,* que es tomarse unos tragos, para lo cual *se come una flecha,* es decir, entra en una calle contra la dirección prescrita.

Nuestro turista llega finalmente a Caracas, y comienzan sus nuevas desazones, con los nombres de las frutas *(cambures, patillas, lechosas, riñones),* de las comidas (caraotas, arepas, ñame, auyama, mapuey), de las monedas (*puyas* o *centavos*, *lochas* o *cuartillos*, *mediecitos*, *reales*). Oye que una señora le dice a su criada:

> —Cójame ese flux, póngalo en ese coroto y guíndelo en el escaparate (el *flux* es el traje; un *coroto* es cualquier objeto, en este caso una percha; *guindar* es colgar, y el *escaparate* es el guardarropa o ropero).

A nuestro amigo español lo invitan a comer y se presenta a la una de la tarde, con gran sorpresa de los anfitriones, que lo esperan a las ocho de la noche (en Venezuela la *comida* es la cena). Le dice a una muchacha: «Es usted muy mona», y se lo toma a mal. *Mona* es la presumida, afectada, melindrosa. Escucha, y a cada rato se sorprende:

«Está cayendo un palo de agua», «Fulano de tal pronunció un palo de discurso», «Mengano escribió un palo de libro», «Zutano es un palo de hombre». Y el colmo, como elogio supremo: «¡Qué palo de hombre es esa mujer!». Pero lo que le sacó de quicio fue que alguien, que ni siquiera era muy amigo suyo, se le acercara y le dijera con voz suave e insinuante:

—Le exijo que me preste cien bolívares.

—Si me lo exige usted —exclamó colérico—, no le presto ni una perra chica. Si me lo ruega, lo pensaré.

No hay que ponerse *bravo.* El *exigir* venezolano equivale a rogar encarecidamente (el *pedir* se considera propio de mendigos, y la *exigencia* es un ruego cortés). Además, le exasperaron las *galletas,* más propiamente las *galletas del tráfico* (los *tapones* de Puerto Rico), las prolongadas y odiosas congestiones de vehículos (el *engalletamiento* caraqueño puede alcanzar proporciones pavorosas). Y como le dijeron que en Colombia se hablaba el mejor castellano de América, y hasta del mundo, allá se dirigió de cabeza.

3. El turista en Bogotá

Por las calles de Bogotá le sorprenden en seguida los *gamines* o *chinos,* los pobres niños desarrapados. Y la profusión de *parqueaderos,* donde *parquean* los *carros,* es decir, estacionan los automóviles, y las *salsamentarías*, mezclas de salchicherías y reposterías, indudablemente de origen italiano. Le ofrecen unos *bocadillos,* y se encuentra con unos dulces secos de guayaba. Llaman *monas* a las mujeres rubias, aunque sean más feas que tropezón en noche oscura. Pide un *tinto* y le dan, no el esperado vaso de vino, sino un café negro: «¿Le provoca un tinto?». O bien le ofrecen un *perico,* que es un pequeño café con leche (el *marroncito* de Venezuela, el *cortado* de Madrid). Quiere entrar en una oficina y golpea discretamente con los nudillos. Le contestan enérgicamente:

—¡Siga!

Se marcha muy amoscado, pero salen diligentemente a su encuentro. *Siga* significa «pase adelante». Un alto personaje se excusa de no atenderlo debidamente: «Estoy muy embolatado con el trabajo» (enredado, hecho un lío). Para limpiarse los zapatos tiene que recurrir, no a un *bolero* como en Méjico, sino a un *embolador,* que se los *embola* por cincuenta centavos. La gente dice a cada paso con la más absoluta inocencia: «Fulano, o Fulana, no me pone bolas» (es decir, no me presta atención). Y oye un continuo revolotear de *alas:* «¡Ala!, ¿cómo estás?», «¡Ala, pero vos sos bobo!», «¡Ala, esa chica es bestial!» (*bestial* quiere decir atractiva o magnífica), «¡Ala, pero qué vieja tan chusca!» (la *vieja* tan *chusca* es una niña de unos quince años, bien graciosa), «¡Ala, pero qué chisga!» (la *chisga* es la ganga), «¡Alita, pero fijáte y verés!» (son las formas del voseo bogotano). Una persona envía a otra *saludes.* Y dos amigas se despiden: «¡Que me pienses!», «¡Piénseme!». Habla de un niño y explica: «Era así de alto» (pone la mano horizontal a la altura del pecho). Pero no les gusta, porque de ese modo se habla generalmente de un animal. Para especificar la altura de una persona lo corriente en Bogotá es extender la palma de la mano en posición vertical, pero de canto. En Méjico se llega en este terreno aún a mayor sutileza.

4. El turista en Buenos Aires

No tiene suerte en Bogotá, a pesar de que la gente es servicial, y perdido por perdido decide irse a Buenos Aires, donde es fama universal que se habla el peor castellano del mundo. Efectivamente, le asombró tanto *che,* tanto *chau,* tanto *vos,* tanto *tarado,* tanto *avivato,* tanto *atorrante,* tanta *macana.* Pero después de su dura experiencia no le pareció peor ni mejor castellano que el de otras partes. El habla de Buenos Aires suele provocar la estupefacción de los turistas. Un periódico recogía hace años el siguiente relato, que está enteramente dentro de esa visión:

Ayer, justamente, hablando con un señor extranjero recién llegado al país, nos decía que, a pesar de poseer correctamente el castellano, le resultaba casi imposible andar por nuestras calles sin utilizar los servicios de un intérprete. Ya al bajar del vapor se le había presentado el primer inconveniente idiomático. Al preguntar cómo podía trasladarse a la casa de un amigo, al cual venía recomendado, un muchacho le respondió:

—Cache el bondi... [es decir, coja el tranvía, del italiano *cacciare* y el brasileño *bondi*], y le dijo un número.

Poco después sorprendió esta conversación entre algunos jóvenes, al parecer estudiantes, por los libros de texto que llevaban bajo el brazo:

—Che, ¿sabés que me bochó en franchute el cusifai? [= me suspendió en francés el tipo ese].

—¿Y no le tiraste la bronca?

—Pa'qué... Me hice el otario... En cambio me pelé un diez macanudo...

—¿En qué?

—En casteyano...

Las aventuras de su español le enseñaron a nuestro turista la discreta virtud del silencio. En Buenos Aires aprendió a *agarrar* el tranvía, como en Venezuela a *botar* la colilla y en Méjico a pedir *blanquillos.* En Buenos Aires un amigo le dio una extensa lista de palabras que no se pueden pronunciar en buena sociedad o en presencia de damas, y fue contraproducente, pues las expresiones más anodinas se le contaminaban de mala intención (en ese terreno es preferible la más absoluta ignorancia, o inocencia). Ya en Venezuela le habían aconsejado no preguntar a nadie por *su madre* (hay que preguntar por *su mamá,* hasta a un anciano) y contado que en los colegios ni siquiera se puede mencionar la isla de Sumatra, porque los alumnos contestan automáticamente: «¡La sutra!».

5. El turista, de regreso en España

Conviene advertir que nuestro turista no ha hecho turismo por España. Porque si hubiera recorrido las distintas regiones de la Península hubiera encontrado parecidos motivos de asombro. Contaba Unamuno que una persona había visto, en una población de Andalucía, el siguiente letrero: «K PAN K LA». No podía entenderlo, pero era muy sencillo: *capancalá,* cal para encalar. Me cuentan otros dos episodios. Una señora de Málaga, muy fina, da a sus amigas de Madrid la receta de una tarta: «Tanto de leche, tanto de huevos, tanto de azúcar... y harina, la carmita». Al día siguiente la llaman por teléfono: «Harina la Carmita no se encuentra en los ultramarinos». ¡Qué se iba a encontrar! La *carmita* es «la que admita». Y durante la última guerra, en Antequera, entraban los parroquianos en una tienda de comestibles y preguntaban esperanzados: «¿Hay café?». El dependiente contestaba, con su acento andaluz: «No, sebá tostá». Si se iba a tostar, valía la pena quedarse, y así se formó una larga cola. Al llegar al mostrador reclamaba cada uno: «¡Pero esto no es café». Y él, sin apearse de su acento, contestaba imperturbable: «Ya se lo dije a usté: sebá tostá». Les daba efectivamente *ceba tostá,* es decir, cebada tostada.

El turista español que recorre Hispanoamérica no sabe por lo común que la chulería madrileña tiene tradicionalmente su habla especial, bien pintoresca, que a veces ha servido de deleite al público de los teatros. En el último tiempo las hablas especiales de ese tipo han rebasado sus viejas fronteras. La nueva juventud, frecuentemente rebelde, con o sin causa, aspira también a tener su propia habla, acuñada en los colegios, cafés y tabernas. ¿No llama *el fósil* al padre? Un cronista de nuevas escenas matritenses —estamos siempre dentro de la visión turística— recoge, en la terraza de un café elegante, diálogos como los siguientes:

—¿Quemasteis mucho caucho?

—Coronamos Perdices a ciento veinte.
—¡Huy, qué piratas!

Hablaban de sus hazañas automovilísticas. Se acerca el camarero, y le piden:

—Sorpréndame con un vidrio.
—Castígueme la Pepsi con yin.
—Insístame en oro líquido con burbujas.

Lo cual debe ser un whisky con gaseosa o soda. La niña pide un cigarrillo; y en seguida, que se lo enciendan:

—Ponme fumando.
—Incinérame el cilindrín.

Luego un intercambio de piropos:

—Estás canuto con ese traje marengo.
—Estás maizal, Chami.

Después de lo cual se marchan a *tumbar la aguja* (del velocímetro, naturalmente). ¿Puede uno asombrarse entonces de que los *cocacolos* y las *colcanitas* de Bogotá o los *pavitos* de Caracas tengan su jerga especial, o que haya un argot del tango y de los sainetes criollos? Y en cuanto a tabú verbal, los franceses, tan aristocráticos en el manejo de su lengua, aunque también más desenfadados que nosotros en cierto sentido, ¿no han «convertido en fango» palabras tan limpias como *fille* o *baiser*? No creo que la pudibundez hispanoamericana haya llegado nunca a tal extremo.

Además, si el turista, después de los años de dura prueba pasados en América, regresa esperanzado a España, se encuentra también con una serie de desencantos. Ni siquiera su lengua española es igual

a la que él dejó. La gente come, sin reparos, *hamburguesas y perritos calientes* (¡qué horror!), y *aparca* sus coches. Los muchachos tienen su *romance* o su *ligue* («Inesita tiene un ligue»), y se perecen por los *posters* y las películas de *suspense*. La radio, la televisión, el periódico, lo exasperan a cada rato. Las señoras sueltan unas expresiones que antes ruborizaban a los cocheros. ¿No está la lengua en grave peligro? A cada paso se encuentra con expresiones que no conocía, o que antes tenían un ámbito más bajo o más limitado. «Esto no pita», se dice de lo que no marcha bien o no sirve. «Se armó un folklore», quiere decir que hubo un alboroto o un cisco. «¡Es de miedo!» o «¡Es de pánico!» se dice de una mujer que impresiona por su belleza (o de cualquier cosa admirable), o bien «¡Está como un tren!». El *rollo* ha sustituido en gran parte a la *lata:* «Soltó un rollo espantoso», «¡Menudo rollo me colocó!» (el *rollista* está ocupando el lugar del *pelmazo*). O bien: «¡Vaya reóforo!». «Fulano me cae gordo», se dice del antipático. «¡Vaya paquete!» o «¡Menudo paquete!» se exclama ante un encargo fastidioso. «Ahora nos traen la dolorosa, ¡y a retratarse!», dice alguien en la mesa del restaurante (la *dolorosa* es la cuenta, y *retratarse* es pagar). «Fulano les da sopas con honda», quiere decir que supera con mucho a los demás (en unas oposiciones o en cualquier competencia). La presunción ha adquirido rica terminología: «Fulanita farda un quilo», «Eres un fardón», «¡Qué fardón estás!», «¡Menudo farde!». Y ha surgido un *okey* vernáculo, que se repite hasta la saciedad: *¡Vale!* Y el *chaquetear,* el *incordiar* y el *chequear*. Y la profusión de *estraperlos, gamberros, guateques, haigas, hinchas* o *forofos, niñas Popoff, topolinos (una topolino), machos* o *machotes* y *maromos*. Obsérvese que al menos los *guateques,* los *hinchas,* las *niñas Popoff,* topolinos (una topolino) y los *machos* representan una rica contribución hispanoamericana.

Desconfiemos, pues, de la visión del turista. El turista anda por el mundo con la boca abierta y solo ve u oye lo diferencial, lo extraño, lo insólito. En su propia tierra vive por lo común sin ver nada, impermeable a lo que pasa a su alrededor, y a su alrededor también pasan

siempre cosas extraordinarias. Pero apenas sale por el mundo lleva su provisión de radar, unas largas antenas y un precioso aparato fotográfico o cinematográfico que lo registran todo. Y a veces percibe lo que nadie más que él ha podido notar. Un turista que estuvo en Caracas vio efectivamente en un escaparate: «Un jamón: 300 bolívares». Se marchó horrorizado de los precios, en lo cual no le faltaba razón. Pero *un jamón* significa una ganga, y lo que ofrecían por ese precio era una máquina de escribir.

6. La vision del turista

Si la visión del turista es inocente, pintoresca y hasta divertida, la del purista es más bien terrorífica. No ve por todas partes más que barbarismos, solecismos, idiotismos, galicismos, anglicismos y otros ismos malignos. El purista vive constantemente agazapado, con vocación de cazador, sigue el habla del prójimo con espíritu regañón y sale de pronto armado de una enorme palmeta o, peor aún, de cierto espíritu burlón con presunciones de humorismo. Veamos su *modus operandi*.

En España (salvo en partes de Andalucía, Extremadura y Murcia) dicen *patata,* y en América *papa;* es preciso que los americanos nos amoldemos al uso español. Pero *papa* es voz indígena, del Imperio incaico, y los españoles al adoptarla, después de tenaz resistencia, la confundieron con la *batata,* también americana, que había penetrado antes, e hicieron *patata* (como los ingleses *potato*). ¿Debemos acompañarles en la confusión? Más justo sería que ellos corrigieran sus *patatas.* Pero Dios nos libre de tamaña pretensión. No parece mal que los españoles tengan sus *patatas* con tal que a nosotros no nos falten nuestras *papas.* ¿Puede una divergencia de este tipo poner en peligro la vida de una lengua? ¿No es signo de riqueza que en España alternen *habichuelas, judías* y *alubias*?

Parecido es el caso de los *cacahuates* mejicanos (de *cacáhuatl*). En España, por influencia de la terminación *-huete* de otras palabras (de

alcahuete, por ejemplo), los convirtieron en *cacahuetes* (y aun en *cacahués, cacahueses, alcahués* o *alcahuetes*). ¿Quién tiene el derecho a corregir a quien? Pero no nos metamos a correctores, oficio antipático y peligroso, y dejemos que cada uno satisfaga libremente su gusto, al menos en materia de *cacahuates, cacahuetes* o *maníes*.

Las palabras más expuestas a toda clase de deformaciones son los extranjerismos. Del francés *chaufeur,* Madrid hizo *chófer* (es también la forma de Puerto Rico, sin duda por una influencia adicional del inglés). En América preferimos en general el *chofer,* más fieles a la acentuación francesa. ¿No han querido enmendarnos la plana? La Academia, comprensiva al fin, ha acabado por autorizar las dos acentuaciones.

Cosa análoga ha pasado con *futbol* o *fútbol,* que de ambos modos puede y suele decirse (Mariano de Cavia, con intención casticista, acuñó hacia 1920 *balompié* —un calco del inglés con aire afrancesado—, admitido hace poco por la Academia en su 19ª edición). La Academia también terminó por aceptar la alternancia *pijama-piyama,* aunque con preferencia por la forma peninsular: en España, por la seducción de la grafía, son partidarios imperturbables del *pijama;* Hispanoamérica, más fiel a la pronunciación original (la voz ha llegado a través del francés o del inglés), prefiere decididamente el (o *la*) *piyama*. En cambio el academicismo está imponiendo, frente al respetuoso *restorán,* el falsificado *restaurante*. Sin duda vencerá, pero no convencerá.

La comunicación y las nuevas formas de vida traen inevitablemente palabras nuevas. En Italia ha nacido el *appartamento,* de donde el francés *appartement* y el inglés *apartment*. ¿Cómo hay que llamarlo en español? Lo natural es *apartamento,* así como al *département* francés lo llamamos, desde fines del XVIII, *departamento.* Pero aquí vienen los puristas. Corren al Diccionario de la Academia y no encuentran *apartamento.* Entonces sentencian: «No existe». Y como en seguida descubren *apartamiento,* exclaman: «¡Eureka! ¡Hay que decir *apartamiento*!». No ven, en su ceguera descubridora, que el *apartamiento*

académico es otra cosa: la acción de apartarse, el lugar apartado, y, por extensión, también a veces una habitación recogida en una residencia o en el Palacio Real. En la Argentina y Méjico han optado por el *departamento,* en España por el *piso* o el *cuarto,* denominaciones evidentemente ambiguas, pero el purismo, en Venezuela, Méjico, Puerto Rico y otras partes, libró una heroica batalla a favor del *apartamiento.* Y ahora la Academia, de nuevo comprensiva, acaba de aceptar el *apartamento.* ¡Ya existe!

Tienen carácter muy parecido dos aberraciones del purismo argentino: el *contralor* (con su *contralorear*) y el *refirmar.* En el siglo pasado penetró en el español, y creo que en todas las lenguas de Europa, el *control* francés y su correspondiente *controlar.* Los puristas argentinos corrieron al Diccionario de la Academia y dijeron: «No existe». Y encontraron *contralor.* Entonces sentenciaron: «Hay que decir *contralor* y no *control*». Pero no vieron que el *contralor* académico era otra cosa, era el *controlador* (de *contróleur*), un viejo funcionario de la Corte de Carlos V, encargado de la revisión de gastos y cuentas, especie de veedor, comisario o interventor. Hubo, efectivamente, *contralores,* en la Casa Real, en el ejército, en los hospitales. Y aunque en España han desaparecido casi por completo, de ahí viene que tengamos en varios países de América *contralores* generales de la Nación y *contralorías.* Pero los puristas argentinos se satisficieron con la forma y, menospreciando las pequeñeces del sentido, dijeron: «Encárguese usted del contralor de estas cuentas». Y de este extraño *contralor* sacaron un más extraño *contralorear:* «¡*Contralorear* sí, *controlar* no!» Ahora la Academia acaba de aceptar todos los *controles,* no solo el francés, sino además el *autocontrol,* de auténtica factura inglesa. Pero, ¿quién apea a la prensa purista de Buenos Aires de su *contralor*?

En 1925 la Academia no consignaba todavía el verbo *reafirmar,* volver a afirmar, reiterar una opinión o una actitud, tan legítimo, tan bien formado, tan expresivo. Y sí tenía *refirmar,* que parece más bien «volver a firmar». El purismo argentino (hay que recordar que

La Nación, por ejemplo, tenía especialistas encargados de «limpiar» la prosa) sigue fiel al *refirmar,* y hasta es frecuente que las imprentas y periódicos de la Argentina le enmienden a uno la plana (conozco varios casos concretos) si se atreve a *reafirmar*.

7. El purismo lingüístico

Yo he revisado muchos textos de barbarismos y solecismos. En la mitad de los casos son ellos los disparatados. Los remedios que prescriben suelen ser peores que la enfermedad. Sus autores tienen de la lengua general un conocimiento limitado y provinciano, y la identifican con el diccionario. Dan la impresión de que el castellano está a cada paso a punto de expirar, pero que por fortuna ahí están ellos para salvarlo. Nunca les pasó por la imaginación que la Academia se fundó en 1713 —es decir, anteayer—, y que la grandeza del castellano es anterior a ella. Casi todas las palabras que desataron sus iras, o su afán redentor, han ganado al fin la consagración de la Academia, mucho más tolerante que los academicistas: *control, tráfico* (equivalente de *tránsito*), *familiares* (para los puristas eran solo los criados del Obispo), *apoteósico* (solo admitían *apoteótico*), *meticuloso* (solo era equivalente de *medroso*), *gira* (aun a Rufino José Cuervo le parecía «una empecatada idea» usarlo como equivalente de *tournée*), *lupa, autobús, arribista, planificar, detective, tener lugar* («La boda tendrá lugar el 20 del corriente») y hasta *explotar* por *estallar*. Los puristas quedan en ridículo ante cada nueva edición del Diccionario académico, que procura seguir la marcha constante de la lengua. Pero ellos no se arredran. Son recalcitrantes. Siguen fieles a la vieja edición, con la que adquirieron su sólida formación purista. En general saben poco de la vida de la lengua y de su rica y compleja historia. Y como saben poco, lo compensan con un inmenso dogmatismo.

Por lo común el purista convierte en norma universal el uso de Madrid. ¿Por qué va a ser mejor, por ejemplo, *la manita* de España

que *la manito* de casi toda Hispanoamérica? Es verdad que otros derivados de *mano (manija, manecilla, manaza)* han adoptado analógicamente la terminación *a*. Pero *la manito* conserva con toda fidelidad la *o* de *la mano,* como *el diíta* mantiene la *a* de *el día*. La anomalía salva a veces a la lengua del rígido y rutinario juego analógico.

La visión del purismo es estrecha y falsa. No la tuvo la España de Cervantes, y sí la del siglo XVIII, más débil, más vulnerable a la influencia extranjera. ¡Si hasta el surgimiento de la Academia, y aun el del purismo, que inicia entonces su amplia trayectoria, representa una influencia francesa, empezando por la palabra *purista* (del francés *puriste*), que fue al principio solo una designación burlona! El ideal del purismo se parece al de Procusto: acomodar la lengua a la medida del Diccionario. Si los puristas pudieran, mutilarían de la expresión todo lo que rebasa su edición académica. Son a su modo indios jíbaros, aficionados a reducir las lenguas de sus vecinos. Ya en el siglo XVIII el P. Feijoo exclamaba: «*¡Pureza!* ¡Antes se debería llamar pobreza, desnudez, miseria, sequedad!».

No todo es terrorífico, sin embargo, en la visión del purismo. A principios de siglo recomendaba un manual venezolano: «No digan: *Fulano es un sinvergüenza*. Digan: *Fulano es un inverecundo*». *Sinvergüenza* no figuraba todavía en el Diccionario de la Academia («no existía»). Hoy no se explica uno cómo se podía hablar en español sin esa palabra.

Por lo demás ¿qué quiere decir *pureza* castellana? El castellano es un latín evolucionado que adoptó elementos ibéricos, visigóticos, árabes, griegos, franceses, italianos, ingleses y hasta indígenas de América. ¿Cómo se puede hablar de pureza castellana, o en qué momento podemos fijar el castellano y pretender que toda nueva aportación constituye una impureza nociva? La llamada *pureza* es en última instancia una especie de proteccionismo aduanero, de chauvinismo lingüístico, limitado, mezquino y empobrecedor, como todo chauvinismo.

8. Unidad y diversidad

Nos hemos burlado de la concepción turística y consideramos falsa y dañina la visión del purismo. ¿No es hora ya de ensayar una visión filológica? Tenemos que plantearnos dos cuestiones fundamentales. Primera, si hay una unidad lingüística a la que pueda llamarse «español de América», o hay más bien una serie diferenciada da hablas nacionales o regionales. Segunda, si ese supuesto «español de América» es una modalidad armónica y coherente dentro del español general, o si presenta, por el contrario, una diferenciación estructural y unas tendencias centrífugas que le auguran una futura independencia.

Para abordar estas cuestiones voy a partir de dos perspectivas opuestas. La vieja Gramática general, del siglo XVII, sostenía que cuanto más lenguas conoce uno, más llega a la convicción de que no hay sino una sola lengua: la lengua del hombre. La Gramática general postulaba una unidad fundamental entre las distintas lenguas del mundo, una comunidad de recursos expresivos esenciales, o de moldes esenciales, del lenguaje humano. Frente a ella la lingüística moderna ha sido más bien atomizadora, desintegradora. Esa unidad que se llama la lengua general, el español, el francés, el inglés, es una abstracción, una realidad inexistente. No se habla igual en Madrid, en Salamanca, en Santander, en Zaragoza, en Sevilla. Y dentro de la ciudad de Madrid no se habla igual en el barrio de Salamanca que en Chamberí o en Lavapiés. En una misma colectividad no hablan igual los campesinos, los obreros, los estudiantes, los médicos, los abogados, los profesores, los escritores. Y aun dentro de la clase trabajadora, no hablan igual los obreros textiles que los de la construcción. Las diferencias geográficas se entrecruzan con profundas diferencias sociales. No hablan igual dos familias distintas, y en una misma familia se diferencian el padre, la madre, los abuelos, los nietos y aun los hermanos. Cada persona tiene su propio dialecto, o con un término técnico, su «idiolecto». Digámoslo de modo más universal: «Cada pájaro tiene su canto».

9. Las regiones dialectales

Entre esos dos extremos, la abstracta unidad universal del lenguaje, o la abstracta unidad de la lengua española, y la concreta realidad del habla individual, tratemos de situar nuestro español de América. El gran maestro Don Pedro Henríquez Ureña señalaba cinco regiones principales: 1. La antillana o del Caribe (Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo, Costa de Venezuela, costa atlántica de Colombia); 2. La mejicana (Méjico, América Central, Suroeste de los Estados Unidos); 3. La andina (Andes de Venezuela, meseta de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Noroeste de la Argentina); 4. La chilena (Norte, Centro y Sur de Chile); 5. La rioplatense (Argentina, Uruguay, Paraguay). Se basaba en la proximidad geográfica, los lazos políticos y culturales y el substrato indígena.

Esa construcción tiene solo valor provisional y aproximativo, y de las cinco regiones la única que parece configurada lingüísticamente es la antillana (le agrego la costa del golfo de Méjico y de América Central), que coincide con lo que los antropólogos llaman hoy el área circuncaribe. El mismo Henríquez Ureña subdividía además sus cinco regiones: seis en Méjico y siete en América Central, etc. Por ese camino vamos al infinito fraccionamiento, y tendríamos que distinguir, por ejemplo, la lengua de los *manitos* (así llaman a los nuevomejicanos, por el tratamiento de *manito* «hermanito» en el Norte de Méjico), la de los *ticos* (los costarricenses, por su afición a los diminutivos en *-tico,* como *hermanitico*), la de los *ches, cheses* o *cheyes* (así se llama a los argentinos, no solo en Chile), etc. Y aun dentro de un mismo país habría que diferenciar, como por ejemplo en Venezuela, la lengua de los *paisas*, los *alas* o *alitas* (los tachirenses), la de los *primos* (los del Zulia, por el tratamiento amistoso de *primo*) y hasta la de los *hijos der diablo* (los margariteños, por su afición al exclamativo eufemístico *¡hijo'er diablo!*). Pero ¿no sucede algo parecido entre las distintas regiones españolas, y aun entre las de Castilla? ¿Y no sucede algo parecido en cualquier

comunidad lingüística? Nadie, sin embargo, ha puesto en duda seriamente hasta ahora la unidad del francés, del inglés, del italiano o del alemán.

10. El fonetismo

Más fructífera me parece la diferenciación, que también esbozó don Pedro Henríquez Ureña, entre tierras altas y tierras bajas. Yo las distingo, de manera caricaturesca, por el régimen alimenticio: las tierras altas se comen las vocales, las tierras bajas se comen las consonantes. En Méjico se oye frecuentemente, aunque no de manera sistemática: *cafsito, pas'sté, exprimento, frasteros, fosfro,* etc.; en Quito, *sí p's, no p's;* en La Paz, *Pot'sí* (Potosí); en Bogotá, *muchismas gracias.* En cambio, en las Antillas, costas y llanos de Venezuela y Colombia, litoral argentino, Uruguay, Paraguay y Chile, es general la relajación del consonantismo, en grado variable, según las regiones o los sectores sociales: aspiración y pérdida de *s (lojombre*, *lo fóforo, la jocho, pejcao);* pérdida de la *d* intervocálica, en mayor o menor medida (*no ha venío, una plancha, el deo)*; articulación relajada de la *j,* convertida en gran parte de esta área en débil aspirada laríngea (*horhe* «Jorge», *hefe* «jefe»); pérdida de la *r* final *(voy a comé; sí señó);* en zonas extremas, confusión de *r* y *l* implosivas (*pueltorriqueño, izquielda, borsa, durse;* etc.). Los del Centro de Méjico saludan a los de Veracruz, en broma: «¡Arró con pecao!» (arroz con pescado). Un andino de Venezuela riñe con un caraqueño y lo remeda: «¿Me vaj a matá?». Los andinos dicen que los caraqueños se comen las *eses.* Solo que lo piensan con *h* inicial y con *c.*

Es indudable que ese contraste tan radical entre tierras altas y tierras bajas no se debe a razones climatológicas. Las tierras bajas han sido colonizadas predominantemente por gentes de las tierras bajas de España, sobre todo de Andalucía, y tienen más bien impronta andaluza. Las tierras altas tienen más bien sello castellano, y su consonantismo tenso, a veces enfático, manifiesta la influencia de las lenguas indígenas: las grandes culturas americanas fueron culturas

de las mesetas, y sus lenguas se caracterizaban precisamente por la riqueza del consonantismo implosivo.

Las diferencias llegan a su carácter extremo en ciertas regiones y en ciertas capas sociales. Se borran o se suavizan en los sectores cultos, que mantienen en general la integridad del vocalismo y aun del consonantismo. Si esas diferencias dan su carácter al habla regional, no afectan a la unidad del castellano general de América. El hablante de cualquier región hispánica que se desplaza por las otras regiones se siente en un primer momento desconcertado ante una serie de rasgos fonéticos diferenciales del habla popular, entre ellos la entonación y el *tempo,* y hasta dice: «No entiendo nada». Unos días de reacomodación le demuestran que lo entiende todo.

11. Diversidad léxica

Más afectan a la unidad las diferencias del léxico, a veces espectaculares. El léxico es realmente fraccionador. Cada región tiene su vocabulario indígena propio, que le imprime su nota característica, y el prestigio y condición expansiva de las capitales puede dar a las voces un ámbito nacional y hasta internacional. El *zopilote* de Méjico se ha extendido por América Central, pero en el propio Méjico tiene también otros nombres: *zope* o *chope,* sin duda por reducción; *chombo,* en la región maya; *nopo* al Este de Veracruz, etcétera. Y aún más al cambiar de país: *zoncho o moneca* en Costa Rica, *zamuro* en Venezuela, *aura tiñosa* o *aura* en Cuba, *chulo, galembo, chicora* o *gallinazo* en Colombia (no estoy seguro de que designen siempre la misma especie), *jote* en Chile, *urubú* o *irubú* en el Paraguay y parte del litoral rioplatense (a veces la nomenclatura indígena alterna con la hispanización, también diferenciadora). La misma fruta se llama *banana* en la Argentina (quizá de origen africano, a través del Brasil), *cambur* en Venezuela, *guineo* en unas partes, *plátano* en otras (en cambio el *plátano* de Puerto Rico y Venezuela es una subespecie que adquiere sus virtudes supremas cuando se ofrece asada, frita, o sancochada). En el

Sur llaman *placar* (del francés) a lo que en el norte se llama *clóset* (del inglés) y, efectivamente, hay regiones de Hispanoamérica que siguen fieles a la vieja influencia francesa, mientras otras parecen cada vez más permeables a la invasora terminología norteamericana. En unas partes se mantienen como viejas reliquias ciertas voces españolas (*pollera* en la Argentina); otras conservan denominaciones distintas (la *cota,* el *fustanzón,* el *fondo* en Venezuela). O bien cada región ha hecho evolucionar una serie de palabras en sentido divergente o ha relegado al olvido segmentos distintos del léxico tradicional. Y en cambio el proceso formativo de la lengua (el rico sistema de prefijos y sufijos) ha actuado, a veces desenfrenadamente, de modo heterogéneo y diferenciador; piénsese, por ejemplo, en la multiplicidad de verbos en *-ear,* algunos muy expresivos, como el *alacranear* (despellejar al prójimo) o el *balconear* (seguir las cosas como desde un balcón) de la Argentina, el *negrear* (dejar de invitar a alguien o descartarlo) de Venezuela, o el *ningunear* (menospreciar o anular a alguien) de Méjico.

Mayor trascendencia tiene la organización distinta que cada región da a su fondo patrimonial, de acuerdo con sus preferencias mentales, con lo que Guillermo de Humboldt llamó la forma interior del lenguaje. Amado Alonso ha estudiado desde ese punto de vista las denominaciones de la vegetación en el habla gauchesca *(pasto, paja, cardo, yuyo),* y la investigación se puede extender a aspectos lexicográficos de todas partes: la rica terminología del alboroto o de la *limpieza* monetaria en Venezuela, la del machismo o de la muerte en Méjico. El léxico de cada región constituye un sistema coherente o cohesivo de afinidades y oposiciones, distinto del de otras regiones.

Aún más, la terminología varía a veces de pueblo en pueblo. El cuchillo romo se llama *infiel* en la provincia argentina de Córdoba, *moto* en la de Tucumán, *avudo* en la de Santiago del Estero, *desafilado* en la de San Luis (es el término más general en la Argentina), y en el noroeste de esta misma provincia es *vil.* Los cordones de los zapatos

se llaman en las distintas regiones de Méjico *agujetas, cintas, cabetes* y también *cordones;* en Venezuela, *trenzas* (también en algunas partes de la Argentina); en el Perú, *pasadores.* El campo de las valoraciones, por ejemplo, es complejo. Una palabra tan española como *lindo* tiene un ámbito expresivo muy vasto en la Argentina, y lo mismo puede decirse de *sabroso* o *bello* en Venezuela, de *chusco* en Bogotá, de *chulo* en Méjico.

¿No hay la misma variedad, o mayor, en España? Del albaricoque, por ejemplo, se han recogido, de Norte a Sur, treinta y un nombres distintos (entre ellos *albérchigo, albarillo, damasco, majuelo, pesco* o *piesco,* y aun *tonto*). Del molesto cadillo, por lo menos doscientos veintiocho (desde *abrojos, cardos, erizos, matasuegras,* hasta *novios, enamorados, amores*). De la vaina de las legumbres, unas ciento cuarenta (*vaina, jaruga, bagueta, cascabillo, casulla, gárgola, hollejo, calzón, frejones,* etc.). Del sapo, dieciocho (*escuerzo, rano, ponzoño, gusarapo, bufo,* etc.) y de la cucaracha quince (*cajarra, coriana, chopa, panarola,* etc.). De la simpática mariquita, doscientos cuarenta (*bichito de luz* o *mariposita de luz, abuelita, cochinilla, coca* o *coquita, maestrilla, pastorcita,* etc.). De la azada, ciento treinta y tres (*zuela* o *arzuela, legón* o *león, zacho, cavona, escardilla, garabato,* etc.). De la colcha, veintiocho (*cobertor* o *cobertera, cubrecama* o *sobrecama, tapadera, tendido, jarapa, recel,* etc.). Para designar al bizco, sesenta y tres (*birolo, bisojo* o *biscojo, guiñao, mirola, malmira, miracielos,* etc.). Aun un verbo relativamente neutral como *empujar* da más de cincuenta variantes regionales (*arrempujar, ambutar, antuviar, emboticar, achuchar, empellar,* etc.).

Después de eso, ¿podemos asombrarnos de que la modernísima *cremallera* la llamemos también, en diversas partes de América, *éclair, zipper, cierre* o *cierre relámpago*? La variedad —han venido a confirmarlo los modernos Atlas lingüísticos— es rasgo fundamental de la difusión del léxico en España, en Francia, en Italia, en toda lengua moderna.

12. El seseo

Siempre nos encontramos con el mismo hecho fundamental: todo lo que se da como elemento fraccionador del castellano en América lo es también del español de la Península. No hay un solo rasgo importante del español de América que no tenga su origen en España, que no sea prolongación de tendencias reales o virtuales del español peninsular. El estudio de las hablas peninsulares revela a cada paso que muchos de los argentinismos o mejicanismos que parecen más típicos, son viejas palabras o provincialismos españoles. El castellano general de América es una prolongación del que se hablaba en España en el siglo XVI —fundamentalmente el de Castilla y Andalucía, no tan diferenciadas entonces como hoy— y que tuvo su primera etapa de aclimatación, o de nivelación, en las Antillas, desde donde partió en gran parte la conquista y colonización del continente. Ya desde el siglo XVI conserva hasta hoy un rasgo unificador: el seseo (con la misma *s* se pronuncia *sí, ciencia, corazón*), en que han venido a unificarse (la nivelación es en general empobrecedora) cuatro fonemas del español de 1500 *(mesa, passar, dezir, braço)*. Es muy significativo que toda Hispanoamérica, aun las regiones colonizadas desde otros centros, como el Río de la Plata, aun las colonizadas tardíamente, presenten este rasgo unificador del seseo. Y me parece evidente que los islotes de ceceo *(zí, zeñó)* que se han ido descubriendo en el último tiempo son desarrollo moderno, por un descenso en el punto de articulación de la *s,* o un alargamiento de la estrechez entre lengua y dientes.

13. El voseo y otros rasgos

Hay unidad de origen y unidad de desarrollo. Me parece aún más significativo otro hecho: la pérdida de la segunda persona del plural en todo el sistema verbal, y de las formas pronominales *vosotros, os, vuestro.* La lengua hablada no conoce el *vosotros tenéis,* ni el *os digo,* ni *vuestra escuela,* y en el habla escrita, en que ese uso es imitación pe-

ninsular —se da sobre todo en discursos o proclamas— se considera afectado. No es éste, como el seseo, un desarrollo temprano, del siglo XVI, sino más tardío, del XVII o del XVIII. Y eso quiere decir que un cambio producido cuando ya estaban constituidas las sociedades hispanoamericanas, ha podido extenderse por toda Hispanoamérica. Es decir, que en el siglo XVII y XVIII se produjo un activo proceso de nivelación hispanoamericana.

Yo creo que ese proceso nivelador, que se manifiesta desde la primera hora en La Española, no se ha interrumpido hasta hoy. Lo confirma otro hecho, igualmente revelador. De España vino el uso de *vos cantáis* o *vos cantás, vos tenéis* o *vos tenés* o *vos tenís, vos sois* o *vos sos,* al dirigirse a una sola persona. De España vino también la reacción contra él. Muchas regiones de América lo han conservado, sin embargo, pero en la lucha entre el *vos* y el *tú* se ha producido una distribución impresionante de los dos pronombres: *vos* ha triunfado sobre *tú* o *ti,* las formas tónicas del sujeto y caso terminal *(vos eras, a vos, para vos, con vos); te* ha triunfado sobre *os* en todos los otros casos (*te quiere a vos, te da a vos, te quedas* o *te quedáis, calláte, sentáte,* etc.). Se han eliminado las formas *tú, ti, os.* ¿No es extraordinario que esta unificación, con formas de los dos pronombres, sea absolutamente igual en todas las regiones de voseo, desde Tabasco, Guerrero y Chiapas hasta el Río de la Plata y Chile, cuando el proceso es evidentemente posterior a 1600 y no se ha producido por intermedio de España (no se encuentra en ninguna región española), sino a través de las distintas regiones hispanoamericanas?

En cambio, en el caso del yeísmo (*cabayo, caye,* etc.), la nivelación, en América como en España, está todavía en proceso. Se ha consumado en todo Méjico, las Antillas, América Central y Venezuela, pero se conserva la *ll* lateral en una zona más o menos coherente de América del Sur: Bogotá y parte de la meseta colombiana (Cundinamarca, casi todo Boyacá, parte de los Santanderes, de Nariño, del Cauca, del Huila, del Tolima); en las provincias meridionales de la Sierra ecuatoriana (Cañar, Azuay, Loja); en la Sierra del Perú y en

las provincias de Camaná, Islay, Tacna, Moquegua, de la costa meridional; en casi toda Bolivia (excepto por lo menos la provincia de Tarija); en el extremo sur de Chile (Chillán por ejemplo) y al parecer también en el extremo norte; en todo el Paraguay y en las provincias periféricas de la Argentina (Corrientes, Misiones, este del Chaco; norte de San Juan, norte y oeste de la Rioja, oeste de Catamarca; norte de Jujuy). Como en España, el yeísmo es un fenómeno invasor, que comienza en las grandes ciudades y no ha completado su ciclo, aunque ha triunfado en la mayor parte de Hispanoamérica.

14. Nivelación hispanoamericana

Ese proceso nivelador se percibe también en el léxico. Fuera de una serie de voces que se remontan al siglo XVI (*papa, cuadra,* etc.), hay otras más tardías, que se han extendido por toda Hispanoamérica, o por casi toda ella: *manejar* (el automóvil) frente al *conducir* de España; *apurarse* frente a *darse prisa; pararse* frente a *ponerse de pie; irse* frente a *marcharse; centavos* frente a *céntimos* (hoy en Venezuela un *centavo* equivale a cinco *céntimos;* el Uruguay tiene *centésimos*)*; fósforos* frente a *cerillas* (Méjico tiene *cerillos*)*; crema,* del francés, frente a *nata,* la voz tradicional (a veces alternan las dos con diferenciación, y se reserva *nata* para la de la leche hervida); *liviano* frente a *ligero; medias* (también las de hombre) frente a *calcetines* (en Méjico se mantiene la distinción). Aunque es más difícil hablar en este terreno de una nivelación completa —el léxico es menos estable— no deja de ser impresionante la existencia de un conjunto de voces que diferencian el uso hispanoamericano general del español.

Puede afirmarse, pues, que junto a la diferenciación regional y hasta local, hay cierta tendencia a la unidad hispanoamericana. Esta unidad no es incompatible con la diversidad, que es el sino de la lengua. Si no hablan igual dos aldeas españolas situadas en las riberas opuestas de un río o en las dos vertientes de la misma montaña, ¿cómo podrían hablar igual veinte países separados por la inmensi-

dad de sus cordilleras, ríos, selvas y desiertos? La diversidad regional es inevitable y no afecta a la unidad si se mantiene, como hasta ahora, la mutua comprensión. En cuatro siglos y medio de vida, el español hispanoamericano tiene, desde el Río Grande hasta Tierra del Fuego, una portentosa unidad, mayor que la que hay desde el norte al sur de la Península Ibérica. Esta unidad está dada, mucho más que por los rasgos peculiares del español hispanoamericano (seseo, pérdida de la persona *vosotros,* etcétera), por lo que el habla de Hispanoamérica tiene de común con el castellano general: la unidad (unidad, no identidad) del sistema fonemático, morfológico y sintáctico. Es decir, el vocalismo y el consonantismo, el funcionamiento del género y del número, las desinencias personales, temporales y modales del verbo, el sistema pronominal y adverbial, los moldes oracionales, el sistema preposicional, etc. Y aun el fondo constitutivo del léxico: las designaciones de parentesco, los nombres de las partes del cuerpo o de los animales y objetos más comunes, las fórmulas de la vida social, los numerales, etc. Al pan lo seguimos llamando pan, y al vino, vino. Por encima de ese fondo común, las divergencias son solo pequeñas ondas en la superficie de un océano inmenso.

15. Fueros del habla familiar

Y aquí llegamos a la segunda cuestión fundamental. Hay una unidad de español americano porque ese español americano reposa en una comunidad de lengua española. Claro que esa comunidad es sobre todo la de la lengua culta, la de la conferencia o la clase universitaria, la del ensayo o el libro científico, la de la literatura, la de la poesía, y aun la de la prensa, si descartamos cierto tipo de periodismo, que está cundiendo en todas partes, empeñado en halagar, o explotar, los sentimientos más vulgares, y con ellos, claro está, la vulgaridad expresiva. Por debajo de esa lengua culta común se desenvuelve la diversidad del habla campesina y popular, y también el habla familiar de los distintos sectores sociales.

El habla campesina y el habla popular de las distintas regiones de España y América tienen su dignidad en sí mismas, su propia razón de ser. También la tiene el habla familiar. Yo defiendo los fueros del habla familiar. Otros enarbolan la bandera de los derechos del hombre, o de la mujer. Yo levanto mi pequeña banderita en favor del habla familiar, víctima inocente del purismo. Los novios, los amigos, los hermanos, los esposos, tienen que hablar con espontaneidad y dar a las cosas sus nombres familiares. A mí no me parece mal que los argentinos se traten de *vos* en la relación cordial (en cambio me parece muy mal que eso se considere «mancha del lenguaje argentino», «sucio mal», «ignominiosa fealdad», «negra cosa», «viruela del idioma», o se califique de ruin, calamitoso, horrendo). Tampoco me escandaliza que llamen *pollera* a la falda, como los personajes de Lope de Vega y Tirso, o que al venezolano ciertas cosas le den *pena* (lo que me parecería mal sería la desvergüenza), y ni siquiera que llame *ponchera* a la palangana o aljofaina. Si la llamara *aljofaina* es posible que le entendieran los puristas, pero no la criada o su mujer, cosa que sin duda le importaría más.

El habla familiar tiene sus propios fueros. No puede ser incolora, inodora e insípida. Tiene que ser rica, emotiva, evocativa, *familiar*. Le cambian el sabor al sancocho si nos obligan a llamarlo *salcocho*. Lo cual no quiere decir que el habla familiar ande a la buena de Dios. Sus dos peligros son la vulgaridad y la afectación, y está regulada también, hasta cierto punto, por la obra educadora de la escuela y de la cultura general. Pero los que han visto el peligro de fraccionamiento del español de América, o su divorcio frente al de la Península, es porque solo se han detenido en los umbrales del habla popular o familiar, y a veces en los del habla suburbana o rústica.

16. Unidad hispanoamericana

Frente a la diversidad inevitable del habla popular y familiar, el habla culta de Hispanoamérica presenta una asombrosa unidad con la de España, una unidad sin duda mayor que la del inglés de los

Estados Unidos o el portugués del Brasil con respecto a la antigua metrópoli: unidad de estructura gramatical, unidad de medios expresivos. Y en la medida en que la lengua es —según la fórmula de Guillermo de Humboldt— el órgano generador del pensamiento, hay que admitir también una unidad de mundo interior, una profunda comunidad espiritual. Si el hombre está formado o conformado por la lengua, si la lengua es la sangre del espíritu, si el espíritu está amueblado con los nombres infinitos del mundo, y esos nombres están organizados en sistema —es decir, implican una concepción general, una filosofía—, hay que admitir no solo una unidad de lengua hispánica, sino una unidad sustancial de modos de ser. ¿No es esto lo que Ortega y Gasset llamaba repertorio común de *lo consabido*? La unidad social —decía—, por encima de las fronteras políticas, la da el conjunto de cosas consabidas, el tesoro común de formas de vida pasadas que forman la inexorable estructura del hombre hispánico.

Yo me inclino a creer que esa unidad es mayor hoy que en 1810, cuando grandes porciones del continente vivían apartadas hasta de sus propias capitales. Pienso ahora en tres escritores representativos: Alfonso Reyes, Mariano Picón-Salas, Jorge Luis Borges. Claro que los personajes de *Doña Bárbara* o de *Don Segundo Sombra* o de *Pedro Páramo* usan expresiones incomprensibles para el lector general. Pero también las usan los personajes de Cervantes o de Quevedo, sin mencionar los del rico costumbrismo español.

Es verdad que la prosa de Alfonso Reyes tiene algunos mejicanismos. Pero a la de Ortega no le faltan madrileñismos. Las dos proclaman la unidad de una lengua culta que es —digámoslo con términos de Andrés Bello— medio providencial de comunicación y vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes.

17. Unidad o fraccionamiento

Hay, claro está, posibilidades de reforzar ese vínculo de fraternidad. Pienso en un aspecto del habla culta que hoy debe preocuparnos a todos, por su excepcional importancia: el vocabulario técnico. ¿Puede quedar a merced de los traductores improvisados en cada país, cada uno con su propio criterio? Ya Julio Casares se detuvo en la *self acting machine* del inglés, convertida en la *selfatina*. ¿No conviene una regulación internacional? Creo que algo están haciendo ya en ese sentido los organismos técnicos competentes. La unidad de la lengua culta, no una unidad mecánica, rígida, inmóvil, sino una unidad flexible y dinámica, en la que tenga amplia cabida la capacidad creativa del hombre, una unidad móvil, siempre inquieta, debe ser obra común de la cultura.

Ahora bien, si el habla popular de Hispanoamérica tiende a diferenciarse cada vez más y el habla culta se mantiene en el nivel hispánico general, ¿no llegará el momento en que se produzca el tan temido divorcio, como el que se produjo entre el latín culto y el romance hablado? Hay voces agoreras que lo pronostican de vez en cuando, y la visión apocalíptica, del español, de Europa, de toda nuestra cultura, de todo nuestro mundo espiritual y material, está siempre presente, como telón de fondo de todo el acontecer humano. ¿Quién puede augurar la grandeza eterna de una lengua o de una cultura? La desintegración no parece, sin embargo, fenómeno inevitable en determinado período histórico. Los indoeuropeístas —Meillet, Kretschmer— han estudiado la evolución de los antiguos dialectos griegos y observado en ellos más bien una tendencia convergente. La *koiné* griega representó una nivelación creada por la cultura, y duró mucho más que las unidades políticas que la sustentaban. La lengua es compañera del Imperio —es la fórmula feliz de Nebrija—, pero también hay un Imperio de la cultura, que quisiéramos ver cada vez más poderoso.

En el Congreso de Academias de 1956 volvió a plantearse el problema de la unidad o del fraccionamiento. Don Ramón Menéndez

Pidal, el maestro insigne de todos nosotros, sostenía que la corrección del seseo, del yeísmo y de otros rasgos americanos es fácil si se acomete desde la infancia. Y ante el progreso de los nuevos medios de comunicación (radio, cine, televisión, magnetofonía, etc.), predecía:

> La pronunciación de un idioma se formará mañana con acento universal. La palabra radiodifundida pesará sobre el habla local de cada región: las variedades dialectales se extinguirán por completo.

¿No hay ahí un aliento utópico? Yo no puedo creer en un «acento universal» o en la extinción de las variedades dialectales. Ni me parece necesario, ni deseable. Las variedades dialectales son inherentes a la existencia misma de la lengua común, y no la ponen en peligro mientras ella tenga cohesión, vida cultural, poder irradiador. En el mismo Congreso la voz de Dámaso Alonso fue, en cambio, más bien pesimista:

> La lengua está en peligro; nuestro idioma común está en un peligro pavorosamente próximo… La misión académica es evitar que dentro de pocas generaciones los hispano hablantes no se puedan entender los unos a los otros, impedir que nuestra lengua se nos haga pedazos.

Si efectivamente el peligro es tan pavorosamente próximo, el salvarla parece tarea algo desmesurada para la Academia Española. Dámaso Alonso, el gran intérprete de las voces poéticas más altas de nuestra lengua, aún continuaba:

> La fonética del mundo hispánico está cuarteada… Un siglo de profundas agitaciones pueden convertir las quiebras en abismos insalvables.

El problema que plantea es grave: «Que no se nos hunda la casa». Pero él mismo estudiaba, en 1950, con Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada, el habla de la zona granadina, sobre todo de la

capital, en hablantes cultos, algunos de ellos licenciados en Filosofía y Letras. Y decía, en términos muy parecidos:

> La fonética castellana aparece totalmente cambiada, gravemente amenazada en muchos casos: labiodentales profusas (algunas con notorio rehilamiento), palatales no africadas, extraordinaria nasalización, aspiración de variados matices, seseo, ceceo, etc.

Y en el vocalismo encontraba ocho fonemas claramente diferenciados (dos tipos de *e,* de *o,* de *a*); es decir, estaba socavada la estabilidad del pentágono vocálico del español, que se ha considerado siempre factor fundamental de la estabilidad de nuestra lengua. ¿Tendremos que concluir que están naciendo nuevas lenguas, entre ellas el granadino, con vastas perspectivas dentro del mundo lingüístico?

Otra región de Andalucía, también estudiada por Dámaso Alonso *(En la Andalucía de la e),* y luego por Manuel Alvar, la de Puente Genil, Lucena, Estepa, Casariche, La Roda, Alameda, Palencia, en los confines de las provincias de Sevilla, Málaga y Córdoba, presenta una serie espectacular de cambios, entre ellos la *-a* final en *-e* en ciertas circunstancias fonéticas. Una señora dice: «Mi marío ha ío a trabajé ar cané» (a trabajar al canal). Y pueden oírse diálogos como el siguiente (téngase en cuenta que la *h* se pronuncia aspirada):

> —¿Qué té ehtá uhté? (qué tal está usted).
> —Igüé, iho, o mé mé (igual, hijo, o más mal).

Es evidente que un estudio a fondo de las hablas regionales de España e Hispanoamérica desentrañaría hechos análogos en otras partes. ¿No los ha desentrañado también en las diversas regiones del francés, el inglés, el alemán, el ruso? Estaríamos, pues, ante un peligro universal de desintegración lingüística.

No parece ése, sin embargo, el signo de nuestro tiempo. El signo de nuestro tiempo parece más bien el universalismo. El destino de

la lengua responde —salvo contingencias catastróficas— al ideal de sus hablantes. Y el ideal de los hablantes oscila entre dos fuerzas antagónicas: el espíritu de campanario y el espíritu de universalidad. El espíritu de campanario —los campanarios son a veces diminutos, otras algo más grandes— lleva a convertir lo propio, lo que se cree peculiarmente propio, en norma superior. Su proyección al terreno lingüístico sería, no una lengua argentina, sino dos o tres lenguas argentinas (el habla gauchesca está más cerca de Cuba que del norte argentino). Y en Venezuela, no una lengua venezolana, sino dos por lo menos. Es decir, que tendríamos, no veinte lenguas neoespañolas, sino cuarenta o cincuenta. No parece ése el ideal de ningún hispanohablante, que tiene el privilegio de formar parte de una comunidad lingüística de más de doscientos millones de hablantes, que es, desde el punto de vista numérico, la cuarta del mundo, después del chino, el inglés y el ruso (con criterio estrictamente lingüístico, contando solo los hablantes de lengua materna, sería la tercera). Y que quizá será una de las primeras, por el desarrollo vertiginoso de las repúblicas hispanoamericanas (se ha calculado para Hispanoamérica una población potencial de 1.200 millones de habitantes dentro de un mundo de 8.000 millones). Me parece que el ideal general es la universalidad hispánica. Y esa universalidad —vuelvo a insistir— no puede basarse en el habla popular y familiar, diferenciada por naturaleza, sino en la lengua culta, que se eleva por encima de todas las variedades locales, regionales o sociales y es el denominador común de todos los hablantes de origen español.

18. Los amos de la lengua

¿Y no existe el peligro de que se rompa esa unidad de nuestra lengua culta? ¿No necesita el castellano de los dos continentes una especie de gobierno superior que lo armonice y unifique? Y, en caso afirmativo, ¿a quién correspondería ese gobierno superior?

Clarín lanzó un principio, que levantó violentas resistencias: «los españoles somos los amos de la lengua». Ya Puigblanch lo había enunciado hace más de un siglo del modo siguiente:

> Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad del lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como a centro de unidad, al de Castilla, que le dio el ser y el nombre.

Rufino José Cuervo adoptó este principio como lema de sus *Apuntaciones críticas,* aunque luego formuló una restricción: «El sacrificio debe ser común. Cuando los españoles se aparten del buen uso, los llamaremos al orden». La fórmula de Clarín andaba rondando todavía cuando se planteó, hace unos cuarenta años, como norma de la cultura hispanoamericana, «el meridiano de Madrid». Don Ramón Menéndez Pidal rechaza los términos de Clarín y exclama:

> ¡Qué vamos a ser los amos! Seremos los servidores más adictos de ese idioma que a nosotros y a los otros señorea por igual, y espera, de cada uno por igual, acrecimiento de señorío.

Los servidores más adictos, en lugar de los amos, ¿no implica de todos modos una preeminencia? Todavía la admitía Gabriela Mistral, según cuenta Victoria Ocampo:

> Protesto ante ella, todavía y siempre, de lo espinoso que resulta para nosotros, hispanoamericanos, el manejo del español. Le digo que cuando hablamos con españoles, éstos parecen considerar que abusamos de su idioma y de su paciencia en cuanto abrimos la boca, que somos una raza intolerable de intrusos, de malhechores gramaticales ¿qué sé yo? Ella me contesta: «Un español tiene siempre derecho para hablar de los negocios del idioma que nos cedió y cuyo cabo sigue reteniendo en la mano derecha, es decir, en la más experimentada». Pero ¿qué quieren ellos que

hagamos? Mucho de lo español ya no sirve en este mundo de gentes, hábitos, pájaros y plantas contrastadas con lo peninsular. Todavía somos su clientela en la lengua, pero ya muchos quieren tomar posesión del sobrehaz de la Tierra Nueva. La empresa de inventar será grotesca: la de repetir de *pe a pa* lo que vino en las carabelas lo es también. Algún día yo he de responder a mi colega sobre el conflicto tremendo entre el ser fiel y el ser infiel en el coloniaje verbal.

19. La lengua, patrimonio común

Esa idea de que el español nos cedió el idioma, pero sigue reteniendo el cabo con la mano más experta, ¿será admisible? El español que nos cedió el idioma no es, desde luego, el actual. De los españoles del siglo XVI —el argumento lo recojo de Amado Alonso—, una parte se quedó en España, la otra pasó a América. Es indudable que los españoles que nos cedieron el idioma son los que pasaron a América. ¿Acaso los conquistadores y sus hijos y descendientes tienen menos derecho que los del solar nativo a considerar propia su lengua? Evidentemente los hispanoamericanos somos tan amos de la lengua como los españoles. Me cuentan que una vez le preguntaron a Don Federico de Onís cuál era el mejor escritor hispanoamericano, y contestó sin vacilar: «Miguel de Cervantes». Efectivamente, toda la literatura española es patrimonio nuestro, patrimonio común de nuestra lengua común, y ojalá pudiéramos darle a esta lengua común obras parangonables a las de Miguel de Cervantes.

A Victoria Ocampo le sublevaba el «coloniaje verbal», y éste es sin duda un punto sensible de todo nuestro mundo hispanoamericano. Hoy no se pueden plantear los problemas culturales o lingüísticos sobre bases de hegemonía o de subordinación. Hispanoamérica es muy celosa de su independencia espiritual. Doscientos millones de hispanoamericanos no admitirán jamás que puedan depender de treinta millones de españoles, y menos aún de un grupo de académi-

cos, por más esclarecidos que sean. Amado Alonso, que veía el surgimiento de grandes empresas editoriales en Méjico y Buenos Aires —el libro es agente vivo de la lengua—, creía que nuestras dos grandes capitales empezaban a intervenir en los destinos generales del español. Y veía en ello el comienzo de una etapa nueva.

20. Lengua y cultura

La lengua escrita es, efectivamente, una norma del habla general. Pero hoy el problema parece más complejo. Estamos presenciando, en toda Hispanoamérica, el ascenso vertiginoso de las capas inferiores de la población, que irrumpen animadas legítimamente por apetencias nuevas. Y aún más, amplios sectores, tradicionalmente sedentarios, abandonan las tierras y se asientan en la periferia de las grandes ciudades. ¿No hay ahí un peligro inminente de ruptura de nuestras viejas normas, de relajamiento del ideal expresivo? El peligro es real, pero eso quiere decir que la cultura tiene hoy imperativos más perentorios, más dramáticos. La unidad de la lengua española solo puede ser obra de la cultura común. Y entiendo por cultura común, más que la adoración del tesoro acumulado por los siglos, la acción viva, permanentemente creadora, de la ciencia, el pensamiento, las letras. La República del castellano está gobernada, no por los más, sino por los mejores escritores y pensadores de la lengua. Y en esta empresa de gobierno superior cabe una emulación siempre fecunda. Pueden participar y competir en ella, sin restricciones ni favoritismos, todos los países de lengua española.

II
LENGUA Y CULTURA DE HISPANOAMÉRICA: TENDENCIAS ACTUALES[2]

2. *Lengua y cultura de Hispanoamérica: tendencias actuales* fue originariamente una conferencia pronunciada en el Seminario Románico de la Universidad de Berlín el 1° de febrero de 1933 y publicada en la serie «Vom Leben und Wirken der Romanen», I, Spanische Reihe, Heft 3, Jena y Leipzig, 1933, bajo el título *La lengua y la cultura de Hispanoamérica*: *tendencias lingüísticas y culturales.* El mismo año se publicó en *Nosotros,* Buenos Aires, LXXIX, y en *Investigaciones lingüísticas,* I, México.

Damos a continuación las diferentes ediciones de este trabajo: «La lengua y la cultura de Hispanoamérica», *Anales del Instituto Pedagógico.* Caracas, n° 4 (1949).

La lengua y la cultura de Hispanoamérica. Tendencias actuales. Avant-propos de Marcel Bataillon. Paris-Toulouse, Librairie des Editions Espagnoles, 1951.

Lengua y cultura de Hispanoamérica: tendencias actuales. Lima, Universidad de San Marcos, Facultad de Letras, Instituto de Filología, Anejo de *Sphinx,* 13, N° 1 (1960).

Lengua y cultura de Hispanoamérica: tendencias actuales. Nueva edición, corregida. Caracas, Ministerio de Educación, 1962.

Aparece incluida en *La primera visión de América y otros estudios.* Caracas, Ministerio de Educación, Departamento de Publicaciones, 1965. Y una segunda edición en 1969.

Con el mismo título está incluido en *Nuestra lengua en ambos mundos.* Salvat Editores, Madrid, 1971.

Aparece incluido en *Sentido mágico de la palabra*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1977. Y finalmente en Monte Ávila editores, Caracas, 1990, a cuya edición nos acogemos: Rosenblat, Ángel, Biblioteca Ángel Rosenblat III, *Estudios sobre el español de América*, edición de Áurea Gómez, Luciana de Stefano, José Santos Urriola.

El filólogo alemán Friedrich August Pott se preguntaba en 1877: «¿Es acaso un milagro que las lenguas europeas trasplantadas a América se manifiesten cada vez más infieles a las formas de expresión del suelo materno...? ¿Se va a creer por ventura que las lenguas descendientes del Lacio puedan, en suelo americano, sustraerse totalmente al destino que les deparan las leyes generales de la naturaleza...? Nuevas condiciones engendran nuevas maneras de pensar y de expresarse...».

Más adelante, en 1899, Rufino José Cuervo, el iniciador de la filología hispánica, después de haber consagrado la vida entera a mantener la integridad de nuestra lengua, hacía suya, con tristeza, la misma tesis: «Estamos en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano...».

El 9 de diciembre de 1824 se libra, en los llanos de Ayacucho, la última batalla de la independencia americana. La guerra había exacerbado la hostilidad hacia todo lo español. Las barreras sociales se habían resquebrajado, y todo el hervidero social y étnico de la Colonia ascendió a la superficie. Las nuevas repúblicas, en las treguas de una guerra civil casi endémica, intentaron crear, en un organismo complejo y reacio, los moldes de la sociedad democrática moderna. ¿Abominarían también del pasado cultural? ¿Romperían los lazos lingüísticos después de haber roto, tan violentamente, la vinculación política con España?

Tres siglos de hispanización habían transcurrido. Al cabo de ellos las repúblicas independientes heredaron unos tres millones de blancos españoles y criollos, muchos de ellos mestizos, concentrados sobre todo en los centros urbanos, y unos nueve millones de indios, esparcidos en grandes zonas rurales. Al extinguirse la dominación

española ¿no se produciría —como se auguró en el caso de México— una indianización progresiva y general?

Un tercer personaje había aparecido en el inmenso escenario americano. Durante más de trescientos años, carabelas de diversas banderas habían descargado remesas siempre frescas de «ébano vivo». En muchas partes del continente el negro había ido suplantando, en el trabajo rural y urbano, al indio, y llegó a convertirse, ya puro, ya mezclado, en núcleo étnico fundamental, desde el punto de vista numérico. Y en todas incorporó un tono más a la gama de colores de la población hispanoamericana. ¿No implicaba ello una serie de consecuencias de orden cultural y lingüístico?

Al español y su descendiente americano, al indio, al negro, cruzados en proporciones desiguales en todo el continente, vino a agregarse, en el período de organización republicana, un elemento nuevo. «Gobernar es poblar» había proclamado un estadista ante la visión inquietante del desierto. Y al conjuro del llamamiento, acudieron falanges de hombres nuevos a fundirse en el amplio crisol del suelo americano. De 1870 a 1894, el saldo inmigratorio argentino, por ejemplo, fue de 1.254.377 personas; de 1895 a 1913, de casi dos millones. Solo en el año de 1889 llegaron a la Argentina 260.909 inmigrantes, cuando el país apenas contaba con una población de cuatro millones. Aunque no con esa amplitud, el fenómeno se reprodujo en gran parte de nuestra América. Y es de la mayor importancia lingüística que el aporte étnico fundamental lo representara, en la región del Plata al menos, un pueblo muy emparentado con el hispánico: de 1857 a 1925 llegaron a la Argentina 2.606.031 italianos; más del 20% de la población argentina actual está constituido por italianos e hijos de italianos.

¿Saldría de todo ello una cultura nueva, una lengua nueva? ¿Qué suerte correría en suelo americano la cultura trasplantada por pequeños puñados de población hispánica ante el choque con una naturaleza nueva, ante el contacto y la fusión con el indio, con el negro, con el inmigrante, al infiltrarse, con su don de universalidad,

la influencia avasalladora de Francia, al extenderse, con su poderío económico y político, el coloso el Norte?

Veámoslo en el espejo de la lengua. El idioma no es solo el molde de la cultura, sino además su producto. ¿Iría a independizarse también de la metrópoli, a fraccionarse en tantas ramas como pabellones nacionales? Pott y Cuervo lo creyeron, dentro de una concepción naturalista del lenguaje. En la Argentina, donde la tendencia popularista y cosmopolita alcanzó mayor profundidad que en el resto de nuestra América, se dio alrededor de esta pregunta una batalla —descrita en *Nuestra lengua* de Arturo Costa Álvarez— que conmovió a todo el ambiente intelectual rioplatense, y cuyos ecos, bastante apagados por cierto, resuenan aún hoy.

Alberdi, el constitucionalista argentino, se lamentaba de que dominara la democracia en las leyes y la aristocracia en las letras, de que fuéramos independientes en política y colonos en literatura. Echeverría, recién regresado de Francia, enarboló frente a ese «contrasentido» la bandera romántica, a la vez criollista y galicista. Sarmiento, que tuvo la visión épico-histórica del desarrollo argentino (e hispanoamericano), que soñó con inundar de escuelas el desierto de la «Barbarie», concibió también la ilusión de una lengua, si no argentina, al menos hispanoamericana: «Los idiomas —decía—, en las emigraciones como en la marcha de los siglos, se tiñen con los colores del suelo que habitan, del gobierno que rigen y las instituciones que los modifican. El idioma de América deberá, pues, ser suyo propio, con su modo de ser característico y sus formas e imágenes tomadas de las virginales, sublimes y gigantescas que su naturaleza, sus revoluciones y su historia indígena le presentan. Una vez [como «paso de la emancipación del espíritu y del idioma»] dejaremos de consultar a los gramáticos españoles para formular la gramática hispanoamericana».

En nombre de principios muy semejantes, un poeta, uno de los artífices de la cultura argentina, Juan María Gutiérrez, rechazó en 1876, como «americano libre», el diploma de miembro correspon-

diente de la Academia Española. El periodismo de ambas márgenes del Plata, y aun la intelectualidad chilena, participaron en la batalla. Fue tan recio el ataque, que hasta uno de los defensores de la integridad de la lengua creyó que podía perderse la buena causa: «¿Quién nos dice —se preguntó, no sin inquietud, en 1889— que no estamos en un momento histórico semejante, hasta cierto punto, al que siguió a la caída del Imperio Romano, y que la corrupción del idioma, tan sonada, no sea, como es siempre la corrupción, una de tantas fuerzas de creación en la eterna transformación de los seres?».

La polémica no se detuvo en las lindes del periodismo. Pero correspondió a un extranjero radicado en la Argentina llegar a la verdad, por reducción al absurdo. En 1900 publicó Luciano Abeille, miembro de la Société de Linguistique de París, con cierto aparato de erudición, un libro titulado *Idioma nacional de los argentinos*. Monsieur Abeille pedía que en la enseñanza del idioma se fomentaran, para ayudar a la evolución, los cambios que experimenta el idioma nacional, que son —decía— «las repercusiones de los cambios psicológicos e ideológicos del alma nacional argentina». Para él un país necesita lengua propia, como necesita bandera propia. Y sin más, haciendo sonar una de las dos trompetas que Voltaire atribuía a la Fama, anunció el nacimiento de un nuevo vastago dentro de la gran familia neolatina: «el idioma argentino, expresión de una nueva raza, la raza argentina».

En ese libro parece haber quedado sepultada, bajo la pesada lápida de cuatrocientas páginas, la tesis del autor. Desde 1900 se ha recorrido buen trecho. Y aunque el alma de Monsieur Abeille reaparece de vez en cuando trasmigrada, la intelectualidad argentina, e hispanoamericana, aspira a rivalizar hoy con la de España en el cultivo de la lengua común. Y hay indudablemente escritores hispanoamericanos (Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas, Jorge Luis Borges) que pueden parangonarse con los mejores de la Península. Sin contar con el movimiento poético, desde Rubén Darío hasta Neruda y Vallejo. A lo que hay que agregar la rica narrativa nueva.

La lucha por la independencia lingüística era continuación, en el campo de la cultura, de la guerra contra el «realista», contra el «godo». Había, por una parte, el desconocimiento de que todo pueblo (el de Londres, el de París, el de Madrid) tiene, junto a la lengua culta, su dialecto popular y su habla familiar. Había, por otra, relajación del sentido de autoridad idiomática, y afición romántica al popularismo. Que desde 1900 se haya sepultado la tesis de Monsieur Abeille no es casualidad. No solo la conciencia lingüística, sino el habla misma, ha tomado desde entonces derroteros nuevos. En lo que va de siglo se han ido borrando los resentimientos de la guerra lejana. Las clases sociales, convulsionadas por las luchas de la independencia y, sobre todo, por la guerra civil, han dado paso a nuevas capas dirigentes. Aun a través de las vicisitudes y crisis de la autoridad política, la escuela ha ido desarrollando al menos cierto sentido de autoridad idiomática. La reforma ortográfica, por ejemplo (preconizada por una figura augusta como la de Bello), que había logrado en el siglo pasado conquistar hasta la escuela oficial de varios países, está hoy en absoluta bancarrota. Invito a ustedes a que pasemos revista a algunas tendencias del español de América, especialmente aquellas que, por lo profundas y arraigadas, han penetrado en el habla de las gentes cultas.

Uno de los cambios más extendidos es el voseo. El habla familiar de gran parte del continente no usa el pronombre *tú* (tampoco la forma *tî*), sino, con valor de singular, el antiguo pronombre de plural *vos* con la forma verbal popular de los siglos XVI y XVII. Se dice *vos amás* o *vos amáis* por *tú amas; vos tenés* o *vos tenis* o *vos tenéis* (según la región o el país) por *tú tienes,* etc. Y *tomá, vení, decíme, salí,* etc. (de *tomad, venid, decidme, salid*). Se usan estas formas de plural aun en combinación con la forma inacentuada *te* del singular, y esto ya es un desarrollo propiamente americano: *si te perdís, chifláme; golpiá, que te van a abrir; conformáte con lo que te dan.* De los sabios consejos que el Viejo Vizcacha da a uno de los hijos de Martín Fierro, quiero entresacar los siguientes:

Hacéte amigo del Juez,
No le des de qué quejarse,
Y cuando quiera enojarse
Vos te debés encoger,
Pues siempre es güeno tener
Palenque ande ir a rascarse...
No andés cambiando de cueva,
Hacé las que hace el ratón:
Conserváte en el rincón
En que empezó tu esistencía:
Vaca que cambia querencia
Se atrasa en la parición.
Y menudiando los tragos
aquel viejo como cerro,
No olvidés, me decía, Fierro,
Que el hombre no debe crer
En lágrimas de mujer
Ni en la renguera del perro.
No te debés afligir,
Aunque el mundo se desplome:
Lo que más precisa el hombre
Tener, según yo discurro,
Es la memoria del burro,
Que nunca olvida ande come.
Dejá que caliente el horno
El dueño del amasijo;
Lo que es yo, nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo:
El cerdo vive tan gordo
Y se come hasta los hijos...
Si buscás vivir tranquilo
Dedicáte a solteriar;
Mas si te querés casar,

Con esta advertencia sea:
Que es muy difícil guardar
Prenda que otros codicean.
Es un bicho la mujer
Que yo aquí no lo destapo:
Siempre quiere al hombre guapo
Mas fijáte en la eleción,
Porque tiene el corazón
Como barriga de sapo...

¿Tiende a fijarse como hecho lingüístico consumado este uso de *vos* por *tú,* concertando con las formas antiguas del verbo? No parece. El *voseo,* que estaba triunfante en España y América en el siglo XVI, que fue desterrado tempranamente de Méjico, el Perú y las Antillas (todavía quedan supervivencias en las zonas periféricas), se encuentra hoy en retroceso en casi todo el resto de América. En algunas regiones (Chile, Ecuador, Colombia) lucha ya de capa caída con el tuteo. En Venezuela solo se mantiene en los Andes, el Zulia y partes de Lara, Falcón y Yaracuy, pero ha desaparecido enteramente en el Centro y Oriente, y casi absolutamente en los Llanos (a veces subsiste aún en imperativos como *tomá,* etc., en personas ancianas). En otras, donde sigue dominando en el habla popular (la Argentina, Uruguay, Paraguay, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica), no ha penetrado en la literatura culta, y comienza a manifestarse, a veces violentamente, la tendencia a desterrarlo del trato familiar. Prueba de ello son las expresiones conciliadoras *vos te callas, tú sos,* que se oyen frecuentemente en todas esas regiones. Quizás el único país donde, a pesar de todos los esfuerzos (la violenta diatriba de Capdevila, la decisión condenatoria del Consejo Nacional de Educación), domina en forma casi absoluta en el diálogo familiar, es en la Argentina, tan orgullosa siempre de lo suyo. Y es curioso que en el resto de América se empieza a sentir el voseo (sobre todo por influencia del cine) como peculiaridad argentina.

Sin embargo, una popular revista de Buenos Aires no se llama «Para vos», sino «Para ti».

Junto al voseo, se ha producido en el sistema verbal de toda Hispanoamérica la pérdida de la persona *vosotros*. En el trato familiar no se dice *vosotros tenéis,* sino *ustedes tienen.* Esa forma ha naufragado quizá en la lucha entre el *tú,* el *vos* y el *usted.* La gente que decía *vos amás* o *vos amáis,* habrá dejado de decir *vosotros amáis* (no se oye ni siquiera en aquellas regiones hispanoamericanas que han conservado el tuteo español), quizá por exagerada reacción semicultista contra el *vos,* especialmente contra su forma verbal concordante. Pero la lengua literaria ha restablecido en América la persona *vosotros,* que, con el prestigio de las fórmulas cultas, ha quedado reservada para las ocasiones solemnes, para las ceremonias y documentos oficiales. Un hispanoamericano usaría, para ahuyentar unos perros, la exclamación «¡Salgan!» (equivalente de «¡Salgan ustedes!» o «¡Salgan vuestras mercedes!», que a un español tiene que hacerle reír. Pero la escuela enseña el uso del pronombre *vosotros,* adoptado, con cierta torpeza, sin puntería muy certera, en las formas ultracultas del diálogo teatral o en los afectados discursos y proclamas. Y en el desconcierto que se nota actualmente en el uso alternado del *ustedes* y el *vosotros* (también de *vuestro* y *os*), desconcierto común también a mucha gente culta de distintas regiones españolas (no solo Andalucía), puede observarse la tendencia a restablecer la forma perdida, al menos en la lengua escrita.

La pérdida de la persona *tú* y de la persona *vosotros* (la segunda persona del singular y del plural) refleja un trozo de historia hispanoamericana, testimonia una crisis profunda en las relaciones con el prójimo inmediato (la mujer, los hijos, los amigos), dentro de las relaciones familiares y sociales de la conquista y la colonización. Este cataclismo del *tú* (uno y múltiple), cataclismo gramatical y sin duda también cultural y social, se desarrolla durante varios siglos. Y el retorno paulatino y triunfal de las formas más generales no solo es expresión de una nueva ola hispanizante en la lengua, sino de nuevas relaciones culturales y sociales.

En ningún género de palabras podía manifestarse más claramente que en las fórmulas de tratamiento la conmoción social de la colonia. Algo semejante a lo que en el sistema verbal pasó con el *tú* y el *vosotros* se observa en el destino del tratamiento de *don.* El *don* era disputado privilegio. ¡Las amargas burlas que debió soportar un gran ingenio del siglo XVII, el mejicano Juan Ruiz de Alarcón, por haberse atrevido a anteponer a su nombre un *don* que, según parece, le correspondía legítimamente! En América ese privilegio debió, muy pronto, ser más accesible que en España. La Real Cédula de «Gracias al sacar» de 1795 concedía el distintivo de *don* por mil reales de vellón y la de 1801 por 1.400, y consta que aún se compró en Lima en 1818 por esta alta cantidad. En Cuba podían adquirirlo los negros, como premio de relevantes servicios. La revolución hispanoamericana debió hacer gratuita la adquisición de tan preciado título, lo que, por otra parte, sucedió también en España. Pero la democratización del *don* fue tan general y rápida en Hispanoamérica, que, en menos de un siglo de evolución lingüístico-cultural, ha venido a ser tratamiento extendido a todas las clases sociales, y *doña* ha llegado a transformarse en sinónimo de «india» en el Ecuador (como en el Brasil). Obsérvese que si el *don* se ha depreciado muchísimo, el *doña* (¡oh eterno femenino!) es en algunas regiones ofensivo y hasta insultante. Y aun así, el tratamiento, democratizado como en España, tiende a imponerse de nuevo en nuestros países (ya lo consignaba Cuervo en su tiempo) por la influencia expansiva de la lengua escrita.

Esa misma influencia de la lengua escrita ha hecho desaparecer casi por completo, de la pronunciación de la juventud urbana de la América hispanohablante, la diptongación antihiática *(máistro, páis, máiz, pión, rial, pueta),* arraigada en las generaciones anteriores. Esa pronunciación se oye aún hoy en momentos de afectividad, pero ha sido desterrada ya del habla de las personas cultas, aunque en algunos casos había penetrado en la poesía y parecía triunfante en casi toda América y gran parte de España.

Veamos los dos hechos más importantes de la pronunciación hispanoamericana: el yeísmo y el seseo. Los dos están desigualmente arraigados. El yeísmo (la pronunciación *cabayo,* con variantes de *y*) no se da en toda América. La *ll* castiza se conserva en el habla popular de grandes regiones: en Bogotá y gran parte de la meseta colombiana; en partes de la meseta ecuatoriana y peruana; en Bolivia y todo el Paraguay; en partes del norte y sur de Chile, y en las regiones periféricas de la Argentina (Misiones y Corrientes, la Rioja y Catamarca, y partes de San Juan y Jujuy). La gente culta del Ecuador (en la Sierra al menos) la pronuncia con facilidad, y aun la gente del pueblo. La escuela trata de enseñarla en muchas partes, al menos en la lectura y el dictado, y a veces se mantiene —luchando con dificultades de articulación y con pronunciaciones falsas o afectadas como *cabal-yo*— en la declamación, en la oratoria, en el teatro. Sin embargo, es posible que la igualación *ll-y* represente una tendencia hispánica general de carácter progresivo. Se ha generalizado paralelamente en gran parte de la Península Ibérica, sobre todo en las grandes ciudades, incluyendo Madrid, Toledo y Salamanca, y quizá la unificación hispánica se produzca a favor del yeísmo. La pronunciación tradicional de la *ll* se toma, en Lima por ejemplo, como signo de habla *serrana.*

Más fuerte es la reacción contra la aspiración y pérdida de la *s* final de sílaba o de palabra (*pehcado, ehpía, lo fóforo,* etc.), que se considera rasgo familiar o vulgar. O contra la pérdida de las consonantes implosivas de los grupos cultos (*otubre, dotor, cásula, ojeto, efeto, ación,* etc.). O contra las confusiones de *r* y *l* (*dotol, sordao,* etc.). O contra la pronunciación asibilada de *rr* o del grupo *tr* (*carro, tres,* etc.). En el terreno de la fonética el habla hispanoamericana se mantiene inconmovible en un solo cambio: el seseo. Aunque se han señalado últimamente algunos islotes hispanoamericanos de ceceo *(zí zeñor),* lo general en el habla urbana y culta de toda Hispanoamérica es el seseo, o igualación de *s* y *z-c* (*sí, ciencia, civilización, azul,* etc.) en una *s,* que es distinta en cada región y que tampoco tiene el matiz de la *s* de Castilla. Esa *s* no solo diferencia al habla hispanoamericana de

la española, sino que presta su modalidad específica al habla de cada región (un andino de Venezuela se diferencia del resto de los venezolanos por su *s*). Es raro el gramático o purista hispanoamericano que se haya atrevido hasta ahora a reivindicar la pronunciación de la *z,* y menos aún la articulación castellana de la *s.* El hispanoamericano que en conferencias solemnes se atreve a pronunciar la *z* de Castilla recoge desdeñosas sonrisas. Y a pesar de ello, en el teatro culto de Méjico, en conferencias académicas de Caracas, en las recitaciones y lecturas de Puerto Rico, se está usando la *z.* ¿Será posible que así como la articula, al menos en sus discursos, el sevillano culto, la llegue a pronunciar en el porvenir el hispanohablante de América, que comienza a tener, con pasión de neófito, el fanatismo, tantas veces exagerado, de la corrección? Más bien parece que hay que considerar el seseo, salvo casos individuales, como un hecho consumado.

Ese fanatismo de la corrección, el prestigio, a veces fetichista, de la letra escrita y la lucha contra el vulgarismo han restablecido en la Argentina, por ejemplo, la pronunciación *-ado* de los participios (*cuidado, contado*, que el castellano culto pronuncia *cuidao, cantao*) y ha estado a punto de imponer la pronunciación de la *v* labiodental, la clásica *«v de vaca»,* inexistente en castellano. Así, a niños de muchas partes de América se les oye proclamar, con sus pronunciaciones *cuidado, vivir,* el triunfo de la palmeta gramatóloga del maestro.

El habla hispanoamericana tiende también a la pérdida de las formas *amase, tuviese,* etc., del subjuntivo, reemplazadas, como en gran parte de España, por las formas *amara, tuviera,* etc., del antiguo pluscuamperfecto de indicativo. Pero la lengua literaria trata de contrarrestar esa tendencia restableciendo, con redoblado prestigio, las formas en *-se,* así como las del futuro de subjuntivo *(amare, quisiere),* desaparecidas casi enteramente del lenguaje popular. También el futuro sintético de indicativo (*cantaré, comeré,* etc.), en decadencia ante las formas analíticas (*voy a cantar, he de cantar,* etc.), se oye de nuevo en el habla culta y familiar, manteniendo su valor esencial en el repertorio expresivo de la lengua.

Con el desgaste general de la forma pasiva, producido en América a un ritmo más rápido que en la Península, se ha llegado a una situación compleja; por un lado se dice, y se escribe, *se vende naranjas* «se venden naranjas», *se alquila casas* «se alquilan casas» (construcciones reflejopasivas), por sentirlas el hispanoamericanismo de algunas regiones (en Venezuela no) como meras frases impersonales o por traducirlas de lenguas como el francés (alrededor de esta cuestión hubo, también en España, animadas polémicas); por otro lado, la influencia de los esquemas gramaticales mantiene a veces, sobre todo entre la gente que carece del sentido patrimonial del idioma, frases como «es prohibido fumar» *(se prohíbe* o *está prohibido),* que atentan contra el espíritu actual de la lengua. En ambos casos las formas consagradas por las autoridades literarias penetran, con vivo impulso, en el habla culta. Si hasta se está generalizando la idea de que el loísmo de acusativo *(lo quiero a Carlos),* que es lo etimológico, lo tradicional y legítimo, general en América, es incorrecto porque la lengua de Castilla está generalizando el leísmo *(le quiero a Carlos),* una innovación que empezó siendo bárbara y que hoy está impuesta, aunque no con carácter excluyente, en la lengua de gran parte de España.

Pero no solo eso. El prestigio de la letra escrita, junto a la falta de sentido innato del idioma en gran parte de la población, impone en la lengua familiar expresiones reservadas en España al lenguaje literario: un español se va a cortar *el pelo,* un argentino se corta con frecuencia *el cabello;* un castellano nos presenta *su mujer,* un hispanoamericano nos dirá muy ceremoniosamente: «Le presento a usted mi señora», o bien «mi esposa», cuando no su «señora esposa». Es frecuente que una mujer hispanoamericana del pueblo nos hable del esposo (le parece preferible tener *esposo* que *marido*). Un español enamorado, y aunque no lo esté, podrá decirle a su dama: «¡Te quiero!»; no es raro que en oportunidad análoga diga un hispaonamericano, con la emoción de circunstancias: «¡Te amo!». En la Argentina, por ejemplo, se considera más fino tener *temperatura* que *fiebre,* y pasa por vulgar el verbo *escupir* (los carteles dicen «se prohíbe *salivar*

en el suelo», y hay *salivaderas*) o el verbo *sudar* (se usa *transpirar*); o el *sudor,* y hay que ganarse el pan con la *transpiración* de la frente.

América ha recibido el idioma español no como una suma fija de fonemas, morfemas y semantemas, sino como un sistema vivo y coherente. El hispanohablante ha tenido que satisfacer sus necesidades expresivas dentro de ese sistema, a menudo en forma divergente en las distintas regiones. Cada país tiene, por ejemplo, sus propios postverbales (en la Argentina *desbande* por *desbandada,* en Venezuela y otras partes el *desespero* por la *desesperación, el relajo* por la *relajación,* etc.) o ha sustantivado formas distintas del participio (*el llamado* por la *llamada* o *el llamamiento,* etc.). Cada región ha desarrollado, poniendo en cada caso distintos matices afectivos, su propio sistema de aumentativos y, sobre todo, de diminutivos (*amigazo, buenazo, querendón* en la Argentina y otros países; *reciencito, mismito, adiosito, apenitas, yaíta, ahoritita,* etc., en muchas regiones; *estico, unito, al airito* en la sierra del Ecuador; *momentico, ahoritica,* etc., en Santo Domingo, Cuba, Costa Rica, Venezuela, etc.). Este sentimiento del idioma como sistema explica que el hispanoamericano diga *el vuelto* para no confundir «lo sobrante de una cantidad de dinero al hacer un pago» con «la vuelta» de una calle o «la vuelta» al hogar. Pero de los muchos casos existentes quiero referirme a uno, de actualidad periódica. La única rama de la producción industrial que en nuestros períodos de crisis presenta auge es la producción de trabajadores... sin trabajo. El indoeuropeo o el latín, verdad que eran lenguas de épocas mucho más atrasadas, no nos habían dado ninguna expresión para designar al sin trabajo. Había, pues, que crear. En España predominó la idea de «cesar», de «detenerse», y le llamaron *parado.* Pero en casi toda América *parado* es «el que está de pie», aunque trabaje de sol a sol en plantaciones y minas. Hubo que recurrir a otra imagen, y se dijo en unas partes *desocupado,* en otras *desempleado.* Tenemos, pues, *parado, desocupado, desempleado,* lo cual constituye evidentemente un caso de super-producción. ¿Cuál irá a imponerse? Las vinculaciones entre el movimiento obrero tienden a generalizar los tres términos. Quizá

triunfe el español, quizá los hispanoamericanos, quizá los tres, enriqueciendo así la capacidad expresiva de la lengua. A no ser que el progreso social haga completamente superflua la palabra, resolviendo así, como Alejandro resolvió el nudo gordiano, este grave problema... lingüístico.

Como era lógico, en el español de América debían decaer o morir (la eterna ley de entropía) muchas expresiones de la lengua general. A veces, por causas fonéticas: se dice *cocinar* el pan o *cocinar* el puchero, y no *cocer* el pan o el puchero, evitando la cómica homonimia con *coser;* no dirá un cazador que se va a *cazar,* sino que va *a cacería* o *de cacería;* igualmente se restringe o se pierde el uso de *cebo, acecinar, sima, abrasar, poso, cegar,* etc. Pero se manifiesta también, a cada paso, la ley de la creación o de la evolución semántica. Donde esta evolución alcanza a veces contornos casi dramáticos es en ciertos términos de los que no quiero ni puedo acordarme, que el carácter de las relaciones amorosas de la colonia ha teñido (en la Argentina y en gran parte de América) de ciertos valores, o «desvalores», desplazándolos enteramente del lenguaje social. No he de citar ejemplos, pero quiero, sí, mencionar un caso de creación metafórica popular. Nuestra palabra *músculo* procede, como se sabe, del latín *muscülus,* que significaba «ratoncillo». ¿Cómo podían los romanos ver en el músculo, en el bíceps, por ejemplo, el músculo por antonomasia, la imagen de un pequeño ratón? Mas he aquí el pueblo de Costa Rica, para designar el molledo del brazo, el bíceps, recrea la imagen latina, emplea la misma palabra *ratón,* testimoniando, a través de un par de milenios, la identidad fundamental de la retina humana (la imagen tradicional se conserva también en el *morcillo* español). Con todo, la lengua literaria hispanoamericana no ha perdido voces como *cocer, acecinar, sima, cebo, coger,* ni se ha impuesto *ratón* con la significación de bíceps en el habla culta de Costa Rica.

La tendencia hispanizadora se nota también en el aporte extrahispánico. Si encontramos decenas de indigenismos *(cacao, chocolate, canoa, maíz, tomate, patata, caucho, quina, coca, chicle, hamaca, tobogán,*

carey) en casi todas las lenguas de Europa, ¿sería extraño que el español de América estuviera inundado de indigenismos? Sin embargo no sucede así. Hay países donde el indio aún predomina (Perú, Bolivia, Ecuador, Guatemala), o donde constituye una parte considerable de la población (Méjico); hay regiones donde se han desarrollado verdaderas lenguas de relación hispanoindígenas, de carácter provisional (regiones bilingües, de densa población indígena), y sin embargo, en el habla general de los hispanohablantes la influencia indígena —el sustrato indígena, para decirlo en términos lingüísticos— es relativamente pequeña (se refleja sobre todo en el léxico) y se halla en continuo retroceso. El español, en cambio, penetra cada vez más en las lenguas indígenas, misionero de la cultura conquistadora, desterrando sus expresiones tradicionales. Es verdad que Lenz, el gran filólogo de Santiago de Chile, pudo, con rigor científico, formar un voluminoso diccionario de más de 1.600 indigenismos del español de Chile (agregando los derivados suman más de 2.500). Pero esa valiosa obra tiene un valor de registro: todos esos indigenismos existen, para usar las expresiones consagradas por Ferdinand de Saussure, en la *langue* (el repertorio de la comunidad social), pero no en la *parole* (el lenguaje como «acto individual de voluntad y de inteligencia»), en la lengua, pero no en el habla. En algunas regiones el léxico indígena tiene verdadera importancia; en otras es insignificante. Grossmann cree que solo unos ochenta indigenismos se emplean en el español de la Argentina, pero puede afirmarse que los que no son nombres de animales o de plantas americanas se encuentran en paulatina desaparición. Y es sobre todo en este terreno —nombres de plantas, árboles, flores, insectos, pájaros, peces y animales salvajes— donde se manifiesta la originalidad de la naturaleza del Nuevo Mundo y la aportación indígena de valor más permanente.

Pero aún en este terreno ha sido muy frecuente que los objetos nuevos recibieran nombres viejos. Ni el león americano es león ni el tigre es tigre. Ni el roble, el cedro, el arrayán, el castaño son lo mismo en Europa. Ni la avellana, la ciruela, el manzanillo o el azafrán. Ni

aún menos el níspero. El pavo, de origen americano, se llamaba en Méjico *guajolote* (del *náhuatlhuaxólotl*), en Guatemala *chumpipe,* en Cuba *guanajo,* en Colombia *pisco,* etc. Cada país tenía además una serie de designaciones regionales: en Méjico *cócono, totole, pípilo, guíjolo, güílo, jolote, chumpipe, conche, cóbore, picho* y muchas más. El conquistador europeo lo llamó *gallopavo* o *gallipavo,* por su parecido con el pavo europeo (de origen asiático), con el *pavo real,* de donde el nombre moderno de *pavo*. La voz española vino a poner unidad en la inmensidad inasible de la nomenclatura indígena. No ha logrado desterrar del todo, sin embargo, los viejos nombres, ni es necesario.

Ejemplo análogo es el de *ananá*. Colón lo conoció en la isla de Guadalupe, en su segundo viaje, y por su analogía con el fruto del pino, lo llamó *piña*. En América había para designarlo un centenar de nombres distintos, según la variedad y según la lengua. Uno de esos nombres era *naná* en el guaraní o tupí del Brasil. Los portugueses lo adaptaron en la forma *ananá, ananás* (con aglutinación de la *a* del artículo femenino). Es el nombre que a través del portugués penetró en francés, alemán, holandés, danés, sueco, italiano y llegó hasta la India. Del Brasil pasó a la Argentina y a Chile. Pero lo paradójico es que en el Paraguay, la región guaranítica por excelencia, haya triunfado, como en casi toda América, la designación española de *piña*.

Aun lo indígena necesita muchas veces el visto bueno, la legitimación de la lengua general. El conquistador español se encontró en las Antillas con el *maní,* y este nombre lo llevó a otras partes del continente. Cuando llegó a Méjico oyó que los indios lo llamaban *cacáhuatl,* de donde *cacahuate,* como se llama hoy en Méjico. Pero el castellano amoldó la terminación, extraña dentro del sistema de la lengua, a la otra palabra, el arabismo *alcahuete,* y *cacahuete* se generalizó en España. ¿No hay hoy mejicanos que creen que deben decir *cacahuete* y no *cacahuate*? Ejemplo más elocuente aún es el de papa. En España dicen *patata* y hay quienes miran por encima del hombro a los pobres americanos porque estropean nuestra lengua y dicen *papa*. Pero *papa* es la forma legítima, del quechua, y el *patata* castella-

no (que ha dado el inglés *potato*) representa un cruce, una confusión entre la *papa* y la *batata,* otro gran producto americano, el *camote* o papa dulce, procedente de las Antillas. Pues bien: comienza a haber escritores hispanoamericanos que escriben *patata* y academizantes que consideran inaceptable la palabra *papa.* ¿Sería difícil que con el tiempo desapareciera del lenguaje hispanoamericano? Sin embargo, últimamente se ha producido en toda América una reacción a favor de lo indígena, cierta rehabilitación de lo autóctono. De todos modos, en la lengua no siempre triunfa lo legítimo. Dios está con los ejércitos más fuertes.

La misma tendencia hispanizadora, con las consiguientes exageraciones, se manifiesta hacia el aporte africano (realmente escaso, aun en las Antillas) y en la porfiada lucha contra el galicismo, que llegó a alcanzar los caracteres de una verdadera Guerra Santa. Desde que Montalvo, el gran escritor ecuatoriano, dijo (hacia 1870) que «el castellano de hoy no es sino el francés corrompido» (léanse para ejemplo las novelas de Cambaceres, un discípulo argentino de Zola), hasta hoy, en que voces impuestas en casi todas las lenguas del mundo, como *constatar, control, rol, banal,* etc., tienden a evitarse hasta en el lenguaje periodístico —hay rígidos censores que les han declarado la guerra a muerte—, se ha andado un buen trecho.

Lo mismo pasa, en las regiones de inmigración italiana, con el italianismo. Es verdad que en ciertos arrabales de Buenos Aires se habla aún, ya venida a menos, una jerga gringo-criolla, el *«cocoliche»,* del que tenemos muestras pintorescas en el sainete criollo. Pero esa habla tiene un valor social muy limitado. El hijo de italiano se siente, por la obra asimiladora del medio y de la escuela, divorciado del padre, y con una exaltación nacionalista que delata muchas veces al recién llegado. El «cocoliche», el «tano», el «grébano», con sus hablas mixtas, pasaron a enriquecer el teatro cómico y la literatura de arrabal. El italianismo, que había penetrado profundamente en el habla familiar de todas las clases sociales (sobre todo *chau* «adiós, hasta luego», *cachar* «coger, tomar el pelo», *farabute* «pobre diablo», *manyar*

«comer», etc.), y hasta, en proporciones mucho menores, en la literatura, se encuentra en retroceso. La lengua tiene poderosas defensas contra toda intromisión extraña. Además, el aporte inmigratorio italiano ha disminuido en los últimos tiempos. El organismo idiomático tiene un compás de espera para restablecer su equilibrio vital.

¿Y el inglés? Hace sesenta años se preguntaba Rubén Darío: «¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?». La pregunta parece hoy más justificada que entonces. En los territorios de Nuevo Méjico, Arizona, Colorado, California y Tejas, arrancados a Méjico en 1848, el inglés está en evidente superioridad, y los restos de la antigua población mejicana hablan una lengua mixta, inundada de anglicismos; en esta vieja región hispánica la batalla la ganará indudablemente la lengua inglesa. Es distinta la situación en Puerto Rico, casi estado de la Unión: el inglés, después de ochenta años de ocupación americana, inunda no solo el léxico, sino hasta la sintaxis del habla urbana; pero el espíritu de independencia y el ideal cultural de las clases superiores mantienen la integridad y la belleza de la lengua literaria; en Puerto Rico es quizá donde tiene más bríos la tradición española. La invasión de anglicismos es grande en todas las Antillas, en Méjico, en Centroamérica (sobre todo en Panamá) y en Venezuela. Pero es más que nada un anglicismo del deporte y de la técnica, del cocktail y de los negocios, incluyendo el pegadizo *okey* que tantas personas vulgares consideran signo de refinamiento. Ese anglicismo (mejor sería llamarlo norteamericanismo) está limitado a ciertas esferas inferiores de la lengua. No llega casi nunca a la literatura, y hay contra él una reacción violenta parangonable a la que hubo hace un par de generaciones contra el galicismo. No creo que haya que alarmarse. La lengua se enriquecerá y quedará en ella lo que sea necesario. En el resto de América (en la Argentina, por ejemplo) esa influencia no es mayor que en España. Y tiene que haber necesariamente influencia, porque las lenguas reflejan el papel que desempeñan sus pueblos en la vida del mundo. Cuando la cultura francesa (la Ilustración, la Enciclopedia, la Revolución, el romanticismo, el

naturalismo, el simbolismo, etc.), llenaba con el fulgor de sus obras el mundo, había quienes se alarmaban de los galicismos. Hoy ya nadie se inquieta por ellos. Pero ahora que Inglaterra y los Estados Unidos tienen un papel tan importante en la política internacional, en las finanzas, en la industria y en la cultura, ¿puede nadie inquietarse por la penetración de unos centenares de palabras, casi las mismas en todas partes?

Vemos, pues, que, lejos de tender el español de América a la independencia lingüística, se orienta cada vez más hacia la unidad. Un escritor argentino (el general Lucio V. Mansilla), muy fino, aunque un poco diletante, pudo vanagloriarse humorísticamente, parodiando unos versos de Iriarte: «Si otros hablan la lengua castellana, yo hablo la lengua que me da la gana». Pero ya Unamuno decía que en Colombia, por ejemplo, «se escribe, en general, un castellano mucho más castizo que en España». Lo cual no sabemos si es enteramente justo.

Al pronosticar Cuervo la independencia del español de América, afirmaba los siguientes hechos: la literatura española era casi desconocida en nuestro continente; la vida espiritual hispanoamericana se alimentaba en fuentes que no eran españolas; la influencia de la que había sido metrópoli iba debilitándose cada día; la tradición literaria y lingüística decaía, incapaz de resistir a las influencias exóticas; eran escasas las comunicaciones entre pueblos tan diversos y tan distantes; dominaba el desdén por la metrópoli; los puristas veían sus esfuerzos condenados a la impotencia; se infiltraba arrolladora la inmigración extranjera y no existía ninguna norma reguladora. ¿Es acaso éste el panorama que se puede presenciar hoy, a unos setenta años de los vaticinios agoreros del filólogo colombiano?

Hemos visto en el desarrollo lingüístico de los últimos tiempos la tendencia a una creciente hispanización y el paso de la tradición hispánica popular de los siglos XVI y XVII a la realidad hispánica culta del presente. Ello solo ha sido posible por la obra general de la cultura, que debía expresarse forzosamente en el cultivo de la lengua; por la difusión cada vez mayor de la literatura española, cuyo re-

florecimiento magnífico desde la generación del 98 —tras la relativa esterilidad neoclásica y romántica— le prestó alas para atravesar el Océano; por la constante vinculación entre la vida intelectual, universitaria y periodística de España y América. Compañías teatrales españolas (Guerrero-Mendoza, Catalina Bárcena, Lola Membrives, Margarita Xirgu) han recogido ovaciones triunfales en todos los países de Hispanoamérca. Actores y actrices de la Argentina (Camila Quiroga, Enrique de Rosas, Berta Singerman) han triunfado en Madrid, donde se acoge con entusiasmo la nota de colorido regional y se ha aprendido a cantar el tango con entonación de arrabal porteño. Periodistas hispanoamericanos se destacan en el periodismo peninsular, mientras que la gran prensa de nuestra América se disputa las mejores plumas españolas. La radio y el cine vienen en nuestros días a multiplicar el milagro de la palabra articulada. Aumenta también —y no podía ser de otro modo en nuestro tiempo— el intercambio entre el movimiento político y sindical español y el hispanoamericano, que ha recibido de la Península la herencia anarcosindicalista. Las editoriales de Buenos Aires y de Méjico compiten ya con las de Madrid. El escenario cultural español se agranda día a día. Podían los españoles hace treinta años quejarse de que el libro francés era aún preferido, podían los hispanoamericanos afirmar amargados que había más interés por nosotros en París que en Madrid: lo cierto es que el movimiento del último tiempo se produce hacia el acercamiento, hacia la convergencia. El impulso está dado y parece que nada ni nadie lo detendrá.

Se ve, pues, que la realidad histórica ha defraudado a los comparatistas que auguraron al español de América el destino que cupo al latín en las regiones aisladas y barbarizadas de la Romania. «Parece —dice Vossler— que los idiomas europeos se están helando en el curso de los últimos siglos, hecho notable y asombroso, ya que podría desmentir el optimismo de muchos lingüistas, demasiado presurosos al identificar el proceso de los idiomas con el de la civilización y el pensamiento». Vossler lo explica por el intenso y febril trabajo

de conservación: las tendencias destructoras o renovadoras y las restauradoras o conservadoras se contrapesan. «El período idiomático actual —continúa— es de *movilidad estable,* de solidez elástica... Parece que no hay movimiento lingüístico y, al contrario, el movimiento se ha hecho más intenso, más general y más diverso que en la época bárbara en que tuvieron lugar las transformaciones catastróficas, fonéticas, flexivas y morfológicas, que dieron lugar al surgimiento de los idiomas románicos y germánicos. He aquí un verdadero progreso lingüístico que solo se manifiesta como pura fuerza de inercia».

Pero entendámonos. Si en el desarrollo lingüístico de la América hispanohablante no podemos menos de reconocer, sobre todo en el habla de las clases cultas, una creciente tendencia hispanizadora, ello no significa que esa tendencia consista indefectiblemente en adoptar el término peninsular, en desterrar la creación americana. Las lenguas no se estancan, por más esfuerzos que hagan las empresas de momificación. Cuando decimos que el español de Méjico o del Perú tiende a hispanizarse cada vez más, no queremos decir que el habla ha de ser igual en la ciudad de Méjico o de Lima que en Madrid. Nada sería más falso, nada se opondría más a la naturaleza misma de la lengua. Si no son iguales el habla de Madrid, Sevilla y Salamanca, si no es igual el habla de Unamuno a la de Baroja, si cada persona tiene, en rigor, su habla propia, conformada por su propia vida afectiva y consciente, por las condiciones materiales y espirituales en que se desarrolla, por su experiencia vital, ¿cómo podría ser igual a la de España el habla de diecinueve repúblicas alejadas de la antigua metrópoli, y entre sí, por la inmensidad del Océano y de sus llanuras y montañas? El mejicano, el argentino, el colombiano podrán hablar la lengua culta de Castilla, podrán enseñarla en las escuelas y universidades, podrán articularla en el teatro o en el film, pero al modular en las formas de expresión de su lengua la concepción o la emoción más íntimas, le infundirán su propia alma, su propio estilo. En ello consistirá siempre la diferencia fundamental entre el habla peninsular y la de las distintas repúblicas hispanohablantes. El

alma del indio, del negro, del inmigrante, la historia de la conquista, de la colonización, de la independencia y de la guerra civil agregan una nueva nota, ponen un nuevo matiz emocional en el habla de las naciones hispanoamericanas, matiz que tienen también, por sus condiciones materiales y por su historia, las distintas regiones de la Península Ibérica.

En materia de lenguaje, el imperialismo es tan agostador como la autarquía. La garantía de unidad lingüística en el inmenso territorio hispánico no la puede proporcionar jamás la obediencia ciega, la tiranía, sino la marcha paralela de la cultura y de la lengua, la evolución concordante de todas las regiones hispánicas. Se españoliza el español de América, pero también el de España se «americaniza». Cien palabras indígenas de uso cotidiano, son hoy españolísimas. Algunas tan increíbles como *butaca,* un taburete de los indios de Venezuela. O como *enaguas,* una manta de algodón que llevaban las indias antillanas hasta las pantorrillas o los tobillos. O como *campechano,* que designa una virtud que no puede ser más hispánica, de *Campeche*. O para designar una institución social, como *caciquismo*. Los pelotaris y futbolistas han introducido en España la palabra *cancha*. Unamuno apadrinó, sin mucho éxito, el uso del argentinismo *macana*. Y sin apadrinarlo nadie, cundió modernamente, hasta hacer estragos, el mejicanismo o cubanismo *rajarse,* y el *macho o* el *machote*.

Rubén Darío, un centroamericano, penetra como gran señor en la literatura española. El tango argentino, la canción antillana o mejicana, el teatro, la literatura, hoy también el cinematógrafo, las múltiples formas de la moderna vinculación cultural, política y económica entre los pueblos, y en los últimos treinta años la acción de los grandes núcleos de españoles emigrados, núcleos representativos de toda la grandeza española, tienden a favorecer un desarrollo coherente y paralelo, a mantener la unidad viva de una lengua en cuyos dominios no se pone nunca el sol.

Este problema de la lengua se reproduce en el de la formación cultural ¿Seguirá la lengua tendencias centrípetas y la cultura tenden-

cias centrífugas? ¿Será la lengua hispanoamericana, y la cultura, en cambio, indoamericana? ¿O irán a constituir nuestras repúblicas una América latina cosmopolita, moldeada por el genio tutelar de Francia?

Extendamos la mirada hacia Hispanoamérica. Veremos en las temporadas teatrales y líricas las mejores compañías, los mejores actores, los mejores músicos, los mejores dirigentes del arte europeo. Veremos florecer sociedades wagnerianas y orquestas filarmónicas. En filosofía, sociedades neokantianas o neohegelianas. La última palabra de Europa (Freud, Spengler, Keyserling, Einstein, Scheler, Dilthey, Husserl, Heidegger, Sartre) despertando ecos vivos. La literatura y la música rusas. El último ismo (expresionismo, cubismo, ultraísmo, dadaísmo, futurismo, simbolismo, superrealismo, abstraccionismo) provocando enconadas batallas en los cenáculos literarios y artísticos. En el vestir, el último, el más elegante figurín de París. En economía y en política superproducción e infra-consumo, fascismo y comunismo. Sin excluir, claro está, las formas más rebuscadas de «la dolce vita».

Pero no nos engañemos. Son las luces de la gran ciudad. Alguien ha dicho que el viajero que se aleje de los grandes centros urbanos para dirigirse hacia el interior del continente hará no solo un viaje a través del espacio, sino también, con mayor rapidez, a través del tiempo. Avanzará centenares de kilómetros para retroceder simultáneamente centenares de años. El panorama cobrará entonces otros tonos.

Toda la vida política y cultural de Hispanoamérica, todo su doloroso drama histórico, reposa en ese dualismo entre el interior y la ciudad. Mientras las entrañas profundas de nuestro continente siguen viviendo en el siglo XVI, el cerebro urbano ha adoptado los moldes modernos, y hasta modernistas. Mientras las ciudades cosmopolitas y europeizantes ensayan en poesía, en música, en el lienzo, las formas refinadas, herméticas, del arte de la última media hora, el campo sigue cantando la copla y el romance de la Edad Media española, conservados, con milagrosa fidelidad, desde California hasta la Argentina, y reflorecidos, bajo nuevas circunstancias históricas,

frente a una naturaleza y un mundo nuevos, en la poesía gauchesca del Río de la Plata, en las canciones cholas de Bolivia, en las poesías guasas de Chile, en las coplas llaneras y corridos de Venezuela y de Colombia, en las canciones del jíbaro puertorriqueño, en los corridos de los charros y en las canciones de los léperos mejicanos.

Podrá vanagloriarse a menudo Hispanoamérica de su espíritu progresista en el siglo XIX. Podrá haber adoptado en su política el ideario de los enciclopedistas y el modelo democrático de la Constitución norteamericana. Pero la profunda realidad social no ha sido la república democrática, sino el caudillismo semifeudal. Con la Constitución o contra ella, ha dominado el caudillo (el castizo caudillo de la eterna historia española), como en España el *cacique*. El cuartelazo es hermano —¿mayor o menor?— del pronunciamiento. Si España ha contado con la omnipotencia del general, no es ciertamente carestía de generales la causa de los males hispanoamericanos. El latifundista español —he aquí una llaga viva— se ha visto aumentado y corregido por el hacendado mejicano, el estanciero argentino, el gamonal del Perú. Podrá nuestro Código, nuestra ley, ser de origen francés. Pero la trampa, más real que la ley, es profundamente hispánica. La misma reviviscencia del espíritu español, con notables arcaísmos, en el predominio del individualismo (el indígena había creado culturas de tipo colectivista) o del personalismo —el sentimiento de la dignidad de la persona—, y en relación con ello el valor del trato cordial y amistoso y de la relación llana y abierta de hombre a hombre. El mismo menosprecio de la actividad comercial e industrial y el primado de los valores morales y espirituales frente a los económicos. La misma reviviscencia hispánica en la posición social y familiar de la mujer (¡nuestra sacrificada mujer hispanoamericana!), en la ausencia de una verdadera vida familiar y social. La misma tristeza, el mismo «sentimiento trágico de la vida». La civilización, el progreso, lo exterior, será cosmopolita. La Cultura, lo profundo, lo anímico (hablo de la vida histórica de los pueblos, no de los individuos), es profundamente hispánica. Nos habremos vestido el traje europeo perfeccio-

nando a veces su línea o adornándolo otras con ostentosas plumas indígenas, pero todo lo que bulle detrás de la tela es, desde Méjico a la Argentina, con matices variados, bullir de sangre española.

¿Y cómo se explica que pequeños puñados de población hispánica, al disolverse en la inmensidad americana, hayan plasmado hasta tal punto el alma histórica de un continente, le hayan impreso en tal grado el sello inconfundible de su personalidad? Es que la conquista y la colonización significaron, junto al triunfo de las armas, la imposición de las instituciones económicas, políticas, religiosas y jurídicas de España. En suma, la imposición de toda su cultura. La historia hispanoamericana, colonial e independiente, se ha movido hasta ahora dentro de los moldes orgánicos de la herencia peninsular. ¿Y el indio? Ya sé que hay seductoras filosofías indianistas. Pero no creo en tanta belleza. Ni siquiera la tristeza que Keyserling encontraba en el argentino, que otros dan como característica del mejicano, ni siquiera esa tristeza es indígena. Quizá haya un matiz suyo en esa tristeza, como en la cultura, como en la entonación del habla hispanoamericana. Pero solo un matiz de estilo, solo entonación. A veces ha parecido surgir su voz, pero repetía palabras ajenas, o era tema en manos extrañas. La revolución mejicana pareció abrirle el pórtico de la historia. Pero las puertas se cerraron en seguida. Fuera de su legítima aspiración a poseer la tierra que trabaja, a una mayor justicia social, al pleno reconocimiento de su dignidad humana, es posible que su hora, como protagonista de la historia hispanoamericana, haya pasado ya. Salvo en escala regional, o como aportación folklórica.

Evidentemente, no han de repetir los países hispanoamericanos la lenta evolución de cinco siglos post-renacentistas. Nuestra América ha nacido millonada, ha dicho alguien. Y todo su proceso político y cultural consiste hoy en llenar en años el abismo de siglos para penetrar, con su propia elaboración, dentro del ámbito de la cultura moderna.

El *Martín Fierro*, el popular poema argentino, continuaba la tradición hispánica popular de los siglos XVI y XVII. Rubén Darío ha sido el poeta cosmopolita de nuestra América. Quiero ver el símbolo

de la evolución actual (el símbolo y no la realización) en una gran obra de la literatura argentina, hispanoamericana o española: *Don Segundo Sombra* de Güiraldes. Se manifiesta en ella el dualismo entre el resero, entre el gaucho que vive la vida de la pampa y el poeta nuevo que contempla, con emoción refinada en el crisol de Europa, su vida de ayer. Sin duda, en *Don Segundo Sombra* no está lograda aún la síntesis definitiva, pero ¿está lograda acaso en la vida económica, política y cultural de la Argentina, de toda Hispanoamérica?

Se han acumulado alrededor del problema de la lengua y de la cultura de Hispanoamérica pasiones nacionales. La historia ha ido borrando en este terreno las fronteras continentales y oceánicas. Pero se han acumulado también intereses imperiales. Una lengua es norma, es un «contrato social» tácito entre el hablante y un interlocutor único o múltiple. Si el hispanoamericano aspira a que su voz llene todo el ámbito hispánico, ¿a qué norma se atendrá? Lo ha dicho un poeta argentino: la capital de la lengua española estará allí donde florezcan sus mejores poetas. No solo la capital de la lengua. La capital cultural, la capital del mundo hispánico, «el meridiano intelectual de Hispanoamérica» (para decirlo en términos que encontraron eco rebelde en todos nuestros países) estará allí donde los escritores y pensadores de lengua española sepan levantar los mejores monumentos de emoción y de pensamiento, donde sus políticos y estadistas sepan dar a las sociedades que dirijan senderos más ejemplares, donde más altos flameen los principios universales del hombre.

En la hermosa leyenda de la antigüedad, la creación de cien lenguas distintas era un castigo al orgullo satánico de los hombres. Hoy, con la conciencia de la historia y del destino comunes, al levantar las veinte repúblicas hispanohablantes la Torre de Babel de la propia cultura, no se verá interrumpida la labor de sus doscientos millones de seres por la incomprensión, por la mezcla de lenguas. Porque al echar los cimientos y levantar la cúpula pondrán los obreros la emoción solidaria y fraternizadora de la lengua común.

III
LENGUA LITERARIA Y LENGUA POPULAR EN AMÉRICA[3]

3. Ponencia leída en Sao Paulo el 3 de enero de 1969 en la sesión inaugural del Congreso de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina (ALFAL). Fue publicada en los Cuadernos del Instituto de Filología «Andrés Bello», Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, 1969. Se incluye en *Nuestra lengua en ambos mundos.* Salvat Editores, Madrid, 1971. Aparece incluido en *Sentido mágico de la palabra*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1977. Y finalmente en Monte Ávila editores, Caracas, 1990, a cuya edición nos acogemos: Rosenblat, Ángel, Biblioteca Ángel Rosenblat III, *Estudios sobre el español de América*, edición de Áurea Gómez, Luciana de Stefano, José Santos Urriola.

Al abordar hoy el tema de la lengua popular y la lengua literaria en América, quiero ante todo hacer una salvedad, para mí muy dolorosa. Me voy a limitar a Hispanoamérica, dejando de lado la grande y portentosa América de lengua portuguesa. Confieso que no conozco lo suficiente el desarrollo de la lengua popular y literaria del Brasil como para hablar de ella con provecho. Siempre he creído que una de las causas del poco peso de nuestra cultura en la vida del mundo es, por una parte, el fraccionamiento y el aislamiento de nuestras repúblicas, y por la otra el desconocimiento recíproco entre nuestros hablantes de portugués y de español, desconocimiento mayor y más culpable por parte nuestra. Brasil e Hispanoamérica parecen dos continentes extraños, y cada uno, antes de dirigir su mirada hacia el otro, mira hacia Europa o los Estados Unidos. La literatura brasileña se conoce hoy mejor en Francia, Alemania, Italia o los Estados Unidos que en Buenos Aires o en Méjico. Tengo la convicción de que nuestros problemas culturales y lingüísticos son fundamentalmente comunes y que a la gran unidad hispanoamericana que se está hoy forjando seguirá sin duda mañana una gran confraternidad iberoamericana.

Y ahora una observación general. A través de toda nuestra tradición hispánica, ha habido una impresionante cercanía entre lengua literaria y lengua popular. Prescindiendo de ciertas corrientes que se suelen llamar barrocas o preciosistas, y que se dan, intermitentemente, en toda nuestra historia literaria —el escritor tiene el derecho de huir de la expresión manida y forjarse una lengua del arte—, parece que la constante más visible es cierto «realismo» o popularismo lingüístico, que ha dado obras tan representativas como las novelas de caballerías, el romancero, el teatro clásico, el *Quijote,* la novela de

Galdós. Escribir como se habla ha sido ideal del español desde Juan de Valdés hasta Unamuno. Y aunque ese ideal es en realidad inalcanzable, vale como ilusoria meta de aproximación.

En Hispanoamérica esa relación entre lengua hablada y escrita tenía que ser naturalmente más compleja. La lengua hablada se ha diferenciado desde la primera hora. Pero el ideal de lengua escrita siguió siendo la lengua escrita de la Península. ¿No era ello inherente a la situación colonial? Al producirse, en el siglo XIX, la emancipación política, ¿no iba a producirse también la emancipación cultural y lingüística? Parece relativamente fácil romper ataduras políticas, en circunstancias históricas favorables, pero no tanto otras ataduras, que tienen sin duda raíces más profundas. Pero aun así, se observa, a través de toda la vida americana, desde la primera hora, un afán cada vez más vivo por encontrar la propia expresión, afán que ha alcanzado en los últimos años caracteres realmente espectaculares. Trataremos de esbozar el desarrollo hasta llegar a nuestros días.

1. El periodo colonial

Los descubridores y conquistadores reflejan el nuevo cielo y mundo con su vieja lengua española. Los lugares, las gentes, las bestias, los frutos, las cosas, entran en los viejos moldes: *indio* se llama al hombre nuevo; *Indias,* el Nuevo Mundo; la *Española,* o la *Nueva España,* o *Castilla del Oro,* las nuevas tierras; *piña, león, tigre, pavo,* las nuevas especies. Fernández de Oviedo habla de *leones rasos* y *leones pardos,* de *gatos cervales, raposas, zorrillas hediondas, lobos, perros gozques, ciervos, gamos, corzos, puercos monteses, osos hormigueros, pájaros mosquitos, dantas* o *vacas, conejos* y *liebres,* o de *ciruelos, pinos, nogales, manzanillos, higueras, nísperos.* ¿No se llama *magnolia* una flor americana, por el nombre (Magnol) de un botánico francés? ¿Y no llamamos *zarzaparrilla, vainilla, girasoles, frijoles, cactus,* unos productos americanos totalmente nuevos? Pero también, desde las cartas de Colón, las cró-

nicas de Las Casas o de Fernández de Oviedo, los relatos de Bernal Díaz o de Cieza de León, se abren paso voces nuevas, que vienen a poner nuevos tonos en la vieja prosa: *canoa, cacique, maíz, batata, caribe* o *caníbal, cacao* o *chocolate, hamaca, tomate, jícara, nopal, papa, coca, colibrí, tiburón, huracán.*

En seguida el conquistador se americaniza. El nuevo medio lo moldea de manera casi fulminante, como ha señalado Ortega y Gasset. El viejo hombre metropolitano se convierte en el nuevo hombre colonial, con usos también nuevos: se produce una amplia nivelación lingüística entre gentes representativas de las distintas regiones españolas y de los distintos estratos sociales. Los nuevos colonos hablan en seguida, no el español trasplantado, sino un español diferenciado en la pronunciación (el seseo, por ejemplo, es de la primera hora), con un caudal nuevo de indigenismos y con viejas voces adaptadas a la nueva vida: *estancia, rancho, quebrada,* y hasta *verano e invierno,* significan ya otra cosa, y aun *alzarse* no es lo mismo que en España. Contra lo que se cree, no se manifiesta una vulgarización del habla, sino todo lo contrario: el español se volvió más ceremonioso, más extremado en sus cortesías y en sus fórmulas de tratamiento (*don, señor, su merced, señoría,* etc.). La generación de la Conquista, y aún más la de sus hijos criollos, habla un español, no más vulgar, sino distinto del de los *chapetones* o *cachupines* recién llegados.

Si hemos de creer al doctor Juan de Cárdenas, un andaluz graduado de médico en Méjico, donde publicó en 1591, un libro titulado *Problemas y secretos maravillosos de las Indias,* había cundido cierto preciosismo expresivo que venía sin duda de la lengua escrita. Un hidalgo mejicano, para decirle que no temía a la muerte teniéndolo a él de médico, se expresaba así: «Devanen las parcas el hilo de mi vida como más gusto les diere, que cuando ellas quieran cortarlo, tengo yo a vuestra merced de mi mano, que le sabrá bien añudar». Otro le ofrecía su persona y casa en los siguientes términos: «Sírvase vuestra merced de aquella casa, pues sabe que es la recámara

de su regalo de vuestra merced». El doctor Juan de Cárdenas estaba encantado con ese estilo coloquial, pero, por fortuna, no parece que todos hablasen así.

Luis González y González, que ha comparado hace algunos años la prosa de Bernal Díaz con la del criollo Baltasar Dorantes de Carranza, o la de Motolinia con la de Dávila Padilla, o la de Mendieta con la de Torquemada, criado en Méjico, encontraba que los escritores peninsulares se expresaban con descarada franqueza, sin ambages retóricos, en forma directa y espontánea, mientras que los criollos tendían siempre a encubrir o disfrazar con galas retóricas sus ideas y sentimientos. Eugenio de Salazar, notable escritor, que estuvo en Méjico de 1581 a 1589, señala la afición de la «puericia nueva» a las galas del buen latín, y agrega: «gusto del buen hablar tras sí la lleva / del lenguaje pulido y bien sonante / y en el buen escribir también se prueba». Sin duda la corte virreinal daba el tono expresivo. Bernardo de Valbuena, que se educó y ordenó en la Nueva España, dice de la Ciudad de Méjico, en su *Grandeza mexicana,* de 1604:

> Es ciudad de notable polecía
> y en donde se habla el español lenguaje
> más puro y de mayor cortesanía,
> vestido de un bellísimo ropaje
> que le da propiedad, gracia, agudeza,
> en casto, limpio, liso y grave traje.

Ese casto, limpio, liso y grave traje era enteramente colonial. Una de las obras poéticas más viejas de la América naciente, el *Arauco domado* de Pedro de Oña, publicado en Lima en 1596, lo muestra de manera casi caricaturesca. Pillalonco, un viejo hechicero araucano, hace su conjuro en los siguientes términos:

> A vos invoco, báratro profundo
> Escuro centro y cóncavo del mundo;

A vos conjuro, bóveda tiznada,
Humoso Flegetón, estigio lago,
Do bebe para siempre acedo trago
La miserable gente condenada;
A vos, sulfúrea tártara morada,
Do hacen de las ánimas estrago,
A vos, ¡oh Babilonia de tormento!
Comprado por ilícito contento;
A vos, flamíneo, príncipe del centro;
A ti llamamos, Hécate, su esposa,
A ti, mordida Eurídice llorosa,
Y los que estáis la casa más adentro;
A vos, con quien la fuño tuvo encuentro
En forma de ñublado mentirosa;
A vos, avaro Tántalo, a vos, Ticio,
En vuestro justo y áspero suplicio;
Alecto, a vos, Tesífone y Megera,
De ponzoñosas víboras crinadas;
A vos, sangrientas Górgones dañadas,
A ti, cerbero Can, trifauce fiera;
A ti, que en la aqueróntica ribera
Pasando estás las almas a barcadas,
A ti, Demogorgón, a ti conjuro
Con todo el resto pálido y escuro...

La tirada se prolonga dos octavas más. Dice Menéndez Pelayo, en su *Antología de la poesía hispanoamericana:*

> Es de notar que en este poema, enteramente americano, por su asunto, y escrito, además, por autor que en su vida había salido de América y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza tan nueva y tan grandiosa brilla por su ausencia, y está sustituida por bosquecillos cortados a tijera, por reminiscencias de

> los jardines de Armida y de Alcina y de las orillas del Tajo descritas por Garcilaso; por una vegetación absurda o convencional, propia, a lo sumo, del Mediodía de Italia o de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile.

En su obra abundan los latinismos (*almo, rábido, superbo, fido, tremer* y cien más, algunos realmente insólitos). Pero se disculpa en el prólogo por el uso de algunos indigenismos:

> Van mezclados algunos términos indios, no por cometer barbarismo, sino porque, siendo tan propia dellos la materia, me pareció congruencia que en esto también le correspondiese la forma: déstos los más se explican luego en una pequeña Tabla que está al fin deste libro.

En esa Tabla solo explica ocho voces indígenas (*chicha, macana, madi, molle, muday, pérper, ulpo,* y el nombre del río *Maule*). Claro que en el texto encontramos muchas más (*chúcaro, huincha, llauto, chiquira, yole, llíqueda, enchiguado, empacarse, Apó, totora, pacayales,* etc.), pero las toma habitualmente de Ercilla y a veces las explica al margen. Y eso que Oña, que había nacido en la combatida frontera, conocía de los araucanos «su frasis, lengua y modo». Hay que reconocer que Ercilla, que era español, procedía con más libertad: la floresta chilena invade muchas veces su verso. Los poetas españoles tenían más afición a la voz indígena que los americanos, y hasta la trataban con cierto deleite.

El mismo Bernardo de Valbuena, que inicia —dice Menéndez Pelayo— la verdadera poesía americana («el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza»), con facultades descriptivas muy superiores a las de cualquier poeta de España; que despilfarró —agrega— los tesoros de la lengua, «convirtiendo la pluma en pincel con ímpetu y furia desordenada», da la medida de «su asombrosa fertilidad descriptiva» con esta imagen exaltada de la naturaleza de Méjico (*Grandeza mexicana,* cap. V):

a verde pera, la cermeña enjuta,
las uvas dulces de color de grana,
y su licor que es néctar y cicuta.
El membrillo oloroso, la manzana
arrebolada, y el durazno tierno,
la incierta nuez, la frágil avellana;
la granada, vecina del invierno,
coronada por reina del verano,
símbolo del amor y su gobierno...

No es un pasaje ocasional. Es constante la proyección literaria grecolatina: «siembra Amaltea las rosas de su falda», «los collados jacintos y esmeraldas», «aquí las olorosas juncias crecen», «florece aquí el laurel», «el presuroso almendro», «el pino altivo», «la haya y el olmo», «el sauce umbroso», «el funesto ciprés», «el derecho abeto», «el liso box», «el roble bronco», «el álamo perfecto», «la ñudosa encina», «el madroño con púrpura y corales», «el cedro alto», «el nogal pardo», «el azahar nevado», «el clavel fresco», «verde albahaca, sándalo y verbena», «el trébol amoroso», «el jazmín tierno, el alhelí morado, / el lirio azul, la cárdena violeta, / alegre toronjil, tomillo agudo, / murta, fresco arrayán, blanca mosqueta», «romero en flor», «cantuesos rojos y mastranzo rudo», «fresca retama», «castas clavellinas», «la blanca azucena», «jacintos y narcisos». Y también los pájaros (cap. VI):

Aves de hermosísimos colores,
de vario canto y varia plumería,
calandrias, papagayos, ruiseñores...

El mismo lo dice: «Es el valle de Tempe, en cuya vega / se cree que sin morir nació el verano». En toda la obra solo hemos encontrado dos indigenismos, ya viejos, procedentes de las Antillas: *tuna* (cap. II y Epílogo) y *buhío* (cap. IV). Aun el americano girasol aparece, para

evitar ambigüedad, bajo el nombre de clicie, la personificación mítica del heliotropo («las clicies o mirasoles», cap. VI). Méjico está metamorfoseado en una soñada Arcadia.

Más viva aparece la naturaleza en Juan de Castellanos, que llegó a América muy mozo. En la primera parte de sus *Elegías* describe la isla de Margarita (XIV, canto I):

> Hay muchos higos, uvas y melones,
> dignísimos de ver mesas de reyes,
> pitahayas, guanábanas, anones,
> guayabas y guaraes y mameyes;
> hay chicas, cutuprises y mamones,
> piñas, curibijuris, caracueyes...

A ratos parece la *Historia natural* de Fernández de Oviedo puesta en verso, con gran profusión de voces indígenas. Ante la llegada de las naves de Colón, el cacique Goaga Canari se dirige a los suyos, y les anuncia el recibimiento que hará a los recién llegados, si son de buenos pensamientos (1ª parte, Elegía I, canto IV):

> Darémosles de nuestros alimentos,
> guamas, auyamas, yucas y batatas,
> darémosles cazabis y maíces,
> con otros panes hechos de raíces.
> Darémosles huitías con ajíes,
> darémosles pescados de los ríos,
> darémosles de gruesos manatíes
> las ollas y los platos no vacíos;
> también guaraquinajes y coríes,
> de que tenemos llenos los buhíos,
> y curaremos bien a los que enferman,
> colgándoles hamacas en que duerman.

Las *Elegías,* muy dentro de la retórica renacentista, reflejan también, con mucha frecuencia, el habla popular de la hueste y de los colonos, con sus voces, sus giros, sus refranes, como ha mostrado ampliamente Isaac J. Pardo.

A fines del siglo XVI abundan los poetas en toda América. A un certamen en la Ciudad de Méjico concurrieron trescientos; en 1587 había allí Casa de comedias y gran actividad teatral. La vida literaria llegaba hasta los más apartados rincones del Nuevo Mundo. De aquel hervor de vida cultural salió a los veintiún años, desde su Cuzco nativo, el Inca Garcilaso, y a los veinte años, desde su nativo Méjico, Juan Ruiz de Alarcón. En el teatro de Alarcón se manifiesta el mundo americano mucho menos que en Lope de Vega o en Tirso, aunque se ha querido ver en su obra (en su discreción y sobriedad, en la reserva, prudencia y cortesía de sus personajes) cierta sutil influencia del Méjico colonial. En la obra del Inca Garcilaso sí se refleja el espíritu de su mundo incaico, pero en la más límpida prosa clásica, una de las mejores prosas de su época.

Señalaba Rufino José Cuervo, en el *Bulletin Hispanique* de 1901:

> Alarcón, mejicano, y Hojeda, de Sevilla, que dejaron temprano sus patrias, escribieron clásicamente, en la corte el uno, en el Perú el otro. En 1600 redactaba el limeño Fr. Fernando de Valverde su *Vida de Jesucristo* en prosa tan peinada e inaguantable como la del *Deleitar aprovechando* de Tirso de Molina. Mis paisanos Juan Rodríguez Fresle (en la primera mitad del siglo XVII) y el obispo Piedrahita (en la segunda) pusieron sus historias en castellano tan puro y corriente como el de Colmenares u otro de su clase, al paso que Hernando Domínguez Camargo, bogotano también y de la misma época, se las apostó a los gongorinos más desaforados en su poema heroico sobre San Ignacio de Loyola; y predicadores tuvimos que arrebataran el lauro a Fray Gerundio.

Los últimos dos siglos de vida colonial representan la tiranía del barroco español y del neoclasicismo. Claro que entre la multitud de

poetas y prosistas, algunos de ellos notables, hay reflejos del mundo americano y de su lengua, pero solo de modo ocasional («pululación de aztequismos que esmaltan íntegras estrofas de Ramón de Vargas, Sigüenza, los Villancicos de la Navidad de Puebla en 1693, las Chanzonetas de 1654 o la octava que inserta Fray José Gil...», según Alfonso Méndez Planearte, en la Introducción a las *Obras completas* de Sor Juana Inés de la Cruz, I, página XXIV). De toda esa época emerge una figura, la de Sor Juana (1651-1695): «tiene su aparición algo de sobrenatural y milagroso», dice Menéndez Pelayo. Y Méndez Planearte afirma (pág. XLI):

> Nuestra «Fénix de Méjico» alude harto a menudo a esta «mi tierra» con su celeste «Rosa Mejicana» del Tepeyac, y el «vuelo imperial» de su Aguila, y su fertilidad de pan y de áureas venas que la Europa «desangra»...; con su «Sierra Nevada» de Puebla, sus «láminas de pluma» de Michoacán, sus gastronomías de Toluca, sus indios de Xochimilco y sus Negros de los Obrajes, y hasta su picaro «Martín Garatuza»...; con su recuerdo de «los Moctezumas», y su interpretación de la ritual antropofagia de los aztecas, en que vislumbra sombras —aunque tan nocturnas— de la Eucaristía...

Ya se ve que son solo pasajeras *alusiones,* dentro de su copiosa producción poética, en que se armoniza su devoción religiosa con el mundo poético del clasicismo grecolatino, y español. En su elogio de la Marquesa de Aveyro, dice (romance nº 37; I, 102):

> Que yo, Señora, nací
> en la América abundante,
> compatriota del oro,
> paisana de los metales...

O se pregunta:

¿Qué mágicas infusiones
de los indios herbolarios
de mi patria, entre mis letras
el hechizo derramaron?...

En sus villancicos, en que se une la tradición culta con la popular, se ha querido oír la voz de su pueblo, que es el que canta. Varios de sus romancillos y villancicos remedan el habla de los negros, según la mejor tradición española, o gongorina. Pero también nos ha dejado una danza o canción azteca *(tocotín)* en español, otra en náhuatl («con notable gracia y fluidez», según el P. Garibay) y una que llama *mestiza,* en mezcla de español y náhuatl; un indio, en su guitarra, «con ecos desentonados / cantó un tocotín mestizo / de español y mexicano».

¿No tuvo esa literatura culta del período colonial su influencia sobre la lengua hablada? Evidentemente sí, y a ello se debe sin duda que el habla familiar de América esté hoy más llena de cultismos y de expresiones puramente literarias que la de España. La palabra viva —decía Pedro Henríquez Ureña— ejerció siempre su encanto en nuestro mundo colonial. La gente gustaba de leer versos en alta voz, de asistir a las representaciones teatrales, de escuchar los sermones y controversias eclesiásticas y aun los exámenes de los colegios. Y recoge la noticia de que en 1785 llegó al puerto del Callao una remesa de 37.612 volúmenes.

Por debajo de esa literatura culta, seguía su hondo cauce otra, que estaba más en contacto con la lengua cotidiana: el romance, que no dejó de componerse y cantarse desde los días de Cortés (sobrevive en algunas regiones con el nombre de *corrido*); la copla y la décima, de constante improvisación, al filo de las circunstancias y los acontedmientos; la canción, dertas formas teatrales que prolongaban el viejo teatro de los misioneros, con sus danzas y villancicos, con su mezcolanza de español y lenguas indígenas. Solo así se explica que hacia 1787 se escribiera en Buenos Aires una comedia que reproduce ente-

ramente el habla popular: *El amor de la estanciera.* O que en 1816 se publicara en Méjico el *Periquillo Sarniento,* de Fernández de Lizardi, la primera novela de un americano, que nos ofrece la amplia entrada, en la literatura, de la lengua de los léperos, los picaros de Méjico. De aquella época viene la figura legendaria del *payador,* encarnada en el nombre de Santos Vega. Hubo sin duda en toda América una rica literatura popular, que permaneció inédita, por las dificultades de impresión y más que nada por su poco prestigio. ¿Se habrá perdido del todo o resurgirá un día de las profundidades de los viejos archivos? Testimoniaría lo que era nuestra lengua hablada, diferenciada en cada región por el aporte indígena o africano, convertida en lengua de expresión de sectores nuevos de criollos, indios, mestizos, negros, mulatos y zambos. La lengua hablada no tenía aún, en ninguna parte, dignidad suficiente para penetrar en la literatura. Y la literatura del período colonial, a pesar de algunos astros casi solitarios dentro de un cielo inmenso, estaba muy por debajo de la literatura de la metrópoli, de la que recibía toda su savia, toda su vida.

2. La independencia

La independencia política no significó independencia cultural o lingüística. Voces tradicionales como *Patria, Nación, Pueblo, República, Libertad, Igualdad, Fraternidad, Revolución, Gloria,* se llenaron de contenidos nuevos. Una serie de términos se convirtieron en armas de combate: *patriotas, revolucionarios, realistas, insurgentes, facciosos, rebeldes, sublevados, sediciosos, godos, criollos, americanos.* Pero en los himnos y proclamas siguió imperando la vieja retórica. Ya nadie usaba el *vosotros* (ni el *os* y el *vuestro*), pero en las proclamas de Bolívar o de San Martín era el único tratamiento dirigido a los soldados y a los ciudadanos. La literatura de la Revolución se inspiró en los poetas de la metrópoli, y ya se ha señalado que el Himno Nacional argentino es en gran parte una paráfrasis del «Canto de guerra para los lusitanos» de Gaspar Melchor de Jovellanos. Alberdi lo decía así:

> La libertad era la palabra de orden en todo, menos en las formas del idioma y del arte: la democracia en las leyes, la aristocracia en las letras; independientes en política, colonos en literatura.

Una primera llamada sonó en Londres en 1823. Andrés Bello publicó, en las páginas iniciales de la *Biblioteca Americana,* su «Alocución a la Poesía», que se puede considerar la proclamación de nuestra independencia literaria. Invita a la Poesía a que abandone ya la culta Europa, de dorados alcázares, «de luz y de miseria», y dirija su vuelo a donde le abría «el mundo de Colón su grande escena», que tienda sus alas a otras gentes, a otro mundo, a otro cielo, «do viste aún su primitivo traje / la tierra, al hombre sometida apenas». En esa Alocución, y luego en 1826, en la «Silva a la agricultura de la zona tórrida», se manifiesta ya el deleite de la naturaleza nueva y de los nuevos nombres: «la luminosa huella» del cocuy, «el lejano *tambo*», «el son del *yaraví* amoroso», «el animado carmín» que cría la *tuna,* «la ambrosía» del *ananás,* «los azucarados globos» del *zapotillo,* «la verde *palta*», el *cacao,* que «cuaja en urnas de púrpura su almendra», el *cóndor* de los páramos, el *samán,* «que siglos cuenta, / de las vecinas gentes venerado», «la espumante *jícara*», «el carmín viviente» de los *nopales,* «el blanco pan» de la *yuca,* «las rubias pomas» de la *patata,* «la fresca *parcha*», «la sombra maternal» del bucare, «la ancha copa» del *ceibo* anciano, y el *maíz,* «jefe altanero de la espigada tribu». Junto a esa exaltación de la naturaleza, la exaltación de las hazañas de la Emancipación, y una invocación a las jóvenes naciones para que honren el campo y la vida sencilla del labrador.

La naturaleza americana está ganando su batalla, aunque amparada aún bajo la venerable sombra de Virgilio. Fuera de esas voces, «cuidadosamente enmarcadas dentro del más castizo español» —dice Pedro Henríquez Ureña—, el estilo y la versificación seguían siendo tradicionales. Se había producido la Revolución, y sus guerras; se desarrollaba un creciente fervor nacionalista, como necesidad de supervivencia; estaban ascendiendo sectores sociales que se encontraban

antes al margen de la vida nacional, y habían perdido su poder y su prestigio los que —alrededor de las cortes de los vierreyes, gobernadores y capitanes generales— daban antes la norma, pero el ideal de cultura seguía intacto. Andrés Bello llegó a Chile, y en *El Araucano* de 1833 y 1834 publicó sus «Advertencias sobre el uso de la lengua castellana dirigidas a los padres de familia, profesores de los colegios y maestros de escuelas». Quería combatir «los vicios» que se habían introducido en el lenguaje de los chilenos y de los demás americanos («y aun de las provincias de la Península»), vicios que convenía —son sus palabras— extirpar en la primera edad. Se atenía en primer lugar a la autoridad de la *Gramática* y el *Diccionario* de la Academia Española. En algunas ocasiones llegaba a la intolerancia: *mirá, andá, levantáte* y sus análogos «no existen y deben evitarse con el mayor cuidado, porque prueban una ignorancia grosera de la lengua»; *yo cueso, tú cueses, él cuese* es un «vicio ridículo»; «la ínfima plebe» usa *vis, comís, juntís,* por *veis, coméis, juntéis; estábamos en lo de Juan* o *donde Juan* deben evitarse «porque sobre ser desautorizado, es equívoco y malsonante» (sobre todo *lo de*); *venga acá, óigame, entre* (sin el *usted*) es «una vulgaridad intolerable»; etc. Ya antes —en 1830—, en polémica con José Joaquín de Mora, había descendido al antipático papel del cazador de gazapos, y es curioso que fuera el escritor hispanoamericano el que defendía contra el español (Mora era andaluz) la pureza del idioma. Aunque más adelante atemperó bastante sus juicios (admitió la necesidad de «signos nuevos para ideas nuevas», rechazó un «purismo exagerado que condena todo lo nuevo», o «un purismo supersticioso», que sofocaría el natural desenvolvimiento de la lengua, y sostuvo, en el Prólogo de su *Gramática* de 1847, que «Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada»), Bello es en realidad el iniciador del purismo hispanoamericano, de amplia trayectoria, con sus más y sus menos. Correspondió a otro hispanoamericano el extremarlo hasta el absurdo: el venezolano Rafael María Baralt, incorporado a la

vida peninsular, publicó en 1855 su *Diccionario de galicismos,* que fue durante mucho tiempo una especie de instrumento de la persecución antigalicista.

La actitud purista se unió a veces, o se neutralizó en parte, con una actitud criollista, de cariño por la expresión vernácula. Sobre todo en los vocabularios regionales. El iniciador fue Esteban Pichardo, que publicó en 1836 su *Diccionario provincial de voces cubanas* (en la 4ª ed., ampliada, de 1875, *Diccionario provincial casi razonado de vozes y frases cubanas*). La idea venía de la época de la Ilustración: la enunció en La Habana, en 1795, Fr. José María Peñalver, miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País. Pichardo quería regular la ortografía y recoger las voces cubanas dignas de incluirse como provincialismos en el *Diccionario* de la Real Academia. Pero al final de cada letra registraba una serie de voces «que el vulgo ha corrompido» (sobre todo las muy generales, o que llegaban hasta la gente culta). Quería combatir las palabras vulgares y ciertas frases y modismos, aunque encontraba que algunas, como *botar, aguaitar,* etc., no era fácil «sustituirlas con purismo exagerado», y «podrían tolerarse». El seseo y el yeísmo eran para él faltas prosódicas. Señalaba la existencia en Cuba de un lenguaje relajado y confuso que se oía diariamente a los negros bozales. Cuba se encontraba todavía bajo la dominación española, pero Pichardo nos testimonia una actitud general en América. Su *Diccionario* proliferó en todos los países, y dio un centenar de obras en que se entremezclan la afición por lo vernáculo con un criterio normativo, no siempre acertado.

Hasta entonces la vida literaria de Hispanoamérica estaba pendiente de la literatura peninsular. Pero el despertar romántico se produjo en el Río de la Plata antes que en España. El hecho parece casual, y quizá no lo sea. Esteban Echeverría, hijo de Buenos Aires, estuvo en París de 1825 a 1830, los años de efervescencia romántica, y a su regreso publicó, en 1832, *Elvira o la novia del Plata,* un librito de 32 páginas, la primera obra poética impresa en el Río de la Plata y la voz naciente del romanticismo americano (*Don Álvaro,* del Duque de

Rivas, es de 1833). Por influencia francesa —confiesa él mismo— se sintió inclinado a poetizar, y entonces se dedicó a leer y estudiar los clásicos españoles. En 1834 publicó *Los consuelos,* y en 1837 las *Rimas,* en que está incluida *La cautiva.* «El espíritu del siglo —dice— lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar de la independencia, no solo política, sino filosófica y literaria». La inmensidad de la pampa, el desierto («inconmensurable, abierto») y las correrías de los indios dan vida nueva a su poesía. Echeverría se propuso —declara— captar la fisonomía del desierto con locuciones nuevas y nombrando las cosas por sus nombres, «a despecho de los amantes de la perífrasis». Pide «una inspiración que armonice con la virgen y grandiosa naturaleza americana».

La generación romántica quiso extender la Revolución a la cultura y a la lengua: «Nos parece absurdo —dice Echeverría, en polémica con Alcalá Galiano— ser español en literatura y americano en política»; «La Revolución en la lengua que habla nuestro país —dice Alberdi— es una faz nueva de la revolución social de 1810, que la sigue por una lógica indestructible». Aquellos jóvenes hubieran cambiado de lengua, si les hubiera sido posible. Alberdi propugnaba el abandono del español —lengua pueril— por el francés, que le parecía lengua viril. Su hostilidad hacia lo español les hacía caer en un nuevo vasallaje. Sin embargo, él mismo, en un diálogo patético, hace que un viejo guerrero de la Independencia enrostre a los jóvenes, que se burlaban de él (*Obras,* I, 383-388):

> —Hablan de originalidad, y no son sino trompetas serviles de los nuevos escritores franceses; libres del pasado, esclavos del presente; libertos de Aristóteles, siervos de Lerminier.

Y luego el anciano trata de definir a la nueva juventud:

> Generación de frases, y nada más que de frases; época de frases, reforma de frases, cambio de frases, progreso de frases, porvenir de frases…

> Hombres de estilo, en todo el sentido de la palabra: estilo de caminar, estilo de vestir, estilo de escribir, estilo de hablar, estilo de pensar, estilo en todo, y nada más que estilo. He ahí la vocación, la tendencia de la joven generación —el estilo, la forma: hombres de forma, forma de hombres.

La batalla entre purismo y antipurismo se dio en Santiago de Chile en 1842 y fue una prolongación del movimiento romántico iniciado en Buenos Aires. El 15 de enero de 1841 Sarmiento, refugiado en Chile, publicó en *La Bolsa,* de Santiago, con seudónimo, un trabajo titulado: «Un plan de educación de americanos en París». Defendía un proyecto de creación, en París, de un establecimiento para la educación de jóvenes hispanoamericanos. En todas partes se deja sentir —observaba— la tendencia a formar de las antiguas colonias españolas una importante federación de naciones, y decía (*Obras,* XII, 184):

> Desprendidos en política de España, su abuela común, por su emancipación, no lo están aún en artes, en literatura, en costumbres ni en ideas. Nuestra lengua, nuestra literatura y nuestra ortografía, se apegan rutinariamente a tradiciones rutinarias y preceptos que hoy nos son casi enteramente extraños y que nunca podrán interesarnos. Los idiomas, en las emigraciones como en la marcha de los siglos, se tiñen con los colores del suelo que habitan, del gobierno que rigen y las instituciones que las modifican. El idioma de América deberá, pues, ser suyo propio, con su modo de ser característico y sus formas e imágenes tomadas de las virginales, sublimes y gigantescas que su naturaleza, sus revoluciones y su historia indígena le presentan. Una vez dejaremos de consultar a los gramáticos españoles, para formular la gramática hispanoamericana, y este paso de la emancipación del espíritu y del idioma requiere la concurrencia, asimilación y contacto de todos los interesados en él.

Ese pasaje, perdido en el largo artículo, pasó al parecer inadvertido. Designado redactor de *El Mercurio,* de Valparaíso, comenta con entusiasmo, el 15 de julio de 1841, el «Canto al incendio de la Com-

pañía» de Andrés Bello («notable por la pureza del lenguaje, por la propiedad de los giros y por la más acabada perfección artística»), y le elogia expresamente el haber usado en sus versos la frase vulgar (*vulgar* para él equivalía a popular o coloquial) *no es cosa de este mundo,* «que tan expresiva es en boca de nuestras gentes, probando con su oportuno uso que nada hay más poético que las expresiones de que usan las gentes del pueblo, y cuyo auxilio no debe despreciar el genio poético, porque ellas suscitan ideas determinadas e imágenes expresivas» (*Obras,* I, 88-89). En cambio, no le gustaba *grima me da,* «no obstante su propiedad, por la falsa acepción que el uso vulgar le da» (pág. 89). Echaba además de menos el cultivo de la poesía por los jóvenes chilenos («¿Chile no es tierra de poetas?»), y notaba en ellos cierto encogimiento y pereza de espíritu.

Más adelante, el 27 de abril de 1842, *El Mercurio* publicó una muestra de los «Ejercicios populares de lengua castellana», de Pedro Fernández Garfias: una lista, en forma de diccionario, de los errores de lenguaje en que solía incurrir el pueblo. Sarmiento acompañó la publicación con un comentario editorial en que aplaudía la idea como útil («He aquí un buen pensamiento…»), pero exponía algunas dudas, y en el fondo una tesis adversa (*Obras,* I, 215-216):

> Convendría, por ejemplo, saber si hemos de repudiar, en nuestro lenguaje hablado, o escrito, aquellos giros o modismos que nos ha entregado formados el pueblo de que somos parte, y que tan expresivos son, al mismo tiempo que recibimos como buena moneda los que usan los escritores españoles y que han recibido también del pueblo en medio del cual viven. La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones. Son, a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero, como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los

> empuja, y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero ¿qué se ha de hacer?, todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, y, quieran que no, enojados y mohínos, la agregan, ¡y que no hay remedio, y el pueblo triunfa y lo corrompe y lo adultera todo!

Luego toma la obra un poco en broma (como labor más bien para las niñas), y asienta (pág. 218):

> La gramática no se ha hecho para el pueblo; los preceptos del maestro entran por un oído del niño y salen por otro...; el hábito y el ejemplo dominante podrán siempre más. Mejor es, pues, no andarse con reglas ni con autores.

Andrés Bello, que ejercía el magisterio literario y gramatical en Chile desde 1829, se sintió aludido y replicó, bajo el seudónimo de «Un quídam», en *El Mercurio* del 12 de mayo (*Obras completas,* IX, 435-440). Considera rigorista y algún tanto arbitrario al autor de los «Ejercicios» (defiende con amplio criterio muchas de las voces censuradas), pero disiente de los redactores de *El Mercurio,* que se han mostrado «tan licenciosamente populares» en materia de lenguaje. Es absurdo y arbitrario —dice— atribuir al pueblo toda la soberanía sobre el lenguaje. Las palabras nuevas y modismos populares «que sean expresivos y no pugnen de un modo chocante con las analogías e índole de nuestra lengua» no cree que puedan excluirse. Pero no es el pueblo el que introduce los extranjerismos: «Semejante plaga para la claridad y pureza del español» —dice— la trasmiten los iniciados en idiomas extranjeros que no conocen «los admirables modelos de nuestra rica literatura». Los gramáticos se oponen a ello, no como conservadores de tradiciones y rutinas, «sino como custodios filósofos», encargados de fijar las palabras y establecer su dependencia y coordinación en el discurso, «de modo que revele fielmente la expresión del pensamiento». Si se admiten —dice— las locuciones exóti-

cas, los giros opuestos al genio de nuestra lengua «y las chocarreras vulgaridades e idiotismos del populacho», caeríamos en la oscuridad y el embrollo, «a que seguiría la degradación, como no deja de notarse ya en un pueblo americano, otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se ve degenerando el castellano en un dialecto español-gálico»...

Era una clara condena del periodismo de Buenos Aires. Bello sienta frente a Sarmiento su principio (pp. 438-439):

> En las lenguas, como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades, como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma. En vano claman por esa libertad romántico-licenciosa del lenguaje los que, por prurito de novedad, o por eximirse del trabajo de estudiar su lengua, quisieran hablar y escribir a su discreción. Consúltese, en su ultimo comprobante del juicio expuesto, cómo hablan y escriben los pueblos cultos que tienen un antiguo idioma; y se verá que el italiano, el español, el francés de nuestros días es el mismo del Ariosto y del Tasso, de Lope de Vega y de Cervantes, de Voltaire y de Rousseau.

Sarmiento contestó con dos artículos. En el primero, del 19 de mayo, trata de explicar y justificar la invasión galicista. Sostiene que la antigua pureza del castellano se ve empañada porque nuestro idioma ha dejado de ser el intérprete de las ideas de que hoy viven los mismos pueblos españoles (pág. 222):

> Cuando queremos adquirir conocimientos sobre la literatura, estudiamos a Blair, el inglés, o a Villemain, el francés, o a Schlegel, el alemán; cuando queremos comprender la historia, vamos a consultar a Vico, el italiano, a Herder, el alemán, a Guizot, el galo, a Thiers, el francés; si queremos escuchar los acentos elevados de las musas, los buscamos en la lira de Byron o de Lamartine o de Hugo, o de cualesquiera otro extranjero; si vamos al teatro, allí nos aguarda el mismo Víctor Hugo, y Dumas, y

> Delavigne, y Scribe, y hasta Ducange; y en política y en legislación y en ciencias y en todo, sin excluir un solo ramo que tenga relación con el pensamiento, tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma. Parecía que en religión, en historia y costumbres nacionales hubiésemos de contentarnos con lo que la católica España nos diese de su propio caudal; pero desgraciadamente no es así. Los españoles de hoy traducen los escritos extranjeros que hablan de su propio país, y nunca tuvieron en religión un Bossuet, ni un Chateaubriand, ni un Lamennais…

No se puede —dice— poner coladeras al torrente. El idioma español ha dejado de ser maestro para tomar el humilde puesto de aprendiz. Los gritos de unos cuantos «no bastarán a detener el carro que tiran mil caballos». Los pedagogos, «en lugar de enseñar nuestros admirables modelos», debieran enseñar el arte de importar ideas y los medios de expresarlas. Madre e hijas «van a buscar al extranjero las luces que han de ilustrarlas». Teniendo España que alimentarse y tomar sus formas de otros países, «no se nos podrá exigir cuerdamente que recibamos aquí la mercadería después de haber pagado sus derechos de tránsito por las cabezas de los escritores españoles».

En el segundo (del 22 de mayo), defiende frente a Bello la soberanía del pueblo: «Los pueblos en masa, y no las academias, forman los idiomas»; «El idioma de un pueblo es el más complejo monumento histórico de sus diversas épocas y de las ideas que lo han alimentado, y a cada faz de su civilización, a cada período de su existencia, reviste nuevas formas, toma nuevos giros y se impregna de diverso espíritu». Empezaba a sentirse en su tiempo —dice— una influencia más poderosa que nunca, también sobre el castellano en América (I, 227):

> Los idiomas vuelven hoy a su cuna, al pueblo, al vulgo, y después de haberse revestido por largo tiempo el traje bordado de las cortes, después de haberse amanerado y pulido para arengar a los reyes y a las corporaciones, se desnuda de estos atavíos para no chocar al vulgo a quien los es-

critores se dirigen, y ennoblecen sus modismos, sus frases y sus valientes y expresivas figuras.

La literatura de las nuevas sociedades democráticas puede ser —dice, citando un testimonio francés— extravagante, incorrecta, sobrecargada, pero debe ser atrevida y vehemente, y exclama (pág. 229):

> ¡Mire usted, en países como los americanos, sin literatura, sin ciencia, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, y ya con pretensiones de formarse un estilo castizo y correcto, que solo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa! Y cuando las naciones civilizadas desatan todos sus andamios para construir otros nuevos, cuya forma no se les revela aún, nosotros aquí apegándonos a las formas viejas de un idioma exhumado ayer de entre los escombros del despotismo político y religioso...

Recoge luego la alusión de Bello al dialecto español-gálico de la prensa de Buenos Aires, y agrega que los poetas de allá «han escrito más versos, verdadera manifestación de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria», y en cambio en Chile, «con todas las consolaciones de la paz, con el profundo estudio de los *admirables modelos,* con la posesión de nuestro castizo idioma», no se ha hecho ni un solo verso. Lo atribuye (pág. 230) a «la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los *admirables modelos,* el temor de infringir las reglas». Y entonces exhorta a la juventud:

> Cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el

> pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero, bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los de fetos desaparecerán. Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado, más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla que, con todos sus estudios, no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolearlo en su propia *cancha;* allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.

Ya se ve que su temperamento lo llevaba mucho más allá de toda razón y medida. La alusión personal a Bello —tan ambigua— la aclaró en un artículo del 5 de junio: «es muy material entender que, al hablar del ostracismo, hemos querido realmente deshacernos de un gran literato, para quien personalmente no tenemos sino motivos de respeto y de gratitud; el ostracismo supone un mérito y virtudes tan encumbradas, que amenazan sofocar la libertad de la república. Es malicioso aplicar a éste lo que decimos de Hermosilla, el retrógrado absolutista que ha escrito un infame libro que debía ser quemado, y no andar de modelo de lenguaje entre las manos de nuestra juventud». Hay que reconocer que ya al año siguiente colaboró con Bello en la recién fundada Universidad de Chile, y que el 21 de octubre de 1844, en *El Progreso,* elogió con entusiasmo sus *Principios del derecho de gentes,* Bello, treinta años mayor que él, se retiró de la

batalla, que prolongaron sus discípulos. Sarmiento replicó con una andanada de artículos («¡Viva la polémica!», exclamó). Y tuvo la humorada de componer uno de ellos («La cuestión literaria», del 25 de junio) con trozos de Larra que coincidían extraordinariamente con las opiniones que había sustentado. Por ejemplo, el pasaje siguiente (pp. 250-251), que entreteje frases de «El álbum», de 1834, y de «La literatura», de 1836:

> Las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado a fuer de escribir castizo, es intentar imposibles; imposible es hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta, solo servirá para que el pesado y monótono estilo anticuado no deje arrebatarse de un arranque solo de calor y patriotismo. El que una voz no sea castellana es para nosotros objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza de usar tal o cual combinación de sílabas para entenderse; desde el momento que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena... Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, que concede todo a la *expresión* y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, pensándolo todo, diciéndolo todo, en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; literatura *nueva,* expresión de la sociedad *nueva,* que constituimos; toda de *verdad,* como es de verdad nuestra sociedad; sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza misma; joven, en fin, como el estado que constituimos. Libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra. El entusiasmo es la gran regla del escritor, el único maestro de lo bello y de lo sublime.

Ese mismo año desencadenó (en realidad se vio envuelto en ella) una segunda polémica, más violenta aún: la llamada polémica del

romanticismo. Aunque no se consideraba ni clásico ni romántico, y creía que el romanticismo había muerto hacía ya diez años (el golpe mortal se lo había dado «otro campeón, más joven, más ardiente y más terrible», con el que él se sentía identificado: «la escuela progresista»), defendió el romanticismo de los injustos ataques de sus adversarios. En la batalla participó también Vicente Fidel López, el historiador argentino, igualmente emigrado. Un grupo de doce jóvenes chilenos, en el *Semanario,* de Santiago, arremetieron violentamente contra los argentinos, a los que acusaron, entre otras cosas, de usar un lenguaje mestizo o galicista: «No sabemos —decían del castellano de Vicente Fidel López— si es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recién llegado, porque, ¡juro a Dios!, no hemos podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lenguaraces». A Sarmiento le criticaban hasta el haber usado el indigenismo *cancha* en lugar de *palestra.* La cuestión llegó a dirimirse a puñetazos.

Todavía, en 1843, encendió Sarmiento una tercera polémica, con su *Memoria sobre ortografía americana,* presentada a la naciente Facultad de Filosofía y Humanidades. Quería una ortografía propia de los americanos, «una ortografía vulgar, ignorante, americana» —decía—, sin *h* ni *u* muda, sin *z,* sin *v,* sin *x.* «Ni ahora, ni en lo sucesivo —agregaba— tendremos en materia de letras nada que ver, ni con la Academia de la Lengua ni con la Nación española». Había que desprenderse de «la única garra que tiene todavía la España sobre nosotros». Y concluía: «es mengua seguir llevando en ortografía la librea española, y hay algo de noble, de hermoso y de nacional en revestir el pensamiento americano con los colores del lenguaje americano».

La Facultad, el 25 de abril de 1844, adoptó una reforma ortográfica moderada, más de acuerdo con las ideas de Bello, nada escisionista. Esa ortografía reformada se adoptó oficialmente en Chile, y se extendió por gran parte de América. Pronto se redujo a tres rasgos: *je, ji,* por *ge, gi, s* por *x, i* por *y* vocal («soi jeneral estranjero»), que subsistieron en Chile hasta que en 1927 se restableció por decreto la ortografía académica.

Las tres batallas chilenas en que nos hemos detenido nos presentan los dos polos de atracción del movimiento literario y lingüístico de Hispanoamérica. Por un lado el espíritu innovador y radical, sin vallas, de Sarmiento (a su modo, fue también un maestro del lenguaje, y su prosa precipitada, a pesar de sus descuidos y galicismos, es una de nuestras mejores prosas americanas). Por el otro, el espíritu moderado, armonizador, de Bello (la libertad en todo —decía en 1843, al inaugurar la Universidad de Chile—, sin renunciar a la norma platónica de la belleza ideal). En general, América siguió más bien una ruta conservadora, más cerca del ideario de Bello. La América independiente ha sido en materia de lenguaje mucho más purista que España, y la autoridad académica pesó sobre ella mucho más que sobre la metrópoli. Quizá la palma la lleve el purismo colombiano, que presenta además la obra más acabada en su género: las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano,* de Rufino José Cuervo. La obra empezó como una crítica del lenguaje, pero desde la edición de 1867-1872 hasta la postuma, de 1914, se convirtió en una de las obras capitales de la filología hispanoamericana.

Más bajos quilates tenía el purismo de otros países, de segunda o tercera mano, que esgrimía una temible palmeta crítica, muchas veces con pretensiones de humorismo. Su doctrina no podía ser más escuálida: la autoridad del *Diccionario* y la *Gramática* de la Academia, por lo común en ediciones atrasadas. En general, toda divergencia con el español peninsular, del que solo conocían, y muy deficientemente, los textos académicos, la consideraban horripilante incorrección. La lucha contra el galicismo parecía una empresa sagrada. Y al calor de esa pobreza de doctrina y la ignorancia lingüística, pululó la especie dañina de los cazadores de gazapos. La única región donde se mantuvo la rebeldía fue el Río de la Plata. En ninguna otra parte tuvo la insurrección romántica tanta grandeza y originalidad, con nombres como Echeverría, Alberdi, Juan María Gutiérrez, Sarmiento, Mitre, Mármol. En segundo lugar, en ninguna otra región de América tuvo la literatura popular una floración de la grandeza de la

literatura gauchesca. Mientras en otras partes apenas pasó del campo folklórico o del costumbrismo (dio, por ejemplo, relatos como *Un llanero en la Capital* de Daniel Mendoza, en 1859), en el Río de la Plata hubo una constante progresión desde los *cielitos* de Bartolomé Hidalgo, que cantaban los soldados sitiadores de Montevideo en 1812, hasta obras maestras como el *Martín Fierro* y *Don Segundo Sombra*. Y en tercer lugar, en ninguna otra parte se dio con esa intensidad el clamor por una lengua nacional propia, a no ser en el Brasil y en los Estados Unidos. Un francés, Luciano Abeille, halagó esa aspiración al publicar en 1900 una obra voluminosa: *La lengua nacional de los argentinos*.

Esa triple rebeldía era sin duda coherente, y se manifestaba a la vez en la lengua escrita y en la lengua hablada. En 1835, Florencio Varela, expatriado en Montevideo, decía: «Nada hay en nuestra patria más abandonado que el cultivo de nuestra lengua». En 1837 observaba Alberdi: «A los que no escribimos a la española se nos dice que no sabemos escribir nuestra lengua». Y también: «En las calles de Buenos Aires circula un castellano modificado por el pueblo porteño que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdeñan por el castellano de Madrid». Y ya hemos visto el juicio de Bello y de los jóvenes chilenos del *Semanario* sobre la prosa del periodismo de Buenos Aires y de los escritores argentinos.

En el transcurso del siglo XIX, el Río de la Plata, con su afán de personalidad nacional, con su ímpetu de grandeza, con su inmigración aluvional (los hijos de los inmigrantes se transformaron en campeones de criollismo), convirtió lo suyo, lo típicamente suyo, en ideal nacional. Por lo demás, el mundo hispanoamericano, que había tenido una relativa unidad bajo el régimen colonial, se fraccionó en una serie de repúblicas, y cada una de ellas fue buscando, aisladamente, entre las vicisitudes de las luchas civiles, el caudillismo o la tiranía, su propio camino.

La relación entre lengua literaria y lengua hablada había cambiado radicalmente con la Revolución. La naturaleza americana había gana-

do la preeminencia, y nada parecía más majestuoso que sus cordilleras, sus ríos, sus selvas, sus llanuras, sus desiertos. Entre la literatura culta y el habla popular había surgido un eslabón de enlace: un rico periodismo informativo, político, satírico. La conexión espiritual con España se había debilitado, aunque no roto del todo. Larra, Espronceda, Zorrilla, tuvieron su culto en América, y como prolongación del costumbrismo español había surgido en todas partes una rica literatura costumbrista (sirvió de iniciación a Alberdi, que firmaba con el seudónimo de Figarillo). La lengua hablada de las ciudades y de los campos entraba en ella, sobre todo como nota pintoresca, graciosa, humorística. Pero América tendía su mirada cada vez más hacia Francia, que se desbordaba entonces sobre el mundo. Por influencia de Balzac surge la novela realista, antes que en España: en 1862 el chileno Alberto Blest Gana, que había pasado algunos años en París, publica su *Martín Rivas,* que, aun con sus resabios románticos, se anticipa en algunos años a *La fontana de oro* (1871), con que Galdós inicia la moderna novela española. La literatura popular —la copla, el romance, la canción— había seguido los pasos del movimiento emancipador (los *cielitos* y *diálogos* patrióticos de Bartolomé Hidalgo, las coplas dedicadas a Morelos) y las luchas por la libertad (los *trovos* de Ascasubi contra Rosas; las canciones de *Los Cangrejos* y de *Mamá Carlota* en la guerra civil de la Reforma, en *México*), y con sus raíces en el habla de los pueblos y de los campos —diferenciada en cada región— estaba surgiendo en toda América una nueva literatura —relatos, poemas, novelas— de inspiración criollista. ¿No se iba a producir la temida escisión lingüística con la Península —anunciada por los románticos argentinos— y el fraccionamiento de la lengua de las distintas regiones?

Rufino José Cuervo lo temió realmente. El argentino Francisco Soto y Calvo le había leído, en su residencia de París, su poema *Nastasio,* en que relataba las desventuras de un payador ante las inclemencias de la naturaleza desbordada. El poema se publicó en Chartres, en 1899, con una Carta-Prólogo de Cuervo. Señala que cada día

le es «más y más simpática la poesía familiar y casera, cuyos héroes son los pobres y humildes de la tierra». *Nastasio* lo ha transportado al corazón de la pampa, y le ha encantado el lenguaje llano de varios pasajes: «Si hemos de echar a un lado lo convencional —dice—, el campesino ha de hablar como campesino, y los objetos que él conoce han de ser llamados como él los llama: la poesía ha de estar en la cosa misma y no en los atavíos». Y plantea en seguida el problema lingüístico:

> Díceme usted que al fin del libro pondrá usted un glosario de términos poco conocidos fuera de su país, como en Colombia han tenido que hacerlo autores o editores; y esto me hace pensar en otra despedida, despedida amarga en medio del festín de la civilización, como la de la novia que ahora desconocida deja la casa paterna entre los regocijos de la boda. Poco ha me dio usted a leer en *La Nación* el parecer de un sabio lingüista francés sobre la suerte de la lengua castellana en América, parecer ya antes expresado por otros no menos competentes, y que a la luz de la historia es de ineludible complimiento. Cuando nuestras patrias crecían en el regazo de la madre España, ella les daba masticados e impregnados de su propia sustancia los elementos de la vida moral e intelectual, de donde la conformidad de cultura, con la única diferencia de grado, en el continente hispano-americano; cuando sonó la hora de la emancipación política, todos nos mirábamos como hermanos, y nada nos era indiferente de cuanto tocaba a las nuevas naciones; fueron pasando los años, el interés fue resfriándose, y hoy con frecuencia ni sabemos en un país quién gobierna en los demás, siendo mucho que conozcamos los escritores más insignes que los honran. La influencia de la que fue metrópoli va debilitándose cada día, y fuera de cuatro o cinco autores cuyas obras leemos con gusto y provecho, nuestra vida intelectual se deriva de otras fuentes, y carecemos, pues, casi por completo de un regulador que garantice la antigua uniformidad. Cada cual se apropia lo extraño a su manera, sin consultar con nadie; las divergencias debidas al clima, al género de vida, a las vecindades y aún qué sé yo si a las razas autóctonas, se arraigan

> más y más y se desarrollan; ya en todas partes se nota que varían los términos comunes y favoritos, que ciertos sufijos o formaciones privan más acá que allá, que la tradición literaria y lingüística va descaeciendo y no resiste a las influencias exóticas. Hoy sin dificultad y con deleite leemos las obras de los escritores americanos sobre historia, literatura, filosofía; pero en llegando a lo familiar o lo local, necesitamos glosarios. Estamos, pues, en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano: hora solemne y de honda melancolía en que se deshace una de las mayores glorias que ha visto el mundo, y que nos obliga a sentir con el poeta: ¿Quién no sigue con amor al sol que se oculta?

Juan Valera, en *El Imparcial,* de Madrid, el 24 de septiembre de 1900 (una parte del artículo la reprodujo en *La Nación,* de Buenos Aires, el 2 de diciembre de ese mismo año), manifestó sorpresa y tribulación, porque consideraba a Cuervo «el más profundo conocedor de la lengua castellana que vive hoy en el mundo». El lenguaje de *Nastasio* le parecía castellano muy puro, y replicaba:

> El que haya cierto número de palabras propias de cada país para significar especiales y locales usos, costumbres, producciones naturales, trajes, etc., no basta para explicar que vengan a nacer distintas lenguas. Acaso para entender las narraciones de Pereda, el más español y el más castellano de nuestros novelistas, se requiera más glosario que para entender el *Nastasio* o cualquiera otra narración argentina. Y no por eso teme nadie entre nosotros que en la Montaña, en Santillana o en Santander, en la patria del mismo Pereda, de Amos Escalante y de Menéndez y Pelayo, salgan hablando, el día menos pensado, un idioma distinto.

Cuervo contestó con un estudio serio: «El castellano en América» (en el *Bulletin Hispanique,* de 1901). Analiza ante todo el estado del castellano en América para conjeturar su suerte en lo venidero. No cree que puedan fijarse los idiomas, y observa la transformación del

castellano desde el *Fuero Juzgo* y Berceo hasta nuestros días. Las obras escritas en diferentes lugares pueden ofrecer uniformidad, pero esa uniformidad no existe en el habla común, familiar o popular de esos mismos lugares. La lengua literaria es un velo que encubre el habla local. En España la influencia política, social y literaria de ciertos centros mantiene a raya las hablas regionales, pero en América se ha debilitado la influencia de la antigua metrópoli y se ha dividido el dominio del castellano en una serie de naciones con gobierno propio, intereses peculiares y aun elementos de cultura diversos. La Independencia y la inmigración pueden tener consecuencias parecidas a la vieja invasión de los bárbaros. Aunque la mayor parte del habla corriente de América se ha formado con elementos españoles, la combinación de esos elementos es distinta en cada región americana. Hay además una continua diversificación de formas, construcciones y significados, y como también los peninsulares alteran lo suyo, «todo conspira a descabalar la unidad». La lengua literaria tiene que alimentarse de la lengua corriente, «y según el orden natural de las cosas y con gérmenes de división tan notorios» en tan vastos dominios, tiene que producirse la divergencia. Hay desdén por todo lo que llega de España, «inclusa la corrección gramatical». El lenguaje vive en constante movimiento de creación y destrucción, y en cada país se han formado centros de cultura independientes, a cuyos usos se ajustan los provincianos. El periodismo de las capitales tiene que hacer concesiones al uso local. Los libros nacionales son los más leídos, y las doctrinas en boga estimulan el realismo, el color local y el nacionalismo literario. Con el aislamiento crecerán las divergencias, sobre todo si también crece la inmigración. Se atenuará aún más el influjo de la antigua metrópoli. La falta de comunicación y de norma reguladora multiplicarán y arraigarán las diferencias dialectales, y en cada región predominará el lenguaje popular, mezclado tal vez con el extranjero, o se alterará la sintaxis, o la pronunciación, o la forma de las voces.

En todo este alegato, inspirado en una concepción naturalista y en el pesimismo de sus últimos años, no faltan —claro está— puntos

muy discutibles. Valera, que era notable escritor, carecía de versación filológica. Contestó en *La Tribuna,* de Méjico, el 31 de agosto y el 2 de septiembre de 1902. Observa en primer lugar que ninguna ventaja obtendrían los hispanoamericanos con el fraccionamiento lingüístico y el aislamiento. Hoy las lenguas, por la acción de la lengua escrita, tienen más posibilidades de persistencia. Y lo mismo que en España y los países hispanoamericanos pasa en Francia o en Inglaterra, y en el Canadá, los Estados Unidos y Australia, y ni el inglés ni el francés parecen amenazados de escisión.

Cuervo dio fin a la polémica con un nuevo artículo, en el *Bulletin Hispanique* de 1903. Señala nuestra división en territorios extensos, separados por causas naturales, sociales y políticas, sin frecuente comunicación y sin una idea suprema que les dé unidad. Y vuelve a sostener:

> Si la lengua se altera siempre, y de ordinario sin que intervenga la voluntad humana, son ilusorios todos los consejos que se dan a españoles y americanos para que la conserven intacta o para que las alteraciones sean uniformes. Si como aquéllos y éstos lo sienten, hay diferencia en el castellano de uno y otro lado de los mares, y en el nuevo continente entre varias regiones, es obvio que las divergencias que han aparecido en el curso de más de tres siglos pueden alimentarse de la misma manera que se han originado. Aunque hoy no impidan el que nos entendamos, nada importa el grado de un ángulo (según expresión de Whitney) si las dos líneas que lo forman han de prolongarse por largo espacio;... la lengua corriente de la conversación culta gozará en todas partes de mayor libertad, y como ella es base de la lengua literaria, el día en que las dos se diferencien considerablemente, el dialecto popular invadirá al literario: el romance vencerá al latín.

Así se cerraba el siglo de la Independencia. España acababa de perder, en 1898, los últimos restos de su antes inmenso imperio americano, y la más alta autoridad lingüística del mundo hispánico auguraba

—para un mañana que se imaginaba lejano— el fraccionamiento de la lengua española en el Nuevo Mundo, como otrora se había fraccionado el latín en las vastas regiones de la Romania.

3. El modernismo y la renovación poética

El modernismo inicia una reacción frente al movimiento operado en todo el siglo XIX de acercamiento entre la poesía y la realidad americana: su paisaje, sus seres, su vida, sus palabras. El escritor ya no aspira a gobernar el país (cuanto más, a representarlo en París o en Madrid). Desprecia el presente, adora el pasado. Más que el cóndor, le encanta el cisne y la flor de lis. Más que los héroes de la emancipación, los personajes mitológicos. América desaparece casi totalmente de la poesía (se vuelve a ella, en parte, al final), y el poeta prefiere vivir en Grecia, el lejano Oriente, Escandinavia, Versalles, o en un mundo etéreo, innominado. La voz popular es menospreciada, y se evoca la griega, la latina y hasta la francesa. Sin embargo, aunque la inspiración venía de París, el modernismo representa también una reconciliación literaria con España.

Corresponde señalar, ante todo, que el *Ismaelillo,* de José Martí —los versos de encendido amor a su hijo—, publicado en 1882, que se considera la obra inicial del modernismo, se anticipa en dieciocho años —como ha observado Pedro Henríquez Ureña— a las primeras manifestaciones del modernismo español. Ya hemos visto que el romanticismo había nacido en Buenos Aires un año antes que en Madrid, y la novela realista en Santiago de Chile unos nueve años antes de que iniciara su magnífica trayectoria la novela de Galdós. Pero ahora le corresponde por primera vez a un nativo de la minúscula y perdida Nicaragua llevar el nuevo mensaje poético a la Península, en 1899 —precisamente el año de los vaticinios de Cuervo, basados en el aislamiento hispanoamericano—, y encender allí el fuego sagrado en que arderían después Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Ramón del Valle-Inclán, Azorín, Miguel de Unamuno. La lengua

literaria española, en verso y prosa, se remozó por obra de Rubén Darío, y aunque más tarde —como es habitual— se reaccionó contra la influencia, y hasta se la negó, España y América vivieron juntas la fascinación de su palabra poética.

Antes de Rubén, la obra de Martí está todavía dentro del impulso libertador del siglo XIX. Martí se rebeló contra España, pero fue siempre fiel a su lengua. Gabriela Mistral, que le dedicó un ensayo (en la *Revista de Occidente,* de mayo de 1966), dice de él: «Conoció del tuétano de buey de los clásicos y pasó por los setenta rodillos de la colección Rivadeneyra sin volverse papilla y caldo». Alguna vez hasta le molestó la invasión galicista: en sus crónicas de 1881 y 1882 de *La Opinión Nacional* de Caracas, censuró algunos usos que encontraba en la prensa de Buenos Aires («una escena tocante», «jugar rol» o «representar rol» o «distribuir roles», «empresa de salvataje»). Y concluía: «No andan las bellezas tan de sobra en la vida para que desdeñemos así las de nuestra hermosísima lengua». Pero su antigalicismo fue actitud excepcional. Siempre pasó, con magnanimidad, por encima de menudencias: «Quién va en busca de montes —decía en 1882 (*Obras completas,* II, 453)— no se detiene en recoger las piedras del camino. Saluda al sol, y acata al monte… ¿Pues quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo?». Encontraba galicismos y lunares en Heredia y en otros contemporáneos, pero despreciaba el «ir de garfio y pinza» por la obra ajena. Enunció así, el 15 de julio de 1881, el ideal expresivo de su *Revista Venezolana:*

> usará de lo antiguo cuando sea bueno, y creará lo nuevo cuando sea necesario; no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.

En unos papeles postumos que tituló «Literatura», esbozó su ideal del Cervantes hispanoamericano (II, 1.608): el que refleje las condiciones múltiples y confusas de la época con un lenguaje «que del propio materno reciba el molde» y soporte el necesario influjo de

otras lenguas, grabando lo que ha de quedar, y desdeñando «lo que no se acomoda a la índole esencial de nuestra lengua madre...».

En un momento de su vida y de sus andanzas se sintió tentado de recoger las voces hispanoamericanas que encontraba en las conversaciones y en sus lecturas (nos dejó, en un cuaderno postumo, unos ciento sesenta americanismos), pero su objeto no era «hacinar en cuerpo horrendo corruptelas insignificantes de voces españolas», sino «reunir las voces nacidas en América para denotar cosas propias y señalar las acepciones nuevas en que se usen palabras que tienen otra consagrada y conocida». Le guiaba, pues, no un afán de repulsa purista, sino la curiosidad y el interés por el mundo americano. Veía un solo pueblo desde el Río Bravo hasta la Patagonia, y decía (II, 391): «Lengua áurea, caudalosa y vibrante habla el espíritu de América, cual conviene a su luminosidad, opulencia y hermosura». Consideraba que América, con sus indigenismos, estaba en condiciones de enriquecer la lengua general, y en sus artículos destacó siempre las voces hispanoamericanas y exaltó nuestro español (II, 352):

> Quien quiera oír a Tirsos y Argensolas, ni en Valladolid mismo los busque, aunque es fama que hablan muy bien español los vallisoletanos; búsquelos entre las mozas apuestas y mancebos humildes de la América del Centro, donde aún se llama *galán* a un hombre hermoso; o en Caracas, donde a las contribuciones llaman *pechos;* o en México altivo, donde al trabajar llaman, como Moreto en una comedia, *hacer la lucha*...

Martí hizo fructificar, con amor y libertad, su lengua española. Su inventiva verbal era —dice Gabriela Mistral— hambre de expresividad, y agregaba: «Martí salta a nuestros ojos con el cuerpo entero de un estilo, pero lo mejor de gozarle, para mí, son los imponderables del tono criollo que se deslizan por las hendijas del tronco castizo».

Los modernistas, en verso y prosa, se reconciliaron con su lengua española. Así, dice Manuel Díaz Rodríguez, el prosista venezolano:

> Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tiene puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos.

Desde entonces parecen inseparables poesía española y poesía hispanoamericana. Poetas nuestros como Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo Neruda o César Vallejo aparecen en el mismo plano poético que Pedro Salinas, Federico García Lorca, Luis Cernuda, Rafael Alberti o Jorge Guillen, también nuestros. El imperio poético de nuestra lengua es uno solo y se extiende por los dos continentes.

Claro que se han rastreado o espigado chilenismos en la poesía de Neruda y peruanismos o expresiones coloquiales en la de Vallejo, o usos que no cabrían en poetas españoles, o claras señales de una lucha a veces desesperada con la expresión. Es la contribución de su habla viva, o el testimonio de un íntimo conflicto de lengua. Tampoco faltan en la poesía de Federico García Lorca o de Rafael Alberti formas de su Andalucía nativa, o en Unamuno —deliberadamente—, expresiones vivas de los campos salmantinos, y además, toda su obra revela una lucha dramática, no siempre victoriosa, con su propia lengua. La lengua poética de los americanos es española general, aunque expresa a su modo, en su más profunda intimidad, la voz de nuestro mundo. Federico García Lorca, al presentar a Pablo Neruda en Madrid, destacaba «el tono descarado del gran idioma español de los americanos, tan ligado con las fuentes de nuestros clásicos; pero que no tiene vergüenza de romper moldes y se pone a llorar de pronto en mitad de la calle».

El novelista mejicano José Revueltas, en un artículo de mayo de 1942 (en el *Repertorio Americano,* de Costa Rica), se dolía de los juicios de Juan Ramón Jiménez contra cierta poesía caótica de América, que según él tenía su expresión máxima en Pablo Neruda. Y decía Revueltas:

> América es unos pasos, es una voz, es un viento que quiere expresarse, tocando cosas universales, dolores antiguos que la civilización temible e inhumana ha olvidado y es preciso recordarle al hombre.

Juan Ramón contestó el 14 de agosto de 1943, y tituló su respuesta: «¿América sombría?» (reproducido en su obra *La corriente infinita*). Sostiene que el hombre, cualquiera que sea su raza y condición, debe salir de su propio caos y superarse a sí mismo. Cree que el indigenismo de Neruda es aprendido, como el gitanismo de Federico García Lorca, y dice (pág. 192):

> ...yo no acepto como expresión indígena esencial el indigenismo artificial americano que hoy lo invade todo por aquí... Gitanismo, indigenismo que, igual que el negrismo de los blancos, que no es negro, han extraviado tanto a ciertos poetas, artistas y críticos popularistas iberoamericanos y españoles. Indio, negro, gitano, desde fuera, son literatura forzada, no poesía directa. Para que lo fuera, es imprescindible que el poeta sea gitano, negro o indio, no blanco pintado de cualquiera de las tres razas.

Juan Ramón consideraba que el hombre, «mestizo, español, lo que sea, debe salvarse del caos de que viene y en que viene cuando nace, despegarse y tirar al infinito la placenta por la que estuvo pegado a la matriz nebulosa, cuya sustancia ya tiene digerida y asimilada, y obrar libremente, por cuenta propia, no como víctima de la nebulosa. Esta libertad es la gloria del hombre de cualquier raza y país de este planeta». Y todavía agregaba (pp. 197-198):

> Un civilizado no puede ser «ya» indígena, pero un indígena puede siempre ser civilizado. ¿Y por qué un indígena no puede salvar y salvarse, libertar y libertarse, no puede ser completo y consciente, salirse del pantano y de la sombra? ¿O es que queremos al indio como un espectáculo, detenido, estancado en su mal momento, el indio sufrido solo por él y gozado solo por los otros, por nosotros?

Junto con esa negación del indigenismo y del negrismo poéticos, Juan Ramón («andaluz universal siempre») proclamaba su amor por la América de habla española. Le encantaban las diferencias que en-

contraba en Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico («encantadoras diferencias»), y hasta se sintió seducido, en 1948, por el español de Buenos Aires (pág. 307): «Oír a Buenos Aires me enamoró: un hablar rápido con todas las letras pronunciadas y en su sitio, con un acento fino y agradable, lleno de ondeajes de sorpresa». En Buenos Aires volvía a encontrar su Andalucía y su España: «Ahora soy feliz, madre mía, España, madre España, hablando y escribiendo como cuando estaba en tu regazo y en tu pecho». Y en otra ocasión confesó (pp. 295-296):

> Antes había para mí un español. Ahora, ¡qué extraño!, hay muchos españoles para mí.
>
> Todos los españoles de España se me unían en Madrid en uno. Todos los españoles de España se me separan en América en muchos.

Juan Ramón reaccionaba contra el gitanismo en España y contra el indigenismo y el negrismo en la poesía hispanoamericana. El tema negro había surgido hacia 1925 en Cuba y Puerto Rico, y un grupo de poetas —casi todos blancos—, entre ellos Nicolás Guillén, Emilio Ballagas, Luis Palés Matos, llevaron a la nueva poesía los dolores, las tradiciones, el habla y las cadencias de los negros. Ya no era un remedo, como nota humorística, a la manera de Góngora o del teatro clásico. Tampoco el «sincopado movimiento de la música negra que el oído de Lope, fino captor de melodías populares, reflejó en algunas de sus canciones» (la frase es de Tomás Navarro). Se trataba de mucho más: una identificación con el negro, una exaltación del negro, con su alma, con su vida. Luis Palés Matos (en su *Tuntún de pasa y grifería. Poemas afroantillanos,* San Juan, 1937) ha acertado a recoger —dice Tomás Navarro— no solo la impresión del ritmo, sino el efecto que en el habla del negro producen la insistencia en las vocales oscuras, la repercusión interior de las consonantes nasales y el movimiento lento de las inflexiones:

Alguien disuelve perezosamente
un canto monótono en el viento
pululado de úes que se aquietan
en balsas de diptongos soñolientos
y de guturaciones alargadas
que dan un don de lejanía al verso.

Emilio Ballagas publicó en Madrid, en 1934, una Antología de la poesía negra hispanoamericana. Coincidía con el auge de la música afroantillana: la rumba, la conga..., y el triunfo universal del jazz. Luis Palés Matos obtiene, con los nombres y las onomatopeyas, sus toques de impresionismo africano («Danza negra»):

Calabó y bambú
Bambú y calabó.
El gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
La gran Cocoroca dice: to-co-tó.
Es el sol de hierro que arde en Tombuctú.
Es la danza negra de Fernando Poo.
El cerdo, en el fango, gruñe: pru-pru-prú.
El sapo, en la charca, sueña: cro-cro-cró.
Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
Rompen los junjunes en furiosa u;
los gongs trepidan con profunda o.
Es la raza negra que ondulando va
en el ritmo gordo del mariyandá.
Llegan los botucos a la fiesta ya.
Danza que te danza, la negra se da.
Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
El gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
La gran Cocoroca dice: to-co-tó.

Más íntima parece la poesía de Nicolás Guillen, a veces hermanada con la de García Lorca. Por ejemplo, en su «Balada de los dos abuelos»:

África de selvas húmedas
y de gordos gongos sordos...
—¡Me muero!
(dice mi abuelo negro).
Aguaprieta de caimanes,
verdes mañanas de cocos.
. . . . . .
¡Qué de barcos, qué de barcos!
¡Qué de negros, qué de negros!
¡Qué largo fulgor de cañas!
¡Qué látigo el del negrero!
¿Sangre? Sangre. ¿Llanto? Llanto.
Venas y ojos entreabiertos,
y madrugadas vacías,
y atardeceres de ingenio,
y una gran voz, fuerte voz,
despedazando el silencio.
¡Qué de barcos, qué de barcos!
¡Qué de negros, qué de negros!
Sombras que solo yo veo,
me escoltan mis dos abuelos.

Esa poesía no le gustaba a Juan Ramón, que quería que el poeta —indio o negro— se liberase de su origen étnico y obrara libremente, como un ser civilizado. Acaso esa poesía sea también un paso hacia esa liberación. Ella es un instante más dentro de la creación de nuestra lengua literaria. Como otros instantes, en los que ya no podemos detenernos: el parnasianismo, el simbolismo, el impresionismo y el expresionismo, el futurismo, el imaginismo, el monolo-

guismo, el ultraísmo, el creacionismo, el superrealismo, el letrismo, el neorromanticismo, el existencialismo y dos docenas más de ismos de la última o penúltima hora («la revolución permanente» en las letras). Son movimientos que se producen, por influencia francesa o europea general, a la par en España y América, y reflejan un ansia común de formas nuevas, de poesía pura, de lengua nueva. El impulso se inicia entre nosotros con el modernismo, que los cubre a todos.

4. La novela social del siglo XX

Más nos acerca a la lengua hablada el amplio movimiento nativista o criollista que se manifestó en el cuento y la novela de toda nuestra América, precisamente después del modernismo, del que arranca en gran parte, aunque prolonga también nuestra vieja novela costumbrista, realista o naturalista. Fue la reacción contra el exotismo, la torre de marfil, el preciosismo verbal, y una vuelta paulatina a la propia tierra, al hombre de América. Pienso en obras representativas como *Los de abajo,* de Mariano Azuela (1916), en Méjico; *El Señor Presidente,* de Miguel Ángel Asturias (1946), en Guatemala; *La vorágine,* de José Eustasio Rivera (1924), en Colombia; *Doña Bárbara,* de Rómulo Gallegos (1929), en Venezuela; *Huasipungo,* de Jorge Icaza (1934), en el Ecuador; *El mundo es ancho y ajeno,* de Ciro Alegría (1941), en el Perú; *Raza de bronce,* de Alcides Arguedas (1919), en Bolivia, y quizá también en parte los cuentos de Horacio Quiroga, en el Río de la Plata, aunque en ellos el hombre se debate más bien frente a la ferocidad de la naturaleza, o frente a otros hombres, que son también naturaleza. Si tomáramos en cuenta además el Brasil, habría que incluir las novelas de Jorge Amado y de Luis do Rêgo. En realidad ese movimiento ha dado una inmensa cantidad de obras que en conjunto tienen más interés dialectológico que literario, pero unas diez o veinte, y no es poco, tienen verdadera grandeza. En ellas hablan el indio y el negro, el campesino, el arriero, el minero, el trabajador de las ciudades, las

mujeres de la casa o de la calle, con su propio lenguaje. ¿Realmente con su propio lenguaje? Al menos, con su lenguaje sometido por el autor a una estilización o trasmutación literaria.

En Venezuela, José Rafael Pocaterra, uno de los grandes de esta corriente, decía en el prólogo de su *Política feminista,* de 1913: «Mis personajes piensan en venezolano, hablan en venezolano». Para que hablaran en venezolano era preciso —explicaba— «escoger ingeniosamente el fraseo vulgar», sin «criollizar vulgaridades». Al irrumpir Rómulo Gallegos, en 1920, con *El último Solar,* su primera novela, señaló el fracaso de los que hasta entonces habían querido hacer una literatura nacional —les faltaba, decía, «la materia prima: el alma de la raza»—, y consideraba sus obras como «pinturas más o menos adulteradas de la parte externa de la vida popular. De lo interior, de lo hondo, que es lo único verdadero, ni una palabra; ni un vago indicio de penetración en esa alma sepultada». Y las caracterizaba así:

> Unas cuantas plantas tropicales, hábilmente barajadas con la psicología nunca hecha de tipos característicos: cundeamores y bucares suplen la falta de alma nacional.

Descubrir y poner de manifiesto el alma nacional era su gran propósito, y desde la primera hasta su última novela venezolana (*Sobre la misma tierra,* 1943), y también en sus cuentos, viven, hablan y actúan los venezolanos de todo el país. Lo indígena y lo africano ocupan su lugar en la integración y exaltación del criollo, y hasta el extranjero aparece dentro de su amplio paisaje humano. Una de sus mejores obras, *Canaima* (1935), la novela de la selva guayanesa, representa simbólicamente la lucha entre dos potencias indígenas: Cajuña, la encarnación del bien, y Canaima, sombría divinidad caribe, causa de todos los males, que resulta triunfante. Veamos así el Bajo Orinoco:

> Palmeras: temiches, caratas, moriches... El viento les peina la cabellera india y el turpial les prende la flor del trino... Bosques. El árbol inmenso

> del tronco velludo de musgo, del tronco vestido de lianas floridas. Cabimas, carañas y tacamahacas de resinas balsámicas, cura para las heridas del aborigen y lumbre para su churuata. La mora gigante del ramaje sombrío inclinado sobre el agua dormida del caño, el araguaney de la flor de oro, las rojas marías... El bosque tupido que trenza el bejuco... Plantíos. Los conucos de los margariteños, las umbrosas haciendas de cacao, las jugosas tierras del bajo Orinoco enterneciendo con humedad de savias fecundas las manos del hombre del mar árido y la isla seca.

Una sucesión de nombres indígenas: los gigantescos *temiches, caratas, moriches, cabimas, tacamahacas, araguaneyes,* las *churuatas* y los *conucos* —herencia de los antiguos indios— y el *turupial* (o *turpial*), con la flor de su trino. Y después, la algarabía de colores de los *guacacamayos, moriches, turpiales, paraulatas, curuñatás, arucos, güiriríes, cotúas, corocoras,* en alternancia con *pericos, arrendajos, azulejos, verdines, cardenales, sietecolores, gonzalitos* y *garzas*. Y misteriosos nombres (Amanadona, Yavita, Pimichín, el Casiquiare, el Atabapo, el Guainía), que evocan las palpitaciones de la selva fascinante y tremenda.

La sugestión de esos nombres y de esas voces, su «mágica virtud», ¿no es un deleite peligroso? Decía Rufino José Cuervo:

> Muchos de los términos locales encuentran en cada país fervorosos abogados, que los tienen por expresivos en alto grado e irremplazables; para los extranjeros, en quienes no obran los mismos motivos, son tropiezos que atajan la corriente de los pensamientos, y, menudeados, acaban por amohinar la conversación o la lectura.

Tampoco le gustan mucho al filólogo español Alonso Zamora Vicente (en *Presente y futuro de la lengua española,* Madrid, 1964, II, 46). Después de señalar que escritores de todas las regiones españolas (vascos como Unamuno o Baroja, levantinos como Azorín o Gabriel Miró, andaluces como los Machado; gallegos como Valle-Inclán) «han puesto en el telar del más noble español que se ha escrito en

mucho tiempo todo su esfuerzo y su vocación, logrando un brillantísimo resurgir de la literatura nacional», observa que ahora, a la convocatoria de la lengua común, acuden chilenos, argentinos, mejicanos, etc. Y dice:

> A todos se les ha de plantear agudamente la necesidad de ir desnudando su habla de localismos para vestirla de universalidad. Solamente así, curado el aldeanismo lingüístico, será leído y obedecido su mensaje en todo el mundo hispánico, en ese territorio cada vez más lleno de hombres y de apetencias. Una voluntad de entendimiento, premisa forzosa e inexcusable en todo quehacer humano, puede lograrlo con relativa facilidad.

Es verdad que muchas de las obras requieren un Glosario explicativo al final, pero ello solo revela la insuficiencia de nuestros diccionarios generales. No parece que esas expresiones sean un obstáculo para la comprensión ni para el deleite literario. La estilización del habla popular o coloquial puede constituir uno de los encantos de la novela y contribuir a dar vida real a los personajes y a su ambiente. Toda la literatura moderna, de los Estados Unidos y de Europa, ha descubierto vetas nuevas en el habla popular, y hasta en el *argot* y el *slang*. Algo de eso sabían ya Cervantes y Quevedo. El que haya palabras extrañas no ha sido nunca obstáculo para la grandeza de ninguna obra. Lo que no explican glosas y notas, lo suple, a veces con ventaja, la imaginación del lector, sin la cual no vale la pena leer novelas.

De todos modos, el ideal de literatura nacional ¿no representa un peligro? Literatura nacional significa literatura venezolana, colombiana, argentina, mejicana, etc. Y los personajes hablarán el habla de Venezuela, Colombia, la Argentina o Méjico, y aun la de las diferentes regiones de cada país. ¿No se abre una amplia brecha para un futuro fraccionamiento? Si la unidad de nuestra lengua se entiende como uniformidad más o menos absoluta, claro que sí. Pero esa pretendida uniformidad está en contradicción con la esencia misma

de la lengua, que es siempre multiplicidad, movimiento, transformación. Aun así, por encima de la multiplicidad queda siempre un fondo estable que trasciende a todas las diferencias y que piermite que entre todos nos entendamos.

La verdad es que los autores no se sienten enteramente identificados con el habla de sus personajes —los personajes tienen su habla y los autores la suya—, y marcan por lo común una clara línea divisoria. Una de las obras más características es *Doña Bárbara,* de Rómulo Gallegos. A pesar de la inclinación del autor por el habla llanera, la separación es muy clara. Más aún, Santos Luzardo, que representa la cultura urbana, o la luz —su apellido lo sugiere—, se entrega a la tarea de amansar a la encantadora Marisela, hija natural de la sabana, y empieza por el lenguaje: «No digas *caídas*» —le reprende él. A ella no le costaba trabajo aprender, pero de pronto —cosas de mujeres— se enfurruñaba con el maestro, y se desarrollaba un diálogo lleno de tensiones (2ª parte, cap. II):

> Déjeme ir para mi monte otra vez.
>
> —Vete, pues. Pero hasta allá te perseguiré diciéndote: no se dice *jallé,* sino *hallé* o *encontré;* no se dice *aguaite* sino *mire,* vea.
>
> —Es que se me sale sin darme cuenta. Mire, pues, lo que me encontré *curucuteando... registrando* por ahí.

Había encontrado un florero y quería poner flores en la mesa. El encontraba feo el florero, pero buena la idea, y le elogió la inteligencia, lo cual a ella no le bastaba:

> —Parece que no te agradara oírlo, ¿qué más quieres que te diga?
>
> —¡Guá! ¿Qué voy a querer yo? ¿Acaso estoy pidiendo más, pues?
>
> —¡El guá, otra vez!
>
> —¡Umjú!
>
> —No te impacientes —concluyó él—. Te llevo la cuenta de los *guás,* y todos los días la cifra va disminuyendo.

Ya se ve que la pobre Marisela era una víctima del purismo. Santos Luzardo tenía un ideal muy firme de lengua culta y era poco respetuoso con el habla familiar y cotidiana, que tiene sin duda fueros propios: el *¡guá!* por ejemplo, o el *curucutear,* o el *aguaitar,* me parecen irreprochables dentro de su propia esfera.

Rómulo Gallegos estaba mucho más cerca de Andrés Bello que de Sarmiento. Mayor aún es la separación entre las dos hablas en *Don Segundo Sombra,* en que aparece estilizado esplendorosamente el lenguaje metafórico del gaucho. El paralelismo entre los dos planos expresivos está en la esencia misma de la obra, y al final Don Segundo Sombra se aleja en su caballo hasta esfumarse en el horizonte. Aun un autor tan radical como Miguel Ángel Asturias, que, en *El Señor Presidente* da, a la manera del *Tirano Banderas* de Valle-lnclán, una imagen escalofriante de la sociedad descompuesta, y su política, en una república centroamericana, o latinoamericana, hace hablar de modo realista a sus personajes, pero las formas que no responden a su ideal de corrección las rodea de unas ominosas comillas, especie de cordón sanitario entre los dos niveles del lenguaje.

En líneas generales, la lengua literaria seguía casi servilmente la norma peninsular, o lo que consideraba norma peninsular. El laísmo *(la di, la dije),* que Andrés Bello aceptaba a veces, se encuentra en la novela realista de Blest Gana, en Rubén Darío y los modernistas y aun en autores criollistas. Hasta Alcides Arguedas, en *Raza de bronce,* escribe *patatas,* y si en una ocasión pone *papas,* lo explica entre paréntesis con la forma peninsular.

Con todo, el Río de la Plata seguía siendo el sector más rebelde del mundo hispanoamericano. Ya no es solo el prestigio del habla gauchesca. Como prolongación de los espectáculos del circo, había surgido, a fines del siglo XIX, un teatro popular. El uruguayo Florencio Sánchez —con obras como *La gringa* (1904) o *Barranca abajo* (1905)— lleva al teatro, de manera realista, el diálogo popular y rústico. Pronto cobra amplia vida el sainete criollo, en el que penetra —como nota humorística— el habla del inmigrante, y sobre todo una jerga ítalo-

criolla que recibió el nombre de *cocoliche*. Y en el sainete triunfa plenamente el tango, y, con él, el habla de los bajos fondos, el lunfardo:

> Percanta que me amurastes
> en lo mejor de mi vida...

El lunfardo tuvo en Buenos Aires un éxito parangonable al que había tenido el habla de los gauchos. Surgió una literatura popular en lunfardo, crónicas en lunfardo (en diarios muy leídos de la capital), y un autor —por lo demás de origen español— se sintió tan identificado con el populachismo, que hasta escribió en lunfardo, con la esperanza de que sería la lengua del porvenir, una biografía de Ameghino. Hubo cierta alarma. Borges, que a veces jugó con el lunfardo (o lo parodió), en los relatos que publicó en colaboración con Bioy Casares, sospecha, en un artículo de *Sur* (incluido en *Otras inquisiciones,* de 1952), que los ejercicios literarios del lunfardo («Con un feca con chele / y una ensaimada / vos te venís pal centro / de gran bacán») tienen cierto carácter caricaturesco. Comparada con las coplas españolas que trae Salillas, le parece límpida la siguiente copla lunfarda:

> El bacán le acaneló
> el escracho a la minushia;
> después espirajushió
> por temor a la canushia.

El lunfardo —dice— «es un módico esbozo carcelario que nadie sueña en parangonar con el exuberante caló de los gitanos».

La verdad es que la gente culta de Buenos Aires mira el lunfardo con cierto buen humor, y a veces esmalta su lenguaje con algún lunfardismo. En mis tiempos de estudiante universitario —hacia 1925— nos gustaba entrar en un café, y pedir en clara e inteligible voz: «¡Zomo, feca con chele!». Que, como se podrá adivinar, era un

modesto café con leche. La alarma no tenía en cuenta que la literatura francesa, por ejemplo, había jugado siempre con el argot, sin perder por eso su constante aristocraticismo expresivo. Además, ésa parecía una vergonzosa peculiaridad argentina, y he aquí que en los últimos años el habla del hampa está ascendiendo de nivel en todas partes, y gracias a los estudiantes y a los adolescentes en general, con su afición a un lenguaje especial —se observa por ejemplo en Caracas o en Bogotá en los últimos años— está penetrando en todos los sectores. Es un signo de la mentalidad de nuestra época, y forma parte sin duda de cierto *hippismo* expresivo, que pasará —¡quién lo duda!—, aunque algo dejará.

En toda América, en la educación, en el periodismo, en la prosa didáctica, el purismo siguió siendo la nota dominante. Aun en la Argentina. Así, el Consejo Nacional de Educación, en 1939, prohibió el voseo en las escuelas (condenó los usos de *vení, poné, apretá, reíte,* «y demás formas bárbaras») y quiso obligar a los niños de primero y segundo grado a que abandonaran su *pollera* o su *saco,* su *vereda* y su *garúa,* y dijeron *falda, chaqueta, acera* y *llovizna,* y hasta que adoptaran el madrileñismo *chófer* en lugar de *chofer.* Y un escritor —por lo demás muy estimable— como Arturo Capdevila hizo cuestión de honor combatir el «ruin», «calamitoso» y «horrendo» voseo, que consideraba «verdadera mancha del lenguaje argentino», «sucio mal», «ignominiosa fealdad», «negra cosa», «viruela del idioma».

No parece que ese purismo haya sido muy fructífero, y es posible que haya sido más bien dañino. Con él o sin él, el habla popular, el habla rústica, el habla vulgar han llegado honrosamente a la literatura y le han comunicado su savia. Y con todo, el ideal general de lengua culta sigue intacto. Aun en las narraciones realistas —dice Anderson Imbert, en su *Historia de la literatura hispanoamericana,* aludiendo a la obra del venezolano Rómulo Gallegos, del colombiano José Eustasio Rivera, del argentino Ricardo Güiraldes, del mejicano Martín Luis Guzmán, del chileno Eduardo Barrios— «quedó el recuerdo de la gran fiesta de prosa artística que había desfilado, con

luces de bengala, bandas de música y gallardetes de colores, por las calles del 1900, enseñando a todos a escribir con decoro artístico y técnicas impresionistas».

5. El «boom» de la novela hispanoamericana

Hemos llegado afortunadamente a nuestros días. Desde hace algunos años se anuncia, con bombos y platillos, un gran *boom* de la novela latinoamericana —una especie de apogeo repentino y estruendoso, como una explosión—, que nos llega —ya se ve— con un nombre inglés. Dejando de lado lo que pueda haber en ello de «promoción» editorial, de propaganda de grupo o de política literaria, y aun admitiendo su carácter transitorio o circunstancial, es evidente que hay hoy una serie de autores que despiertan un interés general, hasta el punto de que todos estamos pendientes de sus últimas obras. En realidad son bastante heterogéneos, y unos son jóvenes y otros viejos: Juan Rulfo y Carlos Fuentes, de Méjico; Miguel Ángel Asturias, el reciente Premio Nobel, de Guatemala; José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Guillermo Cabrera Infante, de Cuba; Gabriel García Márquez, de Colombia; Mario Vargas Llosa, del Perú; Juan Carlos Onetti, del Uruguay; Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Julio Cortázar, de la Argentina. Tendría que agregar, por lo menos, a João Guimarães Rosa, del Brasil.

Sus obras, por primera vez, circulan en seguida por toda América y alcanzan ediciones sucesivas. También, por primera vez, se traducen en seguida a las lenguas extranjeras, quizá en parte por el interés que está despertando en todo el mundo nuestra América, con su riqueza, sus problemas, sus revoluciones. Nada comparable, en su conjunto, puede ofrecer hoy la novela de España. La América hispana ha tomado decididamente el timón del movimiento novelístico de nuestra lengua. Es la culminación de un desarrollo que se esbozó con el romanticismo, se afirmó con la novela realista y tuvo su momento espléndido con la poesía y la prosa del modernismo.

Claro que los nuevos autores marchan a banderas desplegadas por unos caminos que habían abierto, a duras penas, con ingentes trabajos, las generaciones anteriores: descubrimiento de la naturaleza americana y del hombre de América. Si hoy quieren superar el nativismo, el criollismo, el pintoresquismo, el folklorismo, y traspasar la realidad y llegar a la esencia absoluta de las cosas (los epígonos de Lezama Lima, en Cuba, se llaman «trascendentalistas»; Miguel Ángel Asturias habla de «realismo mágico») es porque disponen ya de una amplia tierra sobre la cual pueden afianzarse y desde la cual pueden elevar su vuelo. Antes, además, dependían de Madrid o de París, de donde venían hasta los niñitos recién nacidos. Hoy son viajeros del mundo, y de toda su literatura, y les anima un afán universalista, o por lo menos un universalismo latinoamericano. Está surgiendo, por fin, la gran república literaria de Latinoamérica. Los editores, críticos y lectores insisten con toda razón —dice Carlos Fuentes, en julio de 1961 (en una entrevista de *Mundo Nuevo*)—, «en considerar la literatura latinoamericana como un todo, de no parcelarla en pequeños cotos paraguayos, mejicanos, uruguayos y chilenos, sino de verla como un todo orgánico lleno de correspondencias internas y externas. Se está creando un primer cosmopolitismo entre la Patagonia y el Río Bravo del Norte».

Mundo Nuevo, la revista de Emir Rodríguez Monegal que dio el grito de proclamación del nuevo movimiento, decía en noviembre de 1967, al presentar a seis poetas nuevos: «La unidad de América Latina, tanto tiempo impedida en los terrenos político y económico, va emergiendo inconteniblemente en el cultural». Y destacaba no solo el surgimiento fuerte y original de la novela en el último decenio, sino también, aunque menos visible, de la poesía lírica, con sus viejas y nuevas voces.

Con más amplitud lo decía García Márquez: «No hablemos más por separado de literatura latinoamericana y de literatura española, sino simplemente de literatura en lengua castellana». Antes se hacía una división análoga entre los diversos países, «y sin embargo

—decía— hay diferencias mucho más notables entre Venezuela y la Argentina, por ejemplo, que entre esos países y España». Él se sentía dentro de la gran tradición de los libros de caballerías y del *Quijote,* y declaraba: «no solo estamos escribiendo el mismo idioma, sino prolongando la misma tradición».

También descansaba el nuevo movimiento en la honda renovación producida en la lengua poética por las generaciones postmodernistas. La forma constituirá su preocupación máxima, sobre todo la forma expresiva, el lenguaje. Emir Rodríguez Monegal, aunque señalaba por lo menos cuatro «promociones» diferenciadas, decía (*Mundo Nuevo,* noviembre de 1967) que el tema subterráneo y decisivo de la novela americana de hoy «es el tema del lenguaje como lugar (espacio y tiempo) en que *realmente* ocurre la novela. El lenguaje como realidad única de la novela».

Yo no entiendo bien lo que eso significa: «El lenguaje como realidad única de la novela». Él trata de explicarlo: «Al hablar del lenguaje de la novela me refiero —dice— al mundo verbal entero creado por el novelista: el ámbito en que se desarrolla y crece la obra y en que se produce el combate (a muerte) entre el creador y su vehículo».

Yo más bien creo que la lucha con el lenguaje, que es el portador de la creación novelesca o poética, y a la vez su encarnación, es una lucha permanente de todo escritor verdadero, y en unos es leve escaramuza y en otros duelo a muerte. Pero la creación consiste en hacer vivir plenamente la realidad poética y desvanecer toda huella del combate. Digámoslo con términos de Vicente Huidobro: «¿Por qué cantáis la rosa, oh Poetas! / Hacedla florecer en el poema». Y la rosa florece como un milagro vivo que oculta la alquimia profunda y larga que la ha hecho florecer.

Me parece que también piensa así Julio Cortázar, en *La vuelta al día en ochenta mundos* (Méjico, 1967, p. 94):

> En todo gran estilo el lenguaje cesa de ser un vehículo para la «expresión de ideas y sentimientos» y accede a ese estado límite en que ya no

cuenta como mero lenguaje porque todo él es presencia de lo expresado. Un poco como ocurre con el raro intérprete musical que establece el contacto directo del oyente con la obra y cesa de actuar como intermediario.

La idea de Rodríguez Monegal quizá aparezca con más claridad en la entrevista que hizo a Carlos Fuentes (*Mundo Nuevo,* julio de 1966):

Para mí —dice Fuentes— hay un hecho esencial: en todas las nuevas novelas en América Latina, evidentemente, hay una búsqueda de lenguaje. Un remontarse a las fuentes del lenguaje. Si no hay una voluntad de lenguaje en una novela en América Latina, para mí esa novela no existe. Yo creo que la hay en Cortázar, en primer lugar, que para mí es casi un Bolívar de la novela latinoamericana. Es un hombre que nos ha liberado, que nos ha dicho que se puede hacer todo. En García Márquez, en Vargas Llosa, en Donoso, en Vicente Leñero, hay evidentemente una voluntad de encontrar un lenguaje, que es al fin y al cabo la respuesta del escritor, tanto a las exigencias de su arte como a las exigencias de su sociedad, y creo que ahí radica la posibilidad de la contemporaneidad.

Es hora entonces de que hablemos de Julio Cortázar, «casi un Bolívar de la novela latinoamericana». En toda su obra hay efectivamente una constante y dramática preocupación por el lenguaje:

Hace años que estoy convencido —decía hace poco, en una carta reproducida en la revista *Señales,* Buenos Aires, N° 132— de que una de las razones que más se oponen a una gran literatura argentina de ficción es el falso lenguaje literario (sea realista, y aun neorrealista, sea alambicadamente estetizante). Quiero decir que si bien no se trata de escribir como se habla en la Argentina, es necesario encontrar un lenguaje literario que llegue por fin a tener la misma espontaneidad, el mismo derecho, que nuestro hermoso, inteligente, rico y hasta deslumbrante estilo oral. Pocos, creo, se van acercando a ese lenguaje paralelo, pero ya son bastantes

> como para creer que, fatalmente, desembocaremos un día en esa admirable libertad que tienen los escritores franceses o ingleses de escribir como quien respira, y sin caer por eso en una parodia del lenguaje de la calle o de la casa.

No sé si se engañaba sobre «la admirable libertad» de los escritores franceses e ingleses, que también están en rebeldía lingüística en los últimos tiempos. Cortázar vuelve sobre sus ideas (*Revista de la Universidad de México,* mayo de 1963):

> Es muy fácil advertir que cada vez escribo menos bien, y ésa es precisamente mi manera de buscar un estilo... ¡Es tan fácil escribir bien! ¿No deberíamos los argentinos (y esto no vale solamente para la literatura) retroceder primero, bajar primero, tocar lo más amargo, lo más repugnante, lo más obsceno, todo lo que una historia de espaldas al país nos escamoteó tanto tiempo a cambio de la ilusión de nuestra grandeza y nuestra cultura, y así, después de haber tomado fondo, ganarnos el derecho a remontar hacia nosotros mismos, a ser de verdad lo que tenemos que ser?

Rayuela es sin duda una de nuestras grandes novelas de los últimos tiempos, de todos los tiempos. Hay en ella una teoría de la novela —o de la antinovela—, y del lenguaje novelesco, y un barajar constante de ideas sobre las palabras, o contra las palabras, «las perras palabras, las proxenetas relucientes» (cap. 23), «las perras negras» (cap. 93), con reminiscencia de Wittgenstein. Con todo, ya hemos visto que reacciona contra la idea general de que el habla de Buenos Aires es incorrecta y pobre. Cortázar quiere alcanzar un lenguaje novelesco que, sin copiar el oral, tenga la misma espontaneidad, sus mismos derechos. En primer lugar, en *Rayuela* hay un amplio despliegue del lenguaje coloquial de Buenos Aires, y hasta cierto deleite por las voces populares y lunfardescas, no solo en el diálogo, sino también en la narración, sin barreras de ninguna clase. Y así nos encontramos no solo el *che,* la *macana,* el *macaneo* y el *macanudo,* el *mate* («cebar

el mate») y su *bombilla,* la *vidriera,* la *yapa,* la *vereda,* el *recién,* que aparecen habitualmente en cualquier autor argentino, sino además el *tacho de basura* (es insistente, también en otras obras suyas), el *pibe* («rajá, pibe»), el *bacán* («un restaurante bacán»), las *lauchitas,* la *sobornia,* el *metejón,* el *bondi,* la *fiaca,* la *gunfia,* la *merza,* la *menega* o la *guita,* la *mufa,* el *cana,* el *piolín,* el *sebo* («un trabajo de puro sebo»), el *pucho,* el *vesre,* el *piantado* y muchas más. Y frases corrientes de tipo coloquial: «Te falló, pibe, qué le vas a hacer» (p. 150), «El pobre tipo está sonado» (o «Estamos sonados», 356), «No se ve ni medio», «Todo va como la mona», «La rematás fenómeno» (o «iba a andar fenómeno»), «¡Altro que dar vuelta los bolsillos», «No hay vasos, che, de manera que nos prendemos a la que te criaste», «aquí basta un título de agrimensor para que cualquiera se la piye en serio» (449), «Vení, rajemos otra vez» (531). Estamos aún dentro de un amplio realismo expresivo, que contribuye sin duda a dar realidad argentina, o porteña, a algunos de los personajes. Oliveira, el inquietante protagonista de la obra, dice de la Maga, su amiga uruguaya de París (37): «Esta mocosa, con un hijo en brazos para colmo, se metía en una tercera de barco y se largaba a estudiar canto a París sin un vintén en el bolsillo» (el *vintén,* de origen brasileño, es en el Uruguay una ínfima moneda de níquel). Y la amiga de Oliveira en Buenos Aires, dice: «¿Por qué no va de otra modista?» (301) o «Démelon a mí» (306). Y él mismo cuenta: «Esas dos locas guerreando por porotos a golpes de siete de velos» (el siete de oros, del juego de la escoba, que viene de *il sette bello* italiano). Y sobre todo el uso general del *vos* y de sus formas verbales, no solo cuando habla Horacio, que es porteño, o la Maga, sino también cuando intervienen los otros miembros del cosmopolita Club de la Serpiente, en las noches de Saint-Germain des Prés. Etienne, el francés, dice a Oliveira: «Vos, Horacio Curiacio, sos capaz de encontrar metafísica en una lata de tomates». O Babs, la amiga de Ronald, le dice a la Maga (184): «¿Siempre es así con vos?». O se dirige a Ronald (185): «OK, OK, no tenés por qué pellizcarme». También Ronald vosea, y le dice a ella: «Hacéme caso, sentáte aquí». Claro que en el Club

todos hablaban en francés, y Cortázar tiene el derecho, para dar vida al coloquio, de traducir sus palabras al lenguaje coloquial de Buenos Aires. Pero respeta los usos de Perico Romero, el pintor español, que habla a su modo, y a veces se trenza con Oliveira por cuestiones de lenguaje. Mientras andan por la calle, empapados por la llovizna, en dirección a la casa de Ronald, donde tenían el Club, Etienne y Perico discuten una posible explicación del mundo por la pintura y la palabra. El diálogo recae en Mondrian y Klee, y Horacio interviene:

> —En el fondo Klee es historia y Mondrian atemporalidad. Y vos te morís por lo absoluto, ¿Te explico?
>
> —No —dijo Etienne—. C'est vache comme il pleut.
>
> —Tú parles, coño —dijo Perico—. Y el Ronald de la puñeta, que vive por el demonio.
>
> —Apretemos el paso —lo remedó Oliveira—, cosa de hurtarle el cuerpo a la cellisca.
>
> —Ya empiezas. Casi prefiero tu yuvia y tu gayina, coño. Cómo yueve en Buenos Aires. El tal Pedro de Mendoza, mira que ir a colonizarlos a vosotros.

En otra ocasión, en el Club, están comentando las ideas de Morelli —el Cortázar teórico de la novela— sobre el empobrecimiento del lenguaje, y Ronald explica (cap. 99):

> —Lo que Morelli quiere es devolverle al lenguaje sus derechos. Habla de expurgarlo, castigarlo, cambiar *descender* por *bajar,* como medida higiénica pero lo que él busca en el fondo es devolverle al verbo *descender* todo su brillo, para que pueda ser usado como yo uso los fósforos y no como un fragmento decorativo, un pedazo de lugar común.

Oliveira cree que para Morelli el mero escribir estético es un escamoteo y una mentira, sin comprometerse en el drama, y que en la Argentina «ese tipo de escamoteo nos ha tenido de lo más contentos

y tranquilos durante un siglo». E interviene Perico, con su desenfado español:

> —Todas esas fantasías de corregir el lenguaje son vocaciones de académico, chico, por no decir de gramático. *Descender* o *bajar,* la cuestión es que el personaje se largó escalera abajo, y se acabó.

Todavía vuelve en otra ocasión (cap. 112) al conflicto entre *descender* y *bajar.* Morelli había escrito: «Ramón emprendió el descenso». Pero como quería que su relato fuese lo menos literario posible, corrigió: «Ramón empezó a bajar». Y analiza las verdaderas razones de su repulsión por el lenguaje literario:

> *Emprender el descenso* no tiene nada de malo, como no sea su facilidad, pero *empezar a bajar* es exactamente lo mismo, salvo que más crudo, *prosaico* (es decir, mero vehículo de información), mientras que la otra forma parece ya combinar lo útil con lo agradable. En suma, lo que me repele en *emprendió el descenso* es el uso decorativo de un verbo y un sustantivo que no empleamos casi nunca en el habla corriente; en suma, me repele el lenguaje literario (en mi obra, se entiende).

Repulsión de un lenguaje literario o «repulsión a la retórica». Ya Juan Ramón aconsejaba: «Si puedes decir *pájaro,* no digas *ave*». Y un precepto de su código penal era: «Todo el que escriba *so el sauz,* sea colgado en el acto bajo el sauce».

Sin duda, las ideas de Morelli —o de Cortázar— eran más radicales. Oliveira —que es el portavoz— habla de la escondida falacia de las palabras, «que tendían a organizarse eufónica, rítmicamente, con el ronroneo feliz que hipnotiza al lector después de haber hecho su primera víctima en el escritor mismo». Y Etienne explica:

> —No se trata de una empresa de liberación verbal... Los surrealistas creyeron que el verdadero lenguaje y la verdadera realidad estaban censu-

rados y relegados por la estructura racionalista y burguesa del Occidente. Tenían razón, como lo sabe cualquier poeta, pero eso no era más que un momento en la complicada peladura de la banana. Resultado, más de uno se la comió con la cáscara. Los surrealistas se colgaron de las palabras en vez de despegarse brutalmente de ellas, como quisiera hacer Morelli desde la palabra misma. Fanáticos del verbo en estado puro, pitonisos frenéticos, aceptaron cualquier cosa mientras no pareciera excesivamente gramatical. No sospecharon bastante que la creación de todo un lenguaje, aunque termine traicionando su sentido, muestra irrefutablemente la estructura humana, sea la de un chino o la de un piel roja. Lenguaje quiere decir residencia en una realidad, vivencia en una realidad. Aunque sea cierto que el lenguaje que usamos nos traiciona (y Morelli no es el único en gritarlo a todos los vientos), no basta con querer liberarlo de sus tabúes. Hay que re-vivirlo, no re-animarlo.

Oliveira vuelve a intervenir:

—Lo único claro en todo lo que ha escrito el viejo es que si seguimos utilizando el lenguaje en su clave corriente, con sus finalidades corrientes, nos moriremos sin haber sabido el verdadero nombre del día. ¿Para qué sirve un escritor si no para destruir la literatura?...

Morelli —dice Oliveira— procede como un guerrillero: «el escritor —según él— tiene que incendiar el lenguaje, acabar con las formas coaguladas e ir todavía más allá, poner en duda la posibilidad de que este lenguaje esté todavía en contacto con lo que pretende mentar. No ya las palabras en sí, porque eso importa menos, sino la estructura total de una lengua, de un discurso».

Los personajes de *Rayuela*, y entre ellos Morelli, giran constantemente (caps. 19, 21, 28, etc.) alrededor de la palabra, «la violación del hombre por la palabra, la soberbia venganza del verbo contra su padie». Oliveira se pregunta: «¿Qué es el recuerdo sino el idioma de los sentimientos, un diccionario de caras y días y perfumes que

vuelven como los verbos y los adjetivos en el discurso, adelantándose solapados a la cosa en sí, el presente puro...?».

Constantemente se detiene Cortázar en las palabras, sin duda apuntando a las cosas: «Los habían interpelado en perfecto castellano para *mangarles* la entrega benévola de uno que otro atado de cigarrillos» (346; *psicología,* «palabra con aire de vieja» (415); *sapiens* (de *homo sapiens*), «es otra vieja, vieja palabra, de esas que hay que lavar a fondo antes de pretender usarla con algún sentido» (419); *intimidad,* «qué palabra, ahí no más dan ganas de meterle la hache fatídica» (448), «pero el amor, esa palabra» (483). Y, sin embargo, la tan calumniada palabra tiene en la obra notable fecundidad. Oliveira, al volver de París, no le podía *contar* nada a Tráveler, y lo explica (cap. 52):

> Si empezaba a tirar del ovillo, iba a salir una hebra de lana, metros de lana, lanada, lanagnórisis, lanatúrner, lanapurna, lanalatomía, lanata, lanatalidad, lanacionalidad, lanaturalidad, la lana hasta lanáusea, pero nunca el ovillo.

Uno de los juegos habituales de Oliveira y Tráveler era abrir el Diccionario de la Real Academia («la palabra Real había sido encarnizadamente destruida a golpes de gilette»), al que llamaban «el cementerio» (cap. 41), y con ayuda de él inventaban frases como la siguiente (la única palabra que no está en el Diccionario es *cleonasmo,* sin duda errata de imprenta por *cleuasmo,* que sí está y hace sentido):

> Hartos del cliente y de sus cleonasmos, le sacaron el clíbano y el clípeo y le hicieron tragar una clica. Luego le aplicaron un clistel clínico en la cloaca, aunque clocaba por tan clivoso ascenso de agua mezclada con clinopodio, resolviendo los clisos como clerizón clorótico.

En *Rayuela* hay hasta crítica del estilo literario. Oliveira lee una de las novelas españolas a que era aficionada la Maga, y reproduce unas páginas, pero interlineando sus observaciones y burlas (cap. 34). En-

cuentra la expresión: «lo que en verdad era poco lisonjero para un hombre que...». Y observa irónicamente:

> Lisonjero, desde quién sabe cuándo no oía esa palabra, cómo se nos emprobrece el lenguaje a los criollos, de chico yo tenía presentes muchas más palabras que ahora, leía esas mismas novelas, me adueñaba de un inmenso vocabulario, perfectamente inútil por lo demás, *pulcro y distinguidísimo,* eso sí.

No nos vamos a detener ahora en el remedo de un diálogo típico entre españoles (cap. 41), o del estilo de Hipólito Irigoyen (cap. 49), sus juegos con las haches (Oliveira «usaba las haches como otros la penicilina», y las ponía en las grandes palabras, como *hasunto, hencrucijada, hunidad,* y hasta *Holiveira*, «y así se sentía capaz de pensar sin que las palabras le jugaran sucio», cap. 90), o con una ortografía reformada, de tipo fonético (cap. 69), o sus dudas entre *magnetófono y grabador* (cap. 47). Pocas veces juega con la sintaxis. A veces, al dejar la frase en suspenso. Así, evoca Horacio sus encuentors con la Maga (cap. 1): «de repente pasaba por ahí Harold Lloyd, y entonces te sacudías el agua del sueño, y al final te convencías de que todo había estado muy bien, y que Pabst y que Fritz Lang». O bien por afán de condensación expresiva. Así, Horacio y la Maga, en el Barrio Latino, «se paraban delante de una vidriera» para leer los títulos de los libros (cap. 4):

> La Maga se ponía a preguntar, guiándose por los colores y las formas. Había que situarle a Flaubert, decirle que Montesquieu, explicarle cómo Raymond Radiguet, informarla sobre cuándo Théophile Gautier. La Maga escuchaba, dibujando con el dedo en la vidriera.

O en el siguiente soliloquio de Horacio (cap. 21):

> Rodeado de chicos con tricotas y muchachas deliciosamente mugrientas bajo el vapor de los *cafés crémes* de Saint-Germain-des-Prés, que leen

> a Durrel, a Beauvoir, a Duras, a Douassot, a Queneau, a Sarraute, estoy yo, un argentino afrancesado (horror horror), ya fuera de la moda adolescente, del *cool,* con en las manos anacrónicamente *Êtes-vous fous* de René Crevel, con en la memoria todo el surrealismo, con en la pelvis el signo de Antonin Artaud, con en las orejas las *Ionisations* de Edgar Várese, con en los ojos Picasso (pero parece que soy un Mondrian, me lo han dicho).

Y también cuando en pleno Club de la Serpiente Horacio va entrando paulatinamente en el limbo de la borrachera (caps. 16 y 18). Ya se ve que estamos lejos del realismo expresivo. En mitad de sus frases intercala palabras en francés, inglés, alemán o italiano. Y hay palabras que no le gustan y crea otras. La Maga hasta inventa un nuevo lenguaje —el *glíglico*— en el que ella y Horacio pueden decirse, sin el viejo rubor, las mayores obscenidades (cap. 20). Y no sé si en ese lenguaje, o en algún otro, está escrito todo un capítulo (el 68), que me parece escabrosísimo y termina así:

> ¡Evohé! ¡Evohé! Volposados en la cresta del murelio, se sentían balparamar, perlinos y márulos. Temblaba el troc, se vencían las marioplumas, y todo se resolviraba en un profundo pintee, en niolamas de argutendidas gasas, en carinias casi crueles que los ordopenaban hasta el límite de las gunfias.

Cortázar se propuso romper todo tabú verbal, liberar la expresión de falsos pudores y rehabilitar las malas palabras y hacerlas entrar por la puerta ancha de la novela, empresa sin duda denodada en cualquier parte de Hispanoamérica, y más que en ninguna en el Río de la Plata, donde se suele dar al recién llegado una amplia lista de palabras españolas que debe evitar en buena sociedad. Rompe así una tradición que, desde los días iniciales de la Colonia, cerraba la entrada, en la lengua literaria, a toda referencia sexual o coprológica, relegadas al campo infraliterario de la pornografía, por lo demás muy vasto, pero clandestino. La literatura del *boom* novelesco ha perdido

hoy el antiguo pudor, y hasta siente cierto deleite nuevo por una procacidad a la francesa, a lo Céline. Cortázar es un maestro, pero no el iniciador ni el que ha ido más lejos. Vargas Llosa confiesa las dificultades que tuvo en *La ciudad y los perros:*

> Como era imposible —dice— hacer hablar a estos muchachos sin malas palabras, he tratado de dar a estas palabras un valor puramente fonético en determinadas circunstancias que las justificaran. Todo ese lenguaje más o menos escatológico, que pudiera despertar en el lector una resistencia, me ha dado mucho trabajo para imponérselo, por virtudes de otra índole. Quise que el movimiento de la prosa fuera tal que la palabra «malsonante» siempre tuviera un carácter de necesidad tal, que no pudiera ser rechazada, que fuera casi deseada, esperada con impaciencia por el lector...

Hay que reconocer, además, que las expresiones que antes solo usaban los hombres entre ellos —o las mujeres solas— están hoy penetrando en el habla coloquial de ciertos círculos sociales, más bien elevados, que proceden con desparpajo señorial. Y que aun la mujer ha conquistado a este respecto, como en muchos otros, mayor libertad.

También en *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967) vuelve Cortázar sobre la relación entre lengua hablada y escrita, critica nuestro estilo literario («un lenguaje que en su más alto nivel da por ejemplo *El siglo de las luces,* mientras que todo el resto se agruma en una prosa que más tiene que ver con la sémola que con la vida que pretende encarnar», pág. 36) y exalta, como una de las grandes creaciones de la novela hispanoamericana, *Paradiso,* de Lezama Lima. Nos gustaría detenernos en esta obra, pero solo podemos por ahora destacar el contraste entre la lengua coloquial cubana y la lengua coloquial de la novela. Así, por ejemplo, José Eugenio, el futuro coronel Cemí, todavía adolescente, que parece enamorado de la sonrisa de Rialta, habla con la Abuela Munda y le dice muy de prisa (Méjico, 1968, p. 115):

—Nosotros, nuestra familia, tiene la carcajada; solo imagino sonreír a mi madre, a pesar de que apenas puedo ya recordarla, pues yo era demasiado niño, y a esa edad cuesta trabajo precisar una sonrisa, fijarse en el pliegue de los labios, en su plegarse al oír un pájaro o un crepúsculo en su melancolía aforística, o distenderse al caer un aro propicio sobre la oscuridad de un poro. Giraba la luz por las persianas, poliedro que amasa la luz como la harina de los transparentes, como si hubiese caído su sonrisa en el agua de las persianas. Me parecía que nuestra antigua carcajada necesitaba de esa sonrisa, que nos daba la lección del espíritu actuando sobre la carne, perfeccionándola, como la jarra cuando el artesano, aun en la duermevela, del alba, va diseñando la boca de la arcilla.

José Eugenio almuerza por primera vez en casa de Rialta. Mela, la abuela evoca los cantos guerreros de la emancipación de Cuba, quiere que Rialta los cante. Ella contesta (p. 126):

—Abuela, cantar en el hogar los sones guerreros, no tan solo le hace daño a la paz, sino que le quita gallardía a los verdaderos guerreros; usted, por su temperamento sobreexcitado por el asma, recuerda más la generación de Brunhilda que la de Penélope, evoca a las amazonas que perseguían a los guerreros hasta hacerlos desfallecer. Establecida ya la paz, el humo de la sopa es el preludio del arca de la alianza.

Entonces es la abuela Mela la que canta, y José Eugenio dice (p. 127):

—Mire, señora Mela, hay algo en esas evocaciones que me trae la pinta de mi madre. Su fineza, la familia toda dedicada a producir el fino espesor de la miel, la querendona hoja del tabaco, las hacía vivir como hechizadas. Sus obsesiones por la estrella, la ternura retadora, el convidante estoicismo, van por esa misma dirección. Me acuerdo cuando el coronel Méndez Miranda, primo de mi madre, visitaba el Resolución, mi padre se alejaba, como quien respeta una fuerza extraña, se le esfumaba la adecuación.

> Pero aquella fineza necesitaba como pisapapeles el taurobolio invisible, resistente, de mi padre…

Es como proclamar: «¡Abajo el realismo verbal!». Lezama mismo se defiende en una nota de *Paradiso* (p. 452): «Es más natural el artificio del arte fictivo, como es más artificial lo natural nacido sustituyendo». (Vargas Llosa decía que los nuevos escritores estaban creando una realidad propia capaz de parangonarse o competir con la realidad misma). A veces Lezama se detiene a explicar el habla de sus personajes (pp. 135-136):

> Cuando Rialta se encolerizaba al hablar, era cuando más se parecía al lenguaje culto de la señora Augusta. Esta, naturalmente, como sentada en un trono, dictaba sus sentencias cargadas de variaciones sobre versos y mitologías. Cuando Rialta manejaba ese estilo, lo hacía con ironía o encolerizada, necesitaba violentarse para dorar sus dardos y destellar en la tradición grecolatina. En la señora Augusta, ese estilo tenía la pompa de las consagraciones en Reims, oracular, majestuoso. En Rialta, muy criolla, era un encantamiento, una gracia, el refinamiento de unos dones que al ejercitarse mostraban su alegría, no su castigo ni su pesantez.

Veamos entonces un relato («gengiscanesco» lo llama el autor) que hace la criolla Rialta, el personaje de más encanto de la obra (pp. 136-137):

> —Parecían unos sepultureros shakesperianos. Para destruir el anón y las fresas se habían emborrachado y sudaban tabaco juramentado. La sangre se adensó en su roña, tropezó en las piedras de la enjundia cuarentona de los dos presos. El escolta señaló con su índice rispido las dos matas de anones. Los dos presos, empuñando larguísimos paraguayos entrecruzados de tierra roja, sudor y jugo de plantas, comenzaron a pegar tajos, bien hacia las raíces o hacia la copa, haciendo temblar como una zarza el tronco más tierno que airoso de la mata. El escolta se reía viendo el ascenso de la llama-

rada verde del arbolito. Risa mala, como con todos los dientes puestos sobre el hielo. Extrajo la bayoneta y la caló sobre el rifle. Risa mala, enseñaba todos los dientes, ahora se precisaba en el espacio hundido por dos muelas extraídas, una extensión necrosada de tejido purulento, como quemada. Se impulsó, hundió la bayoneta en el centro de la mata. Rajo la presión central, el ramaje del árbol pareció abrir los brazos. Entonces, los dos presos, liberados del vaivén esquivo, comenzaron un macheteo incesante, sanguinario, hasta que levantaron las raíces entre sus dedos de pedernal, hosco, juramentado. Las raíces trenzaron la bayoneta como un caduceo pitagórico. Quedaban por los canteros las enredaderas de los fresales. El rocío, divinidad protectora entre lo invisible y lo real, disparaba las flechas de su refracción sobre los malvados ojizarcos. Se impulsaba la pareja de presos, con la cara amoratada como si cargaran un barril de piedras se descargaban, fortalecidos por los gritos de la rotación combativa, sobre el machete, que levantaba una polvareda chillona, pero las fresas, protegidas por sus divinidades y el nido de su follaje, enseñaban sus encías matinales, liberadas del verdín corrosivo de las silbantes flechas Pero muy pronto los malvados organizaron sus fuerzas y las distribuyeron. Si antes la bayoneta penetraba en el centro de la mata de anón, ahora buscaban el punto de absorción, de sumergimiento, por donde las fresas se escondían a cada machetazo sanguinolento. Logrado ese punto, se abandonaba a sus furias danzables. El escolta daba unos pasos rastrillados, polvo escupitajo sus baquetas rotando, apuntaba al centro de astucia y hundimiento, y fijaba la fresa como con la muleta de una momentánea sierpe umbilical. Se impulsaba uno de los presos, daban gritos como pescadores japoneses que rechazaran una escuadra de nobles, y las fresas reventadas, con su linfa sagrada penetrando en la Tebas de sus semillas, se desconchaban a través del paredón, donde muy pronto la llegada del rayo solar ordenaba sus transmigraciones misteriosas, ya de pavo en Ceilán, ya de perezoso en un parque londinense.

Mario Vargas Llosa decía en la revista *Amaru,* de Lima, en 1967 (recogido en *La nueva novela latinoamericana,* Buenos Aires, Editorial Paidós, 1969):

> Lezama Lima es un escritor avasalladoramente *tropical,* un prosista que ha llevado ese exceso verbal, esa garrulería de que han sido tan acusados los escritores latinoamericanos, a una especie de apoteosis, a un clímax tan extremo, que, a estas alturas, el defecto ha cambiado de naturaleza y se ha vuelto virtud. No siempre, desde luego. Hay muchas páginas de *Paradiso* en las que el enrevesanuento, la oceánica acumulación de adjetivos y de adverbios, la sucesión de frases parásitas, que a su vez se subdividen en otras frases parásitas, el abuso de símiles, de paréntesis, el recargamiento y el adorno y el avance zigzagueante, las idas y venidas del lenguaje resultan casi irresistibles y desalientan al lector. Pero a pesar de ello, cuando uno termina el libro, estos excesos verbales quedan enterrados por la excitación, el deslumbramiento, la perpleja admiración que deja en el lector esta expedición por ese gigantesco e insólito *Paradiso,* concebido por un gran creador y propuesto a sus contemporáneos como territorio de goces infinitos.

Cortázar, su más encendido admirador, dice que los personajes hablan siempre *desde la imagen:* Lezama «los proyecta a partir de un sistema poético que tiene su clave en la potencia de la imagen», y le tiene sin cuidado que hablen o no de acuerdo con su condición, y que en una comida de familia doña Augusta evoque a Hera, o un criado se acuerde de Hermes o de Nerón o del Yi King (*La vuelta al día en ochenta mundos,* pág. 145). De modo análogo se ha señalado que en *La muerte de Artemio Cruz,* de Carlos Fuentes, una soldadera y un revolucionario —en diálogo amoroso— hablan una lengua muy culta, y que ignorantes guerrilleros se expresan como filósofos.

En *Paradiso,* el lenguaje narrativo del autor está aún más alejado del realismo expresivo. De la Casa de los Olaya comienzan a salir grandes voces. Cunde la alarma y llega la ambulancia. Cuenta Lezama Lima (p. 118):

> Llegó un carro, donde era bien visible que la agitación de la finalidad que los acuciaba podía romper sus escuadras disciplinantes. Cuatro

soldados sanitarios, con un sargento y un teniente. La serpiente engarabitada espiralando el caduceo, mostraba que era un médico del ejército, acompañado de enfermeros y ayudantes.

La culminación de su estilo narrativo es la descripción de la casa del señor Michelena en Matanzas, y lo que pasaba en ella (pp. 54-55):

La casa, en el centro de la finca, tenía todas sus piezas con una goterosa iluminación. El exceso de la luz la tornaba en líquida, dándole a los alrededores de la casa la sorpresa de corrientes marinas. En la casa estaba la afiebrada pareja, y la irreconocible Isolda comenzó a levantar la voz hasta las posibilidades hilozoístas del canto. Dentro estaban el señor Michelena, dándole vuelta a la champañizada vírgula de la copa, y la mujer que lo rozaba, volvía apenas, desperazaba su lomo de algas, y se desenredaba después, sin poder precisar en qué cuadrado del tablero comenzaría a cantar. A veces, la voz desprendida del cuerpo, evaporada lentamente, se reconocía en torno a las lámparas o al ruido del agua en los tejados, mientras el cuerpo se hacía más duro al liberarse de aquellas sutilezas y corrientes lunares. Se entreabrió la puerta, y apareció amoratada, en reverso, chillante, la mujer que despaciosamente abría y alineaba la boca como extraída de la resistencia líquida, con las pequeñas escamas que le regalaba el sudor caricioso. Desde la puerta al inicio de la escalera, situada frente a la granja ondulante por los sombreros de la luz y los carnosos fantasmas asistentes, solo entreabría su boquilla dentro del sueño golpeada, con nuevos músculos para el pegote de arcilla. Frente a la casa de druídicas sospechas lunares y con sayas dejadas por las estinfálidas, sentado en una mecedora de piedra de raspado madreporario, el chinito de los rápidos buñuelos de oro, envuelto en el lino apotrocaico, se movía óseamente dentro de aquella casona de piedra y el lino agrandado por el brisote del cordonazo.

Y así se prolongan seis páginas más, en una prosa de clara intención gongorina. Ya en *La expresión americana,* de 1957, había escrito:

«Solo lo difícil es estimulante». Fue efectivamente un adorador de Góngora, al que dedicó un ensayo entusiasta («Sierpe de Don Luis de Góngora»), y exaltó el *trobar clus,* hermético o esotérico (sus tremendistas escenas sexuales, u homosexuales, son en cambio, muy diáfanas, y tienen del *Polifemo* solo la desmesura). Ese lenguaje le parece natural a Cortázar, «apenas se prescinda —dice— de la pertinaz noción realista de la novela», y lo explica (p. 144):

> Nada más *natural* que un lenguaje que informa raíces, orígenes, que está siempre a mitad de camino entre el oráculo y el ensalmo, que es sombra de mitos, murmullo del inconsciente colectivo; nada más humano, en su sentido extremo, que un lenguaje poético como éste, desdeñoso de la información prosaica y pragmática, rabdomancia verbal que catea y hace brotar las más profundas aguas.

Y hasta siente a través de él «una presencia humana que refleja lo cubano y lo americano, con un reflejo que es casi siempre una hipóstasis». Con todo, el mismo Cortázar dice: «Leer a Lezama es una de las tareas más arduas y con frecuencia más irritantes que puedan darse» (*La vuelta al día...,* p. 137). El lector tiene que ser un Edipo perpetuo: «No solo es hermético en sentido literal —dice— por cuanto lo mejor de su obra propone una aprehensión de esencias por vía de lo mítico y lo esotérico en todas sus formas, históricas, psíquicas y literarias, vertiginosamente combinadas dentro de un sistema poético en el que con frecuencia un sillón Luis XV sirve de asiento al dios Anubis, sino que además es formalmente hermético, tanto por el candor que lo lleva a suponer que la más heteróclita de sus series metafóricas será perfectamente entendida por los demás, como porque su expresión es de un barroquismo original (*de origen,* por oposición a un barroquismo lúcidamente *mise en page,* como el de Alejo Carpentier)».

Lezama Lima y Carpentier son para Cortázar los dos polos de la visión y manifestación de nuestro barroco («dos grandes escritores

que defienden lo barroco como cifra y signo vital de Latinoamérica»). Y los asocia con el barroquismo de Vallejo y de Neruda. Alejo Carpentier —en sus *Tientos y diferencias,* de 1967 (pp. 36-37)— sostiene que toda prosa que da vida, consistencia, peso y medida, «es una prosa barroca, forzosamente barroca». Y dice: «Nuestro arte siempre fue barroco: desde la espléndida escultura precolombina y el de los códices, hasta la mejor novelística actual de América... El legítimo estilo del novelista latinoamericano actual es el barroco».

Claro que Alejo Carpentier usa *barroco* en sentido muy especial (ve barroquismo en Durero y hasta en el neoclasicismo tardío). Pero volvamos a *Paradiso.* Cortázar (*La vuelta al día...,* 138), define la obra como «una novela que es también un tratado hermético, una poética y la poesía que de ella resulta», y dice que «encontrará difícilmente a sus lectores». Y analizando su propia obra, dice él —o Morelli— que el escribir de antes le parece demasiado fácil, en cambio el suyo nuevo (lo llama *desescribir*) implica una actitud un poco misantrópica: «hay solamente esperanza de un cierto diálogo con un cierto y remoto lector».

¿No es ésa —la de Cortázar, la de Lezama Lima, la de Borges, la de Carlos Fuentes— una literatura para literatos? Aunque en toda ella entran los más variados ingredientes de la lengua hablada (voces y giros populares y hasta vulgares), la lengua de la nueva literatura es literarísima. ¿No lo es también la de Vargas Llosa, con su sintaxis condensada, con su violenta ruptura del viejo molde oracional? En su prosa se entrecruzan continuamente, en una misma oración, un estilo narrativo, uno coloquial indirecto y el soliloquio de los personajes. Así, en *La casa verde* (pp. 11-12):

> La Madre Angélica alza la cabeza: que hagan las carpas, sargento, un rostro ajado, que pongan los mosquiteros, una mirada líquida, esperarían a que regresaran, una voz castada, y que no le pusiera esa cara, ella tenía experiencia. El Sargento arroja el cigarrillo, lo entierra a pisotones, qué más le daba, muchachos, que se sacudieran. Y en eso brota un cacareo y un

> matorral escupe a una gallina, el Rubio y el Chiquito lanzan un grito de júbilo, negra, la corretean, con pintas blancas, la capturan, y los ojos de la Madre Angélica chispean, bandidos, qué hacían, su puño vibra en el aire, ¿era suya?, que la soltaran, y el Sargento que la soltaran, pero, Madres, si iban a quedarse necesitaban comer, no estaban para pasar hambres. La Madre Angélica no permitiría abusos, ¿qué confianza podían tenerles si les robaban sus animalitos? Y la Madre Patrocinio asiente, Sargento, robar era ofender a Dios, con su rostro redondo y saludable, ¿no conocía los mandamientos?

Quizá una vertiente distinta la representen García Márquez en Colombia y Ernesto Sábato en la Argentina. La lengua de *Cien años de soledad,* una de las grandes novelas de nuestro tiempo, no puede ser más tradicional y cristalina. García Márquez confiesa (*Ínsula,* junio de 1968) las dificultades que tuvo para darle a su relato un tono convincente. Había que contar —dice— como contaban los abuelos, con el lenguaje con que contaban los abuelos:

> Fue una tarea muy dura la de rescatar todo un vocabulario y una manera de decir las cosas que ya no son usuales en los medios urbanos en que vivimos los escritores, y que están a punto de perderse para siempre. Había que servirse de ellos sin temor, y hasta con un cierto valor civil, porque siempre estaba presente el riesgo de que parecieran afectados y un poco pasados de moda.
>
> Ahora, viendo las cosas con cierta perspectiva, me doy cuenta de que el problema más difícil de resolver en la práctica fue el del lenguaje. Los escritores de lengua castellana, los de aquí y los de allá, no conocemos ya ni siquiera los nombres verdaderos de las cosas. El nuestro es un idioma fabulosamente eficaz, pero también fabulosamente olvidado.

Estamos en condiciones de volver ahora a la pregunta inicial. ¿Puede ser el lenguaje —como afirmaba Rodríguez Monegal— la realidad única de la novela latinoamericana? Ernesto Sábato —en unas decla-

raciones publicadas en la *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, abril-junio de 1968— contesta:

> Creo que es ilusorio, y además pernicioso, separar el lenguaje de lo que ese lenguaje debe expresar. Creo que toda investigación del lenguaje por el lenguaje mismo es una actitud bizantina que ha llevado siempre a la historia de la literatura, o lleva ahora a quienes así proceden, a una especie de preciosismo verbal, a una suerte de retórica, que no tiene ninguna importancia para la historia de la literatura. También entre el lenguaje y lo expresado hay una relación dialéctica. Una relación dialéctica que no se puede romper. Las innovaciones formales, lingüísticas, técnicas, son legítimas en la medida en que son forzadas por la necesidad de expresar una realidad nueva. Cuando la innovación técnica se hace por la innovación misma, cosa a la que estamos muy habituados, entonces estamos en la decadencia de la literatura. Creo que se puede vaticinar que así como el preciosismo y el bizantinismo de la novelística francesa, después de la guerra mundial fue barrido por la fuerza vital de la literatura norteamericana, del mismo modo ciertos extremos de tipo técnico, formalista —el objetivismo y los otros ismos— van a ser también barridos por una nueva oleada de literatura vital.

Y así nos acercamos —en pleno *boom* de la novela latinoamericana— a la preocupación por la novela futura. La novela social o criollista había sido expresión de la América agrícola y pastoril. Acaso nuestras ciudades —dice hoy Alejo Carpentier (en *Tientos y diferencias,* p. 12)—, por no haber entrado aún en la literatura, sean más difíciles de manejar que las selvas o las montañas, y cree que «la gran tarea del novelista americano de hoy está en inscribir la fisonomía de sus ciudades en la literatura universal, olvidándose de tipicismos y costumbrismos». Luego (pp. 103-121) es más amplio, y proclama como tema de nuestra novela una revelación privilegiada o milagrosa de la realidad americana, con su caudal de mitologías, lo que llama *lo real maravilloso.*

¡La gran tarea del novelista americano de hoy! He aquí un enigma. Mientras el mundo se estremece hasta sus últimos confines, y el hombre, al que la tierra ya le es estrecha, rebasa sus fronteras milenarias, ¿qué caminos nuevos se abren para que nuestra novela esté a la altura de los tiempos y no quede reducida a un pasatiempo anacrónico?

6. Conclusión

Hemos visto así cómo, paulatinamente, la literatura hispanoamericana ha ido pasando de la sujeción colonial a ocupar un puesto de avanzada, con personalidad propia y original, dentro de la literatura española y del mundo. ¿No ha sucedido lo mismo con la literatura brasileña y la norteamericana? Todavía Alfonso Reyes podía decir: «Llegamos siempre con cien años de retraso a los banquetes de la civilización». Hoy Octavio Paz afirma: «Somos por primera vez contemporáneos de todos los hombres». Esta contemporaneidad —el estar a tono con la literatura mundial—, conquistada, como hemos visto, por el aporte sucesivo de las generaciones, ¿no nos autoriza a concebir grandes esperanzas sobre el porvenir de nuestras letras? ¿No anuncia además la madurez de nuestro mundo hispanoamericano, o iberoamericano, tan subdesarrollado en otros órdenes?

El escritor hispanoamericano, cohibido ante el lenguaje, oscilaba entre el academicismo y el barbarismo. Hoy se ha soltado el pelo. Su lengua es propia, y no subsidiaria de ninguna parte. Y como es propia, procede con ella libremente, combina palabras, inventa palabras, juega con la sacrosanta sintaxis, rehabilita palabras condenadas antes al subsuelo de la lengua —se ponían a veces con la letra inicial y puntos suspensivos—, pero ya no reniega de ella, como en la época de Sarmiento, sino que se siente comprometido con ella y la trata con amor entrañable. Le ha dado así varias obras de primer orden. ¿No hay que esperar mucho más?

Es verdad que voces agoreras anuncian la muerte de la literatura ante el avance de otros medios —el cine, la televisión—, dotados de

los recursos cada vez más portentosos de la técnica moderna. Los recursos de la literatura, en cambio, siguen siendo sustancialmente los mismos desde hace unos tres mil años. Sin embargo, nunca se ha escrito tanto, con tal ansia de captar las pulsaciones de la vida y del mundo. Y aunque siempre se ha hablado mucho de universalismo, lo cierto es que por primera vez en la historia se está llegando realmente a él. La literatura se ha vuelto planetaria, como la política, como la técnica. Y ahora todo puede entrar en la literatura y la literatura puede entrar en todo.

¿Y la lengua hablada? La lengua hablada es por naturaleza individual o dual, y se desenvuelve en toda su plenitud entre un yo y un tú. Pero también es por naturaleza —y cada vez más— social. Y la sociedad del hombre es cada día más amplia. El habla familiar o el habla local tienen sus fueros, y era una aberración del viejo purismo haber pretendido someterla a leyes extrañas. También el habla regional o nacional ha ganado prerrogativas, el derecho a sus legítimas diferencias: se está generalizando un consenso a favor de la pluralidad de normas cultas. Pero por encima del habla familiar, local, regional o nacional, con sus inevitables particularidades, nos preside —como arquetipo ideal— una lengua hablada y escrita común a todos, que permite que chilenos, mejicanos o españoles nos entendamos plenamente en nuestros escritos y en nuestros coloquios, y nos sintamos, por igual, partícipes de una de las comunidades más grandes y más originales del mundo. Ya se ve que por todos los caminos, los de la lengua hablada y de la lengua escrita, el signo de nuestra época es el universalismo.

Además, también nuestra lengua hablada está perdiendo su viejo complejo de inferioridad. Hace años decía Borges:

> He viajado por Cataluña, por Alicante, por Andalucía, por Castilla; he vivido un par de años en Valldemosa y uno en Madrid; tengo gratísimos recuerdos de esos lugares; no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros...

Cortázar, en *Rayuela,* reaccionaba contra la idea general de que el habla de Buenos Aires es incorrecta y pobre, y exaltaba «nuestro hermoso, inteligente, rico y hasta deslumbrante estilo oral». Ya antes, como hemos visto, Juan Ramón Jiménez se había sentido seducido por el castellano de Buenos Aires. Y hace poco escribía Alejo Carpentier:

> aunque la afirmación puede parecer osada, el latinoamericano habla, por lo general, un castellano mejor que el que se habla en España.

La lengua común nos gobierna a todos. Decía Heidegger: «El hombre se comporta como si fuera el creador y el dueño del lenguaje, cuando es éste, por el contrario, su morada y su soberano. Cuando esta relación de soberanía se invierte, extrañas maquinaciones vienen al espíritu del hombre».

Yo no sé si entre esas extrañas maquinaciones hemos visto pasar el letrismo —la pretensión de expulsar de la literatura la palabra, precisamente por su significación, considerada impureza—, ciertas formas de surrealismo, que querían además descoyuntar la sintaxis, cierto juego arbitrario con las formas, las significaciones y las imágenes. La revolución romántica había intentado romper todos los moldes, pero tuvo una actitud reverencial hacia la lengua. No ha faltado en los últimos tiempos la tentativa de sobrepasar toda limitación. Pero no parece que haya motivo de alarma. La lengua ha salido no solo indemne, sino enriquecida, fortalecida. «El lenguaje —decía mi maestro, don Miguel de Unamuno— ha de ser futurista, y el mejor escritor será el que acierte a cercarse a lo que será el castellano del siglo XXI, o del XXV».

IV
EL CRITERIO DE CORRECCIÓN LINGÜÍSTICA: UNIDAD O PLURALIDAD DE NORMAS EN EL CASTELLANO DE ESPAÑA Y AMÉRICA[4]

4. Ponencia leída en el Simposio del Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas, en Bloomington (Indiana), en agosto de 1964. Fue publicada por el Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1967, en la edición especial de *El Simposio de Indiana*; reproducido en *Letras*, Caracas, Instituto Pedagógico, N° 29 (1973). Aparece incluido en *Sentido mágico de la palabra*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1977. Y finalmente en Monte Ávila editores, Caracas, 1990, a cuya edición nos acogemos: Rosenblat, Ángel, Biblioteca Ángel Rosenblat III, *Estudios sobre el español de América*, edición de Áurea Gómez, Luciana de Stefano, José Santos Urriola.

Se da la extraña paradoja de que el tema lingüístico que más preocupa a los hablantes es el de la corrección o incorrección —a cada paso se suscitan enconadas discusiones a favor o en contra de un uso—, y es el que menos interesa a los lingüistas, hasta el punto de que muchos lo miran con absoluto escepticismo y hasta con menosprecio. ¿Será el juicio de corrección de carácter extralingüístico, una especie de sanción cultural o social que corresponde más bien a la llamada lingüística externa?

Es indudable que el criterio de corrección no es aplicable a la «lengua»: el sistema es correcto por naturaleza (la incorrección puede estar en el lingüista que lo describe y analiza), y ningún sistema es mejor o peor que otro. Pero ¿no es aplicable al «habla», la realización individual del sistema? Y en este sentido ya una realización descuidada, que contravenga las normas del sistema o que no cumpla debidamente con el objetivo de comunicación que es inherente a todo acto lingüístico, ¿no tendrá que calificarse de impropia o incorrecta?

Claro que en ello está en tela de juicio lo que se entiende estrictamente por sistema, si el sistema incluye normas de realización, y si hay libertad, y hasta qué punto, de contrariar, contradecir o rebelarse contra el sistema o contra alguno de sus imperativos. E igualmente los variados criterios —la mayoría de ellos arbitrarios, injustos, o al menos muy discutibles— con que se juzga habitualmente la corrección. La misma palabra *corrección*, que contiene cierta resonancia de carácter moral, ¿no es impropia o inadecuada?

Hay ahí un problema complejo que compete, con carácter perentorio y cotidiano, al profesor de idiomas, y que da continuos aldabonazos a las puertas del lingüista. Es imposible hacer oídos sordos, y no hay más remedio que abordarlo decididamente.

El problema se plantea de modo distinto en los diferentes niveles lingüísticos, y aun en las distintas circunstancias del habla individual. Es evidente que no afecta de la misma manera al habla de una comunidad rural homogénea, a la de un maestro de escuela en su casa o en la clase, a la del mecánico en el taller o en su sindicato, a la del profesor en el club, en la cátedra o en la conferencia, a la del escritor en su intimidad, en el periódico o en el libro. Es posible que la mayor aberración del criterio tradicional de corrección —los viejos repertorios, a veces tan cómicos, de barbarismos y solecismos— haya residido en una lamentable confusión de planos, como si pudiese aplicarse el mismo patrón regulador —una especie de código penal igualitario— para todas las circunstancias del habla. Vale, pues, la pena tratar de abordar el problema en su complejidad.

I

Coloquémonos en la situación más elemental: una pequeña comunidad relativamente homogénea y aislada o cerrada, en lo posible. Figurémonos que esa comunidad sea la única sobreviviente de los indios zuñis. Su habla tendremos que considerarla irreprochable, perfecta, pues cumple de manera cabal sus propios objetivos de comunicación. No cabría aplicarle ningún criterio extraño, ni sería justo. Pero aún en ella se observan criterios de ejemplaridad expresiva y juicios de corrección e incorrección. Ya los documentaba por ejemplo Bloomfield en la comunidad de los menómini, los algonquinos de Wisconsin.

Si en lugar de tomar una comunidad indígena singular, nos detenemos en una población de los Andes venezolanos ¿hemos de aplicarle otro criterio? Oímos que la gente dice *haiga* o *truje* o *vide* o *mesmo* o *agora* o *jondo* o *máma*, como decían muchos escritores del Siglo de Oro. O *máiz*, *bául*, *cáido*, *rial*, *pion*, *mestro*, *Rafel*. O *busté* o *su merced*. O *vos cantás*, *vos sos*, *vos comés*, en tratamiento de singular. O *teníanos*, *queríanos* («Teníanos hambre»; «Queríanos comer»). O *trajites*, *juites* («No me trajites nada», «¿Juites a trabajar?»). O aumentativos como

aguaceronón, *malononón*. O construcciones como *a yo*, *con yo*, *pa yo*. O giros como «Llegué fue cansado», «Tomé fue leche». O que llaman *cura* al *aguacate*; *pisco*, al *pavo*; *coto*, al *bocio*.

Como el habla de esa comunidad es afín a la de otras comunidades, vecinas y lejanas, que constituyen en conjunto el mundo de habla española, nos hemos acostumbrado a considerar sus modos expresivos como dialectales y a darles la denominación, mitad comparativa, mitad peyorativa, de rústicos. Es evidente que se aplica así un patrón externo, un punto de vista extraño a la comunidad misma, en nombre de una abstracción que se llama lengua española. Pero el habla de esa comunidad es irreprochable tal como es, y cualquiera que se acerque a ella, como visitante o como estudioso, debe hacerlo con el mayor respeto. Dentro de ella cabe una rica gama de matices estilísticos, desde la ramplonería más vulgar hasta la elocuencia y la gracia.

No parece que quepa aplicar a los usos expresivos de esa comunidad unos juicios de valor extraídos de usos urbanos que han adquirido función social o política prevaleciente. El lingüista que tenga que estudiarlos los colocará dentro de un cuadro general —regional o nacional— de estructuración geográfica de la lengua, o les aplicará criterios de interpretación histórica. Pero ninguno de los usos que registre le parecerá mejor o peor que los otros.

Hasta ahora hemos supuesto una comunidad homogénea, aislada o cerrada. ¿No es una suposición enteramente gratuita? En rigor, ni siquiera una misma familia es homogénea en su manera de hablar (ya se sabe, desde el abate Rousselot, que abuelos, padres e hijos se diferencian bastante). Aun la comunidad más pequeña tiene su estructuración social, sus sectores superiores e inferiores, sus dirigentes y sus dirigidos. Por más aislada que esté, tiene comunicación con comunidades vecinas, y en nuestros días su habla se ve invadida por medios expresivos extraños, que afectan a veces muy profundamente a su «pureza». Continuamente se entrecruzan los modos de hablar tradicionales con los modos nuevos, las hablas, siempre diferenciadas, de los distintos niveles, de las distintas edades. ¿No

opera en toda comunidad cierto ideal expresivo? ¿No responde todo uso a una especie de paradigma impuesto por el consenso social? La fuerza coercitiva del sistema lingüístico es sin duda mayor en una comunidad estrecha. Las infracciones se sancionan con burlas o menosprecio. Aun el habla de la comunidad más pequeña, aun la de una comunidad indígena, obedece, en general, como los demás usos sociales, a las normas de la comunidad.

La lengua se adquiere además por aprendizaje, y todo aprendizaje es por naturaleza imperfecto o incompleto. La enseñanza, incluso la de la lengua propia, es una lucha denodada y permanente contra el error. ¿En nombre de qué corrige la madre el *sabo* o el *andé* de su hijo y le impone los modos de expresión de la colectividad? ¿En nombre de qué se enmienda el habla del inmigrante o del extranjero? Las dos grandes fuerzas que gobiernan la vida de la lengua —la fuerza centrífuga de innovación y la fuerza centrípeta de conservación— tienen su amplio juego hasta en la comunidad más reducida. Y los estudiosos que llegan a ella se encuentran siempre con una serie de usos vacilantes, y se ven en serias dificultades para seleccionar un par de sujetos representativos. El campesino más rústico, al responder a la pregunta de un extraño, se empina sobre sus formas habituales para ponerse a tono con el interlocutor, y trata —por lo común desacertadamente— de emplear la expresión que considera superior. Entre campesinos analfabetos de Puerto Rico recoge D. Tomás Navarro Tomás frases como las siguientes: «Decir *ehnú* [desnudo] es hablar a lo bruto»; «Gentes demasiao de tolpes dicen *ñú* [nudo]»; «Los antiguos decían *suol* [sudor], hoy *sudol*». Aun en la comunidad más aislada hay conciencia de un habla superior. En Castil de Lences, en la provincia de Burgos, le dice un hablante a Fernando González Ollé: «*Izquierdo* es más fino, *zurdo* es más brusco». En las aldeas del oriente de Asturias, donde se aspira la vieja *f-* (*jame* por *fame*, *jelechu* por *felechu*, *juracu* por *furacu*) le dicen a Diego Catalán: «la *je* es más bruta que la *efe*». Aun la ultracorrección o el hipercultismo (*bacalado*, etc.) tiene campo de acción en las más apartadas aldeas.

Es injusto aplicar al habla de una comunidad un criterio de corrección exterior a ella. Pero nos encontramos con que en el seno mismo de esa comunidad hay una norma, y consiguientemente un criterio interno de corrección. En nombre de ese criterio se aplican motes individuales o se designa a las comunidades vecinas con un apodo que caracteriza sus modos de hablar (*los ches*, *los ticos*, *los alas*, *los primos*, *los manitos*, etc.), o se las remeda de modo caricaturesco. Los mexicanos de la meseta remedan a los de Veracruz con el saludo burlesco *arró con pecao* (arroz con pescado), según cita Menéndez Pidal. «¿Me vaj a matá?», dice un andino de Venezuela, remedando al caraqueño. Los andinos que conservan bien su consonantismo, dicen que en Caracas se comen las eses, en lo cual hacen un juego maligno entre *eses* y *heces*. Las rivalidades y celos locales y regionales tienen rico filón en el uso lingüístico.

El criterio de corrección, o cierto criterio de corrección, es inherente a toda comunidad, e integra su fuerza de cohesión social. Y en eso hay grados diversos, de naturaleza también diversa. En primer lugar, se rechazan las formas expresivas que no cumplen debidamente la función comunicativa, por falta de claridad, por ambigüedad, insuficiencia, torpeza, distracción. O las que escapan a los requisitos funcionales del sistema (usos como *dos lápiz*, etc.). O las que proceden de niveles menospreciados. O bien, en nombre de los ideales defensivos de la comunidad, se rechazan los usos extraños o extranjeros. Y a este respecto es verdad que hay comunidades muy receptivas: Duchesne-Guillemin, en el Coloquio de Lieja, de 1964, señalaba que el persa flotaba enteramente a merced de las corrientes nacionales e internacionales. Pero otras tienen un sentido tan fuerte de su personalidad (Weinreich, en *Languages in Contact*[5] observaba que los atabascos ofrecen gran resistencia a los préstamos, y que los campe-

5. Uriel Weinreich: *Lenguas en contacto*, trad. de Francisco Rivera, Colección Temas, Ediciones de la Biblioteca, UCV, Caracas, 1976.

sinos réticos se empeñan en hablar un romanche puro), que imponen sus usos al forastero que se incorpora a ellas, y el hijo pródigo que regresa tiene que renunciar a los hábitos que ha adquirido en sus andanzas y readquirir los patrimoniales. Lo cual se ha observado en Andalucía, y también en numerosas tribus indígenas, en materia de lenguaje, o de vestimenta.

Así, en toda comunidad se entrecruzan siempre un criterio intralingüístico de corrección y un criterio extralingüístico o social. Y aun se manifiesta en la pequeña comunidad la adecuación del lenguaje a las circunstancias sociales (las llamadas «variedades funcionales» —sin duda es mejor «situacionales»— del habla): hay formas más coloquiales y menos coloquiales; hay formas que pueden usarse en familia y no con los extraños, hay formas que se emplean entre hombres solos y se consideran impropias, groseras o «incorrectas» en presencia de mujeres (Coseriu prefiere para estos casos la calificación de *inadecuado*, que puede valer también para los de afectación). En mayor o menor medida, hasta en la más pequeña comunidad campesina funciona cierto criterio social de regulación o de «corrección».

II

El cuadro se complica cuando se pasa a comunidades más amplias, como las grandes ciudades. En ellas conviven todos los niveles lingüísticos, desde los más bajos hasta los más privilegiados, social y culturalmente. Puede afirmarse, de modo muy general, que cada nivel tiene un habla correcta dentro de su propio ámbito. El «argot» del hampa o el habla popular son irreprochables en la propia esfera, en la medida en que obedecen a sus propias normas. Y es evidente que cada sector tiene sus normas, y que la contravención de ellas no es indiferente. Si aislamos artificialmente cada sector, observaremos en él, en mayor o menor medida, lo mismo que hemos visto en nuestra hipotética comunidad rural. Pero ¿qué sector humano, qué individuo, vive hoy aislado dentro de su propio ámbito social?

La verdad es que todo individuo es hoy «plurilingüe» (no políglota, claro está), en el sentido de que el sistema expresivo de su comunidad o de su clase social —tomamos aquí *sistemas* no con el valor reducido de «esquema» que le da Hjelmslev, sino de acuerdo con la ortodoxia saussuriana— alterna con el de las comunidades o las clases vecinas. «Cada individuo —dice con razón Martinet— es un campo de batalla entre tipos y hábitos lingüísticos en conflicto, que constituyen fuente permanente de interferencia lingüística.» Según las circunstancias, alterna su «argot» profesional, sus formas locales o familiares, su habla social y formal, y se adapta insensiblemente a los usos, variados y divergentes, de sus interlocutores, y a veces los adopta. Nadie vive confinado en su familia o en su taller. La vida colectiva de la actualidad, desde los sectores altos, a través de la escuela, la administración pública, las formas del trabajo y del comercio, los desplazamientos humanos, la propaganda política o comercial, la radio, la televisión, el cine, el periódico, la revista, etc., «corrompen» la integridad del habla individual, y superponen a ella, en forma creciente, el habla de los demás. Doble proceso de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, y a cada paso se oyen voces escandalizadas de que expresiones que hace treinta años se consideraban exclusivas de los sectores más bajos (pienso, por ejemplo, en *incordio* o *incordiar*) se oigan hoy hasta en los salones. Sin mencionar el reciente auge, en la conversación, en la literatura, en el teatro, etc., de expresiones que antes se consideraban inadmisibles.

Los hechos del lenguaje se han expandido siempre por ondas, aun a través de las más abruptas fronteras lingüísticas. Es la historia milenaria de las lenguas. Hoy el proceso es mucho más intenso y vertiginoso. Cada ciudad se transforma en foco de expansión lingüística, en primer lugar hacia los lugares vecinos. Sobre todo las capitales de provincia o los grandes centros regionales, que a veces han ganado prestigio gracias a un periódico, una universidad o una emisora de radio y televisión.

Si de las poblaciones del interior pasamos ahora a las capitales, el panorama se vuelve aún más complejo. Hoy las capitales tienen

un poder irradiador infinitamente más amplio que el de las viejas cortes monárquicas, que forjaron las lenguas nacionales. Sus usos se expanden hacia las ciudades del interior, y a través de éstas hasta las más alejadas comunidades rurales. El extremo dinamismo social de nuestros días, en violento contraste con la vieja sociedad de castas o la sociedad estamental, y aun con la sociedad de clases del siglo XIX, plantea problemas lingüísticos nuevos y más apremiantes. El mundo marcha hacia cierto igualitarismo social, y es vertiginosa la irrupción en las ciudades de amplios sectores antes encadenados a la gleba, y el ascenso de capas confinadas hasta ayer a las orillas de las grandes poblaciones. A la escuela, a la enseñanza media, a la universidad, al Congreso, a los cargos ejecutivos de la economía y del gobierno, a los sectores dirigentes de la cultura ascienden, o aspiran a ascender, en proporción creciente, oleadas humanas que vienen de abajo, o que proceden de las regiones más periféricas del país. La vida nacional se está volviendo babélica, en todas partes. ¿Podrá cada miembro de esta Babel de hoy seguir usando tranquila y despreocupadamente el habla de la estrecha comunidad de donde procede, ya que esa habla es en sí buena?

Esa habla es en sí buena, pero fuera de sí no siempre es buena. El mito de Babel encierra sin duda una verdad permanente. Si entre todos aspiramos a hacer una obra común, tenemos que entendernos, y entendernos significa atenernos a un sistema común, plegarnos a las normas comunes del sistema. Toda sociedad implica comunidad de usos, en la manera de comer, en la vestimenta, en una serie de actos ceremoniales, desde el nacimiento o la boda hasta la muerte, y entre esos usos los del lenguaje suelen ser los más tiránicos. Dejar la lengua en paz («*Leave your language alone*»), si ello fuera posible, implicaría la repetición de la experiencia de Babel, la desintegración de la comunidad social.

Nadie puede dejar la lengua en paz, salvo que se condene al mutismo, recurso no siempre recomendable. Todos (¡pecadores de nosotros!) la maltratamos en la medida de nuestras fuerzas. La lengua

es instrumento social, lo cual quiere decir que el que habla lo hace para un interlocutor, que puede ser una sola persona o la comunidad entera: el yo está así condicionado inevitablemente por el *tú* y el *él*, singulares o plurales. Vivir es convivir, sobre todo en materia de lenguaje. Toda comunidad impone a sus hablantes, por la necesidad misma de la intercomunicación, unos modos comunes de expresión. Aun la sociedad aluvional —un cuartel, un colegio, un grupo colonizador heterogéneo— crea, a través de un periodo de nivelación, el instrumento lingüístico común, y el recién llegado tiene que adaptarse a él.

La consigna de dejar la lengua en paz recuerda la que lanzó el indigenismo hace algunos años, sin duda con muy buena intención: «Conservemos al indio como indio». ¿Cabe que nuestra civilización de la era atómica mantenga a unos seres humanos en las formas de vida de la edad de piedra? La sociedad no puede dejar la lengua en paz, ni nada en paz. La convivencia y la colaboración de sectores sociales diversos trae, inevitablemente, una nivelación. Y el problema lingüístico y cultural es: ¿Nivelación hacia abajo o nivelación hacia arriba?

III

La lengua es, para el lingüista, un sistema de signos expresivos, objeto de estudio científico. Para la sociedad, es un instrumento de comunicación. Como tal, su imperativo categórico es la claridad, lo cual implica una serie de condiciones (la primera, evitar toda anfibología o incongruencia). Si su carácter instrumental fuera la condición esencial o única, el criterio de corrección sería relativamente fácil, y respondería a imperativos de máxima economía. *Haiga* es tan claro como *haya*, *méndigo* tanto como *mendigo*. «Me se ha olvidado» es tan claro como «Se me ha olvidado». «Aquí habemos muchos hombres dispuestos a sacrificarnos» es más claro que «aquí hay...». «Eso se los digo a ustedes con mucho gusto» parece más claro que «se lo digo...», al menos en Hispanoamérica. «Han habido muchos accidentes» es tan claro o más claro que «ha habido...». Hay, pues, algo en la len-

gua que no es solo su valor instrumental y que hace que el *haiga*, el *méndigo*, el *me se*, el *habemos*, el *se los*, el *han habido* se consideren inadmisibles.

Se consideran inadmisibles —claro está—, no por los que usan esas formas, sino por otros hablantes, en nombre de una norma externa, que es la de la gente culta. Pero, ¿qué privilegio tiene la gente culta para dictar normas, para condenar las formas de expresión de los demás, y por qué va a ser la norma de ellos superior a las otras? Sin duda porque la lengua no es solo un instrumento utilitario de comunicación, sino además producto y expresión de una cultura.

La pequeña comunidad rural de que hemos partido, con sus legítimos usos lingüísticos, se engrana o articula dentro de un organismo o ámbito social cada vez más amplio: la región, la provincia, la nación. A los usos locales se superponen, de modo progresivo, una serie de usos regionales y nacionales. Es historia universal, de todos los tiempos, y así, sobre la base de un fraccionamiento dialectal primario, se han constituido siempre las lenguas de cultura. La clase dominante, o la corte, dictaba, en general, la norma unificadora, aunque ya en la fórmula horaciana del uso o en la cervantina de la discreción («La discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso») estaba implicada la selección culta.

En los tiempos actuales es mucho más poderosa la fuerza seleccionadora, normadora o unificadora de la clase culta, que no es precisamente la clase dominante de la economía o de la política. Una lengua no es una suma de variedades dialectales, sino una integración. Y esa integración resulta del juego variado y multiforme entre las fuerzas transformadoras, que operan en todos los sectores, y la fuerza de contención, afinamiento, selección y unificación que ejerce la clase culta. Esta última fuerza es en nuestra época más poderosa que nunca. Su instrumento inicial es la legislación, la administración, la escuela; sus medios supremos, la radio, la televisión, la prensa, el libro.

El habla de una comunidad pequeña presupone un auditorio reducido, y quizá fuera posible dejar que cada uno hablara como le

diera la gana. Pero la escuela tiene una misión nacional. La prensa, la radio y la televisión se dirigen a todos los habitantes del país. El libro aspira a rebasar las fronteras nacionales, y aun —es su gran ilusión— llegar a las generaciones futuras. ¿No presupone todo ello cierta norma común más o menos establecida? ¿No implica todo ello, además, una acción común unificadora?

Toda nación (salvo casos especiales como Suiza o Bélgica, o algunas naciones de Asia y África) ha tendido a crear su lengua nacional, la de sus leyes, de su vida política y administrativa, de su escuela, su universidad, su literatura. Ello ha implicado un amplio proceso, nunca cumplido del todo, de nivelación y unificación. La base ha sido siempre una modalidad regional con poder expansivo e integrador: el dialecto ático en la *koiné* griega; el toscano en la lengua italiana; el dialecto de la Île de France en francés; el dialecto de Londres y su comarca en el inglés *standard*; el dialecto de Castilla en el español. Y al constituirse la lengua nacional, sus usos se han convertido en normas, y se ha considerado bueno o correcto lo que respondía a ellas, y malo o incorrecto lo que las infringía. Desde este punto de vista la corrección ha rebasado el aspecto puramente lingüístico para convertirse además en criterio político, social y cultural.

¿Cabe pensar que esta lengua nacional tiene la misma categoría o jerarquía lingüística que cualquiera de los dialectos? Si tomamos lengua en el sentido estricto y abstracto de esquema funcional, parece indudable que sí. Pero si la tomamos como el conjunto de formas expresivas creadas a través de las generaciones por la colectividad, parece indudable que no. Una lengua es el producto de una larga selección, de un constante afinamiento, de un enriquecimiento de matices, ideas o imágenes en que ha colaborado la inteligencia, la fantasía y la capacidad inventiva de todas las generaciones que han forjado la nación y su cultura. La lengua es la más alta creación humana, el repertorio más rico y elevado de valores espirituales, el tesoro del más noble pensar y sentir de una comunidad, el producto de su acción y de su pasión y la expresión de su genio. Tampoco es

igual en riqueza expresiva el viejo dialecto de Medinaceli o de San Esteban de Gormaz que la lengua española hablada y escrita hoy por veinte naciones.

La lingüística parte de la sistematización y funcionamiento de las formas, pero no puede olvidar que todas ellas valen, es decir, son formas lingüísticas, por ser portadoras de algo contenido en ellas, que es superior a ellas mismas. Los símbolos lingüísticos son convencionales o arbitrarios precisamente para prestarse mejor a las construcciones menos convencionales, más llenas de significación original del hombre. El sistema es abstracto y frío, pero su realización tiene todo el calor y color de la vida.

La creación de una lengua nacional normadora, expresión de la historia y de la vida cultural de la colectividad, es, pues, una creación lingüística superior. Superior en capacidad expresiva, en proyección geográfica e histórica, en riqueza verbal. Sus normas se desprenden, muchas veces, no de una hegemonía política (la Toscana no la ha tenido nunca sobre Italia), sino de una superioridad cultural y lingüística.

IV

Hemos hablado hasta ahora de lengua nacional, designación deficiente si pensamos en el español, el portugués o el inglés, lenguas de diversas naciones. ¿Será mejor llamarla lengua oficial, lengua general, lengua común? Se ha usado mucho lengua oficial, en el sentido de que es la lengua del Estado y de sus instrumentos de gobierno, administración y cultura, pero la variante propiamente «oficial» de la lengua, la de los documentos públicos, suele ser la más ramplona o anodina; además, en muchas partes del mundo, la «lengua oficial» está a merced de una serie de contingencias políticas, y a veces la desplazan o desalojan. Lengua común traduce bien el concepto de *koiné* griega, en el sentido de lengua de la comunidad suprarregional, pero tanto ella como la designación de lengua general envuelve cierta vaguedad o ambigüedad, y hasta pueden confundirse —en el uso

corriente— con *lingua franca*. Se les podría agregar la calificación de correcta —lengua general correcta, lengua común correcta—, pero esta calificación, tan llena de problemas y conflictos, se ha vuelto tabú en la lingüística actual, tanto que los autores la rodean por lo común de unas oprobiosas comillas. Quizá sea mejor la designación de lengua general culta, o lengua común culta, aunque es muy difícil delimitar hasta dónde llegan los usos cultos, que por lo demás nunca son enteramente uniformes en ninguna comunidad nacional.

Los autores ingleses han generalizado, desde fines del siglo XVIII, la designación de *lengua standard*, que se aplicaba inicialmente al inglés usado por la generalidad de la gente culta de la Gran Bretaña. Paul L. Garvin y Madeleine Mathiot la definen hoy como «forma codificada o gramaticalizada de una lengua, aceptada por una gran comunidad, a la que sirve de modelo» (en *Language in Culture and Society*, recopilación de Dell Hymes). Tiene algunas ventajas: no es designación comprometedora, encierra cierto sentido de normalidad, de norma formal y general reconocida y aceptada como habitual y ejemplar, sin connotaciones de bien y de mal intrínsecos. *Standard* es palabra que el inglés nos ha cedido generosamente para diversos aspectos de la vida económica y técnica, y bien podemos aceptarla también en nuestra lingüística. Si se aplica modernamente a toda clase de instrumentos, ¿no es legítimo extenderla a la lengua como instrumento de comunicación? Hablaremos, pues, en adelante, como equivalentes, de lengua general culta o de lengua *standard*. La Academia lo ha hispanizado en la forma *estándar*.

Todo gran conglomerado social implica una lengua *standard*. Pero una lengua *standard* es siempre una abstracción, una entidad ideal que se impone a todos los miembros de la colectividad, que no se habla en ninguna parte y hacia la cual se tiende en todas. Su base general es el habla de los sectores más prestigiosos, es decir, los educados o cultos. Pero, ¿acaso se expresan del mismo modo todos los sectores cultos de una comunidad? Aun en España misma, ¿hay unidad completa de lengua culta? ¿Es igual el habla de las personas

cultas de Madrid, Sevilla, Valencia, Salamanca, Oviedo, Santander o Bilbao? ¿Quién determinará el uso más recomendable? Hay ahí un cúmulo de problemas complejos. Pero conviene hacer una primera distinción fundamental entre lengua escrita y lengua hablada.

Aunque la lengua es, por naturaleza, actividad oral, la lengua escrita ha adquirido la supremacía en nuestro mundo. Saussure llamaba «lengua literaria» no exclusivamente a la de la literatura, sino a toda la lengua culta al servicio de la comunidad. Es decir, nuestra lengua *standard*. Dentro de su amplio marco caben novelas como *Doña Bárbara* o *Don Segundo Sombra*, que pueden recoger el habla regional y darle categoría artística. La admisión de una lengua general culta no impide de ningún modo el desarrollo de una rica literatura teatral o novelesca en que tengan plena vida todos los estratos de la lengua hablada, hasta la jergal. No lo ha impedido nunca, ni para Cervantes, ni para Quevedo. Tampoco impide que junto a ella pueda florecer una poesía popular que poetice el habla local o rústica: pienso, por ejemplo, en una obra tan singular como el *Martín Fierro*. Pero aun la estilización de esos estratos lingüísticos adquiere su pleno valor expresivo precisamente por contraste con la lengua literaria general.

Esta lengua literaria —la de la poesía, el ensayo, la filosofía, la ciencia— obedece necesariamente a una norma general de unidad. Al contar como interlocutor, no a una o a pocas personas, sino al público anónimo de las más diversas regiones de la lengua y de los más heterogéneos estratos sociales, el escritor tiene que atenerse en general a las formas expresivas de mayor alcance. Surge así una unidad general de lengua, o una norma general de lengua —junto al surgimiento de una literatura general—, que alcanza o abarca, por ejemplo, a todo el mundo de habla española, o portuguesa, o inglesa.

Desde la infancia vivimos sumergidos en el torrente de la lengua escrita. ¿Quién puede sustraerse a ella? Nos desayunamos con el periódico. Ella nos sigue por la calle, la oficina, por todas partes, sin contar los que le entregan alma y vida. Y se nos impone a todos, por encima de nuestra procedencia regional o social. Aun la lengua del teatro,

de la radio o de la televisión, que nos llega como lengua hablada, es por su origen lengua escrita, y ya se sabe que está sometida a severas normas de elocución de carácter unitario, que se aproximan a las de la lengua escrita, la cual exige mayor rigor (la hablada admite ciertas libertades e inconsecuencias), y por su carácter visual es más universalizable que el soplo fugaz de la articulación. Si pensamos en nuestro mundo hispánico, la lengua escrita postula una norma general para todos los países de lengua española. O un sistema general (un «archisistema») con multiplicidad de normas o subnormas de realización. Digámoslo con términos de Jakobson: al servicio de la comunicación lingüística funciona «un sistema interconectado de subcódigos».

Esa norma general no puede ser rígida, automática, «monolítica». Debe ser flexible, armoniosa, cambiante. A pesar de la unidad general del sistema expresivo, no puede ser igual la prosa de *La Nación* de Buenos Aires, el *Excelsior* de México y el *ABC* de Madrid. No es igual la de los grandes autores españoles a la de Alfonso Reyes o a la de Jorge Luis Borges. No es igual, por fortuna. Porque cierta diversidad regional y personal contribuye a la riqueza de la unidad general. Y a pesar de las diferencias, todo lector educado del amplio mundo hispánico puede entrar en plena comunicación con el más lejano de sus autores.

¿Y quién gobierna y rige esa vasta unidad de la lengua escrita? La gobierna en común la vasta república de escritores de todo el mundo hispánico, que están, al escribir y al leer, en coloquio permanente, y también en permanente emulación.

¿Y no compete acaso esa tarea específica a la Real Academia de la Lengua? La magnitud de la empresa es infinitamente superior a las posibilidades de ninguna institución, por más sabia o competente que se la supusiese. La Academia colabora también, sin duda, con su criterio, bueno en ocasiones, discutible en otras, pero solo como una de las infinitas manos que se entrelazan en el hacer lingüístico. Ha logrado acatamiento absoluto, y no es poco, en materia ortográfica. Pero en general no le corresponde la iniciativa, sino la consagración del uso culto.

Se plantean en seguida varios problemas. El primero, la colaboración hispanoamericana en la norma común. El segundo, la libertad de creación e innovación del escritor. El tercero, la constante penetración de extranjerismos y tecnicismos de la vida moderna. El mundo hispanoamericano colabora en la lengua común desde los días de la Conquista. Aun en el siglo XIX impuso una voz de los indios caribes como *butaca*. En lo que va de siglo se ha acrecentado su influencia léxica, y puede asegurarse que el vocabulario hispanoamericano cuenta hoy con mayor comprensibilidad general. Incluso se puede hablar de cierta nivelación léxica y gramatical en escala hispánica general. El laísmo, por ejemplo —*la dijo*, *la dio*, etc.—, general en Castilla hasta entre la gente culta, era la norma académica hasta fines del siglo XVIII. Andrés Bello, en su *Gramática* de 1847, consideraba que convenía limitarlo a los casos en que contribuyera a la claridad, y lo usó así en prosa y verso. Una serie de escritores hispanoamericanos —entre ellos Rubén Darío— remedaron el uso de Castilla. Pero la Academia acabó por rechazarlo, y parece que está viniendo a menos en la literatura, quizá por el peso del uso hispanoamericano, que es hoy el más general.

En cuanto a la libertad individual, el escritor tiene siempre opción entre diversas alternativas y puede dar curso a sus preferencias o desechar lo que le desagrade. Es evidente que la inspiración de un gran autor se abre siempre paso ante cualquier limitación de los medios tradicionales de expresión, y que toda innovación expresiva o eficaz puede generalizarse y transformarse en norma.

Por otra parte, la penetración de extranjerismos y tecnicismos de la vida moderna es un proceso que solo a los timoratos puede alarmar. Desde fines del XVIII se propagó por el mundo hispánico, que tiene el valor como culto, una especie de cobardía lingüística: el pánico ante la invasión galicista y un clamor por una policía aduanera para que defendiese a la lengua de la anarquía o la descomposición. Hasta había quien anunciaba agoreramente las exequias de la lengua española. La lengua ha salido de esa invasión bastante fortalecida y enriquecida, y hoy empiezan a temblar muchos ante la invasión de

voces inglesas. No parece que la lengua inglesa, tan hospitalaria para voces de cualquier procedencia, haya perdido con ello ninguna de sus virtudes (alguien señalaba que el inglés tiene buen estómago y el castellano es más bien dispéptico). La vida misma de la lengua, si la lengua tiene vida, decide lo que le conviene asimilar o desechar. Claro que instituciones y personas capacitadas, de buena formación lingüística, pueden servir de guías para una buena dietética verbal, sin autoritarismos contraproducentes.

La lengua cambia, a veces por presión desde abajo, otras por innovación desde arriba. Las mismas normas gramaticales se modifican, y nada más dañino que un «purismo» estrecho, basado casi siempre en un conocimiento deficiente de la propia lengua y de sus portentosas posibilidades. Contra las viejas normas, está triunfando hoy, por ejemplo, la invariabilidad del apellido en la formación del plural (*los Machado*, *los Quintero*, *los Pacheco*, etc.) o el uso de giros con doble preposición como el siguiente: «Se casará con o sin consentimiento». La movilidad de la lengua culta a ambos lados del Océano está regida por la vida general de la cultura. En la medida en que haya una constante comunicación cultural, esa unidad se acrecentará. Y el criterio de corrección no reposará en los pueriles repertorios de barbarismos y solecismos, sino en la obra de decantación y selección de la misma lengua culta. Gracias a ella, parece indudable que la expresión escrita de todo el mundo hispánico responde, con cierta flexibilidad, a una norma general que respeta y acoge los inevitables matices de cada región, y de cada persona.

V

Si pasamos ahora a la lengua hablada, el panorama se complica inevitablemente. ¿Puede pensarse en una unidad de norma, en un *standard* general, para los veinte países de lengua española? La lengua culta hablada en los diversos países hispanoamericanos coincide con la de España en lo fundamental del sistema, lo cual permite la comprensibilidad mutua y la intercomunicación. Las diferencias, y

también las que hay entre las distintas repúblicas, son muchísimo menores y menos importantes que las semejanzas. ¿Convendría anular o regular esas diferencias para imponer una norma común, como la que existe en general para la lengua escrita?

Hay que ver primero si ello es posible. Dejemos de lado la entonación, difícil de desarraigar y de la que podemos prescindir por ahora. Detengámonos en el seseo (*corasón*, *siensia*, etc.). Es indudablemente un hecho cumplido e irreversible de la pronunciación de toda Hispanoamérica, y la tentativa de imponer la *z* interdental sería una tarea sobrehumana, condenada al más absoluto fracaso. La educación hispanoamericana tiene hoy ante sí tareas mucho más factibles, importantes y fructíferas. El hispanoamericano que después de haber vivido en España y hecho esfuerzos extraordinarios para reeducar su pronunciación, logra articular la interdental, tiene que estar constantemente atento a la ortografía, y es frecuente que al hablar incurra en «errores ortográficos». Además, se expone a chocar violentamente con el ambiente, para el cual es un remedo ridículo, una renuncia a la propia personalidad. Aun los académicos que en ciertos discursos solemnes tratan de pronunciar la *z*, solo logran por lo común una aproximación imperfecta, que más bien desentona. Hay que admitir, pues, que el seseo es un rasgo diferencial legítimo del habla hispanoamericana.

Lo mismo puede decirse del yeísmo (*caye*, *cabayo*), en las regiones donde está impuesto, que abarcan más del noventa por ciento de la población hispanoamericana: los hablantes, aun mis alumnos universitarios de Letras, tienen verdadera dificultad para aprender a articular la *ll* lateral, y los académicos que intentan pronunciarla en sus discursos llegan por lo común a remedos como *cabalyero*, etc., mucho peores que la llana pronunciación yeísta. Hay ya un consenso general, que incluye a la Academia Española de la Lengua, para considerar legítimos el seseo y el yeísmo de Hispanoamérica. Pero me parece que en España no existe la misma tolerancia para el seseo y el yeísmo de muchas regiones españolas, por lo menos en la pronunciación teatral, la radio, la televisión o el discurso académico.

¿Habrá que considerar incorrecta —o *substandard*, como dicen los autores de lengua inglesa— la *y* de Buenos Aires y del litoral rioplatense, fuertemente rehilada (*yo*, *cabayo*, *caye*), con variante ensordecida? D. Tomás Navarro Tomás, el gran maestro de nuestra fonética, en una *Guía de pronunciación española* que publicó en 1956 a instancias de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, la condena: «se debe reponer el fácil, flexible y suave sonido de la *y* normal en vez de la modalidad tensa y rechinante que se pronuncia en algunas regiones».

¿Será posible reponerla? Aunque en este caso no hay dificultad articulatoria, mi experiencia del habla de Buenos Aires y de los sectores cultos del litoral argentino y uruguayo me hace pensar que la reposición es imposible, y que no hay más remedio que admitirla, como admitimos tantas variantes articuladas de *s*, de *j*, de *ch*, de *f*. Quizá sí sea posible salvar la *y* «dulce y suave» del interior argentino, que muchos hablantes, por el prestigio de la Capital, tienden a sustituir por la *y* de Buenos Aires.

Don Tomás Navarro rechaza también la *rr* asibilada de muchas regiones de América y la *rr* velarizada de Puerto Rico. No sabemos si cabe en estos casos una acción correctista que comience con la escuela; es pronunciación invasora, aunque se presta en algunas partes a remedos burlones. Pero el hecho de darse, con profundo arraigo, en amplios sectores cultos, le confiere cierta estabilidad. Desde luego, no parece adecuada para la pronunciación general del teatro o de la televisión, que responde, como hemos visto, a mayores exigencias de unidad hispánica.

Hay cierto consenso general para no admitir, como norma ejemplar de ninguna región, la aspiración y pérdida de la *-s* implosiva (*bohque*, *lah ocho*, *loh hombre*), que se da en grandes zonas hispanoamericanas y españolas, aun en el habla de la gente culta. Se considera inadecuada para la clase, la conferencia, la recitación, la lectura, el teatro, y es perfectamente corregible. Menos admisible parece la confusión de *r* y *l* implosivas en un sonido único, a veces intermedio

entre las dos, otras más próximo a *r* o a *l* (*puelto*, *izquielda*; *sordao*, *barcón*). Llega en algunas partes (Puerto Rico, Murcia) a los hablantes cultos, y es realmente difícil de desarraigar. Pero es pronunciación socialmente descalificadora fuera de los círculos en que está impuesta, y todo empeño escolar por enseñar, desde la primera infancia, la pronunciación más prestigiosa parecerá poco.

Tampoco cabe en la norma general de ninguna región hispánica la pronunciación diptongadora *máiz*, *bául*, *cáido*, *óido*, *pior*, *tiatro*, *almuada*, que tiene gran difusión, y en algunas partes llega a los hablantes cultos, aun en España (*vizcáino*, *bilbáino*, etc.). Ha sorprendido en Hispanoamérica que la Academia haya aceptado pronunciaciones como *cardiáco*, *amoniáco*, *periódo*, etc. —tan combatidas hasta ayer—, porque estaban triunfantes en el habla de grandes sectores cultos de la Península. Y en general en gran parte de Hispanoamérica la gente culta, y en algunas regiones hasta la popular, rechaza la pronunciación *soldao*, *cuidao*, *cantao*, etc., que el hablante culto de España tiende a considerar irreprochable. Ya se ve que en la pronunciación es difícil imponer una norma general, y en muchos casos Hispanoamérica tendría el derecho de dar la suya a la Península.

En el terreno morfológico la nivelación es más fácil. Sin embargo, hay también rasgos diferenciadores que escapan a una norma hispánica general. En primer lugar, el uso de *ustedes* como plural único de *tú*, en toda Hispanoamérica (y en Canarias y parte de Andalucía) en lugar de *vosotros* (también se han perdido las formas correlativas *os*, *vuestro*), que solo se oye a veces en los discursos o mensajes solemnes.

¿Habrá que considerar incorrecto (o *substandard*) el voseo de Buenos Aires (*vos tomás*, *tenés*, *sos*), que se da por lo demás en gran parte de América, o el de Maracaibo (*vos tomáis*, *tenéis*, *sois*), que también tiene bastante extensión americana? El Consejo Nacional de Educación de la Argentina y una serie de autores —Arturo Capdevila, Américo Castro— han condenado categóricamente el voseo argentino. En nombre, claro está, de una norma hispánica general. En la Argentina se da en todos los niveles sociales (con excepciones in-

dividuales) como uso del habla familiar, ¿y puede el habla familiar someterse a una norma lingüística exterior, a una regularización, a una estandarización? Claro que puede, pero no se ve la necesidad. Las formas coloquiales de carácter familiar son en general buenas en su propia órbita, y me parece que el argentino puede pasear su voseo por cualquier parte del mundo hispánico sin avergonzarse, siempre que lo mantenga en el plano familiar. En cambio, formas más rústicas de voseo, como *vos tenís*, *vos tendrís*, confinadas a regiones donde las rechaza el habla culta, no parecen admisibles fuera del propio ámbito local.

El habla familiar, que es afectiva por naturaleza, no puede obedecer a una norma regularizadora estricta, o por lo menos tiene fueros propios. Por eso nos parecen legítimas las formas de diminutivo de cada región (en *-ito*, *-illo*, *-ín*, *-uco*, etc.), y tan bueno *Juanito* de unas partes como *Juancito* de otras. Una zona coherente de Hispanoamérica hace el diminutivo en *-ico* cuando la palabra tiene *-t-* en la sílaba anterior: *ratico*, *platico*, *Vicentico*, *Martica*, *teatrico*. Claro que no es imposible imponer *ratito*, *platito*. Pero ¿por qué *platito*, con su *t-t-*, va a ser mejor que *platico*? Además, el habla familiar se defiende, y todo uso extraño choca. La gente trata despectivamente de *fisno*, o de *finústico*, al que introduce en su expresión corriente las formas de la lengua escrita.

Lo mismo puede decirse del léxico. ¿En nombre de qué norma se va a rechazar el uso argentino de *pollera* (por *falda*), que es un arcaísmo del habla familiar? El venezolano hace una diferencia entre *cambur*, fruta de postre, y *plátano*, una variedad que se come hervida, frita o asada, ¿Podemos imponerle para su *cambur* el *plátano* español o la *banana* argentina? En los Andes de Venezuela, cuando una persona que ha estado en Caracas, vuelve hablando como un caraqueño: *caraotas* en vez de *frijoles*, *tú* en lugar de *usted* o *vos*, y usa exclamaciones como *¡gua!* o *¡cónfiro!*, se burlan de él y dicen que *no conoce las pepitillas* (las *pepitillas* son las *arvejas*). El habla familiar tiene sus privilegios, y es impertinente cualquier intromisión.

VI

Hemos pasado en revista, rápidamente, un conjunto de hechos, bastante generales, de pronunciación, morfología y léxico, que se sustraen inevitablemente a una norma hispánica general. Nuestras repúblicas hispanoamericanas, tan celosas de su independencia y su personalidad nacional, tan recelosas frente a toda imposición extraña, con amplios sectores cultos, ¿no han adquirido el derecho de forjar su propia norma, o subnorma, sobre el mejor uso de sus mejores hablantes? ¿Podrían abandonar sus propias peculiaridades y someterse a una norma única venida de fuera? Ya hemos visto que no podrían, aunque quisieran. No hay más remedio que admitir que el habla culta de Bogotá, de Lima, de Buenos Aires o de México es tan aceptable como la de Madrid. La realidad lingüística postula, para la lengua hablada culta, una pluralidad de normas. ¿No la postula también para Andalucía, Murcia, las islas Canarias, Valencia, Santander, Asturias, Vizcaya, Galicia?

El mismo problema se planteó ante la diversidad del inglés de la Gran Bretaña, los Estados Unidos, Canadá, Sudáfrica, Nueva Zelanda, Australia. Hoy se admite como legítima no solo la diferencia entre el inglés británico y el americano, sino la coexistencia de varios *standards* diferenciados en el interior de los Estados Unidos. ¿No son aplicables a nuestro mundo de habla española las conclusiones que se desprenden del estudio del inglés? La Comisión de unidad del español, del Congreso sobre el presente y futuro de la lengua española celebrado en Madrid en junio de 1963, aprobó, bajo la inspiración de Dámaso Alonso y de Eugenio Coseriu y Diego Catalán, la siguiente declaración, adoptada luego por el Congreso en sesión plenaria:

> La Comisión considera que toda acción rectora del futuro de la lengua española tendiente a la deseable unificación de la lengua cultivada, debe hacerse con un absoluto respeto a las variedades nacionales tal como las usan los hablantes cultos, y teniendo en cuenta que la unidad idiomática

> no es incompatible con la pluralidad de normas básicas, fonéticas y de otro tipo que caracterizan el habla ejemplar y prestigiosa de cada ámbito hispánico.

Al admitir la pluralidad de normas para el vasto mundo hispánico, surge en seguida la pregunta: ¿No hay en ello un peligro de desintegración? Siempre el temor, rondando la vida de nuestra lengua. La cobardía es mala consejera. Un medio de comunicación de veinte naciones y de doscientos millones de hablantes tiene que desarrollarse con valor, con fe en las posibilidades potenciales de la lengua, con ideal de grandeza. Lo contrario sería signo alarmante, indicio de un grave mal interno. La misma Comisión de unidad de la lengua, que tuve el honor de presidir, declaró:

> Por lo que se refiere a la defensa y mantenimiento de la unidad idiomática, se ha comprobado en general, en el seno de la Comisión, una actitud comprensiva, flexible y positiva de tolerancia, y más aún de franca aceptación de la pluralidad de normas de ejemplaridad existentes en el nivel del habla culta de los varios países hispánicos, pluralidad que no afecta realmente a la unidad esencial de la lengua como instrumento de comunicación panhispánica.

Claro que esta concepción choca con la actitud española tradicional: la de la vieja frase de Clarín («Los españoles somos los amos de la lengua»); la de Puigblanch, menos cruda, que Rufino José Cuervo adoptaba como lema («Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad de nuestro lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como a centro de unidad, al de Castilla, que le dio el ser y el nombre»). Choca también con cierta rebeldía hispanoamericana, que se manifestó, en la generación romántica argentina —como en los Estados Unidos y el Brasil— a favor del fraccionamiento lingüístico entre la vieja metrópoli y las nuevas repúblicas. Hoy estamos lejos de esas dos actitudes

extremas. La pluralidad de normas de la lengua hablada está equilibrada o presidida por la unidad fundamental de la lengua escrita. Y entre las dos cabe un amplio y permanente proceso de interacción, de nivelación, y hasta de transformación.

Ha pasado siglo y medio de independencia. Los rasgos fundamentales del habla hispanoamericana de hoy estaban impuestos ya en 1810. Desde entonces no parece que la fuerza centrífuga haya crecido. Más bien lo contrario. Las diversas modalidades —los diversos *standards*, dice Markwardt, en *The American English*, al hablar del inglés de los Estados Unidos— coexisten y se mantienen en comunicación sin desintegrar la unidad superior. Los oídos de los unos se vuelven más sensibles a la pronunciación de los otros, y también más respetuosos, más tolerantes. Y además más humildes. El futuro de la lengua española depende de los escritores y hablantes de España y de Hispanoamérica. La lengua es nuestro bien colectivo. El portentoso desarrollo actual de las comunicaciones trabaja sin duda a favor de la unificación, tiende a borrar ciertas particularidades y a generalizar otras, pone la lengua al servicio de la sociedad entera. Me parece que el espíritu de campanario está muerto. El ideal de cultura y de lengua es hoy supranacional, con tendencia hacia la universalidad.

VII

Podemos volver ahora, sobre nuevas bases, a nuestro problema de la corrección. Los viejos criterios están indudablemente desprestigiados. Un académico veterano como D. Vicente García de Diego quiere extender la partida de defunción a los dos términos, *barbarismo* y *solecismo*, que han alimentado a los gramáticos desde la época alejandrina. Y otro académico, más joven, Dámaso Alonso, siempre preocupado por los destinos de nuestra lengua, quería que se dejara de hablar de purismo —tan falso— y se hablara de unidad. Ha habido una reacción general, sobre todo en el mundo lingüístico, contra el academicismo ciego, que no es ni siquiera el de la Academia —la

cual trata de vivir con los ojos abiertos—, contra la fauna dañina de cazadores de gazapos y contra un correctismo pobre y empobrecedor, sin formación lingüística, de vía estrecha, que indentificaba la lengua con una edición, por lo común atrasada, del Diccionario y de la Gramática, y dictaba, contra toda innovación, la sentencia implacable: «No existe».

La verdad es que los viejos repertorios de barbarismos y solecismos más bien contribuían a desprestigiar todo correctismo. Dice el lingüista norteamericano Robert H. Hall: «Vendrá un tiempo en que al que asuma la función de corrector del lenguaje ajeno se le exigirá un certificado de competencia científica, o se le perseguirá por ejercicio ilegal de la medicina lingüística... Es mejor una actitud humilde hacia nuestro propio lenguaje y de tolerancia hacia el del prójimo».

La reacción contra el preceptismo tradicional —purismo, casticismo, academicismo— ha sido violenta en el último tiempo. Y con variantes, se ha producido en todas partes, aun en Francia, el foco de expansión de todo el preceptismo racionalista de Europa, desde el siglo XVII, y su baluarte más firme hasta hoy. Se han señalado, en todos los tonos, sus peligros: mata o coarta la inspiración del escritor; crea ansiedad, inseguridad, apocamiento o temor en el hablante. Y en lucha contra él, se ha llegado a rechazar violentamente todo preceptismo, toda intervención correctista en la lengua: «no existe ni el bien ni el mal, la corrección ni la incorrección; el habla de cada cual es tan legítima e irreprochable como la de cualquier supuesta autoridad, y toda intromisión es dañina». Y aún más: «La prescripción de correcto o incorrecto aumenta la división entre clase superior e inferior precisamente cuando necesitamos mayor unidad», «es un resabio de actitud antidemocrática, incompatible con las aspiraciones modernas», «es una forma de *snobismo* y de discriminación social».

Este extremismo es realmente nuevo. Pero algo de él se encuentra ya en el fondo de todo el movimiento lingüístico del siglo XIX (se ha achacado sobre todo al naturalismo darwinista de Schleicher, pero Johannson, en las *Indogermanische Forschungen* de 1892, sostie-

ne que en cuanto a corrección Schleicher se aparta en realidad del naturalismo absoluto y entra más bien en la concepción histórico-literaria). Responde a la idea de que las «leyes fonéticas» son ciegas e incontrastables como las leyes naturales, de que las lenguas son organismos que deben desarrollarse sin trabas para que alcancen su plenitud de vida, de que el pueblo tiene el poder creador y la soberanía de la lengua (*Vox populi, vox Dei*) y de que la fuerza conservadora o represora de los sectores cultos es perturbadora o estéril. Contra esa concepción, en que coincidían en general el rousseaunismo, el romanticismo y el naturalismo, reaccionó Noreen, ya en 1888 (su trabajo, traducido al alemán, se publicó en las *Indogermanische Forschungen* de 1891), y en nuestro tiempo Jespersen (*Mankind, Nation and Individual from a Linguistic Point of View*). Y, desde luego, toda la lingüística idealista (Vossler, Lerch). Hoy renace con ímpetu nuevo y con doctrina más sistemática y radical.

La reacción anticorreccionista se ensaña con la terminología, contaminada de juicios de valor: *bueno-malo*, *propio-impropio*, *correcto-incorrecto*, *gramatical-antigramatical*, *buen español-mal español-no español*. El correctismo tradicional era a todas luces dogmático y falso. ¿Habrá que arriar las banderas de todo correccionismo?

Los lingüistas ingleses y norteamericanos han desarrollado la idea de la lengua *standard*. La lengua *standard* representa, como hemos visto, una codificación o gramaticalización del uso más prestigioso; es la lengua de los documentos y actos oficiales y la que sirve de modelo en la educación. Toda lengua *standard* es resultado de un proceso que se llama tautológicamente de estandarización, o de codificación lingüística, que convierte a unas formas en ejemplares y relega a otras a un segundo plano o al subsuelo. La existencia de una lengua *standard* como modelo unificador ¿no implica necesariamente la existencia de formas *substandard* (y quizá también de formas *superstandard*)? De ahí ha surgido efectivamente en la lingüística de habla inglesa la designación antinómica de formas *standard* y *substandard*, que se podrían traducir aproximadamente como oposición

de «normal» y «subnormal» o «infranormal». ¿No está ahí, con otros términos, el debatido concepto de la corrección? ¿No se le asigna a la lengua *standard* y a sus formas una superioridad sobre las otras modalidades? Si hay un uso «codificado», ¿no habrá inevitablemente otro que se encontrará al margen de la ley y al que se le concederá por ello menos categoría o valor?

Hasta los anticorrectistas más recalcitrantes tienen que reconocer que hay algo que no se puede eludir, y es la mayor o menor aceptabilidad social o cultural de un uso lingüístico. Dice Fries: «El maestro debe desarrollar en los alumnos el uso libre del lenguaje apropiado a las ideas, a la ocasión y al interlocutor. Debe proveerles las formas de mayor aceptabilidad social». No tenemos ningún inconveniente en sustituir los controvertidos términos de «correcto» e «incorrecto» por otros: *aceptable* e *inaceptable*, *admisible* e *inadmisible*. Pero me temo que *inaceptable* o *inadmisible* sean más violentos y descalificadores que *incorrecto* o *impropio*. Y hay efectivamente quienes los rechazan por vagos y poco científicos, y propugnan en cambio el uso de *gramatical* y *no gramatical* (o *antigramatical*), criterio discernido por la competencia lingüística o el sentimiento intuitivo de un hablante de la lengua nativa. Un hablante ¿de qué nivel?[6]

El criterio de la admisibilidad social es en realidad insoslayable, aunque presupone el valor normativo del habla de las clases culturalmente privilegiadas, y una sociedad en la que todos, a través de la escuela o de las instituciones de enseñanza y promoción social, pueden llegar a adquirir el uso de la lengua culta. Por lo menos, es el uso que adquieren cotidianamente con el periódico o la televisión. Es posible que esa aceptabilidad general como criterio de corrección sea más un ideal social que una realidad efectiva.

6. Es interesante señalar que el mismo Chomsky habla de gramaticalidad y aceptabilidad (*Studies on Semantics in Generative Grammar*, La Haya-París, Mouton, 1972, pág. 27).

El desprestigio de la gramática logicista o razonada y de la gramática latinizante ha dejado al preceptismo inerme. ¿En nombre de qué principio pueden darse las normas? Tras él, o tras su sombra, gira el pensamiento gramatical desde la Antigüedad, y los gramáticos alejandrinos creyeron haberlo alcanzado en el principio racional de la analogía, tan ilusorio. Los tres puntos de vista que analiza Noreen (el histórico-literario, el naturalista y «el racional», que es, claro está, el suyo propio), los siete que estudia Jespersen (la autoridad, el geográfico, el literario, el aristocrático, el democrático, el lógico, el estético) o los cuatro que registra Charles V. Hartung (las reglas, el uso general, la adecuación a las circunstancias o al interlocutor, la eficiencia comunicativa) son valederos en unos casos, inaplicables o insuficientes en otros. Por encima de todo principio, queda el hecho de la aceptabilidad social. ¿Por qué la norma social acepta *haya* y no *haiga*, que tiene a su favor *traiga* y *caiga*? A veces la razón histórica encuentra motivos, más o menos plausibles, a posteriori. Pero el único criterio sincrónico de bondad es la admisibilidad, el uso consagrado por la gente culta, la *consuetudo* de Varrón, el sacrosanto uso de Horacio, «la usurpación legitimada», como lo llamaba Tegnér. Es la suprema razón de la historia: la consagración del triunfador. Por encima de ella puede haber un criterio extrahistórico, extralingüístico o extrasocial que aplique una moralidad superior, y defienda *haya-caya-traya* o *haiga-traiga-caiga*. Pero vivimos en sociedad y hablamos su lenguaje, sin poder detenernos a reflexionar en el pecado original que hay o pueda haber en cada una de sus formas.

¿No es acaso la lengua, por naturaleza, una institución social? La sociedad se mantiene, constitutivamente, por un amplio sistema de usos o hábitos de vigencia colectiva. Desde la cuna vivimos sumergidos en esos usos, que nos forman y deforman, que nos vinculan y subordinan a los demás miembros de nuestra colectividad. El poder social, desde el núcleo más estrecho hasta las grandes construcciones imperiales, funciona por medio de la acción coactiva del uso. Dentro de ese sistema, la lengua es la mayor fuerza de aglutinación, el con-

junto más imperativo de usos sociales, o, con términos de Saussure, de «asociaciones ratificadas por el consenso colectivo», de «convenciones adoptadas por el cuerpo social».

Los usos lingüísticos, como todo comportamiento social, responden siempre a una norma, estricta en unos casos, flexible en otros. Observa Ygnace Meyerson (*Les fonctions psychologiques et les oeuvres*, París, 1948) que en las grandes sistematizaciones (de carácter moral, jurídico, religioso, estético, lógico) esos usos tienden a presentarse bajo un aspecto polarizado, como oposición de positivo y negativo. Mediante las normas, el contenido de la vida colectiva entra en nuestra vida personal. La lengua —se ha dicho— es un repertorio de formas de comportamiento.

Ortega y Gasset distinguía entre usos débiles y difusos, y usos fuertes y rígidos. Los fuertes son los que regula el Estado, por medio de la ley, la policía, etc. (no robar, no matar). ¿Son los usos de la lengua débiles o difusos? En su esencia la lengua es una institución tiránica: para designar este mueble ante el cual me encuentro tengo que decir *mesa* y no puedo decir *masa* ni *misa* ni *musa*, y tampoco *table* o *Tisch*; para decir que *esta mesa es cuadrada* tengo que usar unas formas dadas, tópicas, en un orden sintáctico preestablecido, con unos comportamientos de género, número, persona, tiempo, modo, que ni papas ni emperadores pueden modificar impunemente. El fundador mismo del lenguaje, su esencia, es el uso sistematizado, obra de los siglos. Pero junto a la prepotencia del sistema hay un conjunto marginal de usos fluctuantes, divergentes, del mismo nivel o de niveles distintos, que sí pueden considerarse débiles, difusos o menos rígidos, aunque algunos pueden socavar (y socavan efectivamente) los flancos débiles del sistema. ¿Podrán alternar estos usos con entera libertad?

Es evidente que hay usos fluctuantes en la misma lengua culta y que existe un margen más o menos amplio de selección que queda al arbitrio del gusto personal. Pero en realidad los anticorrectistas limitan sus reclamaciones de libertad para otros usos, tachados por

lo común de incorrectos, que vienen de niveles sociales o culturales considerados inferiores. Hay que examinarlo con cuidado.

Hemos partido, en nuestro análisis, de una pequeña comunidad rural. Hemos visto que el habla de ella no responde al capricho o a la libertad del individuo, sino a normas, a veces muy severas y rígidas. Es, en el lenguaje, la manifestación del conjunto de hábitos que resultan del juego primario del instinto comunitario, dominado —según la terminología del sociólogo Ferdinand Tönnies— por la «*Wesenwille*», la voluntad natural impulsiva e irracional de la comunidad (frente a la «*Kürwille*», la voluntad racional o consciente de la colectividad social). Bergson, en *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, ve el comportamiento de la pequeña comunidad dentro de lo que llama moral cerrada. Aun en ella, desde el individuo o la familia hasta la comunidad entera, entran en acción fuerzas reguladoras, o normas de radio cada vez mayor. Pero desde esa pequeña comunidad nos hemos remontado a núcleos sociales cada vez más extensos y complejos —el distrito, la gran ciudad, la provincia, la región, la nación—, y hemos visto que a la norma local se superpone otra cada vez más amplia, que irradia sus ondas hacia la periferia, y que hay así una norma lingüística de los hablantes cultos que vale para todo el país o para una gran región del país, y una norma más general de lengua culta, que puede, a través de las fronteras nacionales, extenderse por toda la amplia comunidad de la lengua. La moral cerrada o norma cerrada de Bergson ha dado paso a lo que llama la moral abierta. Todo hablante está inserto en un mundo social cada vez más amplio, suprarregional o supranacional (el de su lengua, el de su cultura), y si aspira a no quedar confinado en el horizonte estrecho de su campanario, tiene que abrir el alma —«alma abierta» llama a la que tiene aliento universal— a los hábitos lingüísticos de toda la sociedad.

La lengua es institución social, y como tal es instrumento de la sociedad, el más rico y complejo de los instrumentos humanos. Pero aun en su mero carácter instrumental ¿puede prescindirse del criterio de corrección? Todo instrumento implica un uso correcto o incorrec-

to, eficaz o torpe. El error es inherente a la condición humana ¿y será descartable en la materia delicada y sutil del lenguaje? La experiencia cotidiana enseña que todo hablante a cada paso comete errores (oraciones mal formadas, anfibologías a veces cómicas, etc.) y se corrige a sí mismo. La corrección es inherente a todo acto de comunicación.

Y ahora podemos preguntarnos —con todo respeto por la memoria de Leonard Bloomfield— si ante el peligro de crear ansiedad, inseguridad o apocamiento en el hablante de una forma *substandard* puede la sociedad renunciar a sus normas generales, y si no es más democrático y unificador elevar el nivel expresivo de toda la comunidad hacia formas universales. Además la lengua no es solo institución social; es también institución cultural, regida, por lo tanto, por una compleja jerarquía de valores. El modo de hablar es un comportamiento: revela (o traiciona) el carácter, el nivel social o cultural, la procedencia. Los lingüistas podemos ser tolerantes, y hasta encantarnos con cualquier uso extraño o anómalo (¡la encantadora gramática de las faltas!), pero la sociedad humana no es un conglomerado de lingüistas, por fortuna. Y la sociedad suele ser implacable, porque defiende sus normas, que constituyen su esencia. Es verdad que no se envía a nadie a la cárcel por una infracción lingüística. Ya Molière, en *Les femmes savantes*, de 1672, se burlaba de la señora que había despedido a la criada, no porque hubiera roto un espejo o una porcelana, no porque hubiera robado o cometido una infidelidad, sino por algo que ella consideraba peor que eso: haber insultado sus oídos con palabras vulgares y rústicas que condenaba Vaugelas, y haber contradicho los fundamentos de la gramática, que gobierna hasta a los reyes (la criada se defendía con un principio —«Cuando uno se hace entender, habla siempre bien»— que han adoptado hoy muchos lingüistas). No es habitual ser tan severo con las criadas, sobre todo si es, como la de Molière, honrada y muy buena cocinera. Pero un candidato oficialista a la Presidencia de Venezuela, en 1945, tuvo que retirar su candidatura porque en un autógrafo a la prensa se le escapó imprudentemente un *entuciasmo* con *c*. Las infracciones del lenguaje pueden acarrear con-

secuencias desagradables: la pérdida de un empleo, el estancamiento en una situación inferior. En algunas circunstancias el uso de ciertas exclamaciones o juramentos, de términos de la vida sexual o de voces escatológicas, puede traer consecuencias más graves que «comerse» una luz o una flecha del tránsito. Ya se sabe, desde el *shibboleth* bíblico, repetido en diversas ocasiones en la historia, que un rasgo de pronunciación puede ser cuestión de vida o muerte.

No hay, pues, más remedio que educar de acuerdo con las exigencias más severas de la aceptabilidad social, con la idea de que es correcto lo que exige la comunidad lingüística culta a que uno pertenece. Y esa necesidad es precisamente mayor hoy, cuando se opera en todo el mundo un complejo proceso de nivelación social. ¿No se observa esa nivelación hasta en las vestimentas, signo tradicional de clase, regulada en otros tiempos por la legislación? Si cada sector viviera confinado en su casta, como en el sistema tradicional de la India, podría mantener sus propias formas de lenguaje (unas para los dioses, reyes, príncipes, brahamanes; otras para tenderos, funcionarios, policías, etc.). Hoy todos vivimos entrelazados, y la vida moderna nos lleva a todos de una región a otra, de un país a otro, con la consiguiente necesidad de adaptación. La lengua es patrimonio colectivo, y cada uno la puede utilizar en la medida de sus necesidades y de su capacidad. Pero al ser patrimonio colectivo, la colectividad impone celosamente usos colectivos. Lo exige además la eficacia de la comunicación colectiva.

¿No implica ello la existencia de una autoridad? Todo conglomerado social, toda institución, reposa en una autoridad. La reclama, consciente o inconscientemente, todo individuo, en parte como compensación de sus propias tendencias anárquicas, también instintivas (cuando se rebela contra la autoridad es por lo común porque reclama otra, porque la que existe ha dejado de ser para él autoridad). En materia de lenguaje se manifiesta como afán general de reglas precisas y concisas. En otros tiempos había mayor libertad, en la ortografía, en el orden sintáctico, en la variación morfológica, en

la formación verbal, en el léxico (Lope de Vega, por ejemplo, podía alternar, de un verso a otro, *la color* y *el color*). Hoy hay una exigencia general de monismo expresivo: el hablante quiere siempre que le digan, entre dos formas, cuál es la buena, o la mejor, y se siente por lo común defraudado si se le contesta (como en el caso de *le saluda* o *lo saluda*) que las dos son igualmente buenas. En contraste con la actitud liberal de los lingüistas, me parece que hay hoy un ansia creciente de autoridad idiomática. Esa autoridad, ¿quién la puede ejercer?

Ya hemos visto que la lengua escrita se gobierna por la obra de los grandes escritores de todo el mundo hispánico. La lengua hablada, de modo análogo, se rige por el uso de los sectores socialmente más prestigiosos, que son los sectores cultos. Señalaba Bloomfield que todo hablante, y en mayor escala todo grupo social, actúa como imitador o como modelo. A las capas superiores de la colectividad les corresponde, quieran o no, una función de ejemplaridad. Y la ejercen, con mayor o menor eficacia, en las mil formas del trato social y cultural. Las academias, las gramáticas, los diccionarios, tienen autoridad en la medida en que seleccionan y consagran el uso más ejemplar, en lo cual no es raro que se equivoquen y es bastante frecuente que procedan con retraso. Las personas más competentes, que hay que suponer con optimismo que son los lingüistas, no pueden inhibirse de auscultar permanentemente ese uso, siempre cambiante, en el que también ellos participan. El ejercicio de la palabra tiene mucho de arte. ¿Sería digno del hombre renunciar al perfeccionamiento de tan alta actividad humana?

VIII

Ahora, la última pregunta. La aceptabilidad social y cultural que hemos admitido como criterio de corrección, ¿será de carácter extralingüístico? ¿Caerá irremediablemente en el campo de la gramática aplicada? La norma, o sea el conjunto de formas que la comunidad, a través de la escuela y de todos los resortes de su vida cultural y

pública, impone al hablante ¿no es una manifestación del mismo sistema lingüístico? Al abstraer el sistema ¿no partimos precisamente de esas formas? «Hay —dice Sapir— una entidad ideal que domina los hábitos del lenguaje de los miembros de cada grupo, y la libertad casi ilimitada de que cada individuo cree gozar cuando habla se ve refrenada, de hecho, por una tácita norma directriz». El estudio de esta norma directriz, y su aplicación, ¿no es de carácter lingüístico?, ¿no compete al lingüista? Dice Jakobson, en sus *Essais de Linguistique générale* (París, 1963, pp. 212-213): «Los estudios sintácticos y morfológicos no pueden ser suplantados por una gramática normativa». Y agrega después: «Sin embargo, que nadie se imagine que propiciamos el principio quietista del *laisser-faire*: Toda cultura verbal implica esfuerzos normativos, programas, planes»[7]...

Creo, por mi parte, que en el permanente esfuerzo de desenvolvimiento, eficacia e integración que es la vida de la lengua, intervienen todos los hablantes; ¿se deberá exceptuar a los lingüistas? La lengua no es una actividad que marche sola, sin regulación. El lingüista tiene que ver que, junto a las fuerzas desintegradoras, hay un con-

7. El círculo lingüístico de Praga tuvo un papel muy importante en la codificación de la lengua checa; sobre todo Havránek y Mathesius. Se propusieron en primer lugar, una descripción realista de la lengua culta, y elaboraron una base teórica para interpretar la posición de la lengua culta dentro de la totalidad de los fenómenos lingüísticos. Para ellos a la lengua le correspondía una función más amplia que a las variedades dialectales. Partían de un análisis estructural de la lengua culta, y formularon dos principios fundamentales: estabilidad flexible (una codificación que no fuera demasiado rígida, que incluyera la elaboración de una norma real de lengua culta) y la intelectualización (capacidad de expresión exacta, rigurosa y abstracta, gracias a la estructura lexicológica y gramatical). Tomamos esta información de la ponencia de Paul L. Garvin: «Aspectos sociolingüísticos de la lengua nacional: La experiencia checa y el trabajo de la escuela de Praga».

* Esta ponencia fue publicada por el PILEI en las *Atas do Simposio de São Paulo*, Universidade de São Paulo, 1969, pp. 125-131.

junto de fuerzas reguladoras; que la cultura y la educación reposan sobre un ideal de lengua; que la sociedad no puede dejar al arbitrio de fuerzas ciegas y contradictorias un instrumento tan vital como su sistema expresivo. El lingüista —como también el antropólogo y el sociólogo— tiene que ver el juego de todas las fuerzas que actúan sobre la lengua. Ninguna forma de lenguaje nos es ajena, pero hay unas que son más generales, más expresivas o más prestigiosas que otras.

Además, no creo que convenga divorciar la acción del maestro de idiomas de la del lingüista. El maestro de idiomas tiene que esclarecer a sus alumnos lo que es aceptable o no, cuestión a veces compleja, ¿y no podrá planteárselo el lingüista? Más bien me parece que corresponde al lingüista orientar al maestro de idiomas, liberar su enseñanza de la vieja tradición autoritaria y darle un criterio más flexible y consciente. Corresponde al lingüista ver la marcha de la lengua en los distintos niveles, observar cuál es el estándar que puede servir de modelo a la enseñanza, y por consiguiente cuáles son las formas que se encuentran por debajo de ese estándar. Toda enseñanza reposa en normas, y el lingüista es el único que puede desentrañarlas con criterio científico. Cuando Sapir analiza la admisibilidad de la criticada expresión *who did you see?* no parece que proceda con criterio extralingüístico.

La lengua cambia, y lo que era incorrecto ayer es correcto hoy, y viceversa, a veces contra toda lógica (la lengua tiene su propia «lógica»). Creo que en la aplicación de un criterio de corrección hay que buscar el justo medio entre la negación absoluta de las normas y la rigidez tradicional, y en ello es posible que haya quienes estén más a la derecha o más a la izquierda. Por mi parte planteo la legitimidad del criterio lingüístico de corrección o de aceptabilidad, desde un punto de vista general.

Es evidente que ninguna autoridad puede tomar partido a favor o en contra del sistema lingüístico. Solo sobre su realización, y en la actitud hacia esa realización parece conveniente unir la labor del maestro de idiomas con la doctrina del lingüista.

Creo que caben muchas posiciones dentro de la Lingüística, y las distintas posiciones enriquecen nuestra disciplina. Soy enemigo de toda limitación, y lamento siempre el distanciamiento entre filólogos y lingüistas, que se está acrecentando en el último tiempo. Estudiar las normas (o las formas normativas) del habla nacional o de un área cultural determinada me parece una tarea de la ciencia lingüística.

Es evidente que la Lingüística es una disciplina antropológica, y que lingüistas y antropólogos deben trabajar unidos, ya que la vida de la lengua no se puede separar del desenvolvimiento general de la cultura. Quizá pueda elaborarse una lingüística que prescinda en absoluto de todo juicio de valor, que reduzca a fórmulas matemáticas todo el sistema de oposiciones de la lengua y considere con absoluto igualitarismo una inscripción escatológica y un soneto de Dante, el habla del hampa y el griego de Platón. Pero entonces tendría que surgir otra disciplina de la lengua que abarcara toda la infinita potencialidad del lenguaje humano. Por fortuna, caben en nuestra Lingüística actual todas las posibilidades, todas las tendencias.

IX

En 1951, Hjelmslev y Lotz, en una «Conferencia de Semántica» celebrada en Niza, proponían la sustitución de la antinomia saussuriana por una trinomia: «esquema - norma establecida - habla» (sus ideas solo se conocen por un brevísimo informe de Giacomo Devoto, en el *Archivio Glottologico Italiano* de aquel año).

De ahí parte Coseriu (*Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, 1962) para formular su distinción tripartita: sistema, norma y habla. Frente al sistema funcional abstracto de la lengua, postula una realización normal dentro de una comunidad, lo que considera un sistema de realizaciones normales. Esa norma —dice— no es la establecida o impuesta según criterios subjetivos de corrección, sino la norma objetivamente comprobable en una lengua, a la que nos atenemos necesariamente por ser miembros de una comunidad

lingüística. Su norma responde a cómo se dice y no a cómo se debe decir. Esa norma puede adelantarse a la norma correcta, es decir, es anterior a su propia codificación[8].

De todos modos, esa norma codificable ¿no es precisamente, en cada esfera o nivel de lenguaje, el fundamento de toda normatividad? ¿No es toda norma una especie de modelo ideal? Nos parece, pues, evidente, por todos los caminos, que el estudio de las normas de ejemplaridad o de corrección o de aceptabilidad social es insoslayable en el vasto y complejo campo de nuestro quehacer lingüístico, teórico y aplicado.

8. Coseriu vuelve a retomar sus ideas en un capítulo: «Sistema, norma e parlare concreto», en su libro *Lezioni di Lingüistica Generale*, Turín, 1973 (pp. 145-152). Parte de la base de que una lengua histórica no constituye un sistema lingüístico, sino un *diasistema*, es decir, un conjunto lingüístico bastante complejo, con las tres diferencias de dialecto, nivel y estilo. Una lengua unitaria se considerará lengua funcional: el inglés, el italiano, etc., son en realidad colecciones de lenguas, mientras que una lengua funcional es una forma determinada del inglés o del italiano. En la lingüística descriptiva y en la enseñanza se debe necesariamente tomar como objeto una lengua funcional (las otras lenguas funcionales se describirán o tratarán como desviaciones de la lengua funcional seleccionada). Se seleccionará como lengua funcional la que tenga la mayor difusión posible en un nivel medio (y con un estilo de lengua que se considere neutro). Señala además que toda lengua funcional presenta diversos niveles de estructuración (o niveles de gramaticalidad). Y habla de una norma italiana como italiano por excelencia «porque es efectivamente la base de todo tipo de italiano posible». En cambio el sistema lingüístico contiene todas las oposiciones funcionales y diversas posibilidades de realización, mientras que la norma puede seleccionar una sola realización. En ese sentido el sistema es mucho más amplio que la norma.

V
ACTUAL NIVELACIÓN LÉXICA EN EL MUNDO HISPÁNICO[9]

9. Ponencia presentada en el IV Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina (ALFAL), celebrado en Lima, entre el 6 y el 10 de enero de 1975. Se publicó en *Lingüística y Educación*, Actas del IV Congreso Internacional de la ALFAL, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones, Lima-Perú, 1978, y en Monte Ávila editores, Caracas, 1990, a cuya edición nos acogemos: Rosenblat, Ángel, Biblioteca Ángel Rosenblat III, *Estudios sobre el español de América*, edición de Áurea Gómez, Luciana de Stefano, José Santos Urriola.

Ya se sabe que Rufino José Cuervo, en 1899, pronosticaba con tristeza el fraccionamiento lingüístico de nuestro mundo hispanoamericano. No me voy a detener ahora en las circunstancias personales que le llevaron a esa tesis, en profunda contradicción con el sentido de toda su obra. Tampoco entraré aquí en su polémica con Don Juan Valera, que le indujo a publicar dos trabajos magistrales en el *Bulletin Hispanique* de 1901 y 1903. Pero sí me parece imprescindible analizar los fundamentos de su conclusión.

Cuervo insistía en nuestra división en territorios extensos, separados por causas naturales, sociales y políticas, sin frecuente comunicación y sin una idea suprema que les diera unidad. Señalaba que las divergencias producidas en más de tres siglos no impedían todavía (en 1903) la mutua comprensión. Pero que al aumentarse las diferencias, de la misma manera que se habían originado, se tenía que producir un divorcio entre la lengua corriente de la conversación y la lengua literaria. Su idea más insistente era la del aislamiento hispanoamericano y la invasión creciente del vocabulario regional de cada país, como consecuencia del realismo y del nacionalismo.

Cabe señalar que, precisamente en los días mismos de Cuervo cobró su auge el movimiento modernista, que representó una franca reacción contra el costumbrismo, el nacionalismo y el regionalismo literarios. Martí y Rubén Darío se convirtieron en grandes escritores de toda América y de España; Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Unamuno, Ramón del Valle Inclán, Azorín, Ortega y Gasset y muchos otros de los grandes autores españoles se leían día a día en todo nuestro mundo hispanoamericano. Luego, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Luis Cernuda invadieron la poesía hispanoamericana. Y después de Rubén Darío,

Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, César Vallejo y Pablo Neruda llevaron nuevos ritmos a la poesía de España. Federico García Lorca, en 1935, presentaba a Pablo Neruda en la Universidad de Madrid con las siguientes palabras: «La América española nos envía constantemente poetas de diferente numen, de variadas capacidades y técnicas. Suaves poetas de trópico, de meseta, de montaña; ritmos y tonos distintos que dan al español una riqueza única».

Se ha producido así una nueva convergencia poética y literaria que unía, por encima de mares y fronteras, a todo el mundo hispánico. El periodo culminante de este nuevo impulso unificador fue el de la República Española, por desgracia demasiado fugaz.

Una nueva corriente de unificación se produjo con el llamado *boom* de la novela hispanoamericana. Una serie de autores de casi todos nuestros países circularon en seguida por toda América y alcanzaron, por primera vez en nuestra historia cultural, ediciones de muchos miles de ejemplares que se difundieron rápidamente por todo el mundo de habla española y aun por el resto del mundo. Muchas de sus obras fueron traducidas a diversas lenguas europeas. Ya no son escritores que dependen de una ciudad o de un país, sino viajeros del mundo y de toda su literatura. Les anima un afán universalista, o por lo menos un universalismo «latinoamericano». Dice, por ejemplo, el mejicano Carlos Fuentes, en 1961: «Los editores, críticos y lectores insisten con toda razón en considerar la literatura latinoamericana como un todo, en no parcelarla en pequeños cotos paraguayos, mexicanos, uruguayos y chilenos, sino en verla como un todo orgánico lleno de correspondencias internas y externas. Se está creando un primer cosmopolitismo entre la Patagonia y el Río Bravo del Norte».

El colombiano Gabriel García Márquez lo decía aún más claramente: «No hablemos más por separado de literatura latinoamericana y de literatura española, sino simplemente de literatura en lengua castellana».

Confesaba que se sentía dentro de la gran tradición de los libros de caballerías y del *Quijote*, y declaraba: «No solo estamos escribiendo el mismo idioma, sino prolongando la misma tradición».

Por su parte, el argentino Julio Cortázar confesaba en una entrevista (*El Universal*, Caracas, 27 de octubre de 1974), que se sentía más latinoamericano que argentino. Rechazaba el anti-españolismo de Borges, y decía: «... si cortásemos nuestras raíces con lo hispano, cometeríamos, y sin duda muchas veces se comete, una grave equivocación. Es una mutilación que nos priva de savia —para usar las imágenes botánicas, por las que hoy tengo una extraña debilidad—; pero dicho eso, no hay que olvidarse que si bien el árbol crece de los jugos que le da la tierra, todo su metabolismo químico, que lo lleva a seguir viviendo, le viene de cosas que no están bajo la tierra, sino de sus hojas, de sus flores, de los jugos químicos que se hacen al contacto con el aire, el viento, la polinización, todo lo que usted quiera. Y eso ya no tiene nada que ver con la tradición hispánica, eso es ya el aporte nuestro, latinoamericano: es decir, que siempre tengo cuidado con los que piensan que solo la tradición puede darnos la vida. No. La tradición nos da un poderoso y necesario punto de partida, pero desde ahí, es Latinoamérica la que tiene que encontrar sus parámetros, la que tiene que hallar sus definiciones, como dentro del idioma básico busca —y encuentra— sus matices idiomáticos».

En realidad enuncia así claramente nuestro principio de la multiplicidad de normas (o subnormas) dentro de la gran unidad de la lengua española. Es significativo que lo afirme un escritor tan argentino como Cortázar, ya que la Argentina, que antes se sentía un país aparte, más bien europeo, se está volviendo cada vez más «latinoamericano». Rodríguez Monegal daba por sentado que esa unidad se estaba produciendo en el campo cultural, pero la veía impedida en los terrenos político y económico. Me parece que aun en estos dos terrenos tiende ya a producirse, a pesar de las profundas diferencias políticas y de los contrapuestos intereses económicos entre los diversos países. Hoy se proclama —desde las más altas esferas— el imperativo de la integración latinoamericana, y se habla de una «patria común latinoamericana». Fuera del terreno puramente retórico, en el que es fácil llegar a límites extremos, hay de todos modos algunos

hechos concretos: la creación de un Mercado Común Interandino, de otro Mercado Común Centroamericano y de una serie de instituciones de coordinación o solidaridad económica y cultural. Como hecho de carácter simbólico, el senador Octavio Arizmendi Posada, ex-Ministro de Educación de Colombia y uno de los promotores del Convenio «Andrés Bello», propuso últimamente una reforma de la Constitución, para que Colombia pudiera integrar una «Unión Política o Confederación de Repúblicas» con otros Estados americanos de habla española, y en especial con los países bolivarianos. Afirmaba que esa reintegración política no le parecía utópica, en vista de los procesos de integración económica que están en marcha. Se vuelve ahí hoy al ideal de Miranda y de Bolívar. Dice un comentarista de la actualidad: «Si el siglo pasado se caracterizó por el paso del problema del individuo al problema de las clases sociales, este siglo se perfila como el del paso del problema de las clases sociales al de las clases mundiales, esto es, a agrupaciones supranacionales que en su conjunto, y de modo cada vez más coherente, constituyen la especie humana».

Ya se ve que el aislamiento de la época de Cuervo está mucho más sobrepasado. La realidad política y social de nuestra América de hoy, constituye una preocupación realmente colectiva. Los actuales medios de comunicación y la comunidad de los problemas económicos y sociales acercan a unos países con otros por encima de las divergencias políticas de las clases gobernantes. Es evidente que todo nuestro mundo americano está pendiente de lo que pasa en Cuba, el Perú, el Uruguay, México, la Argentina o Chile (de lo que pasa o de lo que ha pasado). Y también de lo que ha pasado y pasa en España. En los últimos cuarenta años se han esparcido por las distintas regiones del territorio americano miles de expatriados españoles (en general de alto nivel intelectual), y también argentinos, cubanos, uruguayos, chilenos, bolivianos, etc., que, con su presencia y actuación, han roto, contra las previsiones de Cuervo, el viejo aislamiento, y creado cierta unidad cada vez más viva.

Nuestro propósito es ilustrar este nuevo proceso cultural y social a través de la nivelación léxica, que a nuestro parecer se está produciendo aceleradamente en todo el mundo hispano.

Permítasenos, para entrar en materia, una primera visión anecdótica o personal. En mi primera temporada en la ciudad de México (1961) me llamaron la atención varios usos, que anoté para mi visión turística del español de América: *balacera*, ampliamente usado, cuando lo general en nuestro mundo hispanoamericano era *tiroteo*; *plagio* para el *secuestro*, y *plagiario* para el *secuestrador*, cuando nuestro hábito general limitaba estas voces a ciertas formas demasiado habituales de delincuencia literaria; es verdad que encontraba a ese uso claros antecedentes latinos, pero no dejaba de sorprenderme; y me parecía muy gracioso que llamaran *campeona de natación* a la mujer pobre de formas, «porque nada por delante y nada por detrás». Ahora, en vísperas de este Congreso, encuentro la *campeona de natación* también en Buenos Aires, donde además se la designa desde hace varios años, humorísticamente, con el nombre de Candiotti, que fue efectivamente campeón de natación. Esas tres formas, *balacera*, *plagio* y *campeona de natación*, que a mí me sorprendían, se han vuelto hoy habituales en Caracas. El *plagio* y la *balacera* los encuentro ahora también en Lima.

En mi regreso a España (en 1964), después de casi veinte años de ausencia, me preguntó Salvador Fernández Ramírez si me había llamado la atención en Madrid el uso inmoderado del *o sea*; le confesé que no lo había notado todavía. Nuestro gran Rafael Lapesa concreta después el uso español. De aclaratorio, pasa a anunciar consecuencia: «El tema de la tesina —dice el alumno— me resulta muy difícil, o sea que querría cambiarlo»; «Me voy a Valencia, o sea que vengo a despedirme»; «Mañana es fiesta, o sea iremos a la sierra». Es posible que el mismo uso español rebase hoy ese marco. Desde hace unos cuantos años el *o sea* llega a ser casi una pesadilla en el habla de estudiantes, profesores y gente culta de Caracas. Pregunto por ejemplo dónde queda, en el centro de la ciudad, la esquina de La Gorda, y me

contestan claramente algo así: «o sea, siga derecho cuatro cuadras, o sea hasta llegar al Capitolio, dobla usted a la izquierda o sea sube usted dos cuadras más, o sea llega usted al Silencio y sigue hacia la izquierda y se encuentra usted, o sea, en la esquina de La Gorda». Ahora lo encuentro también en Buenos Aires. Una joven universitaria se dirige a su madre: «Préstame un poco de atención. O sea, que a lo mejor damos el curso de medios de comunicación, o sea, mamá, todavía no tenemos nada resuelto, o sea, qué sé yo, hasta ahora es solo una idea, o sea, ni siquiera sé si voy a participar, o sea, ni estoy segura». Últimamente, a mi llegada a este Congreso, lo encuentro también en Lima.

En uno de mis regresos a Buenos Aires (en 1961) me encontré con que llamaban *galleta* el embotellamiento del tráfico; a mí me había llamado la atención la palabra, y la había estudiado como uso venezolano. Así se lo expresé a un amigo de Buenos Aires, el cual me sostuvo con mucho aplomo que lo conocía de toda su vida, a pesar de que a un grupo de argentinos recién llegados a Caracas, en 1947, nos había sorprendido muchísimo el uso venezolano, y al principio no lo sabíamos explicar. Ahora, al regresar de nuevo a Buenos Aires, en 1974, vuelvo a encontrar personas que lo emplean, aunque no muchas. Otro recuerdo. En mi estancia en la ciudad de Quito en 1939 tuve la grata ocasión de probar por primera vez el espléndido *seviche*. Después averigüé que no es exclusivamente del Ecuador, sino sobre todo del Perú, de donde quizá se ha expandido, y también del norte de Chile. Últimamente, hace un mes, tuve la suerte de comer en Caracas, en un restorán mejicano, *seviche acapulqueño*. En Caracas se prepara hoy también en las casas de familia. Las comidas y bebidas viajan casi tanto como las personas. El *pisco* peruano está muy acreditado en Caracas, y también el *chupe*, plato de origen quechua, difundido desde el Perú por todo el sur, Bolivia, Argentina y Chile, y por el norte hasta Colombia y Venezuela. Hoy se come en Caracas un *chupe* venezolanizado: «un sabroso chupe de plátanos». También se aprecia mucho en Caracas el *guacamole* mejicano. Y se conoce la

tequila. En este capítulo de las comidas y bebidas, hay un panamericanismo más vivo que el de la OEA.

Una última sorpresa. Al llegar a Lima, para este Congreso, encuentro también el *o sea*. Pero más me llama la atención que los periódicos anuncien (por ejemplo, *El Comercio*, 12 de enero de 1975) la venta de *barbacoas* o parrillas en grandes almacenes. Es decir, la carne se asa en Lima en *barbacoa* o en *barbequiú*, que de ambos modos suele oírse. He aquí una temprana voz del Caribe antillano (documentada ya en 1518), llevada por los conquistadores a Méjico y extendida modernamente a los Estados Unidos. Desde México, y probablemente aún más desde los Estados Unidos (como indica la pronunciación *barbecue*), se ha expandido por gran parte de América y ha llegado a las puertas de nuestro Congreso. También en Caracas anuncian la venta de barbacoas: «Lleve su *barbequiú*».

Y no nos detenemos, para no engolosinarnos, en las infinitas sorpresas que depara la lectura de libros, periódicos y revistas. No resistimos si embargo, a la tentación de mencionar un caso. En las apasionantes *Memorias* de Manuel Azaña, el desdichado presidente de la República Española, nos encontramos, de pronto, con la palabra *mucama* (camarera), un africanismo muy usado en el Río de la Plata y en el Brasil.

Pero ya es hora de abandonar lo anecdótico, para abordar más seriamente nuestro tema de la nivelación léxica en el mundo hispánico. Me voy a detener, también con carácter de introducción, en un aspecto que me parece de gran importancia, la influencia niveladora del anglicismo. Claro está que «niveladora» quiere decir en este caso «relativamente niveladora». Entremos, pues, en una rápida presentación del anglicismo. Y podemos afirmar, como premisa previa, que la influencia inglesa (o norteamericana) es más poderosa y profunda, al menos en el habla corriente de la gente culta, y hasta de toda la población urbana, que la influencia indígena o la influencia africana, aunque en muchos de nuestros países, Méjico o el Perú por ejemplo, la ascendencia indígena llega a la gran mayoría de la población

(Méjico se considera a sí mismo como país mestizo) y la ascendencia africana en algunos de nuestros países alcanza también a la mayor parte de la población. Las estadísticas oficiales son por lo común engañosas, porque —como se ha dicho— entre nosotros es *blanco* el que tiene una gota de sangre blanca, en contraste con los Estados Unidos, donde es *negro* el que tiene una gota de sangre negra. En una situación intermedia se encuentra Venezuela, en la que calculamos *grosso modo*, un tercio de población de ascendencia indígena y otro tercio de ascendencia africana. Todos —decía Laureano Vallenilla Lanz— «somos café con leche; unos más leche; otros más café». También en la Argentina es muchísimo más viva la influencia inglesa que la italiana, aunque quizá más de un tercio de la población general sea de ascendencia italiana.

La influencia inglesa o norteamericana llega a todo nuestro mundo hispánico, incluyendo a España, y es indudable que alcanza hoy a medio mundo, con profundidad diversa. Conviene analizar el sentido de esa influencia. Es ante todo un anglicismo del deporte, de la técnica, de los negocios, pero se extiende a todas las esferas. Entre los deportes y juegos: el *béisbol*, el *fútbol*, el *basket*, el *bowling*, el *golf* y el *golfito* (*mini-golf*), el *boxeo*, el *hockey*, el *cricket*, el *volley-ball*, el *soft-ball*, el *ping-pong* (o *tenis de mesa*), el *badminton*, el *waterpolo*, con su terminología variada y rica, y otros más recientes: el *surf* (una especie de equilibrismo acuático sobre una tabla; de ahí *surfear*), el *motocross*, etc. Entre los bailes: el *rock-and-roll*, el *surf*, el *twist*, el *madison*, el *frog*, el *monkey*, el *jerk*. En la vestimenta, los *blue-jeans*, los *baby-dolls*, los *bloomers*, los *shorts* (o *chores*), el *bikini*, los *brassieres* y las prendas *strapless*. Nuestro mundo juvenil está muy al día, y tenemos *hippies* y la afición a los *posters*. Hay *night-clubs*, algunos con *strip-tease*. Se bebe, más que agua, *coca-cola*, *pepsi-cola* y otras *colas* y *colitas*, y también *green spot*, *orange* o *seven-up*. Se comen *corn-flakes*, *chihuís* (o *chogüís*) y *crispis* diversos. Una muchacha se acicala para parecer muy *sexy* (también hay prendas *unisex*; el *sex appeal* es mucho más viejo); y el escritor tiene la esperanza de que su último libro sea un *best-seller*.

En general, se puede hablar al menos de dos clases de anglicismos y de seudoanglicismos: en primer lugar, los que han entrado por vía oral, y que se pronuncian más o menos a la inglesa, con relativa hispanización: *establishment*, *estándar* (adoptado así por la Academia), *esplín*, *esmokin*, *esnob*, *estriptís*, *estop*, *esport* (contra él se ha restablecido la vieja voz *deporte*, pero se conserva en *camisa de sport*, *saco de sport*, y en Buenos Aires hay una revista llamada *Sport* (en Caracas otra, *Sport Gráfica*) y una serie de clubes con el nombre de *Sportivo* Barracas, etc.), *estand*, *eslogan*, *esmog*, etc. (mayor adaptación presentan voces como picón, coctel o misil). En segundo lugar, los que han entrado por vía visual, que se escriben por lo común a la manera inglesa y se pronuncian de maneras variadísimas. Y en esto hay una clara antítesis entre toda Hispanoamérica y España. Por ejemplo, un venezolano culto (muchísimos venezolanos conocen el inglés bastante bien) pronuncia a la inglesa *show*; pero la pronunciación popular más frecuente es *chow* o *cho*; el argentino aficionado al fútbol dice *shotear* y *shoteador*, el español *chutar* (y lo usa figuradamente: ¡*Va que chuta*!), una conocida marca de automóvil se pronuncia en Caracas, según el grado de cultura lingüística del hablante, *doǰ* (representa la pronunciación de la propaganda por televisión o radio), *doǰe* o *doch*. El hablante argentino pronuncia habitualmente *doye* (con su *y* fricativa o africada, a veces ensordecida); los choferes caraqueños o los de Buenos Aires se ríen del español culto que pronuncia impertérritamente *doje*. También choca el uso español de *jersey* (del inglés *jersey*), que alterna a veces con *suéter*, la forma preferida en Venezuela y la Argentina, que lo diferencian a veces de *pulóver*. Lo mismo pasa hasta cierto punto con la influencia francesa: por ejemplo, la gente culta de Buenos Aires sigue pronunciando *garaž*, con la *ž* rioplatense de *yo*. España, que ha sido reacia hasta hace poco a esta palabra (usaba empecinadamente la *cochera*), adoptó, por fin, el *garaje*, como casi todo el mundo hispánico, aunque en Buenos Aires se hace hoy una distinción entre *garage* y *cochera*.

Hay, en tercer lugar, un anglicismo disimulado, no siempre reconocible, en el traducido o calcado, que se da en casi toda Hispa-

noamérica, y también, aunque quizás con menos profundidad, en España: *la fuente de soda* (*soda fountain*), *los perros calientes* (*hotdogs*), *la pluma fuente* (*fountain pen*), *los zapatos de patente* (*patent-leather*), *el aire acondicionado* (*air conditioned*), *las radio patrullas* (*radio patrol cars*, en Buenos Aires *patrulleros*), *las Fuerzas Armadas* (*Armed Forces*, y hasta tenemos Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, las guerrillas revolucionarias de varios países) o *las Fuerzas Aéreas* (*Air Forces*), *los ejecutivos* (*the executives*; el mundo tiende a dividirse entre ejecutivos y ejecutados —decía Mariano Picón Salas—, *las comiquitas* o *tiras cómicas* (inglés *comics*), *el limpiaparabrisas* (*windscreenwiper*), *los rascacielos* (*skyscrapers*), *los platillos voladores* (*flying saucers*), *los drogadictos* (*drug addicts*), *el agua tónica* (*tonic water*), *la luna de miel* (*honeymoon*), *los automercados*, *supermercados*, *autopistas* y *cafeterías*. Howard Stone, en la *Revista de Filología Española*, XLI, de 1957, registra además *estación de servicio* (*service station*), *dibujos animados* (*animated cartoons*) y *teléfono de larga distancia* (*long distance telephone*). Günther Haensch, en un estudio reciente[10], agrega los siguientes: *concreto* (inglés *concrete = hormigón armado*), *planta eléctrica* (de *electric plant*), *ciencia ficción* (de *Science-fiction*), *congelación de créditos* o *de precios* (*freezing of credits*), *promoción de ventas* (*sales promotion*), *índice de precios* (*price-index*), *mayoría silenciosa* (*silent majority*), *estar en forma* (*to be in good form*), *dar la luz verde* (*to give the green light*), *poner en contacto* (*to bring into contact*; «lo pondré en contacto con mi secretaria», que todavía al español —dice Rafael Lapesa— le suena a acto celestinesco), y las *conferencias a nivel de embajadores* (*Ambassador level conference*) o *en la cumbre*. A la *Cortina de hierro* (*Iron Curtain*, popularizada por Chur-

10. Ha tenido la generosidad de enviarnos los originales. No sabemos si se ha publicado ese importante trabajo.

* Ha sido publicado bajo el título: «La penetración de anglicismos en el español peninsular y americano», *Boletín de la Asociación Cultural Humboldt*, N° 11-12, Caracas, 1976.

chill en 1946), y *la guerra fría* (*cold war*), ha sucedido desde 1966 *la escalada* (*to escalate*), aplicada a la intervención armada de los Estados Unidos en Viet-Nam, con el sentido de intensificación, progresión o avance (especie de guerra sin declaración de guerra), que se extiende paulatinamente a otras esferas. Seguramente se podrían acumular muchísimos más ejemplos, generales en casi todo el mundo hispánico, algunos de ellos ya impuestos en la lengua. Y muchos otros (como *el trébol* o *el hombrillo* de las autopistas) que hemos estudiado en Venezuela, en otra ocasión. Cada país tiene los suyos.

Este tema del anglicismo en Hispanoamérica es en realidad inagotable; su amplitud es indudablemente mayor allí donde el inglés americano es lengua de super-estrato (suroeste de los Estados Unidos, las regiones que hasta 1848 fueron mejicanas) o donde es adstrato (Puerto Rico, Panamá, etc.). Venezuela ocupa una posición intermedia, y vamos a destacarla.

La gente de la *jai* (la *high-life*) procura siempre estar *in* (antes se aspiraba a ser *chic*, del francés): «Fulanita se cree que está *in*, pero realmente está *out*». Y hay una serie de cosas o actitudes o hábitos que se consideran *out*, es decir, de bajo tono social.

La jerga del béisbol, el más popular de los deportes en Venezuela, ha dado una rica terminología incorporada al habla general. *Hit*, *jonrón* (*home-run*), *fao* (*foul*), *ponchar* (*to punch*), *estray* o *estrocar* (*to strike*), *quechar* (*to catch*), *pichar* (*to pitch*), *batear* (*to bat*) o *jom* han dado una rica fraseología de valor figurado, de las distintas alternativas del juego: «Su discurso fue un *hit*» (con *h* aspirada). «Con ese reportaje pegó un *jonrón*», «La pregunta me cogió fuera de base». «El nuevo director resultó un *fao*», «Lo *poncharon* en el concurso» o «Le dieron un *ponche* de tres yemas». «A mí no me pasa ese *estray*», «Lo *estrocaron* de la Universidad» (= lo *descamburaron* o desenchufaron), «A ese no le *quechas* tú ni un palo de *ron*», «Es un tronco de *quécher*», «*Píchame* un palito», «¡Chica, qué bien estás *bateando*!» (en la esgrima amorosa), «Fulano pasó a *jom*» (se murió). Antes de la era de la minifalda hemos tenido en Venezuela la gran época del picón (de *pick-up*). Y el auge

de la *pimienta* y del *pimientoso*: «Estás derrochando pimienta», «Has estado pimientosísima». Cosa análoga pasa con otros juegos: «Estoy *grogui*» (del boxeo; parece hoy más o menos universal), *gol* y *chutear* o *chutar* tienen amplias acepciones figuradas, lo mismo que *record*, *ring*, *handicap*, *match*, *manager*, etc. Hay que tener en cuenta la importancia creciente del deporte, y su crónica periodística y televisada, en la vida moderna.

Con esto nos hemos limitado a una leve presentación del anglicismo sobre todo en Venezuela. Si nos detuviéramos en todos los países hispanoamericanos, la materia sería inacabable. Dejamos para después el tentador capítulo del anglicismo en España. Tampoco vamos a agotar aquí el tema del anglicismo en Venezuela. Pero quizá valga la pena enumerar, además de los ya mencionados, algunos que hablan por sí mismos: *chequeo* (y *chequear*), *full* (en las bombas *de gasolina* o estaciones de servicio, no le entienden a uno si dice *lleno*; además, en hoteles, y en la expresión *full-time*), *flash*, *gong*, *ring*, *jeep*, *jet*, *clip*, *tic*, *stop* (en las comunicaciones cable gráficas), *stencil*, *shock* (*electro-shock*), *beefsteak*, *roast-beef*, *survey*, *nylon*, *okey*, *week-end*, *hobby*, *hall*, *lobby*, *stand*, *set*, *hippy*, *boom*, *gang*, *jazz*, *sprint*, *poster*, *cash*, *sidecar*, *lunch*, *bluff*, *doping* (y otras formaciones en *-ing*), *raid*, etc. En general, cada anglicismo tiende a formar su familia léxica: *gol-golear-goleador-goleada*, *nocaut-noquear*, *flirt-flirtear-flirteo* (se ha incorporado al argot de los delincuentes), *box-boxeo-boxear-boxeador*, *lunch-lunchear-lunchería*, *chek-chequear-chequeo*, y hasta el ¡*by by*!, o simplemente ¡*by*!, de despedida.

Entre ellos hay que incluir una parte de los que llamamos «falsos amigos». Dice una señora a otra: «Yo no había realizado que me lo decía con mala intención». Y una amiga me aconseja: «¡Relájese usted!», lo cual no deja de preocuparme. Es muy frecuente: «Fulano está supuesto a ser el futuro Ministro de Educación». Además, una serie de usos metafóricos, que se han incorporado a la lengua común. Por ejemplo, *estelar* (*un rol estelar*, *una actuación estelar*, etc.), y sustantivos como *estrella* o *astro* («Fulanita fue *la estrella* de la fiesta»; «Les

presentamos *el astro* de la canción»). El triunfo de *tráfico* con el valor de «tránsito» (ya lo ha adoptado la Academia), se debe a influencia del inglés. El uso, hoy impuesto, de *introductor de embajadores*, *introducir a alguien en buena sociedad*, etc., se debe al *to introduce* del inglés de los Estados Unidos.

El anglicismo se extiende, de modo a veces espectacular, al habla corriente. Por ejemplo, al dar la hora del día: «un cuarto para las diez» (= las diez menos cuarto; también encontramos el *cuarto para las diez* en el Perú), «veinte para las doce» (= las doce menos veinte). Y sobre todo a la sintaxis de los títulos de la información periodística, siempre ansiosa de presentación sensacionalista: «Porque le mentó la madre, le atravesó el corazón de una puñalada». La materia es realmente inagotable. Además, en los frecuentes nombres de hoteles, establecimientos e instituciones: «Playa Grande Yachting Club», etc. Y expresiones hechas como «Deme un *whisky-on-the-rocks*», «Esa es la *american way of life*», «Ha caído en el tradicional *happy end*», «Es un *self-made man*». Al inglés de Toynbee se debe hoy el frecuente uso figurado de *reto* y *respuesta*, por lo demás muy significativos.

Claro que ha habido campeones denodados de la lucha contra el anglicismo en Hispanoamérica y en España. No han faltado, como es natural, quienes han creído que los anglicismos representan una forma más o menos solapada de colonialismo. Dejando de lado cierto anglicismo de la cursilería, de la precipitación o de la pereza mental, nos parece evidente que el anglicismo representa una necesidad inevitable de la vida moderna, que responde a la evolución de la técnica y a la existencia de nuevos bienes de consumo y de nuevas formas de relación social. ¿Quién podría prescindir hoy de voces como *trust*, *cártel*, *boicot*, *lock-out*, *test*, *jeep*, *nylon*, etc.? Martinet, en sus *Elementos de lingüística general* (§ 6.2), lo señalaba claramente: «La evolución de una lengua depende de la evolución de las necesidades comunicativas del grupo. Y esas necesidades están en relación con la evolución intelectual, social y económica. El hecho es evidente en el desarrollo del léxico. Nuevos bienes de consumo traen nuevas designaciones; la

división del trabajo, nuevas funciones; y nuevas técnicas traen términos nuevos, hacen olvidar los viejos».

Esa lucha anti-anglicista nos parece en general pueril, y nos recuerda demasiado la ineficacia de la vieja lucha anti-galicista. Pienso, por ejemplo, en las *Exequias de la lengua castellana* de Forner (ante la invasión anglicista en España, Salvador de Madariaga publicó, en el *ABC* de Madrid, en enero de 1970, un par de artículos titulados precisamente: «El castellano en peligro de muerte»), y en centenares de volúmenes y millares de artículos contra el peligro de los «barbarismos», designación que evocaba inevitablemente algo bárbaro o salvaje, cuando en realidad representaba precisamente todo lo contrario. Esa influencia galicista incorporó a nuestra lengua un millar de términos vivos, y la puso en gran parte al día. La experiencia debiera valernos para apreciar, sin exageraciones, la influencia actual del inglés. Representa el triunfo de la tecnología y del consumismo en escala internacional, con sus ventajas y sus inconvenientes.

Con todo respeto por las opiniones adversas, la influencia anglicista nos parece, además de inevitable, realmente positiva, por varias razones, además de las apuntadas por Martinet.

En primer lugar, el anglicismo, como en general todo extranjerismo, tiene, desde un punto de vista lingüístico, una ventaja: destaca el carácter puramente arbitrario del signo lingüístico y le da cierto valor unívoco. Un galicismo como *chofer* (del francés *chauffeur*) quizá hubiera podido traducirse como *fogonero*, pero se habría creado una ambigüedad, pues *fogonero* tiene una arbitrariedad relativa (por su asociación con fuego); en cambio *chofer* entró como forma puramente arbitraria, y hoy se ha desarrollado una clara distinción, sin duda positiva, entre el *chofer* profesional y el *conductor* de su automóvil privado. El anglicismo *estándar* (del inglés *standard*) tiene para nosotros la ventaja de que no presenta ninguna relación con *estar* o *estado* (es decir, carece de toda asociación seudoetimológica) y no presenta polisemia; en cambio, cualquier palabra que lo traduzca al castellano (*nivel de vida*, *norma*, etc.), ofrece una rica gama de significaciones co-

nexas. Claro que esta afirmación nuestra no tiene carácter absoluto, porque aun el extranjerismo incorporado a la lengua se llena, como cualquier voz patrimonial, de significaciones múltiples que no tenía en el momento de su incorporación. Además, el extranjerismo no está exento en forma absoluta de ambigüedad. Por ejemplo, cuando hablamos de *fútbol*, que hemos tomado del inglés británico, pensamos en un juego elegante y espectacular, prácticamente universalizado, que no debe confundirse nunca con el salvaje y feroz *football* norteamericano, que designa al *rugby*.

En segundo lugar, y nos parece lo más importante, el anglicismo, como todo extranjerismo, tiene cierto carácter universalista, lo cual responde enteramente al sentido de nuestra época. Es sin duda importante destacar a este respecto que el inglés nos ha traído además una gran cantidad de voces que no son exclusivamente anglosajonas. Así, por ejemplo:

1. VOCES GRIEGAS como *simposio* (de *symposion*, festín o banquete, que evoca en seguida el *simposio* platónico); *sofisticado* (inglés *sophisticated*), con el valor de «refinado», «original», «estilizado», «artificial»; *sicodélico* (inglés *psychodelic*; del griego δηλος «claro», «evidente», «visible», quizá partiendo de drogas sicodélicas, extendido después a otras esferas) y una serie de formas como *autodeterminación*, *automatización*, *autocontrol*, *autodominio*, *autoservicio*, *automercado*, *autopista*, *autocar* (el prefijo griego *auto-* traduce el inglés *self*), *técnica*, *tecnología*, *tecnócrata*, *tecnocracia*, *cibernética*, etc. Sin contar infinitos tecnicismos formados con voces griegas, del tipo de *teléfono*, *semáforo*, etc.

2. VOCES LATINAS como *discriminación* (discriminación racial, discriminación aduanera, etc.); *polución* (que casi ha perdido su vieja significación sexual para designar la peligrosa contaminación de la atmósfera o del agua); *obsoleto* (que era voz prácticamente obsoleta y ha renacido últimamente gracias al inglés); *estadio* (del latín *stadium*, que procede a su vez del griego); *status*, *memorizar* (del inglés *to memorize*) y los numerosos compuestos en *super-*: *supermercado*, *supershow*, *gasolina súper*, *superman*, etc.; y algunos compuestos en *mini-* o *maxi-*,

sobre todo *minifalda* (inglés *miniskirt*) y a veces *maxifalda* (también es de origen inglés el moderno *minimizar*, inglés *minimize*). Además las abreviaturas *a.m.* y *p.m.* (*ante meridiem* y *post meridiem*). En rigor, una inmensa cantidad de los anglicismos se remontan en última instancia al latín (entre ellos *stablishment*, *habitat*, etc.); también el *video* o *video-tape*, y el *audio*, de la televisión; algunos términos de la educación, como *curriculum* (programas o plan de estudios; hispanizados frecuentemente, en la forma *currículo*; con su adjetivo *curricular*); el *campus universitario*, el *magíster* (lo encontramos además en el Perú: «*magíster* en administración»; traduce frecuentemente el título inglés de *master*). Howard Stone, obra citada, p. 147, sostiene que han entrado por la vía del inglés los latinismos *términus*, *alma máter* y *aquarium*. Sin duda se puede agregar *presidium*, y sobre todo *emergencia* («leyes de emergencia»). Más viejo, y viene sin duda de la jurisprudencia inglesa, es el *habeas corpus*.

3. Voces de origen francés: *chance* (oportunidad, ocasión: «Profesor, déme un chance», o «un chancecito»; la voz ya existía en español, como galicismo, en la forma femenina, con el valor de «suerte»); *control* y *autocontrol* (dominio, autoridad, hegemonía; *control*, muy combatido, ya existía como galicismo con el valor de «fiscalización» o «revisión», y también controlar); *cassette* (de las modernas grabaciones magnetofónicas); *póker* (es posible, sin embargo, que se generalizara directamente desde el francés); *apache* (de los indios apaches; penetró en el francés desde los Estados Unidos, pero su éxito internacional se debe sin duda a Francia); *chucrut* (del francés *choucroute*, una adaptación del alemán *Sauercraut*); etc. Howard Stone, 1. c., dice que varios anglicismos revelan una ciudadanía secundaria francesa, entre ellos *bloc*, *paquebote*, *bebé*, *comité*, *rallye*, *biftec*, *redingote*, *confort*, *esplín*, *bauprés*, *sidecar*, *autocar*; en cambio dice que son de origen francés, y se tomaron por intermedio del inglés, *plato*, *turista*, *convoy*.

4. Voces italianas como *sorgo*, convertido hoy, en casi todo el mundo, en un importantísimo producto para la alimentación animal (inglés *sorghum* o *sorgum*, en 1597; la planta es originaria de la India;

el castellano lo llamaba antes *zahína*, voz que parece hoy prácticamente desconocida).

5. VOCES DE ORIGEN alemán: *hamburguesas*, *delicatesses*, *semestre*, *seminario* (del sistema educativo), y *kindergarten* o *kinder* (con su derivado *kindergarterina*), *arbolito de Navidad* (inglés *Christmas tree*), *Hinterland*, y, al parecer, también *dril* (inglés *drill*, alemán *drillich*, tela tejida con tres lizos); etc.

6. VOCES HOLANDESAS: *boss* (jefe; también el político intrigante, electorero y mediocre); *yankee* (generalizado como designación despectiva del norteamericano); *Santa Claus* (documentado ya en 1773 en inglés; de *Sant Nikolaas*; lo general hoy es *San Nicolás*); etc.

7. VOCES DE ORIGEN ESCANDINAVO (danés o noruego): *esquí* (y de ahí *esquiar*, *esquiador*); *crol* (inglés *crawl*, del noruego).

8. VOCES DE ORIGEN FINLANDÉS: *sauna*, que ha tenido éxito mundial y ha desplazado en gran parte a los viejos y peligrosos baños turcos.

9. VOCES DE ORIGEN TURCO: *yogur* (del turco *yoghurt*, adoptado por el inglés en 1625); en cambio, *caviar*, del turco *khāvyār*, llegó del español en el siglo XVI desde el italiano, y en el siglo XIX desde el francés o el inglés.

10. VOCES DE LA INDIA (la mayoría de ellas del hindú): *pijama* (como se prefiere en España) o *piyama* (como en casi toda Hispanoamérica; entró en inglés en la forma *pajamas*, hoy *pyjamas*); *culí* (en inglés *coolie*, de origen indostánico); en gran parte del Oriente, India, China, etc., donde designa al trabajador o criado indígena; en todo el Caribe es voz de gran importancia, por la enorme cantidad de *culíes* importados al suprimirse la esclavitud del africano; *jungla* (en inglés *jungle*, del hindi *jangl* «bosque»); *caqui* (del indostánico *khaki*, «de color de polvo»; se usó inicialmente como tela para uniformes militares en la India); *bambú* (del marathi y gujaratí, lenguas de la India); *yoga* (en inglés desde 1820; muy difundido en el mundo moderno desde los Estados Unidos, sobre todo como práctica o método de desarrollo sicofísico); *gurú* (en la India es un maestro espiritual o jefe de una secta; en inglés desde 1613; hoy se usa el *gran gurú* para designar al sumo

sacerdote de una secta o de un partido, sobre todo satíricamente); *curri* (quizá del Tamil de la India o de Ceilán; incorporado al inglés en 1598 y generalizado recientemente al español como designación de un tipo de salsa oriental); *bungalow* (del hindi *bangla* «perteneciente a Bengala», adoptado por el inglés ya en la forma *bungalow* en 1676, para designar una construcción ligera de tipo colonial; ha penetrado al castellano en las últimas generaciones); *veranda* (en inglés *verandah* en 1711; es muy posible, como cree Corominas, que la forma de sánscrito proceda del portugués *baranda*; de todos modos, las formas modernas de *veranda* vienen de la India y ya no se sienten emparentadas con el español *baranda*); *zebú*, de la India y más concretamente del Tibet (se conoció en Europa por la exposición de París de 1752; la difusión moderna se debe sin duda a Inglaterra).

11. VOCES DE AUSTRALIA: *canguro* (inglés antiguo *kangooroo*, hoy *kangaroo*; de una lengua indígena de Australia); *bumerán* (del australiano *boum-rangh*, que penetró en inglés en la forma *boomerang*, en 1827).

12. VOCES DEL MANCHÚ: como *soja* o *soya* (según venga por vía oral o escrita; se le ha atribuido también origen japonés o chino; últimamente designa un cultivo de importancia extraordinaria por su gran riqueza proteínica; se le asigna enorme valor como forraje, y aun como alimento humano).

13. VOCES DEL JAPONÉS: *judo* o *yudo* (antiguo sistema de lucha japonés, de defensa sin armas; se considera la forma moderna del famoso *yuyitsu*; al parecer, *yudo* está formado sobre el japonés *yu* «blando» y *do* «modo»; en la recepción al presidente Ford, en Tokio, se hizo una gran exhibición de *judo*, según *El Universal* del 24 de noviembre de 1974; en inglés *juudos*); de ahí, además, *judokas*: «*judokas* de doce países americanos inauguran el martes el II Campeonato Iberoamericano de *judo*» (*El Universal*, Caracas, 30 de noviembre de 1974); *karate* o *kárate*, según las regiones (significa «mano desnuda» porque el arma fundamental es la mano, y también el pie; ha tenido enorme difusión en los últimos tiempos); *biombo*, aunque esta voz llegó al español desde el portugués, que la conoció ya desde el siglo

XVI, lo mismo que *bonzo*, que se encuentra en portugués desde 1545; *soja* o *soya* (ya lo hemos visto más arriba como voz manchú); *samurái*. Y el *yen*, la moneda japonesa que tanta importancia tiene hoy en la economía del mundo.

14. VOCES DE ORIGEN CHINO: *Kung-Fu* (forma de lucha que tiene hoy gran auge; según nos dicen, significa dominio del cuerpo por la mente). Se deben a traducciones del chino varias expresiones, entre ellas *lavado de cerebros* (inglés *brain-wash*, que se remonta a la Guerra de Corea) y *tigres de papel* (usado por Mao Tse Tung al referirse a las fuerzas del imperialismo, según él, más aparentes que reales). También, un dicho sentencioso muy usado en los Estados Unidos y un poco crudo: «No tickee, no shirtee», que parece corresponder al venezolano «si no hay leal, no hay lopa», es decir, remedando humorísticamente la pronunciación china, «si no hay real, no hay ropa». Es de origen chino el *Zen* (*budismo zen* o *filosofía zen*), que es posible que se haya difundido desde el Japón (la voz se remonta, al parecer, al sánscrito). Desde luego se remonta al chino *maoísmo* o *maoísta*, del nombre de Mao Tse Tung.

15. VOCES DE ORIGEN MALAYO-POLINÉSICO: Solo hemos encontrado *gong*, instrumento musical de percusión (en malayo *agong* o *gong*); *tabú* (de *tábu*, «prohibido» en la lengua del archipiélago de Tonga, en Polinesia; vocablo introducido en inglés por Cook, en 1785; hoy general en la terminología antropológica).

16. VOCES AFRICANAS: *safari* (expedición de caza en África Oriental y Central; la voz ha pasado al inglés en 1892, del swahili, pueblo bantú, y parece de origen árabe); *bodú* (del dahomey *vodu*, incorporado al inglés en la forma *voodoo* desde 1880, como práctica supersticiosa de los negros de los Estados Unidos y de las Antillas; no es imposible que se haya generalizado también desde Haití; en criollo haitiano *voudou*).

17. Hay además, entre los anglicismos, voces de muchas otras lenguas, y aun de las lenguas indígenas de América: *chicle* (voz mejicana, documentada tempranamente en el siglo XVI y universalizada modernamente por la industria norteamericana; en 1751 aparece en

el *Diario* de Jorge Washington); *mocasines* (voz algonquina de los indios de Nueva Inglaterra, documentada desde 1612); *tobogán* (desde el francés canadiense llegó al inglés colonial en 1829); *tótem* (muy empleado en la terminología antropológica; documentado en inglés desde 1609, de donde *totemismo*, ya en 1791). Se podrían agregar aquí algunas voces mejicanas expandidas por el inglés, como *marihuana* (de Mari Juana), y *pachuco* (de El Paso, en la frontera entre Méjico y los Estados Unidos).

Hay que tener además en cuenta que los anglicismos que hemos señalado son en general comunes a todo el mundo hispánico, y casi podría decirse que generales a casi todo el mundo. Creo, como principio general, que cuando una voz sale de la lengua hogareña es muy probable que dé la vuelta al mundo. Ya ha señalado Günther Haensch que la invasión masiva de anglicismos afecta hoy a todos los países del mundo occidental y aun al Japón. La mayoría de los anglicismos del mundo hispánico los encontró también en francés, alemán, italiano, sueco, holandés, etc. Y afirma que en las páginas de *L'Humanité*, el periódico del Partido Comunista de Francia, aparecen tantos anglicismos como en cualquier otro periódico francés. En Alemania se ha publicado en 1972 un Diccionario de unas tres mil expresiones inglesas y norteamericanas incorporadas a la lengua.

Ya veremos después el anglicismo en España. Con ello daremos por terminado el análisis de la función niveladora del anglicismo en el mundo hispánico. Queda por estudiar la interrelación actual entre los diversos países, estudio tentador, de enorme importancia para nosotros.

Claro que no lo podemos abordar en su inmensa amplitud dentro del marco de una ponencia. Por esa razón, vamos a tomar como centro de convergencia el español de Venezuela, y trataremos de ver cómo actúan sobre él los dos polos opuestos del mundo hispanoamericano: México, desde el norte; la Argentina, desde el sur. Por último nos detendremos en el papel del castellano peninsular dentro del gran proceso de nivelación hispánica.

1. Influencia mexicana en el léxico venezolano

Dejamos de lado, para abreviar, una enorme cantidad de mejicanismos generalizados en Venezuela en los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX. En primer lugar, los que llegaron con el español general: *cacao*, *chocolate*, *jícara*, *tomate*, *aguacate*, *petaca*, *petate*, *achote* o *achiote*, *tamal* (en zonas rurales de Venezuela conservado como *tamare*). En segundo lugar, los que penetraron en los siglos XVII y XVIII, posiblemente junto con los pesos de plata acuñados en Méjico, a cambio del preciado cacao venezolano. Fue época de activo comercio entre el Virreinato de la Nueva España y la Capitanía General de Caracas. Ya en la *Insurrección* de Juan Francisco de León (1749-1752) figuran varios mejicanos de los valles de Aragua, muy allegados al jefe de la insurrección. De toda esta época procede una serie muy grande de mejicanismos:

Quizá el primero de ellos fuera el *maíz de yucatán* o *yucatán* (había un *yucatán* amarillo y un *yucatán* blanco), y también la *pulpería*, que se generalizó por toda América (creemos haber demostrado que es una temprana metamorfosis de la *pulquería* mejicana, hoy muy venida a menos). Además, *jacal* (cobertizo, rancho, cabaña), *nopal* (el cardo que da la tuna), *nahual* (una especie de reencarnación del yo), *mechoacán* (una hierba purgante), *zacate* (*zacate de elefante*, una gramínea forrajera), la famosa *jalapa* (incorporada a la farmacopea internacional), *copal* (entre boticarios, ebanistas y carpinteros, el nombre de un barniz), la *chayota* (importante en nuestra alimentación; se aplica también al hombre insípido y a la mujer ordinaria o mal vestida), el *pazote* o *epazote* (comestible y medicinal), el *atol* o *atole* (mazamorra o atole), el *sinsonte* (nombre muy fugaz, documentado en 1764, y sustituido después por *gonzalito*), el *huacal* o *guacal* (armazón o enrejado en forma de caja o cajón para transportar fruta, loza, gallos de lidia, etc.; en 1756, se trajeron de Veracruz 148 huacales de loza, y una información del 29 de diciembre de 1959 dice que frente al puerto de la Guaira están detenidos en un barco 40.000 huacales

de papas), el *zapote* (= mamey colorado o *zapote mamey* de nuestra región andina), la *jíquima* (una planta herbácea), el *jaico* (= *yerba sagrada* en los Andes). Dentro de esta serie de voces cabe incluir *tacamahaca* o *tacamajaca* (una resina muy usada en medicina popular, que llegó a ser artículo de exportación de Venezuela a España, y a las Islas Canarias; la voz se incorporó en España al uso de Lope de Vega, Quevedo, Moreto, *La Pícara Justina*, etc.). En Venezuela adquirió amplio uso figurado, para designar lo insuperable, el non-plus-ultra: «Los andinos son la *tacamahaca* de Venezuela». Y sobre todo la expresión, tan popular: «Fulano es la *tacamahaca* de ño Leandro» (es decir tiene un carácter que no se doblega ante nada ni ante nadie) a la que se le atribuye una rica historia anecdótica, con variantes pintorescas.

Las comunicaciones se prolongaron en el siglo XIX, y quizá de esta época date otra serie de mejicanismos, de vida más popular (prescindiendo de *galpón*, que quizá sea más viejo y que no nos parece de origen mejicano indudable). Anotamos los siguientes:

Majunche, una de las voces más típicas del habla popular. Al parecer se aplicó primero al tabaco o cigarrillo barato, de calidad inferior, y por extensión a todo lo malo, y a personas mal vestidas o de malas costumbres («La fiesta fue muy *majunche*», «La comida estuvo bien *majunche*», «Esa compañía de teatro es *majunchona*», «El colegio es *majunche*», «Ese tercio es muy *majunche*»). Se remonta al mejicano *macuache*, que tiene los mismos valores, claro que a través de una serie de variantes intermedias.

Vale o *valezón*, el tratamiento amistoso más general en Venezuela («¡mira, *vale*!» «¡vea, mi *vale*!», «¡cónchale, *valezón*!», «El ministro y yo somos *vales* corridos», «no me digas eso, *valecito*»), del mejicano *valedor* o *vale*, de los juegos de azar, o de los garitos, documentado desde el Periquillo Sarniento.

Tiza, un mejicanismo incorporado a la lengua general, aunque hoy en México se usa *giz*; en Venezuela es un mejicanismo tardío, que no encontramos antes del siglo XX.

Mecate (cuerda gruesa), de la terminología marítima; a pesar de ser voz de la primera hora, no lo encontramos en Venezuela hasta 1854.

Pelar el ojo y la exclamación *¡ojo pelado!*, un mejicanismo procedente del inglés de los Estados Unidos: *Keep your eye peeled* (o *your eyes*).

Papelote «la cometa», del náhuatl *papalote* «mariposa», con influencia de *papel*. Lo más general en Venezuela es *papagayo*. Se usa en Falcón y se ha extendido además por las Antillas, Guatemala y parte de América Central.

¿Qué hubo? Me parece probable que proceda de México. Llega hasta New México y Texas, y se expande al parecer a través de toda la costa del Pacífico, El Salvador, Panamá, Colombia, Ecuador, Chile y además Cuba. También la forma *¿quiúbole?* El centro de expansión y la forma se ha sobrepuesto a un patrimonial *¿qué hay?*...

Joropo. Probablemente en el siglo XVIII llegó a Venezuela el jarabe mejicano o tapatío. De jarabe, a través de su equivalente *jarope*, se formó sin duda *jaropear* o *joropear*, escobillar o zapatear el *jarabe*. Es hoy el baile nacional de Venezuela.

Campechano. Desde el siglo XIX se está aplicando a las cosas (ciruela *campechana*, butacas de *campeche* o *campechanas*, casa *campechana*) y luego a las personas (hombre *campechano*, muchacha *campechana*). La *campechanía* se ha convertido en virtud hispánica general.

Sin duda hay muchos otros. Pero los anteriores los he mencionado solo como amplio telón de fondo. Porque me interesa detenerme hoy solo en los usos mejicanos introducidos en el siglo XX, es decir, después de los vaticinios de Cuervo.

Voces mejicanas usadas en el último tiempo en Venezuela

La nueva influencia mejicana en Venezuela se debe a los siguientes factores:

1. El prestigio de su Revolución, de la nacionalización petrolera y de su gran papel acogedor de la emigración española republicana y de las repetidas oleadas de emigrados latinoamericanos.

2. La atracción de México como país turístico, con su notable fusión de las tres culturas (la indígena, la colonial, la moderna) y su seductora artesanía popular.

3. La expansión de su cine, tan popular, y de su cancionero.

4. Su reciente política de acercamiento y de integración de los países latinoamericanos.

Me ha llamado la atención, como hecho nuevo, el surgimiento en Caracas, en los últimos veinte años, de por lo menos cinco restoranes mejicanos con comidas típicas, orquestas originales y hasta espectáculos variados. Uno de ellos se llama «México Lindo». Además, una galería de arte que tiene por nombre: «¡Viva México!» Allí exponen grabadores mejicanos, un pintor cubano, un surrealista chileno, y se pueden ver restos de la cultura otomí, cerámicas y dibujos. Una de las últimas exposiciones estuvo dedicada a «la trágica vivencia de la Argentina». Por otra parte hay también en Caracas una serie de «boutiques» de artículos mejicanos.

Volvamos a nuestra visión anecdótica. Ya señalábamos la sorpresa de encontrar en Caracas *balaceras*, *campeonas de natación* y *plagiarios* (secuestradores; *balaceras* y *plagiarios* hay también hoy en el Perú). Otra sorpresa mía. En una noche del reciente octubre, asistí a una boda de familia. De pronto apareció un conjunto de *mariachis* (auténticos y falsificados), con su vestimenta característica y sus canciones típicas. En seguida se organizó un baile, cosa que no es habitual en los casamientos de Caracas. La verdad es que los *mariachis* están teniendo gran acogida en todas partes. Otra sorpresa. El periódico de la mañana anuncia de pronto la exposición de una pintora chilena que exhibe óleos y *amates*. La verdad es que los *amates* mejicanos, con el encanto de sus colores y figuras, se encuentran hoy en muchísimas casas de Caracas. México y Venezuela tienen además en común la entusiasta afición al toreo, con sus verónicas y su terminología tradicional. Toreros mejicanos y venezolanos han triunfado hasta en las plazas españolas. Esa terminología tiene frecuente aplicación figurada: «En esa conferencia cortó usted oreja y rabo».

La vía regia de penetración de mejicanismos en el último tiempo ha sido el cine mejicano, que con Cantinflas tuvo un éxito extraordinario, hasta el punto de que *cantinflismo* y *cantinflérico* designan un estilo de hablar y de escribir. Más popularidad tienen otras expresiones que se han extendido por casi todo el país:

Cuate: como tratamiento llegó hasta la Guayana Venezolana: «¿Qué hubo mi *cuate*?». Se remonta a la película *Allá en el rancho grande*, introducida hacia 1938.

Chamaco: se usa bastante: «Tengo un *chamaco*», «tengo un *chamaquito*». «Es un *chamaco* muy inteligente». En cambio, *chamaca* puede designar la novia o la enamorada: «Ya tengo mi *chamaca*». De *chamaco* se formó, por regresión, *chamo*, muy usual entre escolares de Caracas y del interior: designa a los niños de siete u ocho años: «Mira, *chamito*, devuélveme la pelota», «Esta *chamita* sí es necia».

Chango o *changa*: «Esta noche le llevo una serenata a mi *changa*»...

Después del cine, y unido a él, viene el seductor capítulo de la música. Empezando por la *ranchera* (= *bolero ranchero* o simplemente *ranchera*), que se oye continuamente por radio. Es la canción preferida en las rocolas del interior (1° *rancheras*; 2° canciones colombianas, porros, cumbias, etc.; 3° canciones venezolanas; joropos, etc.). Hay que tener en cuenta que en Méjico *rancho* tiene nivel más alto que en el resto de Hispanoamérica: designa una finca de relativa extensión (de ahí ha pasado a los Estados Unidos, y el presidente Johnson tenía un *ranch* en Texas, a donde iba con frecuencia a descansar). Son populares *Allá en el rancho grande* (cantado por todo el mundo), *Juan Charrasqueado* (*charrasquear* es, en Méjico, rasguear ruidosamente una guitarra, en especial con otro instrumento acompañante; también en Venezuela se toca *charrasqueado*); *Jalisco, no te rajes*, *Soy de Pénjamo*. La televisión sigue pasando películas mejicanas, siempre populares, y hasta telenovelas mejicanas, que no son peores que las venezolanas.

Hay que agregar en este punto de las canciones el *huapango*: «Voy a cantarte un *huapango*» (llega hasta Guayana). Y desde luego el éxi-

to de las *mañanitas* mejicanas, que se suelen cantar en todas las serenatas.

El cine mejicano ha dado también expresiones como «¡A volar, joven!», y sobre todo la proliferación de *macho*, *machote* o *machismo*, que ya tenía amplia tradición venezolana. *El siete machos* de Cantinflas tuvo gran acogida; se oye, por ejemplo: «es un *machito* criollo», «El *machismo* es uno de los males más graves del país». Desde luego se designa con el término de los *manitos* y las *manitas* a los mejicanos en general: «Llegaron los *manitos*» (*El Nacional*, 10 de setiembre de 1953). Y también ciertos remedos del uso mejicano: «Era *puritito* cuento», «Es la *puritita* verdad» (lo venezolano sería *puritico*); «Yo soy *mero* macho».

Ya antes de la influencia del cine, y luego en gran parte con esa influencia, se impuso en Venezuela el *rajarse*, que encontramos desde 1929: «Lo invité a una fiesta y a última hora se *rajó*». Ese *rajarse*, sobre todo con el sentido de eludir y huir de un peligro o un compromiso, se generalizó. También en España, como veremos después. Es posible que llegara a la vez de Méjico y de Cuba. En Venezuela se asoció con la conocida canción *Ay, jalisco, no te rajes*. En el último tiempo ascendió de categoría, hasta el punto de que el ex presidente Rafael Caldera hizo la siguiente declaración —no nos responsabilizamos de su acierto o desacierto—: «Si la OPEP se *rajara*, se perdería toda esperanza de redención para los pueblos del Tercer Mundo» (*El Nacional*, 3 de octubre de 1974).

Un equivalente de *rajarse* que nos ha venido también de Méjico en el último tiempo es *pintarse*, usado en el argot juvenil, y que parece generalizado por una película mejicana: «nos *pintamos*» o «cogimos el *cachachá*». Procede del lenguaje del hampa.

Y a este respecto cabe observar que hay una serie grande de mejicanismos de origen hamponil. En primer lugar, una serie de designaciones para la cárcel: *bote* y *chirona* («Meterlo a uno en *chirona*»), aunque no es difícil que este último proceda más bien de la Argentina; en Venezuela lo tenemos documentado desde *La Linterna Mágica*

del 24 de enero de 1901. Además, *jaula*, que en Méjico es «carro de la policía para transportar presos», y *sombra* («Estar a la *sombra*» o «en la *sombra*»). Carácter análogo tienen *chota* «patrulla policial» (en el hampa mejicana «delator» o «soplón») y *pasma* «agente de policía». Tenemos además *achote* (oro o prenda de oro, y también lote de prendas, o un botín valioso; en la colonia penal de El Dorado, en 1952, tenía el valor general de «joyas»); *atayos* (ojos); *tecolote* (gendarme); *baisas* (manos); *chamba* (trabajo hamponil); *tacuche* (traje). Tomamos como guía provisional la *Jerga hamponil* del Dr. Francisco Canestri, cuaderno publicado por la Escuela de la Policía Judicial, Caracas, 1965, que menciona muchos otros mejicanismos del hampa que no hemos podido comprobar. Es posible que rebase el marco hamponil el uso de *lana* (dinero) y *lanudo* (adinerado); ha pasado a Venezuela *aflojar la lana*. En Méjico parece que ha pasado al habla general, y lo encontramos con muchísima frecuencia en *La región más transparente*, de Carlos Fuentes (México, 1958).

En realidad el lenguaje hamponil, extendido a través de todas las fronteras, es uno de los nuevos factores de la actual nivelación lingüística. Ya lo veremos más detenidamente al analizar la influencia argentina. Es posible que venga también de Méjico el uso de *pelarse* en el sentido de escabullirse, huir, muy documentado por Francisco J. Santamaría en Méjico: «Mientras esté por su tierra hay peligro de que se nos *pele*». Entre nosotros es más frecuente y vieja la acepción de «equivocarse», pero también se usa «*se las peló* por esa calle». Un delincuente pregunta a otro dónde ha estado y le contesta: «Estuve tres *almanaques* en Acapulco», lo cual quiere decir que había estado tres años en prisión. Es el prestigio de la famosa ciudad balnearia de Méjico, y es claro el juego irónico.

En cierta relación con el lenguaje hamponil está el argot de los adolescentes (*pavitos*) y de los estudiantes. Procede de Méjico en primer lugar *pachuco* y sus derivados: «Se las echa de *pachuco*», «Es muy *pachuco*». Un personaje de la televisión se convirtió en los últimos años en prototipo de *pachuco*. Se puede entre nosotros llegar al col-

mo del *pachuquismo*: «Fulano es *pachulandia*». Este *pachuco* viene de la ciudad de Méjico, donde designa, o designaba, un tipo medio chulo, medio apache, que viste con elegancia extravagante. Hacia 1920 los *pachucos* eran bandas de jóvenes que a través de El Paso (de ahí viene la expresión) emigraron a los Estados Unidos y se instalaron en las ciudades del suroeste. Hoy en Texas, Arizona, California y otros estados del Suroeste llaman así a los jóvenes que visten de modo estrafalario y hablan *pachuco*, que es como el calé de los *pavitos* o adolescentes venezolanos.

No sé si cabe en este capítulo la famosa *mordida* mejicana, a la que se alude frecuentemente en la prensa, y que no es nada rara en Venezuela, aunque no con ese nombre. (En Venezuela *largar su buena mordida* es engañar.) Y no lo sé, porque esta *mordida* venezolana está documentada por lo menos desde 1851 en la *Memoria* de Núñez de Cáceres, un dominicano que llegó a Caracas en 1823, y recogió unas doscientas expresiones venezolanas para expresar el fraude, el dolo o la astucia.

Uno de los mejicanismos recientes de mayor importancia es *sisal* (*Agave Sisalana*), planta introducida clandestinamente desde Yucatán en julio de 1913 y que se da extraordinariamente bien en las tierras áridas de Venezuela (Lara, Falcón y Margarita). En 1917 había ya cuarenta hectáreas cultivadas. Hoy es importante artículo de exportación. Sus fibras se emplean en la fabricación de sacos, cordeles y mecates. *Sisal* es el nombre de un puerto del Golfo de México, de donde se exporta la fibra. Ya hacia 1843, el nombre había pasado al inglés de los Estados Unidos.

La técnica mejicana nos ha dado además el *malacate* (del náhuatl *malácatl*): una especie de cabrestante invertido, que tiene el tambor en lo alto y debajo las palancas a que se enganchan las caballerías. Se usa mucho en las minas para extraer minerales y agua. Llegó también a Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Argentina y Chile. Aparece en varias obras venezolanas, por ejemplo en *Oficina número uno* de Miguel Otero Silva («cuerdas para los *malacates*»).

Una serie de mejicanismos penetraron en Venezuela y se generalizaron a través del inglés. Ya hemos mencionado el primero y sin duda el más importante: *chicle*, hoy un mejicanismo de carácter universal. También hemos visto *pelar el ojo* y *ojo pelado*.

Otro mejicanismo que ha penetrado en el inglés y también tiene hoy carácter universal es *marihuana* (al parecer de *Mari Juana*); en México está documentado desde 1931, en una canción popular que fue grito de guerra y de combate. En Venezuela lo encontramos desde 1952.

Es nueva y es vieja la voz *coyote*. Nueva como designación del animal (del náhuatl *coyotl*), y ha entrado por las *comiquitas* o *tiras cómicas* traducidas en México, y por el folklore y la literatura. *Cabeza de coyote* se dice del cabeza dura, que no entiende las cosas. Y es voz vieja, por lo menos del siglo XVIII, como designación de una de las castas de la población. En *Castas de México*, una serie de dieciséis cuadros del Museo Nacional de México, aparece el N° 15: «De barcino y mulato, *coyote*», «De coyote e indio, *chamizo*» (también en una serie de doce cuadros de Michoacán: 5 «De mestizo y de india producen coyote»). En esa época pasó la voz a Venezuela. En 1817 el Síndico Procurador General del Ayuntamiento de Coro se hace eco de la alarma de las familias blancas y nobles: «Las familias de notoria nobleza y conocida limpieza de sangre viven azoradas aguardando el momento de ver uno de sus individuos imprevisivamente casado con un *coyote* o con un *zambo*».

Claro que no agotaremos la materia ni mucho menos. Nos limitaremos ahora a dar una lista de voces mejicanas aclimatadas en Venezuela:

Caer gordo: «fulano *me cae gordo*» (antipático). Me cuentan que lo trajeron a Caracas los emigrados venezolanos que volvieron de México después de la caída de Pérez Jiménez. También se ha generalizado en Madrid.

Guacamoles: ensalada mejicana de aguacate.

Chula: se oye alguna vez como piropo, sin duda por influencia del cine, pero es raro. Más se usa *chulito*, aplicado a los niños. En el último tiempo ha surgido una urbanización con el nombre de Chulavis-

ta como equivalente de Bella Vista. El nombre, según nos dicen, fue puesto por un mejicano.

Reporto: figura en la ley del Banco Hipotecario Urbano (30 de junio de 1938). Artículo 22, y luego pasó a la ley general de Bancos de 1961; aunque es voz italiana, nos informan que se tomó directamente de la terminología bancaria de México.

Pelado: persona de la clase inferior del pueblo, y también «grosero». Solo lo encontramos en un galerón andino recogido por Olivares Figueroa, que termina así: «y le dijo el muy malvado / al diablo del *tecolote* / ahí le traigo este *pelado*, / que me lo encontré tirado / a ver si lo manda al *bote*». Aparecen en él varias voces del hampa que ya hemos visto: *tecolote* y *bote*. El pelado en Venezuela es la persona a quien le han rapado el pelo, o que carece de recursos.

Tenemos algunos más:

Cuadrar: (gustar o agradar) «Eso *no me cuadra*».

Sangría: «trozo de vidrio para cortar y lesionar»; en Venezuela, además «herida sangrante».

A través de la literatura y de la historia se han hecho familiares en Venezuela una serie de voces mejicanas: *azteca* (designa genéricamente al mejicano, sobre todo en la crónica deportiva), *tlascalteca*, *maya* (y un centenar de gentilicios indígenas); *guachinango*, *ozelote*, *pinol*, *tequila*, *pulque*, etc. Hay además un rico vocabulario pasivo, perfectamente comprensible.

Venezuela y el Golfo de Méjico integran el área cultural y lingüística circuncaribe, quizá una de las regiones mejor definidas de nuestro español de América. De ahí la profunda afinidad mejicano-venezolana en una serie de usos. Cabe destacar que la nivelación mejicana o venezolana se está acrecentando en el último tiempo con la participación activa del poder ejecutivo de ambos países. Además, Méjico intenta en estos momentos crear con los países del Caribe una gran empresa naviera multinacional. El Golfo de México es una especie de foco nivelador: desde Méjico hacia Venezuela y otras regiones del Caribe, o viceversa. Un ejemplo que me gusta destacar al respecto es la extensión, desde los

años treinta, de *chévere*, un africanismo del estribillo de una conga cubana que se expandió por toda nuestra área con las alegres notas de su música: «¡Uno, dos y tres! / ¡qué paso más *chévere*! / ¡qué paso más *chévere*! / el de mi conga es». Además de Cuba, Puerto Rico y Venezuela, se ha difundido por Yucatán y Tabasco y llega hasta Colombia y el Ecuador.

Otro ejemplo de esa unidad circuncaribe nos lo ofrece *vacilar*, con la significación de embromar, tomar el pelo, divertirse. A Venezuela llegó su derivado *vacilón* con la acepción mejicana de «parrandero»: «Ando de *vacilón*» (también fiesta, holgorio) y no con la puertorriqueña de «calamocano», «medio ebrio». *Vacilar* es en Méjico divertirse, parrandear, y es donde esta voz alcanza mayor vitalidad (con sus derivados *vacilón*, *vacilada*). Sin embargo pasó a Venezuela hacia 1955, asociado con las *salsas* puertorriqueñas o cubanas (música tropical que seguramente nos ha venido desde Nueva York):

> *Vacilón,* que rico *Vacilón*
> Chachachá, que rico chachachá!
> . . . . . .
> pero todos bailan el *vacilón.*

Otra variante es: «¡qué *vacilón*!», «¡qué *sabrosón*!».

Nuestra hipótesis es que no llegó directamente de Méjico, sino a través de los centros hispanohablantes de Estados Unidos, que suman unos doce millones de personas, en su mayoría mejicanos, puertorriqueños y cubanos. Quizá por eso llegó con ritmo de jazz. De todos modos, la acepción mejicana ha llegado hasta Madrid.

¿No se podría hacer también un estudio de los venezolanismos en Méjico? Seguramente sí, aunque confieso que tengo muchísima menos documentación sobre ese tema. Un caso que parece espectacular es el de *araguato*, el tipo de mono más conocido y popular en Venezuela (*Mycete ceniculus*), con un rico folklore. Su color (leonado oscuro) se ha aplicado a caballos, toros, etc., y hasta es muy popular la expresión *el sol de los araguatos*, cuando la luz del atardecer se pone de

ese color. En Venezuela está documentado desde el siglo XVII; en Méjico se encuentra en la forma *zaraguato*, usada en Tabasco y toda la región del Sureste. En Centroamérica, *zaraguate*. Estas formas se deben sin duda a una *s* del plural aglutinada con el nombre (los *araguatos*).

Podemos plantearnos ahora una última pregunta. Se ha dicho con insistencia que lo que diferencia al español de las diversas regiones hispanoamericanas es el distinto caudal de indigenismos de cada una de ellas. La verdad es que si alguien dice *zamuro* afirmaremos que es venezolano, y si dice *zopilote* lo identificaremos como mejicano. Pero casos aislados no se prestan para una caracterización general. Juan M. Lope Blanch, en su estudio del habla culta de la ciudad de Méjico[11], encuentra 55 nahuatlismos (= 48 lexemas) frente a 31 indigenismos de otro origen (= 26 lexemas), sobre todo antillanismos. Con la particularidad de que los nahuatlismos pertenecen a núcleos más reducidos, y los otros indigenismos son conocidos por todos los hablantes, están más arraigados y se han incorporado en su mayoría al español general. Seguramente es análoga la situación en el español de Venezuela. Paola Bentivoglio acaba de terminar una investigación lexicológica sobre las denominaciones de las partes del cuerpo en el habla de Caracas*. Entre 1.185 unidades léxicas recogidas, solo una era en rigor de origen indígena: *maruto* «ombligo» (antes «cordón umbilical»), y seguramente su persistencia se debe a asociación con supersticiones populares. Realmente había una unidad más, *batata*, como designación de la pantorrilla, uso evidentemente figurado. Sin contar expresiones compara-

11. «Indigenismos en la norma lingüística culta de México», en *Estudios filológicos y lingüísticos. Homenaje a Ángel Rosenblat en sus 70 años*, Caracas, 1974, pp. 323-336.

* Este trabajo fue publicado en 1977 con el título «Observaciones sobre el léxico del cuerpo humano en el habla culta de Caracas», en Juan M. Lope Blanch (ed.), *Estudios sobre el español hablado en las principales ciudades de América*, pp. 293-298, Universidad Nacional Autónoma de México, México. Y en *Lingüística y Educación*, Actas del IV Congreso Internacional de la ALFAL, pp. 229-235, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1975.

tivas como *nariz de loro* o *nariz de papa*. Claro que el atrayente capítulo de la alimentación y la bebida dará sin duda proporciones diferentes. Pero de todos modos no alterarán sustancialmente los resultados.

En resumen, desde los viejos mejicanismos hasta los nuevos, incluyendo los del argot del hampa, y tomando en cuenta además la amplia comunidad de anglicismos, no cabe duda de que la nivelación del léxico entre Méjico y Venezuela ha sido realmente muy importante. Hay que agregar a ello una serie muy grande de usos concordantes, que pueden deberse o no a contacto lingüístico. Por ejemplo, *gringo* designa en los dos países al yanqui o al norteamericano en general (también en el Perú, donde puede aplicarse a toda persona rubia; en toda la región del Río de La Plata se aplica, en cambio, a todo extranjero, y en especial al italiano). Y muchísimos otros usos, entre ellos *alebrestado* «inquieto», «irritable», *bragado* «valiente», *maromero* «saltimbanqui», «volatinero», *pandearse* «moverse con cierta lentitud sensual», *tracalero* «tramposo», *entelerido* «enteco», «flaco», *gobiernista*, *pantaleta* (o *blumers*), *chicote* «cabo o punta de cuerda en un navio», y por extensión «látigo», «azote» o «colilla de cigarrillo» (también *chicotazo*, de gran extensión en América)[12]; sin contar una cantidad de indigenismos comunes a los dos países, sobre todo antillanismos como *cocuyo*, *guayaba*, *iguana*, *jaiba*, *jején*, y aún un quechuismo como *cancha*, procedente sin duda de la Argentina. El curioso uso de *joso* por *oso* (con una aspiración inicial que quizá se deba a la aspirada inicial de *hozar*), y otra serie muy grande de coincidencias, en las que no nos podemos detener. Además, la terminología del cine, de la televisión y de la música (ya hemos visto además la del toreo). Habría que agregar varios centenares de anglicismos comunes, del deporte, de la técnica, del comercio y de la vida corriente.

12. *Chicote* también en varias regiones de España; se creía de origen náhuatl, pero Corominas lo explica por el francés. Véase además Delfín Leocadio Garasa, en *Filología*, Buenos Aires, IV, 1952-1953, pp. 188-190.

2. Influencia argentina en el léxico venezolano

En contraste con la influencia mejicana, que se inicia en el periodo mismo de la Conquista, la influencia argentina o rioplatense es relativamente reciente y se remonta cuanto más al siglo XIX. Sin embargo, en conjunto, nos parece que la influencia argentina es mayor que la mejicana.

Quizá el uso más viejo sea el del *recién* argentino («recién vino», «recién me lo dijo»). Tiene una profusión creciente, aunque ya en 1842 lo criticaba Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar. Es un uso que forma parte de la norma culta argentina, y en realidad puede defenderse. En el último tiempo se ha extendido por casi toda América: es uso muy vivo en Chile y en Méjico (donde también se empieza a oír al argentino *desde ya*) y hoy nos lo encontramos en esta ciudad de Lima, generalizado en la prensa. Últimamente ha llegado hasta España. Testimonia de todos modos una vieja influencia. No hay que olvidar que en la época de la emancipación el Himno Nacional argentino se cantaba en los llanos de Venezuela, y que argentinos y venezolanos convivieron hermanados en las batallas de la liberación del Perú. Es posible que esa época haya tenido mayores reflejos lingüísticos que los que conocemos. Quizá junto con el *recién* haya penetrado en Venezuela el uso de *desapercibido* como equivalente de *inadvertido*. En la Argentina se encuentra ya en el *Facundo* de Sarmiento. Baralt lo criticaba como uso galicista, y en Venezuela, Alejandro Peoli en 1865 (lo había usado sin embargo en un artículo literario de 1859) y Julio Calcaño después. Se encuentra ya en la prosa de José Martí, y en una serie de autores españoles (entre ellos Ortega y Gasset; y en la *Métrica española*, de Tomás Navarro). En sus tiempos lo defendió Gonzalo Picón-Febres en su *Libro raro*. Parece evidente que se trata de un uso que por unas vías u otras tiende a imponerse en todo el mundo.

La nueva influencia argentina se debe a una serie de factores:

1. El prestigio de una cantidad de escritores argentinos, y de la cultura argentina en general. Siempre se han leído en Caracas revis-

tas argentinas, pero últimamente el éxito de *Siete Días* es realmente extraordinario. Además, una serie muy grande de historietas o tiras cómicas (*comiquitas* las llamamos también en Venezuela) se han reproducido constantemente en la prensa venezolana, desde Trifón y Sisebuta, el genial Don Fulgencio y la magnífica Mafalda de hoy, que aparece todos los días en *El Nacional* de Caracas, con su voseo argentino (se está editando además en una serie de cuadernos de gran difusión). Y también llega periódicamente el teatro argentino, a veces muy bueno.

2. La gran atracción turística de Buenos Aires, como ciudad excepcional en América. Todos los años viajan a la Argentina muchos miles de turistas de Venezuela y de toda América, y es natural que esos viajes representen un intercambio expresivo, o por lo menos la ampliación de la esfera de comprensibilidad. Buenos Aires exportó por toda nuestra América, y realmente por el mundo entero, el *tango* (con su letra arrabalera) y la *parrillada mixta* (en Caracas han proliferado extraordinariamente en el último tiempo las *parrilladas* y los restorantes argentinos). Hay que agregar el prestigio del fútbol argentino (muchos de sus futbolistas han sido contratados en Venezuela, Colombia y otros países de América), y también de las carreras de caballos (caballos pura sangre y *jockeys* de la Argentina han actuado durante años en los hipódromos de Venezuela).

3. La cantidad de argentinos, por lo común de clase intelectual alta, que, por las vicisitudes de la política nacional, han emigrado periódicamente a Venezuela (y a otros países), donde han encontrado acogida generosa en la prensa, las universidades, la radio o la televisión, y han actuado a veces con eficacia notable. El profesional argentino ha tenido en general un sólido prestigio que se debió al alto nivel que tenían sus universidades e institutos de enseñanza.

Antes de entrar en el análisis detenido de la influencia argentina, volvamos de nuevo a nuestra visión anecdótica. En muchas ocasiones encontramos en la prensa de Caracas *changador* por *cargador* o *mozo de cuerda* (lo venezolano es *caletero*), *mucama* por *camarera*

o *criada*, y hasta *batifondo* por *alboroto* (*El Nacional*, 16 de junio de 1974). *Changador* lo encontramos, además, en *País portátil* de Adriano González León, novela que ha tenido éxito nacional e internacional. Y en *Los caballos de la cólera* de Eduardo Casanova, novela de 1972, *chancho* alterna con *cochino* y otros términos equivalentes: *tuncos*, *marranos* y *verrón*. En una representación teatral anti-racista, traducida del inglés, y representada por Juana Sujo, gran actriz argentina, un niño jugaba a las *bolitas*, como en la Argentina, cuando los niños de Caracas juegan *metras*, los del oriente venezolano *pichas*, y los de Madrid, *canicas*.

Últimamente se ha generalizado en Venezuela, como en gran parte de América, el uso de *macanudo*, que aparece en crónicas venezolanas desde 1957. Es voz que está en baja en Buenos Aires (ante el auge de *¡bárbaro!* como encomiástico general), pero en compensación prolifera en Venezuela: «Rafael es un hombre macanudo», «Está archimacanuda». Ese *macanudo* ha llegado a otros países de América, pero en algunos hay un *macanudo* diferente, con el valor de «fuerte», «duro», que no es de origen argentino, sino formación directa sobre *macana*, madera dura o porra indígena.

Más viejo es el uso de *cátedra* como encomiástico, que procede al parecer de la *cátedra* hípica: «¿Qué opina la cátedra?». Quizá se haya aclimatado primero gracias a la *cátedra* cubana, la de los pelotaris. En los últimos tiempos se ha extendido a otros usos: «Fulano es la cátedra», «Eso es cátedra». De la *cátedra* hípica se han propagado un lunfardismo como *engrupir*, anglicismos como *crack*, *jockey*, *record*, y también la *fusta*, las *fijas* y los *batacazos*.

Como encomiástico se ha generalizado también *fenómeno* que se usa hoy bastante en España: «Esa muchacha está fenómeno». El uso argentino es viejo. En mis tiempos se podía decir de una mujer hermosa: «¡Fenómena la tipa!». Hoy también *tipa* se usa bastante en Venezuela (ya «la *tipa* sospechosa» en *Vidas oscuras* de Pocaterra, de 1916; en el último tiempo se ha ampliado mucho su uso: «No me gusta nada la tipa esa»).

Más reciente es el auge de *chao*, documentado entre nosotros al menos desde 1964 (en *Estación de máscaras*, de Arturo Uslar Pietri). Aunque no sabemos si ha venido de la Argentina o lo ha introducido directamente la inmigración italiana (tenemos hoy en Venezuela más de 200.000 italianos, en gran parte concentrados en Caracas). En realidad se conoce sobre todo como uso argentino, pero la forma más general es *chao* y no *chau* como se dice en Buenos Aires (y el diminutivo no es *chaucito* como en la Argentina, sino *chaíto* como en Quito). Ese *chao* se ha expandido también por otras partes de América, el Perú por ejemplo (*chau*, *chaucito*).

Sin duda es anterior el uso de *viejo*, *vieja*, para el padre y la madre. Se encuentra ya en *Doña Bárbara*, *Canaima* y *Cantaclaro* de Rómulo Gallegos; y en obras de Arturo Uslar Pietri y Mariano Picón Salas. Se ha incorporado al habla familiar. También *los viejos* por «los padres». Igualmente en la región de Cartagena (Colombia), donde ha penetrado también el *pibe* argentino.

Otro uso argentino importante es *ubicar*. En el castellano general se usa en casos como el siguiente: «El edificio está ubicado en la Avenida Libertador» (lo cual no parece mala ubicación). Pero proceden al parecer de la Argentina otros usos y, sobre todo, su profusión: «Juan era de la oposición más recalcitrante, pero se ubicó muy bien con el nuevo gobierno»; «Acaba de llegar y ya está ubicado». Son aplicaciones figuradas de usos más directos: «La policía no logró ubicar el refugio de los secuestradores»; «Los estudiantes se ubicarán al final de la manifestación». Una madre se dirige a su hijo: «Ubíquese ahí, y no se me mueva». A Manfred Sandmann le parecía que ubicar era una de las voces hispanoamericanas más típicas y de más amplio uso: le llamaba sobre todo la atención el *está ubicado*. Esa amplitud de uso es evidente expansión argentina. En el último tiempo, el *ubicar* argentino ha desarrollado su vitalidad aún más. Hoy se puede decir: «Es una persona muy ubicada», de alguien que es muy competente o está muy centrado en su actividad profesional o general. Además, es posible que por intermedio de los pedagogos chilenos haya llegado

a Venezuela el uso argentino de *dictar clases* o *dictar conferencias*, que en nuestra opinión es un argentinismo debido a influencia italiana (probablemente del Sur de Italia).

Más reciente es *despelote*: «Este es un *despelote*» (lío, desorden, barullo). En Venezuela lo encontramos documentado desde 1970 (*El Nacional*, 8 de agosto), pero en el último tiempo se ha vuelto muy frecuente. En la Argentina es mucho más viejo (lo encontramos en el *Diccionario de voces lunfardas y vulgares* de Fernando Hugo Casullo, Buenos Aires, 1964; también *despe*, *despelotar*, *despelotado*; lo documenta en una obra de 1956). Parece también reciente la penetración de *amarrete* («agarrado», «avaro»): «Ese tipo es de lo más *amarrete*».

Y por último, un detalle que no es propiamente léxico, pero que quizá tenga cierto valor. Así como hemos visto que hay en Caracas una urbanización llamada Chulavista, con el valor de Bella Vista (formado sobre el mejicano *chula*, bella), hay también otra, muy reciente, llamada Los Pomelos, del nombre argentino del *grape fruit*. Pomelo es una transformación del neerlandés *pompelmoes* (de *pompel* «grande» + *limoes*, del portugués *limões* «limones») a través del inglés *pomelo*; el mismo origen tiene sin duda también el francés *pamplemousse*. La fruta procede de las Indias Orientales, desde donde se llevó a Barbados en 1696. En Caracas el nombre general es *grape fruit* (pronunciado *greifrú* en el habla popular). Chulavista y Los Pomelos testimonian una vez más el encuentro de la influencia mejicana y argentina en Caracas.

Hay por lo menos tres terrenos en los que se observa una notable nivelación argentino-venezolana:

1. La rica terminología deportiva, que ya no es actividad puramente nacional, sino realmente mundial (campeonatos regionales, olimpíadas, etc.). Claro que en muchos casos alternan las viejas voces inglesas con términos traducidos o calcados del inglés. La Argentina ha dado al mundo hispánico, como veremos, incluyendo a España, dos términos de gran vitalidad: *cancha* (del quechua) e *hincha* (también la

hinchada): «los hinchas» hemos visto frecuentemente en la crónica deportiva de la prensa española.

2. Numerosísimos términos del inglés, aunque en la Argentina la influencia inglesa está neutralizada en parte por la vieja influencia francesa. Así, no se dice *clóset*, sino *placard*; no se dice *zíper*, sino *cierre relámpago* o *cierre* (lo mismo está pasando en Venezuela, tan anglicista); no se dice *aparcar* ni *parqueadero* o *aparcadero*, sino *estacionar* y *playa de estacionamiento* o *estacionamiento*, simplemente (de nuevo igual que en Venezuela). Pero de todos modos se han impuesto, como en el mundo entero, centenares de anglicismos de la industria y el comercio, de la tecnología, de la cibernética y de la vida moderna en general. También el argentino de las ciudades se ha metamorfoseado en un consumista.

3. Quizá la influencia argentina más notable y espectacular sea la del lunfardo o lenguaje hamponil. Ya hemos mencionado, como vieja influencia de la *cátedra* hípica, la penetración del lunfardismo *engrupir*. Pero la gran influencia del lunfardo es mucho más reciente. Venezuela carecía todavía hacia 1930 de lenguaje del hampa. En los últimos tiempos, por la atracción de la nueva riqueza petrolera, hubo una invasión general de hampones, de todos los países hispanoamericanos y de España, y se constituyó, con la aportación de voces del *lunfardo*, de la *coa* chilena, de la *replana* peruana, de la *briba* habanera, de la *sirigonza* o el *caló* mejicano, del habla hamponil de Colombia y de la *germanía* y *calé* español, un rico y variado lenguaje del hampa venezolana. En realidad se puede afirmar, un poco paradójicamente, que la primera integración hispánica se ha producido en la república del hampa. Hay que tener en cuenta que la mafia y la trata de blancas son hoy poderosísimas instituciones de carácter transnacional. Ya hemos visto una serie de mejicanismos del hampa. Pero la aportación argentina es incomparablemente mayor. En la *Jerga hamponil* del Dr. Francisco Canestri, ya citado, encontramos voces tan típicas del lunfardo como las siguientes:

Afanar «robar», *araca* «¡cuidado!», *amurar* «abandonar», *atorrantear* (*atorrante* se siente como término típicamente argentino, y como tal lo usó Leoncio Martínez en una poesía humorística), *bacán* «elegante», *batir* «denunciar», «confesar», *berretín* «ilusión» o «ínfulas», *biaba* «paliza», boliche «cantina» (contrasta con el uso venezolano de *boliche*, que designa el juego de *bolos*), *cana* «prisión», *chamullo* «conversación», *chirona* «prisión», *dar dique* «darse importancia», *laburo* «trabajo» o «trabajo del ladrón», *macana* «mentira», *manyar* «darse cuenta», *otario* «tonto», *percanta* «mujer», *purrete* «pequeño», *rana* «astuto», *vento* «dinero» (aunque el autor lo da como «robo»), *muna* «dinero», etc.

Se podrían reunir así varios centenares de palabras. Esa influencia se difundió en primer lugar por los tangos; luego, por el cine (no solo el cine argentino, sino el de lengua extranjera, con letreros traducidos hoy por argentinos), y sobre todo por la delincuencia profesional. Una obra teatral que tuvo bastante éxito en Caracas se titulaba *La Fiaca*. En este terreno me ha parecido sorprendente que la mancheta editorial de *El Nacional* del domingo 4 de agosto de 1974 tuviera el siguiente texto: «Chevige *chamuya* en crúo». La mancheta de *El Nacional* tiene siempre gran repercusión y es lo más llamativo del periódico, porque es el único rasgo editorial. Chevige es el seudónimo de un autor joven y desconocido que ganó el premio de cuentos de *El Nacional* con una narración escrita en un lenguaje de una crudeza desafiante. *Chamuya* es un evidente lunfardismo (de *chamuyar*, hablar o expresarse). Hay que tener en cuenta que hoy, con el actual desparpajo expresivo, ciertas formas del léxico hamponil pasan fácilmente al habla general, aun a la expresión de la gente culta: «Fulano parece un *malandro*», «Se las echa de joven, pero es un *pureto*». Sin mencionar expresiones antes groserísimas que se usan cada vez con menor recato.

Dentro de este tercer campo, aunque más cerca del argot estudiantil o juvenil, están otros términos que han tenido éxito notable. En primer lugar, las *patotas* y los *patoteros*, que en Buenos Aires se

remontan a los principios del siglo, y en Caracas hicieron estragos desde 1965. En gran parte los *patoteros* (a veces se decía y escribía los *patotas*) han sido sustituidos por los *hippies* y por los *drogadictos*.

La influencia argentina, en este terreno, llega a un extremo que parece espectacular. El verbo *coger* tenía en Venezuela amplio uso en el habla de todos: *coger el autobús*; *coger un taxi*; *coger un camino*; *coger a chillar* (empezar a chillar); *coger a reírse* (no hacer más que reírse); *coger a decir* (ponerse a decir, sobre todo insultos y calumnias); *coger maíz* (cosechar); *coger para atrás* (retroceder, retirarse); *cogerse un dinero*, etc. Esos usos convivían perfectamente con la significación sexual, también muy viva en todo el país. Y ahora viene lo nuevo. En la actual generación joven *coger* se ha vuelto tabú como en la Argentina. A pesar de que vivimos en una época de franco desahogo verbal, de ruptura de todo tabú léxico, y en que hay cierta complacencia, aun en el habla femenina (¡y no digamos en la literatura!), por las antes llamadas «malas palabras». Las generaciones maduras continúan con su uso tradicional de *coger*, pero los jóvenes *toman el bus* o *agarran un taxi*. Nos parece que es evidente en este aspecto la influencia argentina. Ya en 1920 señalaba Samuel Darío Maldonado en *Tierra nuestra*: «En Caracas ya no se puede usar el verbo coger». Era quizá un rechazo de carácter individual o muy limitado, pues nosotros lo hemos visto usado profusamente hasta hace poco en todos los sectores sociales.

Para terminar, vamos a detenernos en dos hechos importantes de carácter morfosintáctico, atribuidos a influencia argentina:

a. El uso de *delante mío*, *encima mío*, *cerca mío*, *enfrente suyo*, etc. En la Argentina, es un uso que forma parte de la norma lingüística culta y se da entre los mejores escritores. También se encuentra, aunque con menos profusión, en Chile (*en pos nuestro*, escribe Pablo Neruda en sus *Memorias*, edición Barcelona, 1974, p. 296), Bolivia, Ecuador, Santo Domingo, etc. En el Perú, son frecuentes, en el habla culta y popular —según Martha Hildebrand— *delante mío*, *detrás tuyo*, *enfrente suyo*, *encima mío*, *cerca suyo*, etc. Mario Vargas Llosa usa *detrás*

suyo y *encima suyo*, pero también (y parece aún más anómalo), *en mi delante*, *en su delante* (Martha Elildebrand agrega *en tu detrás*, *en su encima*, etc.). Los usos argentinos parecen conspirar contra la gramática tradicional (un adjetivo posesivo modificando a un adverbio, lo cual consideran una aberración los gramáticos ortodoxos). Esas construcciones se dan también en algunas regiones de España (Andalucía, Canarias, Navarra y Bilbao). Unamuno escribía *delante nuestro*. Se dan también en el teatro de los Quintero y de Muñoz Seca[13]. En Venezuela son generales en el habla popular de toda la región andina y llegan hasta Lara y Falcón. Es posible que su extensión venezolana sea aún mayor, pues Rómulo Gallegos los pone en boca de sus personajes llaneros o guayaneses: detrás suyo en Cantaclaro; junto suyo en Doña Bárbara; debajo suyo en Canaima. Un escritor venezolano usó mucho ese giro después de haber estado en Buenos Aires (en una traducción de Rilke, por ejemplo), y en ese caso concreto puede hablarse efectivamente de influencia argentina. Ya se ve que como hecho lingüístico es bastante general, y quizá tenga porvenir en nuestro lengua. Nos parece una extensión analógica de usos en que el modo adverbial está integrado por un sustantivo: al lado mío, al rededor suyo, en frente mío, en torno nuestro, a espaldas suyas, etc.

b. El uso del llamado potencial* (o pospretérito) hipotético. En la prensa venezolana son frecuentes, sobre todo en los títulos, giros como los siguientes: «Dos notables escritores cubanos, de fama internacional, vendrían a Venezuela en el próximo mes de enero. Serían el novelista y musicólogo Alejo Carpentier y el poeta Nicolás Guillén»

13. Se encuentra más documentación en la *Gramática española* de Salvador Fernández, Madrid 1951; § 121, y en el *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, Espasa-Calpe, Madrid 1973, S 3, 10, 11d.

* En la última edición del *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, se denomina *condicional*.

(*El Nacional*, 2 de diciembre de 1974). Ese uso, que en su origen es galicista (también en francés ha sido muy criticado) se hizo general en la prensa argentina, desde donde se expandió por gran parte de América: Venezuela, Chile y seguramente otros países (hoy lo encontramos también en la prensa peruana). Se da también en España, como veremos, y es posible que responda a una necesidad expresiva.

¿No cabe observar también una influencia venezolana sobre el habla argentina? Hay que reconocer que la expansión cultural de Venezuela ha sido escasa en los últimos tiempos (en la época de la guerra de emancipación, se expandieron una serie de usos venezolanos por los países llamados bolivarianos, y algunos de ellos los estudia Martha Hildebrand en *La lengua de Bolívar*). Hoy se nota en el país un ansia nueva de expansión, que se manifiesta sobre todo en el campo artístico. En nuestro terreno, ya hemos señalado que la *galleta* venezolana del tráfico (una grave enfermedad circulatoria de la ciudad de Caracas) ha llegado hasta Buenos Aires, y todavía conserva cierta vitalidad, aunque limitada.

Nos interesa destacar, dentro de este capítulo de las relaciones lingüísticas entre Venezuela y la Argentina, que hay una profunda afinidad entre el llanero venezolano y el gaucho argentino, entre la *payada* y el *contrapunteo*. *Cantaclaro*, de Rómulo Gallegos, es en cierto sentido una prolongación complementaria del *Santos Vega*.

Es curioso señalar que aunque la Argentina tiene fama en Venezuela, y en casi todas partes, de hablar el peor castellano del mundo hispánico (sin embargo, lo elogió calurosamente Juan Ramón Jiménez), su influencia, a través de todo lo que hemos visto, es realmente notable.

3. España y su papel en la nivelación hispánica

Las predicciones escisionistas de Cuervo se basaban en el aislamiento hispanoamericano, y además en el debilitamiento de la influencia española. Dice así en su Carta prólogo de 1899:

> Cuando nuestras patrias crecían en el regazo de la madre España, ella les daba masticados e impregnados de su propia sustancia los elementos de la vida moral e intelectual, de donde la conformidad de cultura, con la única diferencia de grado, en el continente hispanoamericano.

Y después señalaba, como contraste con su época:

> La influencia de la que fue metrópoli va debilitándose cada día, y fuera de cuatro o cinco autores cuyas obras leemos con gusto y provecho, nuestra vida intelectual se deriva de otras fuentes, y carecemos, pues, casi por completo, de un regulador que garantice la antigua uniformidad.

Ya hemos visto que frente a esa triste realidad, se ha producido en los últimos tiempos una nueva hermandad poética y literaria entre España e Hispanoamérica. ¿No se podrá decir lo mismo en el terreno lingüístico? Es evidente que la vida del lenguaje presenta mayor complejidad. Si analizamos la posición actual de España frente al desarrollo de nuestra lengua nos encontramos en seguida con dos actitudes contrapuestas. La primera, de un purismo recalcitrante. Ortega y Gasset —si mal no recuerdo— señalaba la antítesis entre el español, más bien dispéptico, y el inglés, con buen estómago, capaz de nutrirse con las voces de todo el mundo. Periódicamente se suscita en España una violenta reacción contra toda penetración neológica, en parte como rezago trasnochado de la vieja lucha anti-galicista. En 1970, me tocó presenciar una verdadera tempestad periodística acerca de si podía decirse *container*, a la manera anglicista, o *contenedor*, forma hispanizada. Otra batalla acababa de librarse contra el *clergyman*, el nuevo traje sacerdotal que sustituía a la tradicional sotana, y los autores españoles proponían un centenar de términos más o menos castizos, sin pensar en ningún momento cuál podría ser el uso hispanoamericano.

A esa actitud purista se debe el que el español, para desembarazarse de la *steewardess* o de la *fly-hostess*, como se dice en el Perú (*hostess del aire* en Chile), haya resucitado la *azafata*, viejo nombre de una criada

de la reina, por lo común viuda noble, que llevaba en un azafate, a la cámara real, los vestidos y alhajas que iba a lucir la reina cada día, o los recogía cuando la reina se iba a acostar. De modo análogo, en lugar de *jet*, anglicismo que es hoy general entre nosotros, en España se usa *reactor*, nombre mucho menos específico. España mantuvo su *Escuela de párvulos*, cuando nuestra pedagogía había adoptado en general el *Kindergarten* o simplemente el *Kinder*, que en la Argentina, y el Perú, por ejemplo, se suele traducir con *Jardín de Infantes*. España rechazó, primero, el *placard* francés (general en la Argentina), luego el *closet* inglés, impuesto en Venezuela y los países del Caribe, y prefiere *armario empotrado*, y aun a veces *alacena*, cosa muy distinta. También repudió el *grape-fruit*, e igualmente el hermoso nombre de *pomelo*, que se usa en la Argentina (nos dicen que ha llegado a Valencia y a algunas otras partes de España), y ha preferido el nombre de *toronja*, que designa una fruta diferente. Y hasta se ha propuesto el antiguo *botiller*, cargo desempeñado en las Cortes medievales por grandes señores, que preparaban y escanciaban bebidas, como sustituto castizo del actual *barman*. A Salvador de Madariaga no le gustaba nada *fútbol* porque no evoca —dice— ni *foot* «pie», ni *ball* «pelota» (por el contrario, ello nos parece a nosotros una indudable ventaja) y tampoco *balompié*, al que le encontraba el grave pecado de estar formado sobre el *ballon* francés; proponía en su lugar *bolapié* «hermano gemelo del *volapié* taurino», término que por fortuna nadie ha tomado en serio.

Si esa actitud de ir contra la corriente, de dejarse llevar por un tradicionalismo que responde al espíritu de campanario, fuese consecuente y constante, el castellano de España se transformaría a la larga en un dialecto extremo y marginal, muy digno y honrado («pobre, pero honrado»), cada vez más aislado del resto del mundo hispánico. El peligro lo entrevio Dámaso Alonso en 1938, en términos verdaderamente dramáticos.

Por fortuna, esa actitud española es solo parcial. La verdad es que en los últimos tiempos han penetrado en el español peninsular varios centenares de anglicismos de toda clase, por vía oral y escrita, o en tra-

ducciones y calcos más o menos acertados (abundantísima terminología técnica, empezando por los nombres de los utensilios domésticos; la terminología deportiva, la de comidas y bebidas, la de la indumentaria y de las infinitas actividades de la vida moderna). Muchos de ellos por intermedio del francés. Algunos son viejos, como *ticket* (pronunciado *tique*), que recuerdo desde hace más de cuarenta años, o como *bistec*, etc. Pero la inmensa mayoría son muy recientes. Dice Günther Haensch que, en los últimos dos decenios, desde 1931, España salió de su aislamiento político y económico y pasó a integrar lo que se llamó la «civilización atlántica». Es decir, una sociedad altamente industrializada, en la que las masas participan cada vez más de las formas de vida de los Estados Unidos: gran consumo, invasión incontenible de los nuevos medios informativos, mecanización de los utensilios domésticos, modernización de la técnica administrativa y general. Se está produciendo así —dice— una nivelación lingüística de signo anglosajón. Lo «americano» se ha vuelto *in*. Ese proceso nivelador se extiende paulatinamente a las clases populares urbanas, y por medio de la televisión llega al ambiente rural. Es posible que el anglicismo sea hoy en España más cuantioso, y llegue a niveles más amplios, que en algunos países hispanoamericanos, como la Argentina, por ejemplo. Se han generalizado los *perritos calientes*, el *chequeo*, los *aparcamientos*, junto con el verbo *aparcar* (en cambio, en la Argentina y en Venezuela es general *estacionar* y *estacionamiento*), y el *autostop* y el *autopista* (en Venezuela *se pide la colita* y en la Argentina *se hace dedo*), y hay *hippies*, *posters*, *striptease*. Junto al viejo *piso*, han surgido enormes edificios de *apartamentos*. Se generaliza *partner* y hay quienes se empeñan en beber *dry*, que prefieren a *seco*. Y usan *short*, más elegante que *pantalón corto*, o *blue-jeans*, comen en un *snack-bar* o en una *cafetería*, van a un *dancing*, bailan un *twist*, asienten siempre con *okey*, beben un *ginfizz*, se despiden con *¡by by!* y aspiran a tener mucho *moni* (*money*). Van luego a un *show*, con *gags* divertidos. Se ha generalizado toda la terminología de los deportes, de los bailes y de la industria y comercio modernos, que ya hemos visto en parte hace un momento. Günther Haensch dice que

la mayoría de los anglicismos del español aparecen también en francés, alemán, italiano, sueco, holandés, etc., y que de la lista que él ha recogido, el 98% de las voces se usan también en francés, el 80% en italiano o en alemán. Y es extraordinario el hecho que señala de que el francés, lengua tan conservadora y aristocrática, campeona tradicional del purismo, haya adoptado más anglicismos que el español peninsular, con la consiguiente alarma de ciertos sectores, como se refleja en el *Voulez-vous parler franglais?*, de Etiemble, libro que nos recuerda demasiado las viejas sátiras antigalicistas de nuestros siglos XVIII y XIX.

Claro que no nos vamos a detener en una lista de estos anglicismos, que sobrepasaría las posibilidades de esta ponencia[14].

Dice Alejo Carpentier:

> Ni el cine, ni la grabación sonora, ni la radio, ni la cibernética, ni las ciencias nucleares nacieron en España. De lo contrario, su terminología técnica sería una terminología española; a ello se debe un gradual retraso idiomático del castellano, en cuanto se refiere a la posibilidad de nombrar cosas nuevas, desconocidas por el hombre de hace cincuenta años. Y no será una «azafata» más o menos, montada en un *Super-Constellation*

14. Sobre el anglicismo en España pueden verse los siguientes trabajos:

Günther Haensch, «La penetración de anglicismos en el español peninsular y americano», *Boletín de la Asociación Cultural Humboldt*, N° 11-12, Caracas, 1976.

Howard Stone, «Los anglicismos en España y su papel en la lengua oral», en la *Revista de Filología Española*, XLI, 1957, 141-160.

Pedro Jesús Marcos Pérez, *Los anglicismos en el ámbito periodístico*, Universidad de Valladolid, España, febrero 1971.

Ernesto Juan Fonfrías, *Anglicismos en el idioma español de Madrid*, San Juan Bautista de Puerto Rico, 1968.

Ricardo J. Alfaro, *Diccionario de anglicismos*, Panamá, 1950 (2ª edición, Gredos, Madrid).

Hemos utilizado además una gran cantidad de textos españoles, entre ellos los libros de Carandell.

> o un «jet» de factura norteamericana o inglesa, la que salvará a nuestro idioma de una irremisible invasión de palabras extranjeras.

Rafael Lapesa anotaba que el galicismo parece hoy eclipsado por el anglicismo, aunque muchos de los anglicismos han venido a través del francés. Ve en él, con frecuencia, el prurito de un supuesto refinamiento: el snobismo favorece la adopción de usos anglosajones. Sin embargo agrega:

> el español de nuestros días no ha quedado al margen de la tendencia mundial que sacrifica lo peculiar en aras de lo supernacional y uniforme. En mayor o menor medida, todas las lenguas cultas de hoy se internacionalizan y a la vez pierden carácter. El hecho no es enteramente nuevo, pues tiene precedentes en la secular presión latinista, herencia común para toda la civilización occidental... Cada día nos son menos chocantes [las voces forasteras]; la radio, el periódico, el cine, los viajes, dan lugar a creciente familiaridad con lo que se dice y hace en otros países[15].

Además de la nivelación relativa, producida por el anglicismo, hay que destacar, por su importancia, el doble papel nivelador producido por la influencia hispanoamericana sobre el español peninsular, y recíprocamente, por la influencia del español peninsular sobre el de las distintas regiones hispanoamericanas. Detengámonos en el primer proceso.

Desde la época del Descubrimiento y la Conquista, penetran en España voces americanas muchas de las cuales alcanzaron amplia vida literaria. Algunas, después de una serie de vicisitudes, se han incorporado al español general. Este movimiento léxico de América hacia España no se ha interrumpido en ningún momento en estos quinientos años.

15. Rafael Lapesa, «La lengua desde hace cuarenta años», *Revista de Occidente*, Madrid, noviembre-diciembre de 1973, pp. 200-201.

Y conserva su vitalidad en los días actuales. Ya hemos visto, que a través del anglicismo han penetrado, en el último tiempo, indigenismos como *chicle*, *tobogán*, *mocasines*, etc. De manera más directa se han incorporado, desde el siglo XIX, voces indígenas de América, como *butaca*, *campechano*, *cancha*. Este último es un quechuismo que llegó probablemente desde la Argentina. En España parece que ha tenido vitalidad inicial en las *canchas* de pelota vasca, y luego se ha extendido a las *canchas* de tenis, etc., aunque poco a lo que en Argentina es la cancha por antonomasia, la del fútbol, que España, de nuevo casticista, prefiere llamar campo.

Ya Rafael Lapesa señalaba la penetración en el habla popular de la Península de una serie de hispanoamericanismos léxicos. Y lo ejemplificaba con la propagación de los mejicanos *machote* y *me cae gordo*, y el argentino *hincha*. En España se usa mucho la expresión exclamativa: «¡jo macho!» (entre muchachos). También: «Oye, macho, ¿qué te está pasando?». Además, ponderativo: «¡Qué macho!». Esa generalización de *macho* (o *machote*) es significativa, pues hasta ahora el *macho* era en España, exclusivamente, el mulo. Luis Flórez oye en Madrid, como saludo entre muchachos: «¡Hola churro!», que nos parece uso argentino, ya que *churro* es frecuente en Buenos Aires como piropo (se convierte a veces, humorísticamente, en *churrasco*). También se usa mucho en España, para ponderar: «¡Qué chica tan fenómeno!», «¡Estás fenómeno!», oídos en Madrid en 1971-73, que evocan en seguida el argentino «Fenómena la tipa». También *¡bárbaro!* como encomiástico, igual que en Buenos Aires. Seguramente llegó también de la Argentina el *cabrearse* «encolerizarse» («Ya me estoy cabreando»), que registra Luis Carandell, en *Vivir en Madrid*, Barcelona, 1967. (También trae *bailongo*, sin duda de Buenos Aires, y «ponerlo a uno de vuelta y media», que es «regañarle» o «abochornarlo»). En algunos diccionarios españoles figura caradura «descarado» como argentinismo usado en España; Günther Haensch, en una reseña de 1968, decía que se usaba en España por lo menos desde hacía 20 años.

Quizá constituya un capítulo importante de la influencia hispanoamericana la penetración de términos cubanos, ya que la relación

con Cuba fue tan viva hasta 1898. Nos parece que en este capítulo hay que destacar varias voces importantes:

Macuto es sin duda la primera de ellas. El *Diccionario de la Academia* lo registra en su primera acepción, desde 1970, como «mochila de soldado» y en su segunda acepción, desde el Diccionario de 1899 como «cesto tejido de caña, de forma cilíndrica y con una asa en la boca, del cual suelen hacer uso los pobres en Venezuela para recoger limosnas». La primera acepción es general en el ejército español y la encontramos en una serie de textos literarios de España, incluso en las obras de Ortega y Gasset, I, 411. Nos parece indudablemente una voz que, aunque es general en Venezuela y tiene bastante extensión en el área antillana incluso en el papiamento, ha penetrado en el ejército español desde Cuba con la acepción de bolsa que lleva el soldado, por lo común colgada del hombro, y a veces como morral. En Andalucía, de donde quizá llegó antes, es el «petate que puede llevar una persona». Corominas, que lo documenta además en el criollo francés de Haití y en el anglo-negro de Surinam, cree que puede ser de origen africano y que el sentido original fue «bolsa». En general se le ha atribuido origen indígena (Macuto se llama la vieja playa balnearia de Caracas y parece que su nombre antiguo era Guaica-macuto).

Rajarse es vieja voz mejicana en el sentido de «eludir un compromiso» o desistir de algo a última hora, que según hemos visto se difundió por gran parte de América y llegó también a Andalucía. Es probable que el uso en el ejército (en la última guerra civil se usó mucho en el sentido de huir del peligro, «huir del frente») proceda más bien de Cuba o se remonte a la guerra de Cuba.

Guateque, que la Academia, desde el Diccionario de 1947, define como «baile bullicioso, jolgorio» o «fiesta casera, generalmente de gente joven, en que se merienda y se baila». Penetró primero en Andalucía (Alcalá Venceslada lo registra desde 1924 como «comilona o convite»). Se ha extendido por España, donde alterna a veces con *party*, que se considera más fino. Aunque es voz antillana general, posiblemente de origen africano, nos parece indudable que a España

ha penetrado desde Cuba. También encontramos *huateque* en *La región más transparente* (México, 1958).

Rumba, como designación del baile y su música, es un africanismo que desde Cuba se expandió por España y gran parte del mundo. Se encuentra en el Diccionario Académico desde la edición de 1936.

Habanera, como nombre de la danza y de su música se encuentra en el Diccionario Académico desde la edición de 1884. También *habano*, aplicado al tabaco de La Habana y al «cigarro puro», igualmente desde 1884.

Guayabo, con la acepción de «muchacha joven y agraciada». Se encuentra en el Diccionario Académico desde la edición de 1970; nosotros lo hemos oído en Madrid ya desde 1933. En Andalucía es sin duda voz más vieja. En 1934 lo registraba con el valor de «jovencita» el *Vocabulario andaluz* de Alcalá Venceslada: «Se pasean unos guayabos muy lindos». Sin embargo no hemos encontrado esta acepción en Cuba, de donde se ha expandido la guayabera «prenda de vestir» que ya se encuentra en el Diccionario de la Academia desde 1925.

Hay sin duda otros términos de origen cubano. De Méjico ya hemos visto algunas expresiones generalizadas en España. Nos dicen que procede también de Méjico la expresión *popoff*: «Es una niña *popoff*», o «fue una fiesta muy *popoff*», que se ha generalizado mucho en los últimos tiempos (después de la guerra civil) en España. Tiene mucha vida también en Venezuela: «No invita sino a gente muy *popoff*»; «Es una casa muy *popoff*»; «Te veo muy *popoff*»; «Fulanita se presentó vestida muy *popoff*»; «Se las echa de *popoff*». En Méjico se publicó durante años una columna periodística titulada «Ensalada Popoff», con crónica social. No sabemos si de ahí nació la expresión. En *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, Méjico, 1958 (4ª reimpresión, 1969), encontramos las siguientes frases: «Nunca se enterará el intelectual mexicano del asco y desprecio con que es visto por la "gente *popoff*"» (p. 29); «Viajes a los Estados Unidos y una esposa *popoff*, y todas esas cosas que dan prestigio» (p. 175). Nos parece que procede también de Méjico el uso madrileño de *vacilón*

«juerga» y *vacilar* «pasarlo bien», que registra Luis Carandell, en su obra ya citada.

Nos parece además evidente que se debe a influencia venezolana el nuevo uso madrileño de *urbanización* en el sentido de «barrio residencial» (en Méjico *colonia*, en España era frecuente *cuidad satélite*, *barrio residencial*; la Ciudad *Lineal* era lo que hoy se llama una *urbanización*). Después de la caída de Pérez Jiménez, en enero de 1959, una cantidad de millonarios venezolanos, enriquecidos con la especulación de terrenos y la creación de nuevas urbanizaciones (muchos de los cerros de Caracas se transformaron, gracias a la ingeniería moderna y al capital, en lujosos barrios residenciales), se trasladaron a España con sus capitales y se entregaron allí a la construcción de urbanizaciones a la manera venezolana.

Un apartado especial merece el movimiento actual de muchos miles de españoles incorporados a las distintas actividades de la vida hispanoamericana y que vuelven periódicamente a España. Es indudable que llevan a la Península usos hispanoamericanos incorporados a su habla y que traen a su regreso la última voz de moda en la Península. Ya hemos visto cómo ha cundido el *o sea* español en Venezuela, la Argentina, etc. Se puede agregar a este respecto una serie de voces más o menos humorísticas, entre ellas la *dolorosa* («deme la *dolorosa*», al pedir la cuenta en un café o en un restorán) muy usada hoy en Venezuela, la Argentina, etc. Sin duda el mismo carácter tiene el *¡retrátese!*, que le dicen a uno a veces en Caracas para pedirle que pague la entrada en un espectáculo, o el consumo en un café. El *¡va que chuta!* figurado, del español, ha tenido pleno éxito en Caracas y en Méjico. También la expresión *¡ni hablar del peluquín!*

En este capítulo es imprescindible separar las voces incorporadas a la lengua general de España y las que han penetrado solo en algunas regiones, donde se han asentado los españoles que han regresado a la Península, por lo común a sus viejas tierras de origen. Tenemos así voces hispanoamericanas incorporadas al habla de Galicia, Andalucía, Canarias, Asturias, etc. Ya se sabe que la inmigración gallega a Amé-

rica ha sido tan intensa en los últimos dos siglos, que *gallego* se ha hecho por lo común sinónimo de español. Muchísimos inmigrantes gallegos vuelven a su tierra natal, y es frecuente que sigan hablando a la manera americana. Entre los americanismos de Galicia el que nos ha parecido más espectacular es el uso de *batifondio* o *batifundio*, indudablemente del argentino *batifondo*, de origen italiano, documentado en la Argentina por lo menos desde 1907. En Galicia tiene la significación de «trifulca», «tiberio», «camorra», «confusión», «trapatiesta». El *Diccionario enciclopédico gallego-castellano* de Eladio Rodríguez González, Vigo, 1961, registra además *xíbaro* «tosco, túzaro, incivil», sin duda de *jíbaro*, nombre que se da al campesino blanco de Puerto Rico.

También ha sido muy importante la inmigración de canarios (*isleños* los llamamos en Venezuela), muchos de los cuales han vuelto a España ya desde la guerra de Emancipación. En Venezuela, por ejemplo, se proclamó en 1812 la guerra a muerte contra españoles y canarios. Nos parece que de esa época data, en Canarias, la designación de *godo* aplicada al español peninsular. En Venezuela ese uso lo encontramos ampliamente documentado desde una carta de 1782; los canarios a quienes hemos consultado no lo han encontrado en sus islas como uso viejo. Manuel Alvar, en *El español hablado en Tenerife* (Madrid, 1959, p. 116) registra como voces de origen americano, *ahorrada* «oveja mal parida» y *ahorra* «oveja que no cría ni está preñada» (de *ahorrarse* «malograrse», en Méjico, América Central y del Sur)[16]. Luis y Agustín Millares, *Léxico de Gran Canaria*, Las Palmas, 1924, registraba como americanismos («o más bien cubanismos») *guagua* «ómnibus», *güiro*, *guineo*, «canturia continuada, monótona y fastidiosa», *buchinche*, *ñanga*, *ñangueta*, *embullo*, *tenderete*, *singuango*,

16. *Horra* se aplica en Venezuela a la res (cabra, vaca, yegua, etc.) a la que se le ha muerto la cría. Es uso documentado entre nosotros desde 1859 (a veces con la *h* inicial aspirada). De ahí se formó *horrarse* «perder una res la cría» («Se me *horró* la vaca»). También, con el mismo valor, *ahorrarse* («Esta vaca se *ahorró* el mes pasado»).

etc., «entre las cuales se destaca la deliciosa interjección *Fó*». La *Colección de voces y frases provinciales de Canarias*, de Sebastián de Lugo, La Laguna de Tenerife, 1946, p. 33, registra entre sus americanismos *cachetada*, *encachazado*, *¡fó!*, *machango*, *monifato*, *morrocoyo* y *papa*.

Lapesa, en su *Historia de la lengua*, 6ª edición, p. 334, menciona además *guagua* «camión, autobús», *atorrarse* «vagar, holgazanear»; *buchinche* «tenducho, taberna», *machango* «bromista», *rascado* «ofendido» y otros vocablos o acepciones nacidos —dice— al otro lado del Atlántico.

En cuanto a Andalucía, una revisión del actual Atlas etnográfico y lingüístico de Andalucía nos da en seguida la sorpresa de una gran cantidad de voces que nos son familiares en el uso hispanoamericano. Muchas de ellas (como la gran extensión de *papa* frente al español general *patata*) son conservación de usos viejos; nos han llamado la atención, por ejemplo, *fañoso* «gangoso» (con vida en Venezuela y gran parte de América), y *trenzas* «cordones de los zapatos», general en Venezuela. Otras, según señala Alcalá Venceslada, en su *Vocabulario Andaluz* (Andújar, 1934, p. 6) son viejos andalucismos incorporados a la vida hispanoamericana y no siempre al habla general de España. Ya hemos visto en Andalucía voces de indudable origen americano: *guateque*, *rajarse*, *guayabo*, *macuto* y alguna más[17].

17. En una serie de casos, Alcalá Venceslada registra una serie de coincidencias entre el uso andaluz y el de algunos países de América, por lo menos en las siguientes voces: *gallera, intemerata, macancoa, ruano, sarteneja, querendón, revuelo* («salto que da el gallo en la pelea, asestando el espolón al adversario y sin usar el pico»), *negro, negra* (tratamiento cariñoso), *musolina* (muselina), *morisqueta, mogo* y *mogoso, manflorita, machacante* (moneda de cinco pesetas), *yerbuno* (terreno que tiene mucha hierba), *zarco* (caballería que tiene en los ojos un círculo claro alrededor de la retina), *zamarro* (astuto, taimado), *varejón* (alto y delgado), *chucho* (nombre de un pez), *soca* (raíz de la caña de azúcar), *buchaca* (bolsillo), *ardiloso* (astuto, ardidoso), *apestillar* (amarrar a alguien). Es probable que en todos esos casos Andalucía sea más bien la tierra de origen. Sin duda una serie de coincidencias análogas se pueden encontrar en el léxico de otras regiones de España.

La materia es sin duda infinita y no nos podemos detener en otros ejemplos. Ya es hora de que entremos en el segundo proceso.

Hemos señalado ya la actual influencia española en casos como *o sea*, *la dolorosa*, o *retrátese*. Interesa ver si España conserva algo de su viejo papel normativo sobre el español de América.

A pesar de la independencia política de Hispanoamérica y de la independencia literaria, proclamada por Bello y la generación romántica, y aun a pesar del creciente fervor nacionalista del siglo XIX y del ascenso de sectores sociales nuevos, el ideal de lengua siguió en general intacto. Y salvo alguna pasajera rebeldía, sobre todo rioplatense, la Gramática y el Diccionario de la Academia han tenido más autoridad que en España. Se desarrolló en América un purismo exagerado y hasta supersticioso, mucho más inflexible que el español. Aun hoy no son escasos los hispanoamericanos cultos que llegan a Madrid y se escandalizan de no encontrar allí la pureza lingüística que ellos esperaban.

Con todo, la relación entre lengua literaria y lengua hablada había cambiado radicalmente en el curso del siglo XIX. La literatura hispanoamericana, desde Rubén Darío, había ganado la preeminencia, y nada parecía más majestuoso que nuestra naturaleza, nuestras cordilleras, nuestros ríos, nuestras selvas. Frente al preceptismo peninsular, hubo una vieja reacción anti-española, que prolongó la Guerra de Emancipación. Es significativo señalar un breve interregno, el de la fugaz República Española, en que se reconstituyó cierta unidad espiritual entre España e Hispanoamérica. Los hispanoamericanos se sintieron entonces en gran parte identificados con el español, hasta el punto de que todos nuestros países acudieron voluntarios para defender la República. Era evidente que se había establecido o había renacido una profunda hermandad entre nuestro joven mundo americano y la vieja España. Como consecuencia de la derrota, muchísimos españoles, sobre todo de las clases culturalmente altas, se esparcieron por toda Hispanoamérica y contribuyeron muy eficazmente a su desarrollo cultural, con claros reflejos en el campo

expresivo. Piénsese en León Felipe, Max Aub y José Gaos en Méjico; Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico, con incursiones en otros países; Ramón Gómez de la Serna y Rafael Alberti en Buenos Aires; y muchísimos más. En esos momentos Gabriela Mistral, tan independiente, todavía decía:

> Un español tiene siempre derecho para hablar de los negocios del idioma que nos cedió y cuyo cabo sigue reteniendo en la mano derecha, es decir, en la más experimentada.

En realidad es discutible esa idea del «idioma que nos cedió» y su derecho para gobernarlo.

Más nos importa observar la verdadera situación actual. Es sin duda compleja. Ya hemos visto que Venezuela usa sistemáticamente *grape fruit*, pero es curioso observar que su jugo enlatado y vendido comercialmente se llama únicamente *jugo de toronja*; y *toronja*, a pesar de corresponder a otra fruta, se ha generalizado como nombre del *grape fruit* en estas tierras peruanas. Análogamente, el mejicano llama *jitomate* a la fruta, pero la industria y el comercio han consagrado el jugo de tomate. Otro ejemplo: en Venezuela se ha impuesto el *radio* para el aparato receptor y las transmisiones. Pero las trasmisoras conservan sistemáticamente el femenino: «La Radio Nacional», etc. La *azafata* española ha triunfado ampliamente en la aviación de la Argentina, precisamente el país de la más profunda rebeldía lingüística. Y me impresiona que en un solo número de *El Nacional* de Caracas (periódico independiente, sin duda el más importante de Venezuela, más bien izquierdista), el del sábado 14 de noviembre de 1974, aparezcan los dos títulos siguientes: 1° «Batida la marca de pérdidas en el casino de Las Vegas» (es un cable de la agencia Efe desde Las Vegas, Nevada). La *marca batida* (lo general entre nosotros es el anglicismo *record*), era que tres príncipes de Arabia Saudita, enriquecidos por los nuevos precios petroleros, habían perdido en una sola noche un millón de dólares en el casino del «Gran Hotel». La información

agregaba que los súbditos de los países productores de petróleo llegaban a Las Vegas en sus «reactores» particulares. La segunda llevaba el siguiente título: «Balance de préstamos. El BID rompe la marca de mil millones de dólares». Esta vez es un despacho de la UPI (United Press International) de Washington, y el texto comienza: «El Banco Interamericano de Desarrollo marcará un hito en su historia de catorce años, al sobrepasar sus préstamos de este año la ansiada meta de mil millones de dólares».

La verdad es que el uso hispanoamericano es *record* o *batir un record*, que para nosotros tiene la ventaja de su universalismo y de su carácter específico, y responde mejor a la arbitrariedad del signo lingüístico. En cambio, *romper una marca*, que prefieren los puristas españoles, tiene el grave inconveniente de su ambigüedad, por su valor polisémico. Lo mismo decimos de *reactor*, el uso casi general en el periodismo y la lengua culta de España; nosotros preferimos con mucho el anglicismo *jet*, tan específico. Es verdad que tanto en España como en Venezuela tenemos hoy *moteles*, pero también es cada vez más frecuente encontrar en Venezuela y la Argentina *hostales* y *hosterías*.

Pero no nos asombremos demasiado. Un artículo firmado por un autor venezolano, publicado en el mismo periódico de Caracas el miércoles 4 de diciembre, termina con la siguiente frase: «Si no hubiera sido por Winston Spencer Churchill pocas dudas nos quedan de que le hubieran metido el *gol* artero a la humanidad y el balompié de la vida se hubiera acabado por falta de adversarios y espectadores». La verdad es que *balompié*, inventado arbitrariamente por Mariano de Cavia, con intención casticista, hacia 1920 (un calco del inglés, con aire afrancesado) ha terminado por ganar la entrada en el Diccionario académico. Siempre nos había parecido ridícula esa denominación; pero además del ejemplo mencionado, lo encontramos en *El Universal* de Caracas del 30 de noviembre de 1974, en el epígrafe de una radio-foto de la Associated Press, con el siguiente texto: «Pelé, el retirado Rey del fútbol, instruye a unos entusiastas niños japoneses, quienes admiran al ídolo y desean aprender los tru-

cos del balompié». También *gol* es hoy forma académica, y la primera vez que lo hemos visto usado en sentido figurado fue en la primera edición de *La peculiaridad lingüística rioplatense*, de Américo Castro.

Volvamos a *balompié*, porque nos parece significativo. Otra crónica de *El Nacional*, del 17 de diciembre de 1974, anuncia que la Federación Internacional de Fútbol Asociado estudiaba la posibilidad de realizar «por primera vez en la historia del balompié, un campeonato mundial de este deporte en los Estados Unidos de América». Luego, toda la información usa fútbol, empezando por la «Confederación sudamericana de fútbol». El mismo día, el mismo periódico publica una información con el siguiente título: «un total de 15.000 futbolistas de 23 entidades puso en actividad la *Liga Menor*». Declara un directivo de la Liga, y usa «balompié menor», pero emplea fútbol en toda la crónica, y anuncia al final que «para 1975 espera llegar a 1.500 equipos y al total ansiado de 20.000 pequeños balompedistas en todo el país». No nos burlemos, pues, ligeramente del *balompié*. También encontramos usado el *balón*, aunque es general el *pelotazo*. De modo análogo, se está empezando a usar *baloncesto* en lugar de *basketball*. Y a veces *lanzador* en lugar de *pitcher*. Se tiende a sustituir los *bluejeans* por *pantalón vaquero* o *pantalón tejano*. También nos burlábamos al principio del *restaurante*, fabricado artificialmente por la Academia, en lugar del *restorán* (*restaurant*) francés. El *restaurante*, por la influencia de la letra escrita, tiende hoy a ser general en casi todo el mundo hispánico.

Se puede afirmar, en líneas generales, que se está produciendo en los últimos treinta años una hispanización casi completa en el léxico deportivo. Yo recuerdo de mi infancia de futbolista toda la terminología inglesa. A fines de 1974, al regresar a Buenos Aires, encuentro toda esa terminología hispanizada, aunque no siempre igual que en España. Hoy es general el *árbitro* (en lugar del *referee*), el *equipo* o *conjunto* (en lugar del *team*), el *arquero* o *guardavalla* (en lugar del *goalkeeper*), los *zagueros* (en lugar de los *backs*; a veces hemos visto *defensor derecho* y *defensor izquierdo*), los *medios* (en lugar de *half*), el *delantero derecho* y el *delantero izquierdo*, y también los *volantes* (en lugar del

wing derecho y del *wing izquierdo*), el *centro delantero* en lugar del *centro forward*, el *tiro de esquina*, alternando todavía con el *corner*, el *tiro penal*, o el *penal* (en lugar del *penalty*), el *partido* en lugar del *match* (que se mantiene todavía en el boxeo). Se conserva sin embargo el *fao* (a veces alterna con *falta*) y el *off side* (pronunciado, desde mis tiempos, *orsay*), y el *linesman* (a veces también *juez de línea* o *de raya*). Claro que se usan *futbolista*, *gol*, *golear* y *goleador*. Algo parecido está sucediendo en los otros deportes: *boxeo* es general, pero a veces se usa *púgil* o *pugilismo* o *pugilato*; *round* es general, pero a veces se usa *asalto* («cuarto asalto», «séptimo asalto»); *match* es general, pero a veces se emplea *combate* («combate de diez asaltos»); *ring* es general, pero a veces se emplea *cuadrilátero*. Claro que son intangibles *boxeador*, *knockout*, *noquear*, *estar grogui*, etc.

No vamos a detenernos en todos los deportes, que ofrecen hoy una riquísima gama de términos, en que alternan cada vez más el anglicismo crudo con su traducción castellana. Pero podemos afirmar categóricamente, como conclusión de este capítulo, que a pesar de todas las reservas anti-españolas o anti-academicistas, se observa una tendencia creciente a la hispanización, y en general a la nivelación. Cierta unificación de la terminología deportiva se vuelve a veces imprescindible debido a la frecuencia creciente de campeonatos internacionales: Juegos Bolivarianos o Panamericanos o Centroamericanos, Olimpíadas, partidos internacionales de fútbol o de béisbol, encuentros pugilísticos, etc. No hay que olvidar que la radio y la televisión internacionales presentan los grandes acontecimientos deportivos, simultáneamente, a todo el mundo. Además, los campeones o primeras figuras suelen «venderse» y «alquilarse» de país en país. Caen las viejas monarquías, pero el deporte nos da nuevos «reyes» («El Rey Pelé», por ejemplo), que ganan copas, cetros y coronas.

Frente al proceso general de nivelación léxica que hemos estudiado cabe una pregunta.

La transformación política y social que se está produciendo actualmente en los distintos países de Hispanoamérica ¿no tendrá

graves repercusiones en el desarrollo de nuestra lengua? La opinión general es que las revoluciones lo transforman todo, incluso la expresión cotidiana. Sin embargo, de la revolución cubana no conozco más que un término típico que se ha difundido por toda América: *siquitrillar* o *romper la siquitrilla*, en el sentido de aniquilar (la expresión viene de la riña de gallos: el gallo que queda muerto, fulminado por la espuela de su contrario, queda *siquitrillado*; la *siquitrilla* es al parecer la aorta del gallo). Con la revolución la voz adquirió valores figurados, y se asoció con el paredón. Los discursos de Fidel Castro han generalizado también el nombre de *gusanos*, aplicado en general a todos los contrarrevolucionarios. Por otra parte la revolución chilena de la época de Allende extendió por América un término que tenía tradición española, pero era casi desconocido entre nosotros: los *momios* o parásitos sociales. La política francesa del último tiempo nos ha dado —mucho después de Darwin— los *gorilas*.

Ya se sabe que la relación entre Lengua y Revolución se suscitó con carácter polémico en la Unión Soviética en 1950, y a la amplia controversia publicada en el *Pravda* le puso punto final el mismo Stalin, el cual sostuvo que la lengua no es una super-estructura correspondiente a una determinada base económica, y que ha sido creada a través de la historia para todas las clases de la sociedad, y sirve efectivamente a todas ellas, como las máquinas y los instrumentos de producción. Claro que, como bien colectivo, está expuesta a todas las contingencias de la vida social, y aunque refleja efectivamente las transformaciones de la época, lo hace de manera muy compleja y a veces paradójica, sin cortar el fuerte arraigo de la expresión tradicional. Si la revolución rusa hubiera revolucionado la lengua, las obras de Marx o de Lenin se habrían vuelto incomprensibles, lo cual no ha sucedido. La revolución francesa, por ejemplo, consagró una serie de términos nuevos, pero fue profundamente conservadora en materia de lenguaje. Sin embargo, Martinet (ob. cit.) cree que con la creciente complejidad de las relaciones humanas, aparecerán nuevas funciones, con nuevos indicadores funcionales (preposiciones, con-

junciones, locuciones prepositivas o compositivas). Los cambios de estructura social —dice— repercutirán a largo plazo sobre la estructura de la lengua. A nosotros nos parece que más que un peligro de diferenciación lingüística, existe la inquietante posibilidad de que paulatinamente el mundo de la imagen y los nuevos medios de comunicación desplacen a la lengua de la función hegemónica («órgano generador del pensamiento») que ha tenido hasta ahora.

Se ha manifestado además el temor de que la actual profusión de «malas palabras» en la literatura, el cine y el habla general, sean nuevo factor de fraccionamiento lingüístico. Y en ese sentido se puede afirmar categóricamente que ha habido más bien una rehispanización general. En general las llamadas «malas palabras» (entre ellas las más frecuentes exclamaciones) son enteramente españolas y han vuelto al uso general. También el lenguaje escatológico es el de la lengua general, incluyendo «le mot de Cambronne», tan usado hoy. Y la germanía y la gitanería españolas han enriquecido además el habla de la delincuencia venezolana y la expresión estudiantil. La voz en ese sentido más importante y característica es *pure* o *pureto*, designación del padre o del viejo. Rafael Salillas, *El delincuente español: El lenguaje*, registra en su «Vocabulario de caló jergal», *puro* o *purí* con el valor de «viejo», «avezado», y lo remonta al sánscrito *purâ* (ya se sabe que el gitano está emparentado con el sánscrito); dice que la forma *puro* es del caló catalán. *Pureto* ha venido indudablemente del argot español. Luis Carandell (*Vivir en Madrid*, Barcelona, 1967), registra al final, en su «Diccionario Madrileño-Castellano», *pureta* «viejo verde» [sic]. Desde luego, es bastante frecuente en Caracas otro término del argot español: guita «dinero», que es común en el habla familiar de Madrid (ya se encuentra en el *Diccionario* académico). Y en el habla del hampa un claro gitanismo como *achantar la mui* «callarse» (Salillas registra *mui* «boca», «lengua del caló» y Günther Haensch encuentra la expresión en un relato de Delibes, escritor de Valladolid). También es un claro gitanismo *dar coba* «engañar» y además *choro* «ladrón».

Conclusiones

Hasta ahora hemos girado alrededor de la tesis de Rufino José Cuervo, y nos hemos encontrado con que frente al fraccionamiento paulatino de nuestro mundo hispánico, que él preveía en 1899, se observa por el contrario una creciente nivelación léxica entre nuestras veinte repúblicas hispanoamericanas (incluyo a nuestra hermana Puerto Rico), y entre ellas y el español peninsular. Esa nivelación la hemos limitado al léxico activo. Más importante sin duda y más profunda es la nivelación del léxico pasivo. Expliquémonos. Por ejemplo, el uso del *che* es característica rioplatense, pero no creo que haya hoy ni un solo rincón hispánico donde ese *che* sea incomprensible. Lo mismo se puede decir de casi todo nuestro léxico, activo y pasivo, lo cual no excluye una serie de diferencias, a veces espectaculares. Unidad y diversidad se complementan recíprocamente. La realidad es que un hablante de español puede pasearse desde el Río Bravo del norte hasta Tierra del Fuego, o desde las costas del Atlántico hasta las márgenes limeñas del Pacífico, con menos tropiezos lingüísticos que los que ofrecen nuestras carreteras y caminos. Y con menos tropiezos también que el hablante nativo que recorre de norte a sur la Península Ibérica, o Francia, Italia, Inglaterra o Alemania. Estoy convencido de que ese paseo lo puede hacer no solo un hispanohablante culto, habituado a la prensa internacional y hasta a los congresos hispánicos, sino aun el hombre del pueblo, el obrero y el campesino. Es posible que en algún momento crea que no entiende nada, porque varía la entonación expresiva, el «tempo» o el grado de relajamiento vocálico y consonántico. Eso ha pasado a españoles amigos míos recién llegados a Caracas. Lo mismo le pasó a Rufino José Cuervo al llegar por primera vez a Sevilla. El viajero necesita siempre una pequeña reacomodación, pero es indudable que un obrero del Callao puede trabajar y hacerse entender en cualquier parte de nuestra América sin mayores problemas. Quizá exceptúe solo a hablantes indígenas que no han adquirido aún el manejo de nuestra lengua.

Por eso me parece absolutamente insostenible la reciente tesis del hispanista checo Lubomir Bartoš, en *El presente y el porvenir del español en América* (Brno, 1971), que no solo augura el fraccionamiento del español americano, sino que lo ve ya realizado con la constitución de una serie de lenguas nacionales, diferenciadas en la pronunciación y en el léxico, aunque —dice— todavía no en la morfología y la sintaxis. Su tesis —dice él mismo (p. 17)— es «que los hablares españoles en Hispanoamérica deben concebirse como lenguas nacionales en toda la extensión de la palabra, sin reserva alguna». La considera además tesis optimista y progresista, porque cada una de esas lenguas —dice— podrá desarrollar al máximo sus propias posibilidades expresivas, sobre las cuales descarta en absoluto la influencia de España. Sus «lenguas nacionales» se constituyen sobre el prestigio de la capital de cada país.

Se puede objetar que en realidad aun las lenguas nacionales de hoy se hacen cada vez más internacionales, no solo en la terminología sino hasta en las imágenes. ¿No tiende a haber un repertorio universal de imágenes por encima de las limitaciones de cada lengua nacional? Y además, si —como él cree— «la calle es mayor vínculo que la escuela», todos sus argumentos conducen, no a la constitución de veinte lenguas nacionales, sino a un centenar de lenguas regionales, cada una de las cuales desarrollaría al máximo su potencialidad expresiva y afectiva. Pensemos, por ejemplo, en la Argentina y en Venezuela. En la Argentina, además del habla del litoral y de la Patagonia, que están claramente bajo la influencia de Buenos Aires, tenemos el habla de la región de Cuyo (Mendoza, San Juan, San Luis), que presenta una clara unidad con la modalidad chilena; en cambio el Norte está más unido al habla del Sur de Bolivia; y por su parte, las provincias de Corrientes y Misiones están más cerca del habla del Paraguay. En cuanto a Venezuela, hay una región central y oriental bajo la influencia de Caracas; una región llanera afín a los llanos de Colombia; una región andina unida lingüísticamente a la meseta colombiana; y una región occidental (el Zulia, Lara, Falcón

y Yaracuy) bajo la doble influencia del centro y de la región andina. Nos parece evidente que Bartoš, que acumula citas de autores diversos, no conoce nuestra realidad hispanoamericana. Además, su tesis del fraccionamiento o atomización de un mundo hispánico de más de doscientos millones de hablantes, en una época de universalismo como la nuestra, en que se plantea tan vivamente la integración latinoamericana, que tiene que ser en primer lugar integración hispánica, no parece muy progresista, y más bien responde al aforismo: «Divide y reinarás».

Sin embargo, no puede hablarse de una norma general, supranacional, que actúe sobre el español de toda América. Si hay efectivamente un archisistema común, ese archisistema responde sin duda a una pauta más o menos general, basada en la lengua literaria general, aunque no necesariamente subordinada a España.

Hasta ahora nos hemos detenido en la nivelación léxica. ¿No puede hablarse también de una nivelación fonética y morfosintáctica? Nos parece indudable que sí. Y como ello es sin duda muy importante, se nos perdonará que nos extralimitemos y nos detengamos más de lo que nos proponíamos en este aspecto.

I. En el terreno fonético anotamos los siguientes rasgos:

1. El yeísmo ha sido progresivo en los últimos tiempos: la *ll* ha desaparecido en el norte de Chile y en algunas partes de Colombia y de la región andina. También se ha extendido notablemente su área en España, aun por zonas del norte, como las ciudades de Valladolid, Oviedo, Gijón, Santander, etc. Además, en Hispanoamérica ha dejado de considerarse un vulgarismo, y aunque la *ll* se conserva todavía en algunos islotes, el yeísmo se ha impuesto en la norma general culta.

2. La *r* asibilada en los grupos tres, cuatro, etc., que Amado Alonso estudió en algunas regiones de España, y que se da en gran parte de Hispanoamérica desde el Río de la Plata hasta el Suroeste norteamericano, se ha desarrollado en los últimos años en la ciudad de Méjico (en los grupos *tr*, *dr* y en la *r* inicial), con tendencia a una mayor expansión.

3. La aspiración de la *s* implosiva se ha extendido por algunas regiones nuevas: el sur de España hasta Madrid; el norte de la Argentina, y gran parte del interior.

4. El seseo, que antes se tendía a considerar un rasgo vulgar que la escuela debía corregir, ha triunfado como norma culta de toda América, y tiene también gran extensión peninsular.

II. En el gran terreno morfológico, ya Cuervo, y últimamente Bartoš, han dado gran importancia, como tendencia diferenciadora, a la constante creación de nuevos derivados, distintos en cada país. Lo que se llama «Crecimiento vegetativo del lenguaje».

1. A este respecto, hemos anotado las siguientes alternancias, según los países: *congresal-congresante-congresista*; *conferenciante-conferencista*; *concurrente-concursante*; *indolente-indoloro*; *partidario-partidista*; *enchufados-enchufistas*; *maquillista-maquillador*; *campurriano-campesino*.

Y tomando a Venezuela, los siguientes: *peonada-peonaje*; *indiada-indiaje*; *negrada-negraje-negramentazón*; *mujerío-mujererío*; *pedregal-pedrerío*; *polvareda-polvero*; *griterío-gritería-gritadera*; *caprichoso-caprichudo*; *planchado-planchada*; *picazón-piquiña*; *ardor-ardezón*.

Podríamos detenernos además en los infinitos verbos en *-ear*, entre los cuales destacamos, por su valor expresivo, los siguientes: *negrear*, *flojear*, *farrear*, *mujerear*, *jefear*, el temible *ningunear* mejicano o el hermoso *balconear* argentino.

Nos encontramos así en un campo formativo asociado con la creación poética. De modo análogo ha surgido el verso de Rubén Darío: «Madrigalizaré junto a tus labios».

Toda palabra tiende a crear su familia léxica (sobre luna de miel se ha formado recientemente en la Argentina *mieleros*, los que pasan la luna de miel en un hotel, balneario, etc.). No parece que ello ofrezca traba ninguna a la mutua comprensión.

2. El único sufijo diminutivo de toda Hispanoamérica es *-ito*: *librito*, *mesita*, etc., con la variante *-ico* en varias regiones solo cuando en la sílaba anterior hay una *t*: *platico*, *ratico*, *chiquitico*, *Martica*, *teatrico*,

etc. (Las formas en *-illo* solo se dan en los casos de lexicalización: *bolsillo*, *chiquilla*, etc.).

3. El voseo, tan importante en el Río de la Plata, está en retroceso en casi todo el resto de Hispanoamérica, así como ha desaparecido en España. En los llanos de Venezuela observamos su franca extinción en las últimas generaciones: los viejos mantienen todavía las formas del imperativo: *cantá*, *mirá*, *sentáte*, etc., y algún caso de vos alternante con la forma verbal del tuteo. Lo mismo parece que está pasando en algunos de los estados occidentales de Venezuela. En la ciudad de Mérida se ha perdido el voseo, que es general en la zona andina.

4. Hay que señalar, tanto en España como en América, el uso creciente del potencial hipotético de origen francés, que ya hemos mencionado en la Argentina. Rafael Lapesa cita en España: «El Ministro del Interior llegaría mañana a la capital»; «Los detenidos habrían sido trasladados a otra prisión».

5. Igualmente el uso del futuro narrativo con valor de presente histórico. En su ya mencionado estudio, Rafael Lapesa registra: «La pequeña ciudad de Rómulo y Remo se hará después señora del mundo»; «La defenestración de Praga da comienzo a una guerra que durará treinta años» (ya lo usaba Castelar en el siglo XIX).

6. La amplia resurrección literaria del viejo pluscuamperfecto de indicativo en *-ra*, que con frecuencia sustituye a cualquier tiempo pretérito: «El acuerdo que ayer tomara en la reunión ha sido ratificado». Aunque es de origen literario y hasta cierto punto afectado, parece uso creciente, más en América que en España, donde no es nada raro. En cambio, nos parece cada vez más general, en España y América, la sustitución del pluscuamperfecto de indicativo (el antecopretérito de Bello) por el pretérito simple: «Ayer mismo se contaba que dos hombres intentaron atacar a un policía».

7. Se nota una decadencia general del subjuntivo ante formas de indicativo. Emilio Lorenzo señalaba las siguientes frases: «Si tengo tiempo, te escribo» (Si tuviera tiempo, te escribiría); «Si sé que estás

en cama, no vengo» (Si hubiera sabido que estás en cama, no habría venido); «Si llego a tener dinero, lo compro» (Si hubiera llegado a tener dinero, lo habría comprado).

8. Se observa una tendencia, más intensa en América que en España, a la decadencia del futuro sintético y a su sustitución por el giro perifrástico con *ir* + infinitivo, con una simple forma del presente: «Mañana voy a ir al teatro» o «Mañana voy al teatro».

9. La aglutinación de sustantivos en aposición (*villa miseria*, *hombre masa*, *casa cuna*, *hora punta*, *ciudad satélite*, etc.) e igualmente la pérdida de la preposición y la formación de usos puramente apositivos como *calle Goya*, *plaza San José*, *Teatro Apolo*, *calle San Martín*, *Instituto Andrés Bello*, *Avenida Libertador*, *cine California*, etc.

10. Uso frecuente del sustantivo en función adverbial («estuvo fenómeno», «se divirtió horrores», «lo pasamos bomba» etc.) o la frecuencia del uso adjetivo con valor adverbial («hablar claro y raspado», «irse suavecito», «pasarlo bárbaro», etc.).

11. La afirmación enfática *¡cómo no!*, que todavía en 1918 Toro y Gisbert, en *Los nuevos derroteros del idioma*, consideraba americanismo, es hoy general en toda América, con una profusión variable (Zamora Vicente, en su *Dialectología española*, dice que es de una frecuencia abrumadora y es típico de todo el español de América), pero es cada vez más frecuente en España. Igualmente se ha extendido por España la negación elíptica *¡qué va!*, general en Hispanoamérica. En cambio es un puro remedo humorístico en España el uso de la negación *¡qué esperanza, che!*, que sin el *che* se ha difundido por Bolivia, Perú, Ecuador, Méjico y Puerto Rico.

12. Rafael Lapesa, obra citada, p. 204, señala que *sin embargo* se despoja frecuentemente de su originario valor concesivo (= *empero*, *no obstante*) y marca simples contraposiciones (= *en cambio*, *por el contrario*) y cita: «Él era bastante gordo, y le sentaba bien el traje, yo tengo otro tipo, sin embargo. Soy alto, delgado». Nos parece que el mismo desplazamiento significativo es hoy general en el español de América.

13. Por influencia anglicista se están generalizando en España y América una serie de usos, no todos nuevos. En primer lugar, la extensión anglicista del artículo indefinido. Lapesa cita: «Han oído ustedes la Actualidad Financiera, un reportaje de Pedro Pérez» y lo encuentra aun en la traducción del título de Aubrey F. G. Bell, «Luis de León, *Un estudio del renacimiento español*». Igualmente construcciones de gerundio como «Orden autorizando la importación de automóviles», «Se recibió un sobre conteniendo varios documentos» (en estas construcciones se suman la influencia inglesa y francesa). Y aún más, usos como los siguientes, cada vez más frecuentes: «Asuntos a resolver»; «Cuestiones a discutir»; «Motores a aceite pesado»; «Máquina a vapor»; «Cocina a gas», etc. Y nombres como Alvear Palace, Alcázar Hotel, Monte Ávila Editores, Taurus Ediciones, etc.

En conclusión, me atrevo a afirmar que se puede observar en el desarrollo de nuestra lengua común una amplia tendencia niveladora que abarca fundamentalmente el léxico, se extiende en parte a la pronunciación y en mayor medida a los aspectos morfosintácticos, todo lo cual, lejos de augurar un futuro fraccionamiento, asegura más bien una unidad cada vez más sólida y profunda. Se puede hablar de una unidad del archisistema de la lengua española, con una norma general común, que reposa en la conciencia de que hablamos todos una misma lengua, norma general compatible con la existencia de una pluralidad de subnormas regionales.

Creo que mis palabras han sido ya demasiado largas, y me parece justo concederles a ustedes un respiro, para terminar con un pasaje de *Puertas al campo* del gran mejicano Octavio Paz, y otro pasaje de las *Memorias* de Pablo Neruda. Dice Octavio Paz:

> No hay riesgo de que las particularidades del habla argentina o centroamericana den origen a lenguas distintas. Aunque el español de América no es eterno —ninguno lo es— durará lo que duren las otras lenguas modernas: vivimos la misma historia que rusos, franceses e ingleses. Pero una cosa es la lengua que hablan los hispanoamericanos y otra la

literatura que escriben. La rama creció tanto, que ya es tan grande como el tronco. En realidad es otro árbol. Un árbol distinto, con hojas más verdes y jugos más amargos. Entre sus brazos anidan pájaros desconocidos en España.

Y ahora oigamos a Pablo Neruda (*Memorias*, pp. 77-78; Barcelona, 1974):

...Todo lo que usted quiera, sí señor, pero son las palabras las que cantan, las que suben y bajan... Me prosterno ante ellas... Las amo, las adhiero, las persigo, las muerdo, las derrito... Amo tanto las palabras... Las inesperadas... Las que átonamente se esperan, se acechan, hasta que de pronto caen... Vocablos amados... Brillan como piedras de colores, saltan como platinados peces, son espuma, hilo, metal, rocío... Persigo algunas palabras... Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema... Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas... Y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo, me las zampo, las trituro, las emperejilo, las liberto... Las dejo como estalactitas en mi poema, como pedacitos de madera bruñida, como carbón, como restos de naufragio, regalos de la ola... Todo está en la palabra... Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba y que le obedeció... Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tienen de todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces... Son antiquísimas y recientísimas... Viven en el féretro escondido y en la flor apenas comenzada... Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos... Estos andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, frijolitos, tabaco negro, oro, maíz, huevos fritos, con aquel apetito voraz que nunca más se ha visto en el mundo... Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus,

idolatrías iguales a las que ellos traían en sus grandes bolsas… Por donde pasaban quedaba arrasada la tierra… Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes… el idioma. Salimos perdiendo… Salimos ganando… Se llevaron el oro y nos dejaron el oro… Se lo llevaron todo y nos dejaron todo… Nos dejaron las palabras.

VI
EL FUTURO DE NUESTRA LENGUA[18]

18. Publicado por primera vez en la *Revista de Occidente*, Madrid, Año V, 2ª época, 1967, incluido en *Nuestra lengua en ambos mundos*, Salvat Editores, Madrid, 1971. Aparece incluido en *Sentido mágico de la palabra*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1977. Y finalmente en Monte Ávila editores, Caracas, 1990, a cuya edición nos acogemos: Rosenblat, Ángel, Biblioteca Ángel Rosenblat III, *Estudios sobre el español de América*, edición de Áurea Gómez, Luciana de Stefano, José Santos Urriola.

Hace unos cincuenta años decía Karl Vossler: «Parece que los idiomas europeos se están helando en el curso de los últimos siglos, hecho notable y asombroso, ya que podría desmentir el optimismo de muchos lingüistas, demasiado presurosos al identificar el proceso de los idiomas con el de la civilización y el pensamiento». No desconocía Vossler el continuo proceso de transformación que se opera en nuestras lenguas, pero notaba al mismo tiempo un intenso y febril trabajo de conservación, hasta el punto de creer que las tendencias destructoras o renovadoras y las restauradoras o conservadoras se contrapesaban: «El periodo idiomático actual —decía— es de *movilidad estable*, de solidez elástica... Parece que no hay movimiento lingüístico, y al contrario, el movimiento se ha hecho más intenso, más general y más diverso que en la época bárbara en que tuvieron lugar las transformaciones catastróficas —fonéticas, flexivas y morfológicas—, que dieron lugar al surgimiento de los idiomas románicos y germánicos. He aquí un verdadero progreso lingüístico que solo se manifiesta como pura fuerza de inercia».

¿Será verdad tanta belleza? Es indudable que no se puede identificar la renovación social y científica de una época, con la renovación del lenguaje. Son dos mundos de naturaleza distinta. Este objeto alargado que me sirve para escribir y que es una notable realización de la técnica moderna lo llamo *pluma*, aunque nada tiene que ver con el plumaje de las aves. Me desplazo por las *carreteras* (unas carreteras en las que ya no hay carretas) a cien quilómetros por hora en unos vehículos novísimos que en unas partes llaman *coches*, voz de origen húngaro o checo que entró en nuestra lengua en el siglo XVI, y en otras *carros*, algo alejados de los viejos carros de guerra de los celtas. Nos asalta a veces la *melancolía* (del griego), aunque sepamos muy

bien que nada tiene que ver con la bilis negra, y el hombre puede padecer de histeria (de υστερα, matriz), y es evidente que no será por trastornos uterinos. ¿Qué hay de común entre la *democracia* ateniense del siglo V antes de Cristo, la *democracia* inglesa o norteamericana de hoy y las *democracias populares* de detrás de la cortina de hierro? Desde la *libertas* romana a la *liberté* de la Revolución francesa y a la *libertad* de hoy, ¡qué inmenso recorrido social y político se oculta en una misma palabra! Las cosas cambian y las palabras quedan. ¿Nos encontramos ante una triste limitación del espíritu humano, propenso a la rutina, ante una engañosa usurpación de nombres, o ante un admirable recurso de economía mental? Pareciera como si los hombres se mataran siempre por las mismas palabras («¡Oh libertad, qué de crímenes se cometen en tu nombre!», exclamó Madame Roland). *El sol sale* y *el sol se pone* seguimos diciendo casi invariablemente desde hace varios miles de años, a pesar de Copérnico. Precisamente al analizar la afirmación de que «el sol sale por Oriente», decía Ortega: «Nuestras lenguas son instrumentos anacrónicos. Al hablar somos humildes rehenes del pasado».

1. Arcaísmo e innovación

Con todo su anacronismo, no puede negarse que la lengua cambia. Muchas voces que parecen de siempre son increíblemente jóvenes. *Sentimental* (del inglés) es del siglo XIX (no entra en el Diccionario de la Academia hasta 1834). *Coqueta*, *coquetería* y *coquetear* son de fines del XVIII (entran también en la Academia en 1834). *Hacer la corte*, *hacer el amor*, *hacerse ilusiones* se criticaban en el siglo XIX como galicismos inaceptables. *Interesante* entra en el Diccionario en 1803, aplicado a las cosas («lo que interesa»), no a las personas. *Intriga*, *intrigar*, *intrigante* son de fines del XVIII, y la Academia los adoptó en 1817. *Cursi* es de fines del XIX. Y también de entonces la temible *lata* (*dar la lata*), y el *latoso*. Y la *tomadura de pelo*, que todavía a Juan Valera, en 1896, le parecía achulada y disonante.

Más nueva y numerosa es la terminología científica y la político-social. Hoy todos hablamos de *radar* y de *radiaciones*, de *desintegración* y de *fisión nuclear*, de *electrones*, *protones* y *neutrones*, de *sincronizar* y *sintonizar*, de *electrónica* y de *cibernética*. *Interferir* e *interferencia*, que son nuevos en la terminología científica (*interferir* no entra en la Academia hasta 1956) tienen amplios valores metafóricos hasta en el habla corriente. *Impacto* era un latinismo de la Medicina y se decía *humor impacto*, *putrefacción impacta*, lo cual ya no se entiende ante el *impacto* de las modernas armas de fuego (la Academia lo recogió en 1899, pero prefería *impacción*), y no hay duda de que la palabra ha hecho amplio impacto en nuestros hábitos expresivos. Y son también recientes (entran en la Academia en 1956) los *complejos* de la novísima psicología, que han inundado la expresión de todos, hasta de los niños: «Es un acomplejado», «No te acomplejes».

Todo el vocabulario de la política está rehecho desde la Revolución francesa. *Fanatismo* y *propaganda* han pasado de la esfera religiosa a la política, que se ha convertido en la nueva Religión (*fanatismo*, «voz nuevamente introducida», decía la Academia en 1817). *Patria* y *patriota* cobraron valores nuevos. *Intransigente* es una creación española del siglo XIX (es académico desde 1884), y también la acepción política de *liberal*, que se remonta a las Cortes de Cádiz. *Derechas* e *izquierdas* nacen por azar en la Asamblea Nacional francesa en 1791. *Popular* y *social* se vuelven adjetivos para todo servicio. *Individualismo* le parecía «voz salvaje» a Philarète Chasles a mediados del XIX (entra en nuestra Academia en 1869), y *organización* y *organizar*, que encantaban a Saint-Simon y a Comte y a todo el socialismo del siglo XIX, chocaban con el sentimiento tradicional («Solo el Autor de la naturaleza puede organizar un cuerpo», decía la Academia francesa). *Partidario* era el miembro de una *partida*, y en el siglo XIX se convirtió en miembro de *partido*. *Proletario* era el que tenía prole, pero del viejo derecho romano se tomó de nuevo la palabra como antítesis del *burgués* insaciable y cruel. Todo nuestro sistema de pesas y medidas (el *metro*, el *gramo*, el *litro*) es creación de la Revolución francesa, y también la *Escuela Normal* y el *Li-*

ceo. Por lo demás, aunque Mirabeau quería derribar todo despotismo, hasta el de la lengua, y forjar voces nuevas, la verdad es que muchas de esas «voces nuevas» venían del viejo latín o del más viejo griego.

Las mayores innovaciones del siglo XIX procedían de las ciencias o procedían del francés. La Física nos ha dado las *masas*, y el francés el *burócrata* y la *burocracia*. Todavía en 1855 a Baralt, en su *Diccionario de galicismos*, le molestaba eso de *conmover a las masas*, *solevantar las masas* o *dirigirse a las masas*, y consideraba que «con más claridad y propiedad castellana» se podía conmover o solevantar al *pueblo* o a la *plebe*, o dirigirse al *público*, a la *generalidad*, al *vulgo*, a la *turba* o a la *turbamulta*. Y que en lugar de *burocracia* y de *burócratas* era mejor hablar de *covachuela* y de *covachuelistas*: «El espíritu y los intereses de la covachuela (o de los covachuelistas) se opondrán siempre con tesón a las reformas fiscales».

Aún más recientes son el *totalitarismo* y la *quinta columna*, y la *inflación*, la *deflación* y la *recesión*. Y mil voces más, de las artes, la medicina, los deportes, la técnica y la política, que rigen la vida de todos y que ahora nos vienen fundamentalmente del inglés, junto con otras que inundan la expresión cotidiana, algunas tan triviales como el *okey*, por ejemplo. Muchas de ellas son igualmente voces viejas que se han llenado de contenido nuevo (vino nuevo en odres viejos). El movimiento político-social y el científico y técnico pueden haberse vuelto vertiginosos; el de la lengua es más lento, o es de otro orden. Las palabras, en su vientre fecundo, ocultan o enmascaran muchas veces a las cosas. *Alcohol*, por ejemplo, tiene una acepción técnica muy definida en la Química moderna, y otra, menos general, pero también muy clara, en la expresión corriente (con toda la secuela del *alcoholismo*). Como se sabe, viene del árabe. Pero en árabe y en español antiguo y clásico era un polvo finísimo de antimonio que usaban bastante las mujeres para embellecerse. Se lo pasaban por los ojos para ennegrecer las pestañas y aclarar la vista: la dama del romance de amor llevaba en sus ojuelos garzos «un poco de alcohol». ¿Cómo se pasó de una cosa a la otra, tan distante? En la alquimia medieval

se empezó a llamar *alcohol* todo cuerpo fino, tenue, sutil. Luego, la parte más sutil o la quintaesencia de un cuerpo: *alcohol sulphuris* era el ácido sulfúrico. Paracelso, a principios del XVI, usó con ese valor *alcohol vini*, el alcohol o quintaesencia del vino (lo que antes se llamaba más expresivamente *espíritu del vino* o *aguardiente*), y de ahí se impuso el nuevo *alcohol* en los siglos XVII y XVIII. Nuestra Academia no lo aceptó hasta 1813: «Alcohol, seu spiritus vini». Por otra parte, ¿es concebible que la palabra *gas*, que designa algo tan viejo como el mundo, sea apenas de ayer? La inventó van Helmont en el siglo XVII, inspirado, se cree, en *chaos* y en el neerlandés *geest*, «espíritu». No se encuentra en la Academia hasta 1817.

Hasta ahora nos hemos detenido solo en las palabras, como reflejo de la transformación de nuestro mundo en las últimas generaciones. Con todo lo que tiene de engañoso, ello representa lo más visible, lo más espectacular en el movimiento del inmenso mar del lenguaje. Si es verdad, como dice Oppenheimer, que el 99 por 100 de nuestros conocimientos los debemos a personas que todavía viven, es decir, son nuevos, se puede afirmar que, por el contrario, el 99 por 100 de nuestro léxico se ha mantenido inalterable. Es decir, a un 99 por 100 de conocimientos nuevos corresponde una renovación de un 1 por 100 del léxico (claro que nuestra apreciación carece de validez estadística, y suponemos que también la de Oppenheimer, quizá más exagerada que la nuestra). No hay que creer, sin embargo, que los cambios del léxico son baladíes. El tesoro total de la lengua no está almacenado automáticamente en los diccionarios, sino que constituye un sistema en constante funcionamiento, y cualquier alteración repercute sobre el conjunto. De todos modos, las alteraciones del léxico son fenómenos de superficie, en gran parte de carácter anecdótico. Las palabras —ya lo señalaba Meillet, en su *Linguistique historique et linguistique générale*— forman a veces familias, pero otras veces viven de manera discontinua, sin relación. Más decisiva, de carácter más profundo, es la estructura gramatical dentro de la cual actúan o funcionan las palabras. ¿No cambia también la estructura gramatical?

La estructura gramatical es mucho más arcaica que el léxico. Señalaba también Meillet que, en contraste con el rápido fraccionamiento del latín, durante muchos siglos se ha mantenido el tipo lingüístico en las islas de Polinesia, separadas por vastas extensiones del Océano; que desde hace un millar de años las hablas turcas han conservado el mismo aspecto o estructura, desde Siberia al Mediterráneo, desde la región de Kazán hasta la meseta irania, y que las hablas árabes de hoy, desde Siria a Marruecos, han permanecido fieles al tipo tradicional más antiguo. «La estabilidad —dice— no es cosa excepcional en las lenguas; se puede hasta pensar que es lo normal».

Más dramáticamente lo expresaba Nietzsche, también gran filólogo, en *El ocaso de los ídolos* (su *Götzen-Dämmerung*). Nietzsche se revolvía contra las falacias de la razón, momificadora de conceptos, y también contra la vieja y engañosa «razón» en el lenguaje, y decía: «Me temo que no podamos desembarazarnos de Dios porque aún creemos en la gramática». Es posible que ya no creamos en la gramática, en la gramática de los gramáticos, pero de todos modos somos prisioneros, irremediablemente, de la gramática de la lengua misma. Viejas categorías gramaticales han perdido su sentido, pero conservan la forma. En la forma del masculino y del femenino, por ejemplo, ¿no se mantienen anquilosadas viejas creencias animistas que se remontan a más de cuatro mil años? Un mundo en efervescencia ultramoderna como el de Israel ¿no encuentra hoy su plena expresión en los moldes estructurales del hebreo bíblico? ¿No lo logra igualmente el latín del Papado?

Aun así, la estructura gramatical de las lenguas vivas también cambia, aunque de modo menos ostensible. Nuestro sistema verbal ha perdido, en el último siglo, varias piezas importantes. El pretérito anterior (o antepretérito) solo sobrevive como reminiscencia literaria: «Casi hube creído que su conducta era franca y leal, pero al fin se quitó la máscara». Bello consideraba que *creí* diría sustancialmente lo mismo. Pero con menos encarecimiento. No parece, sin embargo, que

nadie se expresara hoy así. «Cuando hubo amanecido, salí», se reemplaza con expresiones nuevas: «Apenas amaneció, salí», «Luego que amaneció salí». ¿No está también en crisis la distinción entre *cantó* y *ha cantado*? El pretérito simple ha hecho grandes avances a expensas del compuesto (el antepresente o pretérito perfecto), especialmente en algunas regiones (Galicia, Asturias, Río de la Plata, Chile, Venezuela, Méjico, etc.). Y el propósito de salvar la diferencia, que ven en trance de desaparición, es uno de los móviles del «Manifiesto a los hablantes en lengua castellana» de Sánchez Ferlosio, Sánchez de Zavala, García Calvo y Piera Gil, publicado en *Cuadernos para el Diálogo*, de Madrid, en junio-julio de 1966.

Menos vitalidad aún tiene el futuro de subjuntivo en *-re*, que subsiste algo en la lengua literaria (sobre todo en la jurídica, arcaizante por naturaleza), en fórmulas hechas (*sea lo que fuere*, *dijere lo que dijere*; se oye también, no sé si con más frecuencia, *sea lo que sea*, *diga lo que diga*) y en alguna copla o refrán («Adonde fueres, haz lo que vieres»). La frase del *Quijote*: «No sabemos quién sea esa buena señora que decís: mostrádnosla; que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad», sin duda se diría hoy de otro modo («...si ella es...»). Y la siguiente, de Lope: «El cielo puede hacer lo que él quisiere», es evidente que se expresaría con el presente («lo que él quiera»...). Aún más muerto está su tiempo compuesto: «Cuando se hubiere reparado la casa, pasaremos a habitarla». Hoy diríamos: «Cuando se haya reparado»... En realidad ¿no está en crisis todo el futuro, siempre tan hipotético, aunque sea de indicativo? En el habla cotidiana lo suplanta en gran parte el presente: «El mes que viene me voy de viaje», «Mañana tengo un examen», «En junio estoy en París». O formas perifrásticas: «El día 28 voy a dar una conferencia», «Han de ser las cinco». De todos modos en España me parece más vivo que en Hispanoamérica, si se descartan usos, como los del Ecuador («Daráme unos diez sucres», «Cuidaráste bien») en que tiene puro valor imperativo. En muchos de nuestros países solo se conserva en el uso literario.

Las preferencias testimonian un movimiento. En lugar del viejo pretérito de subjuntivo en las oraciones optativas («Yo viajara a Europa si tuviera dinero») se prefiere hoy decididamente el llamado potencial o pospretérito («Yo viajaría»...), salvo en ciertos usos literarios de valor evocativo (se encuentra así a veces en la prosa de Ortega) o en el habla de regiones arcaizantes como Venezuela. También ha retrocedido bastante el uso del pronombre enclítico, hoy limitado a ciertas circunstancias (con imperativo, infinitivo o gerundio). Un venezolano de los Andes, anclado en muchos aspectos en las formas tradicionales, puede decir: «Entusiasméme cuando la vi». En general uno sonríe ante ese tipo de frases, tanto que es frecuente recurrir al enclítico en remedos humorísticos de la lengua vieja.

Otra serie de hechos quizá correspondan más bien a cierto cambio en el estilo lingüístico, o en el gusto. La adverbialización del adjetivo, por ejemplo, tiene antecedentes en la lengua antigua y clásica, y es recurso del español popular de todas partes («Que te vaya bonito», en la Argentina, Chile, el Ecuador, etc.; «Hable pasito», en Venezuela; «Conversa sabroso», en Colombia, Venezuela, Méjico, etc.; «Escribe fatal, lo pasamos bárbaro», en España), pero en los últimos tiempos ha escalado posiciones: es frecuente en la prosa de Azorín, y a veces lo han considerado recurso del llamado «estilo impresionista». Quizá se deba al moderno afán de brevedad, por evitar las lentas formas en *-mente* (¿no será por eso que se generalizan formas como *a diario* o *de inmediato*?). Lo cual quizá explica también la preferencia por los posverbales (*el cuido*, *el relajo*, *el desespero*, *la contesta*, más o menos regionales) en lugar de los viejos nombres en *-miento* y *-mento* o en *-ción* (Simón Bolívar, por ejemplo, escribía *cambiamientos*, *pagamentos*, *comprometimiento*, *equipamiento*, *acomodamiento*, *fascinamiento*, y también *protestaciones*). Hoy se tiende a la palabra más corta, a los modos expresivos más condensados: de ahí el triunfo de *cine*, *foto*, *moto*, *radio*, *quilo*, *chelo* (violonchelo), *bus* (ómnibus o autobús), y en ciertos niveles *la mili*, *la poli*, *el dire*, *la seño*, *el profe*, etc.) y de ahí también el triunfo universal de las siglas (ONU, OEA, OTAN, UNESCO, URSS

y cien más, pronunciadas como nombres reales, en contraste con un millar de otras, como FBI, MIT, etc., que se siguen deletreando), a las que Dámaso Alonso, en un poema, llama «gris ejército esquelético», «legión de monstruos», «fríos andamiajes en tropel». Vivimos efectivamente en el «siglo de las siglas». Voltaire, en época de más prestigio de la razón, decía: «*C'est le propre des barbares d'abréger les mots*». ¿No constituyen un ejemplo más del *tempo impaciente* que Simmel daba como signo de nuestros días?

Quizá quepa también dentro de esa tendencia la adverbialización del nombre («Estuvo fenómeno», «Se divirtieron horrores») y su también frecuente adjetivación (*hombre masa*, *empresa piloto*, *villa miseria*, etc.). Hoy hay, indudablemente, mayor libertad en la formación verbal, y también para socavar los cimientos de la gramática tradicional. Cierto desquiciamiento de los moldes lingüísticos que se observa en algunas novelas de la nueva ola, ¿no tendrá sus repercusiones en el léxico y la sintaxis, como en la época del gongorismo?

Cambia también la pronunciación. Los minúsculos desplazamientos articulatorios que se producen de generación en generación son menos perceptibles, pero la *ll* está cediendo su lugar a la *y* (a diversas formas de *y*), aun en gran parte de España, sobre todo en los grandes centros urbanos, y no parece lejano el triunfo general del yeísmo, lo cual ya implica una alteración del sistema fonológico. Otros hechos. Una cantidad muy grande de nombres han cambiado de género: *análisis*, *énfasis*, *cutis*, por ejemplo, eran femeninos a mediados del XIX y hoy son masculinos. Otros muchos siguen vacilando hoy. Hace cien años todavía se podía decir: *entre ti y mí*, *entre Juan y mí*, *entre María y ti* (Don Quijote decía: «La diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo pecador y peleo a lo humano»). Hoy nos suenan ya extrañísimos (decimos *entre tú y yo*, etc.). Hace un siglo uno decía *yo vacio la copa*, hoy *yo la vacío*. Emilio Lorenzo, en un libro reciente (*El español de hoy, lengua en ebullición*, Madrid, 1966), analiza una serie de hechos en que nota un abismo entre la lengua hablada de nuestro tiempo y la gramática

tradicional: los tiempos del verbo asumen nuevas funciones, surgen nuevas perífrasis verbales que tienden a gramaticalizarse, se observa una decadencia general del subjuntivo, desaparecen una serie de formas, convergen y se contaminan usos variados, se forman nuevos modos prepositivos y se imponen formas nuevas de economía de expresión. Ya Rafael Lapesa, estudiaba, en la *Revista de Occidente* (noviembre-diciembre de 1963), los cambios producidos en nuestra lengua, en estos últimos cuarenta años (1923-1963), entre ellos, algunos que afectan a la estructura (desplazamientos de significación en conjunciones, adverbios y locuciones equivalentes, etc.). También en la misma revista (septiembre de 1964) se detenía Fernando Vela en los nuevos *Modos de hablar*, y llamaba la atención sobre la generalización del *tú*, que acorta las distancias («el usted formaba una especie de barrera protectora»). La generalización del tuteo (ya en 1947 anunciaba Dámaso Alonso la muerte del *usted*) es expresión clarísima del igualitarismo social de nuestro tiempo. Pero lo curioso es que con ello se tiende a restablecer el viejo orden latino: el romano de la época clásica no conocía más que el *tú* para dirigirse al padre, al hijo, al emperador, a Dios.

2. Transformación social y transformación lingüística

Ya se ve que la lengua cambia, y que de ningún modo se puede pensar que se esté «helando» en el curso de los últimos siglos. Por el contrario, se observa de modo creciente una penetración en tropel de voces técnicas, una inundación de extranjerismos de toda clase (ayer galicismos, hoy anglicismos), una intensa formación verbal neologista y una serie de transformaciones en el sistema gramatical. No cabe duda de que la profunda renovación científica y técnica de nuestro tiempo repercute sobre la lengua, y que el movimiento histórico del mundo, las relaciones internacionales, la hegemonía de las potencias, el prestigio político, económico, social o cultural de las naciones se reflejan en ella. ¿No influye también la ideología, el

movimiento político y la transformación social que se está operando hoy, en una forma u otra, en todos los países?

El problema se suscitó, como es natural, en la lingüística soviética, y condujo, en 1950, a una apasionada polémica que se desarrolló durante más de dos meses en el *Pravda* y a la que puso punto final, con dos amplias intervenciones, el mismo Stalin (véase *The Soviet Linguistic Controversy*, translated from The Soviet Press by John J. Murra, Robert M. Hankin and Fred Holling, N. York, 1951). La doctrina oficial, acatada casi ciegamente, había sido formulada por Nikolai Yakovlevitsch Marr (1864-1934), un lingüista de la vieja escuela que se esforzó, como neófito, por introducir en su disciplina los principios del materialismo dialéctico. Marr era famoso por sus estudios de las lenguas del Cáucaso, que le habían llevado a la construcción de la «familia jafética» (para complementar la semítica y la camítica), en la que incluía las lenguas caucásicas, una serie de lenguas antiguas de Asia Menor, del Mediterráneo y de los Balcanes, y también el etrusco, el vasco y el ibero. En una primera fase de sus trabajos (1920), esa familia jafética era «el tercer elemento» en la formación de la cultura mediterránea (junto a los semitas y a los indoeuropeos). Pero luego Marr fue encontrando afinidades jaféticas en las más diversas lenguas, y su familia se transformó en etapa de desarrollo del lenguaje humano. De ahí desentrañó un «análisis paleontológico» aplicable a todas las lenguas del mundo, a partir de cuatro raíces elementales (*sal*, *ber*, *yon*, *rosh*) que habían sido nombres totémicos de cuatro tribus jaféticas. El etimologismo consistía en encontrar en cualquier palabra la trasmutación de uno u otro de esos cuatro elementos, pues cada lengua era para él un eslabón de un proceso glotogónico común.

Marr aplicaba a la evolución lingüística las siguientes premisas: la lengua es un producto de las distintas clases de la sociedad y cambia con la transformación social e ideológica (hay unidad dialéctica de lengua y pensamiento, y las categorías conceptuales determinan las categorías gramaticales). Por su naturaleza social, la lengua está sometida a las leyes históricas de desarrollo, de carácter universal, y los

cambios en las estructuras económica y social determinan cambios en la estructura lingüística: forma y contenido responden a la concepción general de la sociedad. Hay así un tipo lingüístico de la horda primitiva, de la tribu, de la sociedad esclavista, de la feudal, de la capitalista, con sus lenguas nacionales, y habrá un tipo lingüístico de la sociedad sin clases. Los distintos tipos se suceden explosivamente, por mutación brusca, al transformarse la base económica: son *estadios*, diferenciados cualitativamente, de la evolución lingüística. Su doctrina se ha llamado así el «estadialismo» o «doctrina de la estadialidad» del lenguaje.

Arrastrada por Marx y su alegada ortodoxia marxista, la lingüística soviética rechazaba violentamente (como idealista, formalista, racista, seudocientífica, burguesa, reaccionaria) la gramática histórico-comparada, con su idea de las protolenguas y la comunidad de origen de las lenguas eslavas, germánicas, románicas, etc. Las afinidades entre las lenguas las explicaba como «convergencias» producidas por la análoga transformación económico-social y por la intercomunicación. Frente a toda esa concepción, que la condujo inevitablemente al estancamiento, hubo muy calificadas voces disidentes, y la polémica del *Pravda* llegó a apasionar a la opinión pública (el periódico recibió más de doscientos artículos de lingüistas de toda la Unión Soviética e infinitas cartas de lectores). Entonces intervino Stalin (el 20 de junio), quien dio a la doctrina de Marr el golpe de gracia. Sostuvo fundamentalmente dos principios. El primero, que la lengua no es una superestructura correspondiente a determinada base económica (las concepciones políticas, jurídicas, religiosas, artísticas o filosóficas, y sus instituciones, constituyen, en la terminología marxista, la superestructura social). Desde Pushkin, en más de cien años, habían desaparecido en Rusia el régimen feudal y el régimen capitalista y se había instaurado un nuevo sistema de producción, con la superestructura consiguiente, pero la lengua rusa, en el caudal básico de su léxico y en su estructura gramatical, elaborada en el curso de las edades, «carne de la carne y sangre de la sangre de la

lengua», continuaba siendo esencialmente la misma. El segundo, que la lengua no tiene carácter de clase. Ha sido creada, a través de la historia, por todas las clases de la sociedad y sirve a todas ellas. Como las máquinas y los instrumentos de producción, puede estar igualmente al servicio del régimen capitalista o del socialista, pero está unida a toda la actividad del hombre, y no solo a su actividad productiva. No se puede confundir lengua y cultura: las culturas rusa, ucraniana, bielorrusa, etc., son socialistas en el contenido y nacionales en la forma (en la lengua). Destruir la lengua existente (como se hace con la superestructura caduca) para crear una nueva, sería producir el caos o la disgregación social.

Stalin rechazaba también las mutaciones bruscas y la constante hibridación de las lenguas, dos supuestos de Marr. Sostenía que las lenguas cambian lentamente, por acumulación gradual y prolongada de elementos nuevos, y que de la superposición de lenguas emerge siempre una de ellas como victoriosa. Con todo, creía —lo había sostenido en el XVI Congreso del Partido y lo reiteró en el *Pravda* del 2 de agosto de 1950— que con el triunfo mundial del socialismo, y como consecuencia de la cooperación económica, política y cultural, las lenguas nacionales se fundirían en «lenguas zonales», más ricas y unificadas, y éstas a su vez en una lengua común de carácter universal, que absorbería lo mejor de las lenguas nacionales y zonales. En lo cual venía a coincidir con la concepción de Marr.

Es posible que el interés general de la polémica estuviera en el papel del ruso frente a las otras lenguas eslavas y a los dialectos (el problema del paneslavismo). La intervención de Stalin significó efectivamente la restauración del indoeuropeísmo y de la gramática comparada e histórica de las lenguas eslavas frente a la paleontología glotogónica de Marr, el reconocimiento de la especificidad del lenguaje y el estudio de las leyes internas de su evolución. En el fondo, como señalaba Benseler («Sprache und Gesellschaft», en la *Festschrift* dedicada a Lukács), estaba en juego la significación misma de la lengua. Porque puede concebirse como mero utensilio, como

«la concreción u objetivación del pensamiento» (es la fórmula de Marx), como producto histórico-social, reflejo de la actividad productiva del hombre (así decía Engels), y también como receptáculo o depósito de toda la tradición y de la vida espiritual, o como vínculo unificador de la comunidad, o como compleja creación, poética o artística, del alma humana. La lengua es todo ello a la vez, y mucho más. Y es además un bien social, colectivo, el más preciado de los bienes sociales, que cada uno puede usar en la medida de su capacidad y de sus necesidades. No se explicaría, de otro modo, que el hombre se deje matar por su lengua, como antes por su religión.

Como bien colectivo, está también expuesta a todas las contingencias de la vida social. Herbert Marcuse nos da una visión inquietante de la lengua de la actual sociedad de masas (*One-dimensional Man*, Londres, 1964). Nuestro mundo, democrático o autocrático, capitalista o socialista, como consecuencia de la industrialización avanzada, la mecanización creciente, la automatización, la *standarización*, genera una sociedad totalitaria (en sentido amplio), o de carácter tecnológico, que rige las necesidades y aspiraciones de todos, una sociedad unidimensional, frente a la vieja sociedad de clases, conflictos, antagonismos, contradicciones, «alta cultura» y pensamientos crítico y abstracto. La cultura y la lengua sufren una transformación radical: se esparce por el mundo un lenguaje operativo, de sintaxis abreviada o condensada, que ordena, condena y organiza; que induce a hacer, a comprar, a aceptar; de voces abreviadas y «clichés» que envuelven o absorben conceptos ritualizados, de valor a veces opuesto al que tenían (la *guerra* se llama *paz*, el *despotismo* se llama *democracia*); con fórmulas de carácter mágico, de acción hipnótica, que se sobreponen al espíritu; un lenguaje de imágenes estereotipadas, inmunes a toda contradicción, que no dejan lugar para la distinción y el desarrollo, capaces de bloquear el pensamiento conceptual; un lenguaje «funcional» que sirve de vehículo de subordinación a los imperativos de la sociedad y es radicalmente antihistórico. Ya observaba Roland Barthes, al analizar

algunas de las nuevas corrientes poéticas, que ese lenguaje destruye el viejo sistema proposicional y retrotrae el discurso al estadio de las palabras.

La visión de Marcuse es más bien alarmista, fundada en las fórmulas de cierto periodismo, en los recursos de la publicidad y la propaganda y en las audacias expresivas de la llamada literatura de vanguardia. No le falta razón, y en los Estados Unidos han resonado en el último tiempo insistentes voces de sobresalto acerca de la decadencia general de la lengua, ante unos imperativos prácticos que se enunciaban con una fórmula ambigua: «Educar para la vida». George Orwell, en un ensayo de 1946 (incluido en *Essays on Language and Usage*, de Dean y Wilson), señalaba un grave deterioro de la lengua inglesa (lo mismo puede decirse sin duda de otras lenguas), una mezcla de ranciedad, vaguedad, inflación e incompetencia, especialmente en la lengua escrita de la política: el pensamiento corrompe el lenguaje y el lenguaje corrompe el pensamiento. Creía, sin embargo, que se podía restablecer el orden de las ideas empezando por el lenguaje. También lo creía Confucio, hace unos dos mil quinientos años, cuando recomendaba, como primera medida de gobierno: «Restablecer la significación verdadera de los nombres». En realidad en todos los tiempos se han utilizado las palabras como criadas para todo servicio, y en nuestra lengua ya Quevedo denunciaba la hipocresía de los nombres. Claro que en este terreno hemos hecho progresos asombrosos.

Se ve que el movimiento ideológico o político-social y el movimiento lingüístico, aunque marchan por cauces distintos y tienen funcionamiento y evolución de naturaleza también distinta, no son del todo independientes. La lengua refleja efectivamente las transformaciones sociales de la época, pero de manera muy compleja y a veces paradójica. En ella las múltiples fuerzas constructivas y destructivas, de conservación y de innovación, se entrecruzan y entretejen de manera fantástica. La lengua es efectivamente un instrumento social (muchas veces un arma social), pero su funcionamiento

y transformación no es de ningún modo equiparable al del instrumental técnico. La lengua es efectivamente una institución social (la palabra *institución* es muy engañosa, y claro que tiene otro valor cuando se habla de instituciones jurídicas, religiosas o políticas); pero el inmenso y complejo sistema de sus usos tiene vida propia, una propia cohesión interior y un asombroso poder de adaptación a todas las contingencias y a todos los cambios. Se puede derribar monarquías y repúblicas, transformar los fundamentos del orden social, trastocar las estructuras económicas y políticas y aun así mantenerse la lengua casi invulnerable.

Casi invulnerable, pero no del todo invulnerable. La Revolución francesa no ha afectado sensiblemente al sistema del francés (véase la monumental *Histoire* de Ferdinand Brunot), y hoy leemos las *Confessions* de Rousseau o las *Lettres persanes* de Montesquieu, si no con el mismo deleite de otra época, por lo menos con la misma comprensión. Tampoco se ve que la Revolución rusa haya alterado muy seriamente el ruso (la modernización ortográfica no afecta a la lengua misma), y el lector soviético no parece que tenga dificultades para leer *Ana Karenina* o *Crimen y castigo*, de la oprobiosa época zarista, ni que haya que retraducir para él las viejas obras de Marx o de Lenin. El mismo Stalin decía: «Si la lengua fuese superestructura, ¿cómo se explicaría que la lengua rusa no haya cambiado sustancialmente desde la Revolución?». Y eso que el centro rector se ha desplazado de la moderna Leningrado a la vieja Moscú.

Sin embargo, suenan en el último tiempo voces de alarma sobre un paulatino alejamiento lingüístico entre la lengua de las dos Alemanias. Hans H. Reich, entre otros, estudia detenidamente las tendencias del alemán oriental (*Sprache und Politik*, Munich, 1968). Analiza unas cuatrocientas voces que se han fijado y oficializado con nuevo sentido político (en el «Parteijargon» y en el «Funktionärsjargon»). En realidad la mayoría de ellas se remontan a las obras clásicas del marxismo y al movimiento socialista internacional, y tienden a generalizarse, con valoración positiva o peyorativa, en el mundo en-

tero. Una porción pequeña de esas cuatrocientas voces son de origen ruso, o traducen o calcan significaciones del ruso, lo cual tampoco es extraño, ni alarmante. Observa además una mayor tendencia a la composición y a la derivación, cosa que parece hoy general en todas las lenguas del mundo, aun en español, tan reacio por naturaleza a la amalgama de palabras. Tampoco asombra el abuso de las siglas, que ha sido una vieja debilidad del alemán. O ciertas preferencias léxicas, o el olvido o abandono de una serie de palabras, o el dar nombres nuevos a nuevas formas de producción, de propiedad o de consumo. Más importante es algún cambio que afecta a la estructura gramatical; en algunos textos, ciertas construcciones participiales y el uso del infinitivo con valor de imperativo, que atribuye a influencia rusa. De todos modos, hay una sensible diferencia de estilo entre el alemán oriental y el occidental. ¿Tendrá ello consecuencias escisionistas? Salvo catástrofes (¿son previsibles?), que alterarían radicalmente la situación de las dos Alemanias, parece más bien que las naciones europeas marchan, a pesar de todo, hacia la intercomunicación y la convivencia.

Las revoluciones, por más profundas que sean, no alteran la estructura de la lengua (su régimen constitucional), aunque siempre dejan en ella un sello más o menos indeleble, como todos los acontecimientos históricos. Más decisivas son las invasiones de pueblos, o la superposición de una lengua conquistadora. La actual transformación social que se opera en el mundo se refleja indudablemente en la lengua, pero a través de un enorme proceso de decantación y filtración en que interviene en primer lugar la resistencia o el poder de asimilación del sistema mismo, y en segundo lugar la acción de los sectores cultos, que actúan en todas las clases, y no es raro que el revolucionario sea en materia de idioma más conservador que las Academias. Robert Estienne, en la Francia del siglo XVI, audaz reformador de las ideas, heterodoxo en materia religiosa, fue el campeón del más cerrado tradicionalismo ortográfico, e igualmente en el siglo XIX Berthelot, renovador del espíritu científico. Voltaire, demole-

dor de la tradición religiosa y nacional de Francia, creía en todos los dogmas del clasicismo, veía un constante peligro de corrupción de su lengua y era intolerante ante cualquier innovación. En nuestro mundo hispanoamericano Juan Montalvo, anticlerical violento, radical en sus principios, temblaba ante un galicismo. Anarquistas he conocido que eran en materia de lenguaje más rígidos que la Real Academia. En cambio fueron ampliamente progresistas en materia de lengua, el abate Fénelon y el P. Feijoo.

La lengua cambia constantemente, en primer lugar por el juego de sus fuerzas internas, en equilibrio siempre inestable (el variado juego de la analogía, de la asimilación y disimilación, de las tendencias contrapuestas de economía y de matización o expresividad), que llevan a la transformación paulatina de su fonetismo, de su léxico, de sus paradigmas morfológicos y aun de sus patrones sintácticos. En segundo lugar, por el contacto con otras lenguas, sobre todo lenguas invasoras o hegemónicas. Piénsese, por ejemplo, en el castellano de Puerto Rico, o en la actual influencia norteamericana sobre las más diversas lenguas, aun sobre el francés, hasta ahora la más conservadora del mundo (en un libro reciente anunciaba Etiemble, mitad en broma, mitad en serio, el triunfo del *franglés*, una nueva combinación de francés e inglés). Los préstamos son reflejo de la vida internacional, y a pesar de la reacción purista, hay que verlos en principio como signo positivo (una comunidad que se encerrara en un purismo recalcitrante se estancaría y empequeñecería). En tercer lugar, como expresión de la impresionante revolución científica y técnica de hoy, que acuña expresiones nuevas o incorpora contenidos nuevos a voces patrimoniales. Por último, como reflejo de la profunda revolución social de nuestro tiempo.

Esa profunda revolución social, más que por la ideología que la sustenta y que se formula siempre en los moldes tradicionales de expresión, afecta a la lengua como consecuencia sobre todo de dos movimientos. En primer lugar, la constante irrupción de grandes masas rurales, antes encadenadas a la gleba, que se instalan hoy en la

periferia de las grandes ciudades, ¿no producirán una ruralización del lenguaje urbano? Mientras ese movimiento se produzca a ritmo moderado, la escuela y la cultura tienen los medios para canalizarlo. Por lo demás, ello se contrapesa con la creciente «urbanización» de la vida campesina, gracias a la escuela, la prensa, la radio, la televisión. El segundo movimiento —más importante sin duda— es el ascenso de sectores sociales inferiores. Toda lengua está estratificada en niveles (habla vulgar, habla popular, habla de los sectores medios, habla culta, etc., sin contar las hablas profesionales, del hampa, de los soldados, de los marinos, de los estudiantes, etc.), que se diferencian notablemente en los hábitos articulatorios, en las preferencias léxicas y en el sistema morfológico y sintáctico. Si un sector social bajo asciende repentina y violentamente, sus modos expresivos pueden adquirir prestigio e imponerse (es el caso extremo del *créole*, haitiano, convertido en lengua común y hasta literaria de la república, aunque el francés sigue siendo la lengua oficial). Aun sin una revolución violenta se ha ido alterando el sistema general de tratamientos (*señor* y *don* eran privilegios de alta clase, y hoy hasta se acumulan gratuitamente; el *usted* es la prolongación del señorial *vuestra merced*) y se van generalizando día a día voces antes consideradas vulgares (*incordio* o *incordiar*, por ejemplo) y aun términos del hampa, que a través de ciertos sectores (los estudiantes, por ejemplo, o los jóvenes en general) cobran prestigio repentino. Y también sin revolución ha penetrado hasta en los sectores universitarios y dirigentes de Puerto Rico la confusión de *r* y *l*, antes descalificadora (la pronunciación *puelto rico*, con una *rr* velar ensordecida que se acerca a la *j*), e igualmente en Murcia, según señala Manuel Muñoz Cortés. Es difícil pensar, sin embargo, en una conmoción más profunda que la producida en Rusia en los últimos cincuenta años, y ya hemos visto que a pesar de ello la lengua sigue siendo sustancialmente la misma.

De todos modos y por distintas vías, la lengua cambia porque la gente que la habla cambia, porque el mundo cambia, porque la vida

cambia, y la lengua es expresión de la vida. Tiene su historia, amplia y rica. Las guerras y revoluciones, próximas o lejanas, los inventos, el intercambio de utensilios y de personas, las corrientes filosóficas, científicas y artísticas, todas las conquistas espirituales del hombre, todas sus aventuras históricas, hasta sus modas, se reflejan, a su modo, en la lengua, dejan en ella su impronta. Por eso hablamos de la lengua de los juglares, de la lengua de Alfonso el Sabio, de la lengua del humanismo, de la lengua romántica o de la lengua del 98. En cada uno de esos momentos, la lengua es expresión de la vida material y espiritual de toda la comunidad.

Aun un estructuralista como André Martinet —en sus *Elementos de lingüística general*— ve la evolución de la lengua condicionada por las necesidades expresivas de la comunidad. No solo en cuanto al léxico: la oración de relativo es una adquisición tardía del indoeuropeo, y las oraciones subordinadas se imponen en diversas lenguas por presión de la cultura occidental. Con la creciente complejidad de las relaciones humanas —dice— aparecerán nuevas funciones, y nuevos indicadores (prepositivos o conjuntivos) para esas funciones. Los cambios de estructura social repercutirán a la larga sobre la estructura de la lengua.

Además, hay que admitir que el movimiento general de la cultura, las necesidades políticas y los medios actuales de comunicación regulan y uniforman hasta cierto punto la marcha de la lengua, la cual debe alcanzar un alto grado de unidad, a expensas de las variedades dialectales, precisamente para poder cumplir su función social. Pero aun así, ¿será esa marcha un continuo vaivén más o menos azaroso, en direcciones divergentes? ¿O será por el contrario una marcha hacia adelante, con un sentido o una dirección coherente? Si puede hablarse de progreso científico, político o social, ¿se podrá hablar también de progreso lingüístico? ¿Y qué puede significar progreso en materia de lengua?

3. El progreso lingüístico

En 1922 se celebró en París una reunión internacional convocada por la Société de Philosophie, con lingüistas y filósofos, para discutir este problema. El tema venía del progresismo general del siglo XIX. En 1894 lo había planteado a fondo Jespersen, a la luz de las conquistas del indoeuropeísmo y del conocimiento lingüístico de su tiempo (recogió luego su trabajo en los *Chapters on English* de 1918 y finalmente en su *Language* de 1922). En 1918 observaba Meillet («Le développement des langues») que el latín y el árabe se habían desarrollado históricamente siguiendo las mismas líneas generales (las lenguas neoárabes y las neolatinas muestran convergencia en muchos aspectos), que hay cierto paralelismo en los cambios generales de estructura y que las condiciones de existencia determinan transformaciones orientadas en cierta dirección. ¿No significa ello que la evolución lingüística tiene un sentido? También la escuela de Marr admitía, a partir de un prototipo común y a través de un proceso dialéctico, una incesante marcha hacia adelante, paralela a la del pensamiento y la de la sociedad.

De los extractos de la reunión de París recogió Ortega, preocupado siempre por los problemas del lenguaje, el siguiente principio de Meillet: «Toda lengua expresa cuanto es necesario a la sociedad de que es órgano... Con cualquier fonetismo, con cualquier gramática, se puede expresar cualquier cosa...».

El dogma de Meillet —dice Ortega— supone haber medido los pensamientos con las lenguas y haber hallado que coinciden, que toda lengua puede formular el pensamiento de la comunidad y que todas pueden hacerlo con la misma facilidad e inmediatez. Ortega creía, por el contrario, que la lengua pone dificultades a la expresión de ciertos pensamientos, estorba la recepción de otros y paraliza nuestra inteligencia en ciertas direcciones: en toda lengua, al hablar o al escribir, renunciamos a decir muchas cosas, porque la lengua no nos lo permite; cada lengua es una ecuación diferente entre ma-

nifestaciones y silencios, y cada pueblo calla unas cosas para poder decir otras.

Frente al «igualitarismo lingüístico» de Meillet, Ortega planteaba la diferente idiosincrasia mental de los pueblos, que se manifiesta indudablemente en sus lenguas. Más cerca de Ortega que de Meillet estaba Jespersen: «La creencia común de los lingüistas —dice— de que una forma o una expresión es exactamente tan buena como otra, siempre que las dos se encuentren realmente en uso, y de que toda lengua debe considerarse un vehículo perfecto del pensamiento de la nación que la habla, es en cierto modo la contrapartida de la concepción de los economistas de la escuela manchesteriana de que todo está dirigido a lo mejor en el mejor de los mundos posibles, siempre que no se pongan obstáculos artificiales en el camino del libre cambio, pues la oferta y la demanda lo regularán todo mejor que cualquier gobierno». Pero así como los economistas —dice— estaban ciegos ante el hecho de que muchas veces no se satisfacían las necesidades económicas más apremiantes, los lingüistas permanecían sordos ante la frecuencia con que la misma estructura de la lengua crea ambigüedad o contrasentido, y el hablante o el escritor tienen que subrayar, explicar o desarrollar la verdadera significación o intención. Ninguna lengua es perfecta y por lo tanto hay que admitir el derecho de investigar el valor relativo de las diversas lenguas o de diferentes aspectos de las lenguas. Cuando los lingüistas reaccionaron contra la estrechez de los eruditos que pensaban que el latín y el griego eran los únicos objetos dignos de estudio y destacaron el valor de todas las formas de expresión, aun las dialectales, pensaron en primer lugar en su valor para el hombre de ciencia, pero no tuvieron la intención de comparar el valor relativo de las lenguas desde el punto de vista de los que las usan.

Jespersen partía de la idea de que la lengua es para el hablante, no para el lingüista: la lengua superior es la que es capaz de dar una mayor riqueza de significación con el mecanismo más simple, la que ofrece el máximo de eficiencia con el mismo esfuerzo. Frente a los

que idealizaban las lenguas clásicas, sostenía que las modernas están más cerca de la perfección, y que la marcha general de las lenguas (las indoeuropeas, sobre todo, pero también las orientales y africanas), muestra, tomando la suma total de cambios, un predominio de los que considera progresivos.

En primer lugar, un acortamiento general de la materia fónica, con cierta tendencia al monosilabismo (antes se creía que las lenguas monosilábicas representaban la primera etapa de la evolución, hoy parece más bien la última). Así, el gótico *habaidedeima* se ha reducido al inglés *had* (el latín decía *Dominus Johanis*, nosotros decimos *Don Juan*). Las viejas voces largas (*sesquipedalia* las llamaban los latinos) se han ido acortando: el evangelio de San Mateo tiene en griego 39.000 sílabas; en alemán, 33.000, en inglés 29.000; en chino, 17.000 (en español hemos contado, salvo error u omisión, 38.200). Las formas gramaticales se reducen. El indoeuropeo tenía una declinación con 8 casos, el latín con 6, el alemán con 4, el inglés y las lenguas neolatinas no tienen casos. El indoeuropeo tenía tres géneros (el bantú llegaba a 24), el inglés no tiene ninguno. El indoeuropeo tenía singular, dual y plural (hay lenguas indígenas con trial y cuatral) y a nosotros nos basta (y hasta nos sobra) con la distinción entre singular y plural. El complicado sistema verbal se ha ido simplificando (el inglés *cut*, por ejemplo, es forma invariable para las tres personas del singular y del plural, tanto del presente como del pretérito, y es además la forma del infinitivo, del imperativo y del participio pasivo, y sirve además de substantivo). Se observa en general una mayor regulación (el triunfo de la analogía, frente a la frecuente anomalía antigua), un mayor empleo de las formas analíticas (la llamada «conjugación sintáctica» o preposicional, frente a los casos latinos; el futuro *cantar-é* frente al *cantabo* latino) y la creciente fijación del orden sintáctico. Son índices de un desarrollo muy desigual, y muy sinuoso, pero observable —dice— en todas las lenguas del mundo. Y lo considera «progresivo» y beneficioso desde el punto de vista práctico y desde el punto de vista espiritual.

La tesis de Jespersen llevaría inevitablemente a la conclusión de que el *basic English*, o el esperanto, o el novial (su propia superación del esperanto) son lenguas más perfectas que el griego de Platón, el inglés de Shakespeare o el español de Cervantes. Su ideal de desarrollo lingüístico parece representado por el inglés, con su simplificación gramatical. Pero la complejidad de su fonetismo, ¿no cuenta? El chino, que ha llegado al monosilabismo y carece de aparato flexional (ni casos, ni conjugación, ni distinción entre nombre y verbo, etc.), ¿será el instrumento más sencillo de comunicación a pesar de su variedad tonal? ¿No se pierde por un lado lo que se gana por el otro? El criterio de economía y eficiencia es perfectamente aplicable al instrumental técnico, y de él procede sin duda. Desde la honda para arrojar piedras hasta los actuales proyectiles suprasónicos hay un indudable progreso. Pero en el orden más humano, ¿puede observarse lo mismo desde la despedida de Sócrates o desde el Sermón de la Montaña? Si la lengua fuera solo instrumento, podría responder a criterios estrictos de economía y eficacia. Pero es la más prodigiosa y rica creación del espíritu humano, y su esencia es más bien el derroche, como expresión de la fantasía y del ímpetu vital.

Jespersen prescindía deliberadamente del aspecto estético. ¿No era ello una mutilación? Vossler, en cambio, veía en el desarrollo de la lengua la acción orientadora de un ideal estético. En su historia del francés (*Frankreichs Kultur im Spiegel seiner Sprachentwicklung*) trató de demostrar que la lengua había alcanzado su máxima plenitud en aquellas épocas y en aquellas capas sociales y centros de población en que lograron armonizarse completamente el designio de comprensión y el carácter ornamental. Aun así, no cree que el lenguaje como función vital pueda «progresar». Solo le corresponde, con la perpetua uniformidad de su sistema funcional, acompañar los progresos de la vida, que no son los suyos.

Charles Bally, en un trabajo de 1913 que recogió luego en *Le langage et la vie*, discutía, sin mencionarlas expresamente, las ideas de Jespersen. Una lengua puede adquirir voces nuevas para denominar

las formas nuevas de la civilización y el pensamiento, pero ¿constituye ello un progreso real, interior? ¿Se ha perfeccionado el chino porque ha aprendido a dar nombre al cañón, al avión, al diputado? Es un prejuicio («*un funeste préjugé*», dice) creer que una lengua progresa porque su literatura nos da obras maestras. La lengua no persigue un ideal estético ni un ideal lógico; su desarrollo no depende de la voluntad humana y responde más a las necesidades de la vida, al sentimiento y a la acción. Las formas analíticas no son más claras ni más progresivas que las sintéticas, y además se pasa continuamente de un tipo al otro: frente a la tendencia intelectual y analítica, que se ha considerado signo de progreso, obra constantemente la tendencia expresiva, creadora de nuevas formas. La lengua se hace y deshace sin cesar, y las supervivencias del pasado conviven frecuentemente con las creaciones nuevas. El movimiento lingüístico es pendular, como la historia del arte: no se descubre progreso, sino un vaivén rítmico y ondulatorio. (La poesía cambia, decía Gerardo Diego, pero no podemos afirmar que mejora: «la poesía de hoy no vale más que la de hace veintiocho siglos, que la de Homero o la de David».)

La conclusión de Bally es más escéptica que negadora: no encuentra un método propiamente lingüístico para afirmar o negar el progreso de la lengua. Pero reconoce que el afán de perfectibilidad es una aspiración permanente del hombre, a prueba de desengaños y caídas. La fe en el progreso es efectivamente una necesidad vital, y nos repugna o descorazona la idea de un cambio puro y simple. En todo cambio necesitamos ver regresión o progreso. Si no, ¿por qué el cambio?

¿Es esa una fe puramente ilusoria, nada más que una necesidad engañosa del espíritu? El movimiento de la lengua recuerda muchas veces, efectivamente, los *corsi e ricorsi* de Vico. Es verdad que se observa en algunos elementos del sistema un movimiento de rotación, pero la historia interna de la lengua (conocemos por lo menos cuatro mil años de evolución indoeuropea) muestra más bien una continuidad a través de diversos ciclos culturales. El enriquecimiento de la

lengua, como consecuencia del desarrollo de la ciencia, ¿no es progreso? La creación de nuevos matices verbales, por una matización y afinamiento de las ideas y de los sentimientos —a través del desarrollo filosófico y literario—, ¿no es también un progreso? La solución o reducción de los elementos de ambigüedad del sistema, ¿no lo es aún más? ¿O la creación de nuevos recursos expresivos? Entendemos por lengua —de acuerdo con la ortodoxia saussuriana— no el simple esquema funcional, sino el tesoro expresivo entero de una comunidad, formado por las generaciones. Y la creciente riqueza de la vida material y espiritual del hombre, que tiene que reflejarse en la lengua, desde el paleolítico hasta hoy, ¿será solo el tejer y destejer de la tela de Penélope?

4. ¿Hacia una lengua internacional?

Al plantear el problema del progreso lingüístico, uno se pregunta también: la diversificación del latín, lengua de un gran imperio, en una serie de lenguas nacionales, ¿constituyó un progreso o un retroceso? La cuestión no es de orden lingüístico interno (en realidad las actuales lenguas romances son la continuación ininterrumpida del mismo latín, con las transformaciones consiguientes a veinte siglos de vida histórica), sino cultural y social. Aun después de disgregado el Imperio, el latín fue la lengua común de la ciencia y del pensamiento de Europa durante más de diez siglos. Al ceder su puesto a las lenguas modernas, con el auge del nacionalismo, ¿no surgió un obstáculo a la difusión de las ideas, a la expansión de las comunicaciones y del comercio, al desarrollo de la ciencia, al nuevo espíritu, al nuevo universalismo? Todo se vuelve hoy universal, planetario, ¿y la lengua seguirá siendo nacional o regional? La marcha del mundo ¿no presupone una nueva unidad lingüística que revoque el confusionismo de Babel?

La idea de crear una lengua internacional al servicio del desarrollo científico y filosófico surgió precisamente en el siglo XVII (Descartes, Leibniz), ante el rápido eclipse del latín. Se pensó que el nuevo

simbolismo matemático, de carácter universalista, podía llenar el vacío. Una serie de tentativas (están ampliamente historiadas en *The Loom of Language* de Bodmer) intentaron resolver el arduo problema. ¿No ofrecía el cálculo numérico, con sus claros signos, comprensibles para todo el mundo, un ejemplo aleccionador? La nomenclatura química, con su rico formulismo, ¿no probaba también la posibilidad? ¿Y no lo probaba aún más elocuentemente la escritura ideográfica china, comprensible, no solo en todas las regiones del Celeste Imperio, con sus diferencias de lengua, sino aun en el Japón, en Corea, en Annam? No llegó a cuajar, sin embargo, ninguno de los proyectos, aunque se vuelve a hablar hoy de una lengua internacional de símbolos matemáticos o de una lengua cibernética internacional, apropiada para dialogar con las máquinas electrónicas.

Un impulso enteramente distinto vino del internacionalismo del siglo XIX. Las facilidades de comunicación coincidían con un espíritu nuevo de fraternidad, de comprensión y de colaboración entre los pueblos. Ya no se pensaba en una lengua escrita de carácter erudito, sino en una lengua hablada y escrita para todos. La primera tentativa seria la constituyó el volapük (de *vol* = *world* y *pük* = *speech*), que nació en 1880 y naufragó en 1889, en el Congreso de París, cuando los delegados de diversas partes del mundo no pudieron entenderse entre ellos. El ensayo más afortunado hasta ahora —entre un par de centenares— es el esperanto, nacido en 1887. A pesar de sus imperfecciones (lingüistas diversos han analizado implacablemente lo que sobra y lo que falta), ha logrado crear un amplio movimiento extendido por todos los países, con más de veinte millones de adherentes y varios miles de publicaciones periódicas. Cuenta ya con la traducción de una serie de obras maestras (la biblioteca de Londres tiene 30.000 títulos), ha celebrado más de cincuenta congresos internacionales (el de 1964 reunió a 2.512 delegados), está dirigido por una gran Asociación internacional y tiene una especie de Academia que regula la admisión de términos nuevos y procura la unidad. Diversas tentativas para perfeccionarlo o para sustituirlo por lenguas aún

más fáciles (la verdad es que su manejo como lengua leída se puede adquirir en unas horas, y como lengua hablada en dos semanas) han chocado con la celosa ortodoxia esperantista. ¿Tendrá posibilidades para transformarse en *la* lengua internacional de carácter auxiliar, especie de instrumento de fácil circulación por el mundo? ¿No está expuesto también él al peligro de escisión y fraccionamiento? ¿No tendrá que contar con un poderoso aparato unificador o coactivo?

Otras tentativas de éxito han sido la interlingua, o latín sin flexión, facilísimo para nuestro mundo neolatino, pero solo para él. Y también el *basic-English*, del que se ha dicho que es una especie de pasaporte de entrada en el mundo de habla inglesa. El esperanto tiene la ventaja de ser un instrumento neutral, supranacional, hablado ya por la comunidad esperantista de los diversos países. Es curioso señalar que el socialismo europeo lo había estimulado y hasta hecho causa común con él, y también la Unión Soviética en sus comienzos. Pero se produjo una reacción en contra: según noticias que nos proporcionan, está prohibido en Rumania y Alemania Oriental, se ha levantado recientemente la prohibición en la Unión Soviética y en Checoslovaquia, y se propaga libremente en Bulgaria, Hungría, Yugoslavia, Polonia. El problema ¿no está planteado ahora en otros términos? Para la Unión Soviética, con sus quince repúblicas federales, de diferentes lenguas, ¿no es el ruso la lengua internacional? Para las regiones que están bajo la órbita china, ¿no lo es el chino? Para gran parte de nuestro mundo, ¿no es el inglés? El problema parece que ha entrado en el juego de las grandes potencias. Al dirimirse la hegemonía del mundo, ¿no se resolverá también cuál va a ser la lengua de comunicación universal?

De todos modos, una lengua universal, cualquiera que sea, será siempre, excepto en la metrópoli, la segunda lengua. Por debajo de ella persistirá el babelismo de las lenguas nacionales y regionales. ¿Quiere decir que el mundo seguirá teniendo más de dos mil lenguas? Sin duda muchas naufragarán, como han naufragado algunos centenares en los últimos siglos, por la expansión de las grandes potencias. Las lenguas dominantes tienden a imponerse sobre las dominadas: la segunda len-

gua, si es imperial, se transforma frecuentemente en la primera. («La lengua es compañera del imperio»). Tienen sin duda asegurada su supervivencia —al menos por siglos, nada es eterno— las grandes lenguas de cultura. Entre ellas ¿cuál será el destino de nuestro español?

5. El español en el mundo

Se da el caso singular de que el español es la lengua de veinte naciones, que en 1975 sumaban más de doscientos treinta millones de habitantes. De ellos, unos doscientos millones corresponden a Hispanoamérica y unos treinta y cinco millones a España[19].

En términos estrictamente lingüísticos —el español como lengua materna—, habría que reducir esa cifra. En Hispanoamérica hay unos quince millones de indios (la mitad probablemente no saben español) y varios millones de inmigrantes. En España habría que restar los hablantes de catalán (unos seis millones), de gallego (más de dos millones) y de vasco (medio millón). Habría que agregar por otra parte los sefarditas (no llegan a un millón, muy dispersos: unos 300.000 en Israel), los hispanohablantes de Filipinas (sumaban ape-

19. Hemos elaborado el siguiente cuadro para el año 1975 (utilizamos *América en cifras 1977*, de la Organización de los Estados Americanos): a) Hispanoamérica, 202.930.000; b) España, 35.175.000. Total, 238.105.000.

Las cifras de cada país hispanoamericano son las siguientes: Argentina, 25.011.000; Bolivia, 5.634.000; Colombia, 24.718.000; Costa Rica, 2.096.000; Cuba, 9.183.000; Chile, 10.557.000; Ecuador, 7.185.000; El Salvador, 4.092.000; Guatemala, 6.087.000; Honduras, 2.982.000; México, 58.273.000; Nicaragua, 2.373.000; Panamá, 1.668.000; Paraguay, 2.888.000; Perú, 15.869.000; Puerto Rico, 3.090 000; República Dominicana, 4.706.000; Uruguay, 3.064.000; Venezuela, 12.454.000.

El cuadro de 1965 daba un total de 182.898.000 habitantes, de los cuales correspondían a Hispanoamérica 151.294.000, y a España 31.604.000.

Se ve que el enorme crecimiento de la población hispanohablante del mundo se debe sobre todo al desarrollo de Hispanoamérica.

nas 558.634 en el censo de 1960, en unos 30 millones de habitantes, a pesar de ser el español la tercera lengua oficial) y unos doce millones de hispanoamericanos de los Estados Unidos (mejicanos, puertorriqueños, cubanos, etc.). Aunque ninguna de esas cifras es muy precisa, y solo valen a simple título ilustrativo, se puede decir que tienen hoy el español como lengua materna más de doscientos millones de personas. Esa cantidad lo coloca en un tercer lugar en el mundo, después del chino y del inglés[20].

20. Es muy difícil decir cuántos hablantes tiene el chino. La población de China se calcula hoy entre unos 830 y 850 millones. Según Alexis Rygaloff (*Le Langage*, Encyclopédie de la Pléiade, 1968, pág. 950), un 92 por ciento de la población corresponden a la nacionalidad Han (nombre de una gran dinastía imperial). El chino tiene una serie de dialectos muy diferenciados (el contraste mayor se da entre Shangai y Nankín). Un 70 por ciento habla el dialecto del norte (la lengua llamada general es el pekinés, la antigua «lengua mandarina»). Se puede calcular que hablan el chino general cerca de 600 millones de hablantes.

En cuanto al inglés, reunimos las siguientes cifras de población para 1975: Gran Bretaña, 56 millones; Estados Unidos, 214 millones; Canadá 23 millones; Australia, 13 millones; Nueva Zelanda, 3 millones. Total 309 millones. De ellos hay que restar los hablantes de francés de Canadá, los indígenas e inmigrantes de los Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, y los irlandeses, escoceses y galeses de la Gran Bretaña. En cambio es lengua oficial o semioficial en una serie de países de Asia, Africa y Oceanía, y es efectivamente una especie de *lingua franca* en muchos de ellos (en gran parte de África, por ejemplo, el inglés —en algunas partes el francés— es más unificador de las nuevas nacionalidades que las propias lenguas africanas, que suman medio millar). Como lengua de relación es sin duda la más hablada del mundo.

La Unión Soviética, según cálculos de 1975, tenía 254 millones de habitantes en sus quince repúblicas; el ruso era lengua materna de unos 150 millones. Claro que es la lengua común de toda la Unión.

La India tenía en 1975, cerca de 600 millones de habitantes. Pero el hindi, que es la lengua oficial, alterna con catorce lenguas regionales, reconocidas oficialmente (sin contar unas doscientas lenguas menores), y no parece que tenga más de 100 millones de hablantes.

Desde el punto de vista numérico, ya se ve la importancia mundial del español. Se observa hoy, hasta en los países más lejanos, un interés creciente por nuestra lengua, que gana centenares de cátedras en universidades, escuelas y colegios. Ese interés se debe sobre todo a la importancia cada vez mayor de Hispanoamérica, con su potencial demográfico (es una de las zonas de mayor crecimiento del mundo: se calcula que tendrá 480 millones dentro de cincuenta años) y su riqueza, gran abastecedora de materias primas y consumidora de productos elaborados, un mundo además en imprevisible transformación económica y social. Pero es indudable que, salvo para una función subalterna, no cuenta solo el número. El destino de una lengua está en función de su valor cultural y aún más, en nuestra época, de su valor político.

Desde el punto de vista cultural nos complacemos con nuestros valores tradicionales, que en el XVI y en el XVII dieron proyección universal a nuestra lengua, y con la nueva grandeza de la literatura española, desde el 98, y de la hispanoamericana, que está cobrando ímpetu nuevo, sobre todo en la narrativa. ¿No le asegura ello al español un puesto de primer orden en el mundo? El porvenir de nuestra lengua ¿no es el porvenir de nuestra cultura? Pero el centro de gravedad de la cultura parece que se está desplazando decididamente —quizá de modo alarmante— hacia la ciencia. El paradigma de la grandeza espiritual, que fue en un tiempo el santo, el escritor o el artista, ¿no tiende cada vez más a serlo el científico? Y en este terreno padecemos, sin duda, un déficit notorio: en la actividad científica y técnica, que está transformando la fisonomía del mundo y el contenido de nuestras vidas, que está gravitando ya hasta sobre las artes plásticas, hasta sobre la música, somos países subdesarrollados que lo recibimos casi todo hecho, y con ello, claro está, un léxico extraño. ¿Cabe tomar la iniciativa o seguiremos diciendo que inventen ellos y resignándonos a un decoroso puesto de retaguardia? Hoy el poderío científico y técnico está casi enteramente monopolizado por las grandes potencias, y parece difícil una competencia eficaz, a no ser

en campos limitados. Pero nuestro mundo hispánico, ¿no constituye también una de las grandes potencias?

Indudablemente sí, pero está fragmentado en veinte naciones. La dispersión y el fraccionamiento parece ser nuestro sino, aun en la misma Península. El gran movimiento de integración del mundo nos deja por eso un poco al margen. ¿Tendremos que contentarnos con ser sujetos pasivos de la historia? ¿No podremos aspirar a un papel de protagonistas? ¿No podrá surgir, ante el desarrollo del mundo, expuesto más que nunca a grandes sacudidas, una nueva fuerza que nos aglutine, como la que hizo pensar, en un momento dramático, en la posible unión de Francia e Inglaterra o en una Confederación de países de Europa? Pero no nos salgamos de nuestro campo lingüístico.

6. El futuro del español

Esa dispersión y fraccionamiento ¿no trabaja también en el campo de la cultura y de la lengua? El desequilibrio numérico entre España e Hispanoamérica ¿no desplazará inevitablemente el centro de gravedad de la lengua? ¿Hay además verdadera unidad entre los distintos países hispanoamericanos?

Desde hace un siglo se augura al español el destino que le cupo al latín en las distintas regiones de la Romania. Aun hoy suenan voces de alarma, el temor de que un siglo de agitaciones convierta las actuales diferencias en abismos insalvables, de que en pocas generaciones no nos podamos entender los unos a los otros.

Es verdad —ya lo hemos visto— que la lengua está en un proceso vertiginoso de transformación. Si en pocos siglos —del quinto al décimo— el latín se transformó en una serie de lenguas nuevas, ¿qué nos espera a nosotros? El tiempo histórico es hoy más vertiginoso que nunca, y cincuenta años del siglo XX tienen sin duda más dinamismo que quinientos de entonces. Pero mucho más vertiginoso aún es el desarrollo de las comunicaciones. El fraccionamiento del latín se produjo en circunstancias especialísimas. Don Ramón Me-

néndez Pidal, en su Introducción al volumen de la *España visigótica*, relata el hecho siguiente, sin duda muy significativo. El año 587 Recaredo se convirtió al catolicismo romano. El año 589 se reunió en Toledo el Concilio de la España goda, de la Galicia sueva y de la Galia narbonense. El Rey comunicó la conversión de todo el pueblo godo, lo cual cerraba el cisma arriano de varios siglos y las persecuciones religiosas. El obispo Leandro pronunció la homilía congratulatoria: «La Iglesia ha dado a luz un nuevo pueblo para su esposo Cristo...». Con todo, Recaredo tardó un año en anunciar el acontecimiento al Papa, «a causa de los negocios del reino». Una comisión de abades enviada a Roma tuvo que regresar desde Marsella, por el naufragio de la nave. Llevó el mensaje un legado pontificio que se hallaba casualmente en Málaga. El Papa Gregorio tardó otro año en contestar. Desde la conversión habían pasado cuatro años. ¿Cuánto tardaría hoy una noticia semejante en dar la vuelta al mundo?

Estamos ante algo extraordinariamente nuevo: la rapidez de las comunicaciones, la circulación de personas, libros y periódicos, los progresos de la radio, que ya tiene programas de carácter universal, y los de la televisión, que los tendrá muy pronto. Más aún. La cultura medieval mantuvo a todo trance su fidelidad a una lengua latina inmovilizada en sus viejas formas clásicas, sin contacto con el habla viva de la casa o de la calle, que siguió su rumbo propio. Nada de eso se observa hoy. Además, un mundo entero que sabe leer y escribir, ¿no es también un mundo enteramente distinto? Contra todos los vaticinios agoreros, y a pesar de una serie de factores efectivos de disgregación, se puede asegurar que la unidad de la lengua culta en todos nuestros países es hoy mayor que nunca. Una unidad que respeta la legítima e inevitable diversidad de cada región, y hasta de cada persona. Que no puede estar dictada desde un lugar, sino que es y debe ser obra de amplia colaboración de todos los escritores, pensadores y científicos de nuestra lengua.

Estamos entrando en una edad nueva. Jamás había conocido el mundo las fuerzas de unificación que están hoy en juego. Wells, que

ya en 1902 escribió unas *Anticipaciones* del porvenir, creía que se había detenido toda nueva diferenciación de las lenguas en España, Francia, Italia, Alemania, los Estados Unidos, que se estaba imponiendo en todas partes una norma centralizadora y que el acento regional tendía a desaparecer. ¿No tenía las mismas raíces el optimismo de Karl Vossler? Es también la idea que ha reiterado en varias ocasiones don Ramón Menéndez Pidal: los actuales medios de comunicación y la acción de los organismos internacionales lograrán suprimir las diferencias dialectales y unificar los neologismos.

Dámaso Alonso, en cambio, ha dejado oír ya varias veces su grave voz de alarma (prefiere un moderado y razonable pesimismo). Ante los peligros futuros, que no coloca en el periodo histórico actual, sino «en la posthistoria», quiere que vigilemos hoy los fenómenos diversificadores, que luchemos contra el vulgarismo, que vitalicemos las fuerzas cohesivas, que enriquezcamos nuestra vida cultural, «único elemento refrenador de las quiebras fonéticas y sintácticas ya existentes».

Pide respeto por las variedades nacionales (tomando como espejo del mejor uso los grupos rectores, intelectuales, académicos, universitarios y literarios de cada país), pero quiere que haya instituciones internacionales de acción urgente que defiendan la unidad. «Podemos —dice—, obrando sobre el presente, ampliar nuestra proyección histórica sobre el futuro».

El surgimiento de una lengua argentina, venezolana o mejicana no parece hoy aspiración de nadie y, quizá en serio no lo haya sido nunca. Además en ese terreno, ¿por qué *una* lengua argentina, y no varias, si se consagran y estimulan todas las variedades regionales? El hispanoamericano de cualquier parte, ¿en nombre de qué va a renunciar a los entrañables lazos de hermandad que lo unen con el inmenso mundo hispanohablante? El signo de los tiempos es evidentemente el universalismo. La vida de una lengua de veinte naciones, celosas de su propia personalidad, pero pendientes de la marcha del mundo y con la legítima aspiración de desempeñar un papel en esa

marcha, no puede verse ni con estrecho espíritu de campanario ni tampoco con la visión del viejo purismo, tan pobre y timorato, sino con una perspectiva generosa de amplia unidad. Las lenguas —todas las lenguas— se están volviendo más receptivas, más internacionales, no solo en la terminología científica, económica y política, sino hasta en el repertorio general de imágenes (piénsese, por ejemplo, en el éxito universal del *tigre de papel*, acuñado por los chinos). A favor de ese universalismo puede afirmarse que se está gestando una amplia y rica unidad de la lengua hispánica, con ventanas abiertas a todos los aires del mundo.

El futuro próximo no parece que nos depare peligros graves. ¿Cabe escrutar más allá, hacia los siglos venideros, eludiendo a la vez deseos y temores, las dos vertientes del sueño, o de la profecía? La lengua es un producto de la historia: ella la hace y ella la deshace. El futuro lejano ¿puede predecirse? Hasta hace poco predominaban las utopías beatíficas (el año 2000 como retorno a la edad de oro). Hoy prevalecen las visiones de pesadilla (Huxley, Orwell, etc.). ¿Está acaso asegurada la supervivencia del hombre o de nuestro planeta? Tampoco está asegurado, para ninguno de nosotros, el minuto próximo. Pero la vida del hombre se sustenta en la fe del mañana, y gracias a ella trabaja y sueña. El ansia humana de inmortalidad se proyecta también sobre la lengua, que anhelamos ver siempre engrandecida y eterna. Cada generación es responsable de la vida de su lengua. ¿No es ella el legado más precioso de los siglos y la gran empresa que nos puede unir a todos?

VII
EL IMPERATIVO CATEGÓRICO NO PARECE HOY LA PUREZA DE LA LENGUA SINO LA UNIDAD[21]

21. Palabras pronunciadas el 23 de abril de 1974 (Día del Idioma) en su recepción como Académico honorario de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española. Publicado en *Boletín* del Instituto Pedagógico de Caracas, N° 12-15, junio de 1974. Y finalmente en Monte Ávila editores, Caracas, 1990, a cuya edición nos acogemos: Rosenblat, Ángel, Biblioteca Ángel Rosenblat III, *Estudios sobre el español de América*, edición de Áurea Gómez, Luciana de Stefano, José Santos Urriola.

Agradezco de todo corazón a mis buenos amigos de la Academia Venezolana correspondiente de la Real Academia Española la alta distinción que me hacen al designarme miembro honorario de esta Academia. En este mismo carácter de Miembro honorario ha formado parte de la Academia Chilena el gran Pablo Neruda, infortunadamente desaparecido, y forma parte de la Academia Uruguaya Juana de Ibarbourou. Ha sido así distinción concedida a dos de los más destacados poetas de nuestra lengua.

Por otra parte, la Real Academia Española tiene como miembro honorario a *S. A. R.* el Príncipe Bernardo de los Países Bajos, y la Academia Ecuatoriana al Exmo. Sr. Conde de Urquijo. Es decir, dos altas figuras de la nobleza, quizá por alguna protección dispensada a las academias.

Sin duda la designación mía no cabe en ninguna de esas dos categorías, y quizá aclare su sentido el hecho de que se haya elegido para mi recepción el Día del Idioma, que es en rigor el Día de Cervantes. Y me pregunto hoy si no es un contrasentido proclamar un Día del Idioma, cuando el idioma debiera ser preocupación capital de todos los días, ya que es el único Tesoro realmente socializado, común a todos, desde el más encumbrado poeta hasta el artesano más humilde, un Tesoro de todos los días, que cada uno puede utilizar en la medida de su capacidad y de sus fuerzas, con la ventaja de que con el uso se enriquece.

Se enriquece, o debe enriquecerse. Porque también existe la estéril o contraproducente dilapidación de la palabra, y hay quienes lo empobrecen o lo degradan. Debo confesar que en los últimos días han llegado hasta mí voces de alarma, quizá en previsión de estas palabras de hoy. Y ha sonado en el mismo sentido la alta voz de Arturo Uslar Pietri, en su artículo del domingo último. La alarma empie-

za por la escuela primaria, que ofrece una imagen muy deficiente y empobrecida de nuestra lengua. Nuestra escuela fracasa en su tarea sin duda fundamental: enseñar al niño a leer, escribir y hablar; leer significa la capacidad de entender lo que se lee, es decir, saber darle vida auténtica; escribir y hablar es saber expresarse, al menos con sencillez, claridad y buen sentido. Me refiero al leer, escribir, y hablar elementales en la formación de toda persona. La lengua es el órgano generador del pensamiento —según sostenía Guillermo de Humboldt—, y así las perspectivas no pueden ser más inquietantes.

Si la escuela fracasa en esa misión, la enseñanza secundaria está en el deber heroico de salvar esas deficiencias. Y nos consta a todos que en los últimos años no ha estado a la altura requerida para un esfuerzo tan denodado. Y la consecuencia palpable es que hoy llegan a la Universidad o a los Institutos superiores y a las diversas actividades sociales oleadas crecientes de bachilleres que no saben leer debidamente ni expresarse oralmente o por escrito como les corresponde. En realidad no es tarea de la Universidad (salvo al nivel preparatorio de sus Cursos Básicos) subsanar esas deficiencias, que rebasan sus objetivos específicos y debían estar resueltas al nivel del bachillerato. Si además echamos una ojeada a la lengua literaria, o a la de la prensa, la radio o la televisión, y al habla común, tampoco la impresión es demasiado alentadora, aunque claro que seguimos teniendo muy buenos escritores y también periodistas de talento expresivo.

Al señalar hoy el mal, que considero grave, he pensado mucho si no es inoportuno o estéril hacerlo. Sé que es muy fácil dar un grito (en el último tiempo se está poniendo de moda la terapia del grito), que puede ser un simple desahogo personal, o el cumplimiento de un presunto deber. Pero lo realmente difícil es proponer remedios adecuados y eficaces. Es indudable que una empresa de tal magnitud rebasa las posibilidades de la Academia, aunque, eso sí, la Academia puede colaborar en ella.

Evidentemente, ya no basta con apelar a la tradición castiza o a la pureza de la lengua. La Academia ha trabajado, desde su fundación

en 1713, con el ideal de pureza de la lengua: «cultivar y fijar en el modo posible —dice— la pureza y elegancia de la lengua castellana». Les voy a ahorrar a ustedes la larga historia de ese ideal de pureza (pensaba agobiarles cruelmente con una larga exposición sobre purismo y antipurismo en nuestra lengua, con citas de Nebrija, Juan de Valdés, el Licenciado Cristóbal de Villalón, Fray Luis de Granada, el Maestro Bartholomé Jiménez Patón, el *Quijote* y la Academia misma en su «Diccionario de Autoridades»). Ese ideal de pureza se remonta al Renacimiento italiano y se manifiesta ya en el *Cortesano* de Castiglione. Más tardío, y se debe a influencia francesa del siglo XVIII es el llamado purismo y el purista. Llama la atención que las dos palabras no las acoge la Academia Española sino desde el *Diccionario* de 1803, y con cierto matiz peyorativo: Purismo —dice— es «la visión del que afecta mucho la pureza del lenguaje», y purista «el que afecta mucho» esa pureza. Es decir, la Academia misma lo veía como una forma de afectación, es decir, una actitud reprobable. Esas dos voces se incorporaron a la Academia sin duda a través de las sátiras contra el pretendido «purismo» (evocan en seguida la réplica del loro a las burlas de la cotorra, en la conocida fábula de Iriarte: «Vos no sois que una purista»). El movimiento purista, sobre todo antigalicista, rígido y fanático, llena los siglos XVIII y XIX de la historia cultural de España e Hispanoamérica. En Francia, en cambio, representó el triunfo de la razón y del clasicismo de la época de Luis XIV.

El viejo ideal de pureza de la lengua, mantenido por la Academia hasta nuestros días, ¿no está hoy en crisis? La Academia Española, llamada a fijar esa pureza ¿no ha tenido que aceptar centenares de voces extranjeras en las ediciones sucesivas de su *Diccionario*, y no se ha visto forzada a poner al día sus normas en cada nueva edición de su *Ortografía* y de su *Gramática*? La idea misma de «pureza de la lengua» ¿no es muy vulnerable? Se puede hablar de *oro puro* o de *alcohol puro*, y aun así la pureza no es nunca absoluta. Más difícil es hablar de *agua pura* o de *aire puro*. La *pureza* tenía una intangible dignidad en la tradición religiosa, y se trasladó a otras esferas: *lengua pura*,

estilo puro, *arte puro*. Si nuestro castellano es un latín evolucionado, con aportes extraños muy diversos (de las lenguas prerrománicas de España, de los visigodos y germanos en general, de los árabes, con una serie de galicismos, italianismos, anglicismos, etc., y hasta voces de las lenguas indígenas de América), ¿qué puede significar *pureza de la lengua*? Si nuestra lengua ha cambiado desde el *Quijote* hasta hoy, y sigue cambiando todos los días ante nuestra vista, ¿qué momento de su vida se puede tomar como norma fija? La Academia no puede reducir su misión a ser una especie de Aduana para evitar la entrada de cualquier presunto contrabando.

Esto lo sabe perfectamente la Real Academia Española, presidida durante muchos años por la figura augusta de Don Ramón Menéndez Pidal, el gran maestro de todos nosotros, y dirigida hoy por Dámaso Alonso, insigne filólogo y poeta, con el que colaboran las figuras más eminentes de la Filología y la Lingüística de España, desde Rafael Lapesa hasta Emilio Alarcos Llorach.

Nos ha correspondido vivir en un periodo singular de la historia, un periodo de dinamismo desenfrenado, nuestros «tiempos revueltos», con cambios vertiginosos en todos los órdenes, con un afán constante y febril de innovación. Si al comienzo de mis palabras de hoy planteaba, con cierto dramatismo, el estado actual de nuestra lengua en la enseñanza y en los medios de comunicación, era a fin de llegar a la idea de que para abordar a fondo los problemas de nuestra lengua parece fuera de época seguir hablando de purismo. Hoy hay lingüistas que rechazan toda actitud normadora y hablan de dejar la lengua en paz. Pero si la lengua es una institución social, si entre todos aspiramos a hacer una gran labor colectiva, tenemos que entendernos. La vida social implica necesariamente cierta comunidad de usos, el acatamiento, más o menos flexible, de ciertas normas de convivencia.

Esas normas ¿qué fundamento pueden tener? Por más radical que se quiera ser en materia de lenguaje, tenemos que admitir que se habla para los demás, es decir, para que los demás nos entiendan.

Una auténtica comunidad nacional existe si tiene medios de expresión que lleguen a todo el ámbito nacional. En ello está implícita una necesidad reguladora: la existencia de una norma nacional, que considera social o culturalmente aceptables ciertos usos, inaceptables otros. En toda comunidad, por más pequeña que sea, hay una gramática implícita.

Además, en el caso específico de Venezuela no podemos olvidar que tenemos en América dieciocho repúblicas hermanas (incluyo en ellas a nuestra hermana Puerto Rico), y que también somos partícipes de la riqueza expresiva de España, cuyos grandes escritores y poetas de ayer y de hoy son también nuestros. Cuando hablamos o escribimos, tenemos la fortuna prodigiosa de que podemos entendernos con más de doscientos millones de habitantes. ¿No implica ello una responsabilidad colectiva? Con criterio social y cultural amplio, con grandeza de ánimo y no con pequeños paliativos, debemos plantearnos los problemas de nuestra lengua común. Ninguno de nosotros aspira a quedarse confinado en un rincón. Pensemos en los enormes problemas que tienen que afrontar hoy, por ejemplo, una serie de naciones de África y Asia recientemente independizadas, que no se resignan a refugiarse en el aislamiento tribal, y para la comunicación internacional y la cultura, y aún para la unificación nacional, frente al fraccionamiento lingüístico interno, necesitan adoptar una lengua de civilización extraña, como el francés, o el inglés o bien tratan de imponer a toda la comunidad una de las lenguas vernáculas, con la esperanza de convertirla, a través de no sabemos cuántas generaciones, en lengua general. Si hay hoy un afán general, es el afán de universalidad. El mundo marcha sin duda hacia la creación de grandes unidades de carácter supranacional, y ya no parece una utopía hablar de unos futuros Estados Unidos de Europa, por ejemplo. A pesar de las violentas tensiones interestatales de hoy, ¿no se está hablando ya de una futura comunidad universal, o de una integración mundial de naciones? ¿No le corresponderá a nuestra comunidad hispanoamericana o latinoamericana una honrosa anticipación?

La formación de esas grandes unidades es muy compatible con el máximo respeto por las lenguas de los guajiros, de los vascos, de los bretones, o de los sardos. También es compatible una unidad supranacional de lengua española con el mantenimiento de las variedades regionales o nacionales, absolutamente legítimas, o al menos absolutamente inevitables, que obedecen a subnormas dentro de la norma general de nuestra lengua. Esta afirmación de nuestra gran unidad, y de la existencia de una norma supranacional de la lengua española, puede parecer más la afirmación de un anhelo ideal que de una realidad vigente. Sin embargo, no veo en otras lenguas, en el francés, en el inglés, en el italiano, en el alemán, en el ruso o en el mandarín, una unidad más firme que la nuestra, con mayor comprensibilidad mutua entre los habitantes de las diversas variedades. Por lo menos nuestras variedades caben muy holgadamente dentro de la gran unidad que Hockett llama *macrolengua*.

Tenemos la inmensa fortuna de pertenecer a una de las comunidades lingüísticas más grandes del mundo. Claro que existe siempre el peligro de resquebrajamiento de esa unidad, de fraccionamiento. Pero creo que todo lo que tienda al fraccionamiento, al aislamiento, es regresivo. Y todo lo que se pueda hacer de bueno para acrecentar y enriquecer nuestra unidad, o la conciencia de nuestra unidad, sin reprimir las diferencias, me parece labor positiva, obra progresiva. Aunque el porvenir es siempre incierto e inescrutable, y la visión apocalíptica reaparece día a día, parece que el mundo marcha, quizá a tientas, hacia un universalismo nuevo y más amplio. El imperativo categórico no parece hoy la pureza, sino la unidad. Una unidad que tiene que ser obra de creación permanente de toda la cultura de todos los países hispánicos, de la lengua científica, de la lengua poética, de la lengua de los grandes pensadores, de la lengua hablada por los mejores hablantes. Me parece fundamental mantener viva la conciencia de nuestra gran unidad de lengua y de cultura. Es mi voto de hoy.

ATHENAICA EDICIONES UNIVERSITARIAS

La edición de estos artículos se basa en la fijada en Caracas en 1990
bajo el título *Estudios sobre el español de América*,
edición de Áurea Gómez, Luciana de Stefano y José Santos Urriola.

Primera edición: septiembre de 2017
Última revisión: 7 septiembre, 2017 9:10 a.m.

© herederos de Ángel Rosenblat, 2017
© del prólogo Carlos Garatea, 2017
© Milhojas, Sociedad Cooperativa Andaluza, 2017

c/ Jesús del Gran Poder, 108 B, 1°
41002 Sevilla (España)
www.athenaica.com
athenaica@athenaica.com

Maquetación: Antonio Álvarez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada, salvo excepción prevista en la ley, con la autorización de sus titulares. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

ISBN: 978-84-16770-97-7

CONTROL DE CALIDAD

ATHENAICA sigue los estándares de calidad que son de obligado cumplimiento en el ámbito de las publicaciones científicas, procedimientos como el de la revisión anónima por pares (peer review) o la apuesta por mantener una comunicación fluida y transparente con los autores, que recibirán argumentos motivados sobre las decisiones de la editorial en cada fase del proceso. A este funcionamiento se fía la repercusión académica de los trabajos y el desarrollo de ATH como sello de referencia en los ámbitos nacional e internacional.

ATH asume las recomendaciones de sus Consejos editoriales, formados por profesionales de reconocido prestigio universitario, para el rescate bibliográfico de obras de importancia no digitalizadas. La estructura de los Consejos sigue el mismo organigrama: codirectores de colección y un cuerpo formado por entre diez y veinte profesionales universitarios (docentes e investigadores) de contrastada valía, provenientes de distintos centros o países para evitar cualquier tipo de endogamia.

ATH usa el software Open Monograph Press (OMP) para gestionar sus procesos editoriales. Basado en OJS, Open Journals Systems, un software libre de gestión y edición de revistas electrónicas desarrollado por el Public Knowledge Project (PKP) de Canadá, organismo conformado por las Universidades British Columbia y Simon Fraser, el OMP es un sistema similar que se utiliza para elaborar monografías en ámbitos académicos altamente especializados. Este software permite a todas las partes involucradas en una publicación (autores, evaluadores, miembros de Consejos editoriales, editores y técnicos) seguir el proceso de edición desde la misma plataforma. Los datos serán confidenciales cuando se trate de una evaluación por pares. El sistema registra y archiva la historia editorial completa de cada original (comunicaciones, informes, diferentes versiones de los ficheros subidos a la plataforma) y deja constancia de las intervenciones, los controles aplicados y los vistos buenos finales. El modelo ofrece la posibilidad de que trabajen en línea, en un mismo libro y de forma simultánea, residentes en cualquier lugar del mundo.